

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN
DE HISTORIA
Luis Barrón

DIRECTOR FUNDADOR
Jean Meyer

DIRECTOR
Antonio Saborit

JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos

CONSEJO DE REDACCIÓN
Adolfo Castañón
Clara García Ayluardo
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN
Natalia Rojas Nieto

COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*

Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*

Pierre Chaunu †
Institut de France

Jorge Domínguez
Universidad de Harvard

Enrique Florescano
Conaculta

Josep Fontana
Universidad de Barcelona

Manuel Moreno
Fraginals †

Universidad de La Habana

Luis González †
El Colegio de Michoacán

Charles Hale †
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight
Universidad de Oxford

Seymour Lipset †
Universidad George Mason

Olivier Mongin
Editor de Esprit, París

Daniel Roche

Collège de France
Stuart Schwartz

Universidad de Yale

Rafael Segovia

El Colegio de México

David Thelen

Universidad de Indiana

John Womack Jr.

Universidad de Harvard

-
- ISTAR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
 - El objetivo de ISTAR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
 - Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
 - Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
 - Todos los artículos son dictaminados.
 - Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
 - Puede consultar ISTAR en internet: www.istor.cide.edu
 - Editor responsable: Jean Meyer.

- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

- ISSN: 1665-1715
- Impresión: IMDI Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F.
- Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6091 e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



Sol naciente ocupado (2012), fotomontaje realizado en el despacho de diseño de Istar.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

DOSSIER

- 3 **Isami Romero Hoshino.** Presentación: Ocupación y regreso de Japón
- 9 **Kōji Nakakita.** La ocupación estadounidense de Japón: El proceso y alcance de la norteamericanización del país
- 29 **Chen Zhaobin.** China y el tratado de paz con Japón: Retrospectiva en torno al rearme japonés y la Misiva de Yoshida
- 59 **Isami Romero Hoshino.** ¿Reencuentro fortuito? Japón, América Latina y la ocupación
- 91 **Yūko Kawaguchi.** Hiroshima y la ocupación: Reflexión sobre los movimientos pro víctimas de la bomba atómica
- 115 Apéndices: cronología y bibliografía de la ocupación

USOS DE LA HISTORIA

- 127 **Satoko Uechi.** El "problema de Okinawa": Un panorama historiográfico visto desde la perspectiva local, nacional y de la historia diplomática

VENTANA AL MUNDO

- 153 **Silvia Lidia González.** Fukushima en tres tiempos: silencio, mutaciones y sueños
- 167 **Montserrat Loyde.** Primeras y recientes vistas desde Japón

TEXTOS RECOBRADOS

- 179 **Osamu Dazai.** Toka-ton-ton
- 195 Memorias de un hombre de Estado

NOTAS Y DIÁLOGOS

- 211 **Patrice Gueniffey.** La política extranjera de Napoleón III

RESEÑAS

- 219 **Jean Meyer.** Roma y el régimen militarista japonés
- 223 **Mauricio Sanders.** La lengua y sus academias

- 229 CAJÓN DE SASTRE

Ocupación y regreso de Japón

Isami Romero Hoshino

Un día, el escritor Osamu Dazai recibió una extraña carta de un hombre que le pedía ayuda. Al parecer, un extraño sonido lo estaba atormentando. Todo había comenzado después de escuchar la transmisión radial del Emperador Shōwa (Hirohito), anunciando la rendición incondicional de Japón. Ese 15 de agosto de 1945, el jefe de su batallón le ordenó quitarse la vida. De pronto, un extraño sonido llegó hasta sus oídos. Al escucharlo, su mente quedó en blanco y todo lo que lo rodeaba —la derrota, el honor y la humillación— le pareció una estupidez. Al final, terminó desobedeciendo y regresando a su tierra natal. Posteriormente, el sonido escuchado ese 15 de agosto lo perturbaría todo el tiempo, haciendo su vida miserable...

El pasaje anterior es totalmente ficticio, pero refleja la situación de numerosos japoneses después de la derrota. Como ese personaje, muchos se dieron cuenta de que la guerra había sido un error, aceptando la derrota y la posterior ocupación. Ésta fue benéfica, si la comparamos con las otras emprendidas por Estados Unidos en otras latitudes, como Nicaragua, la República Dominicana, Afganistán o Irak. De hecho, sin temor a exagerar, la Ocupación de Japón (y la de Alemania Occidental) ha sido el único caso en que Estados Unidos pudo establecer una “democracia” dentro de un país que había ocupado militarmente.

En 2012 se cumplen justamente los 60 años del fin de la ocupación. El 28 de abril de 1952, con la entrada en vigor del Tratado de Paz de San Francisco, Japón regresó al sistema internacional. El Comando Supremo de la Fuerzas Aliadas (SCAP, por sus siglas en inglés) dejaría de controlar los destinos de este país. Pero las fuerzas estadounidenses no se fueron. En virtud

de la firma del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos (1951), Washington pudo mantener sus bases en distintos lugares del archipiélago: un problema que sigue generando humillación y confrontación.

Para no extender más el relato, basta decir que la ocupación fue una de las etapas más humillantes de la historia japonesa, pero también una de las más “brillantes”, en términos políticos y sociales. Sin ella no se puede explicar la democratización ni el desarrollo económico actual, ni su posición como una de las naciones más importantes del mundo. En este sentido, recordar la finalización de la ocupación, así como sus efectos inmediatos y posteriores, sigue siendo relevante.

Ahora bien, a pesar de que existe una amplia historiografía sobre el tema, en lo personal la ocupación me sigue intrigando. Al caminar por las calles de Tokio —ciudad en que viví estos últimos once años y que dejé en septiembre de 2012— sigo sin comprender realmente qué fue ella. Me parece complicado imaginar que en estas calles hayan caminado libremente los soldados estadounidenses. No puedo concebir que Harajuku (meca de la ropa juvenil) haya sido una zona residencial militar. Ahora no hay rastro de ello. Me cuesta trabajo imaginar que alguno de mis familiares haya recibido chocolates de los militares estadounidenses como miles de japoneses en esos años; tampoco la miseria, el crimen y la locura de esos años, viendo el Japón actual.

Cabe señalar que en años recientes, la situación caótica de la ocupación ha sido plasmada en trabajos no necesariamente históricos sino literarios. Un ejemplo ha sido la aún inconclusa trilogía sobre el Tokio de la posguerra del escritor británico David Peace. También, aunque desde una perspectiva distinta, las novelas comerciales de Kyoguku Natsuhiko han buscado representar la anemia social dejada por la derrota y la ocupación. Finalmente, gracias a un esfuerzo colectivo de varios escritores, la editorial Shueisha ha publicado la colección *La guerra y la literatura*, de 20 tomos, cuyo volumen nueve recopila algunos ejemplos de la literatura japonesa de la ocupación.

Este *revival* de los “peores años” de Japón se ha reforzado después del terremoto del 11 de marzo de 2011, el cual devastó la zona de Tōhoku y condujo hacia el desastre de la planta nuclear de Fukushima. Muchos lo han equiparado a esos momentos de angustia vividos con la ocupación.

Valores como la solidaridad y el sacrificio fueron señalados. Si Japón había salido del abismo dejado por la Guerra del Pacífico (1941-1945), la recuperación actual tendría que ser posible. Así lo señalaron los medios de comunicación. Sin duda, existen puntos en común, pero probablemente muchos han olvidado —cosa totalmente entendible— lo que fue la ocupación.

Los cuatro ensayos publicados en este *Dossier* reexaminan, desde distintas perspectivas, esos casi seis años y medio. En conjunto, ponen en relieve los éxitos de la ocupación, pero al mismo tiempo presentan sus fracasos y límites, así como los retos que tuvo que enfrentar tanto desde la parte interna como del exterior.

El primer texto, escrito por Kōji Nakakita, describe la política en tiempos de la ocupación y nos muestra cómo la Guerra Fría moldeó su esencia. Resalta la tradicional visión que ha prevalecido sobre el papel de las fuerzas conservadoras japonesas, así como el de las autoridades, tanto de la ocupación como las de Washington en la transformación del Japón de la posguerra; al mismo tiempo señala el papel, muchas veces olvidado, de las fuerzas de izquierda y los sindicatos. Estos grupos apoyaron en un inicio la ocupación, pero después de que comenzó la Guerra Fría, le pusieron límites, alegando neutralidad y oponiéndose a que Japón tomara partido entre los bloques Oriental y Occidental. En este sentido, la ocupación no fue un fenómeno tan simple como lo suele ver la historiografía convencional.

Por su parte, el ensayo de Chen Zhaobin subraya cómo las autoridades chinas reaccionaron ante la ocupación, en particular al Tratado de Paz de San Francisco impulsada por ella. A diferencia de los estudios tradicionales que ven a una China comunista presa de su inexperiencia diplomática y su sentimiento antijaponés, Chen nos muestra, por medio de un análisis de los artículos contenidos en el *Renmin Ribao* (*Diario del Pueblo*), que esas percepciones sólo explican una parte de la historia. Mao Zedong y Zhou Enlai fueron capaces no sólo de recabar información, sino de sistematizarla y comprender la situación prevaleciente durante la ocupación. Así, buscaron un espacio de maniobra para poder influir en las decisiones en torno al Tratado de Paz, reconociendo incluso que las autoridades japonesas habían quedado presas de las política anticomunistas de Estados Unidos.

Por lo que toca a mi texto, éste analiza las relaciones de Japón con América Latina. En la historiografía tradicional ha prevalecido la idea de

que durante la ocupación no hubo lazos entre ambos; pero este ensayo subraya que no fue así. Tanto el SCAP como el Ministerio de Asuntos Exteriores buscaron vincular al Japón ocupado con América Latina: una región dominada económicamente por Estados Unidos. Si bien al final no se pudieron establecer relaciones formales, sí se lograron forjar las bases iniciales para las futuras relaciones después de la firma del Tratado de San Francisco.

El último ensayo, escrito por Yūko Kawaguchi, analiza los movimientos pro víctimas de la bomba atómica en la ciudad de Hiroshima durante la ocupación. Se enfoca particularmente en el movimiento del pastor Kiyoshi Tanimoto, quien buscó la formación de un centro para atención de víctimas. Éste tuvo una gran acogida en Estados Unidos, país que había lanzado la bomba, pero en cambio en Hiroshima no fue recibido con alegría. Lo anterior se explica por la forma en la que el padre se vinculó con Estados Unidos, pero también por las condiciones, tanto internas como externas, imperantes en esos años. El tema de las víctimas, como señala la autora, ha sido muy trabajado, pero al hacer una retrospectiva de los efectos de la ocupación sobre la sociedad japonesa, se vislumbra un campo aún con muchas posibilidades para la investigación.

En *Usos de la historia*, Satoko Uechi hace un recuento sobre la historiografía del “problema de Okinawa”, una región ocupada por el ejército estadounidense hasta 1972, mientras que en *Ventana al Mundo*, Silvia Lidia González nos muestra la situación prevaleciente en Fukushima después del accidente nuclear ocurrido los días posteriores al terremoto del 11 de marzo de 2011. Por su parte, Monserrat Loyde emprende una retrospectiva sobre la importancia del Templo de Yasukuni —“mausoleo” shintoísta en el cual están simbólicamente “sepultados” todos los militares japoneses caídos en las guerras de expansión—, así como una reflexión sobre la forma en que fue vista la ocupación por los ojos de fotógrafos y cineastas japoneses.

Finalmente, en la sección de *Textos recobrados*, presentamos “Tokaton-ton”, un cuento de Osamu Dazai que nos permite ver cómo era la literatura japonesa del inicio de la ocupación. También, en este número especial sobre Japón están dos textos que tratan sobre dos lugares que han sido víctimas de las decisiones erróneas de las autoridades japonesas y estadounidenses.

A nombre de mis colegas quisiera expresar nuestro agradecimiento a Juan Luis Perelló, a Kazunori Hamada y a Juan Antonio Yáñez Rosado, quienes colaboraron exhaustivamente en la traducción de los textos aquí contenidos. Para lograr un dossier homogéneo, decidimos editar sus textos, tratando de respetar en la medida de lo posible el manuscrito original. De igual manera, agradecemos a Jean Meyer y a David Miklos por habernos brindado este espacio. ❧

La ocupación estadounidense de Japón

El proceso y alcance de la norteamericanización del país*

Kōji Nakakita

En la Segunda Guerra Mundial Japón fue derrotado y ocupado por las tropas aliadas. Aunque digamos aliadas, en realidad el actor principal de la ocupación fue el ejército de Estados Unidos, con una escasa participación de las tropas de la Mancomunidad Británica. Las fuerzas armadas estadounidenses comenzaron a llegar el 28 de agosto de 1945, y tras la firma de la capitulación el 2 de septiembre, se dio inicio oficial a la ocupación. El 2 de octubre se instauró el Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (conocido como SCAP, por sus siglas en inglés) y comenzó la ocupación en torno a la figura del comandante supremo Douglas MacArthur, quien fuera también el general de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en el Lejano Oriente. Además, se establecieron dos organismos encargados de las políticas de ocupación; el primero, situado en Washington, era la Comisión para el Lejano Oriente, la cual constituía el mayor organismo resolutorio de políticas hacia Japón; el segundo era la junta directiva del órgano consultivo del SCAP, ubicado en Tokio. En ambas instituciones participaron también otras potencias Aliadas además de Estados Unidos, pero ninguna con la autoridad suficiente como para limitarlo. Por lo tanto, la ocupación aliada constituyó en la práctica una ocupación individual por parte de Estados Unidos.

Uno de los objetivos de las políticas de ocupación estadounidense fue, sin duda, la norteamericanización de Japón, en lo que básicamente tuvieron éxito. Incluso una vez finalizada la ocupación y después de la entrada

* Traducido del japonés por Juan Luis Perelló. La versión original en japonés de este texto contenía una lista del material bibliográfico revisado por el autor. Por cuestiones de espacio, sin embargo, decidimos colocar el contenido de esta lista en la bibliografía general del Dossier.

en vigor del Tratado de Paz de San Francisco el 28 de abril de 1952, el país continuó limitado a un estatus de “socio pequeño” de Estados Unidos, en virtud del Tratado de Seguridad entre ambos países, que había sido firmado simultáneamente con el de paz. Esto gracias a la existencia de un gobierno conservador favorable a Estados Unidos. Específicamente, los partidos políticos conservadores que se encontraban divididos entre el Liberal y el Demócrata, se fusionaron en 1955 para formar el Partido Liberal Demócrata (PLD), cuyo poder se mantuvo individualmente hasta 1993. Sin embargo, al mismo tiempo, la norteamericanización tuvo sus límites: el Partido Socialista Japonés (PSJ), la mayor fuerza opositora, mantendría una postura crítica hacia Estados Unidos, ya que con el fin de sofocar la Guerra Fría, alegaría neutralidad y se opondría a tomar partido por los bloques oriental u occidental.

En este estudio se analiza la ocupación estadounidense de Japón clasificándola en cuatro etapas, desde el punto de vista del proceso y alcance de la norteamericanización del país (cuadro 1).

Cuadro 1. Etapas de la ocupación estadounidense en Japón

1 ^{er} periodo	agosto de 1945 a marzo de 1947	Periodo de las reformas de ocupación
2 ^o periodo	marzo de 1947 a diciembre de 1948	Periodo de recuperación económica socialista
3 ^{er} periodo	diciembre de 1948 a junio de 1950	Periodo de recuperación económica liberal
4 ^o periodo	junio de 1950 a abril de 1952	Periodo de militarización

PERIODO DE LAS REFORMAS DE OCUPACIÓN

Una de las principales características de la ocupación de Japón consiste en que se llevaron adelante reformas amplias y radicales en los ámbitos político, social y económico. Esto debido a que los aliados pensaban que no bastaba con la victoria para alcanzar el objetivo por el que fueron a la guerra, a saber, derrocar al fascismo y defender la democracia. Era necesario, además, imponer la rendición incondicional y efectuar reformas drásticas bajo la ocupación, con el fin de erradicar el militarismo. Estas eran las ideas presentes en las Declaraciones de Potsdam, en las que las potencias aliadas

exigieron la rendición nipona. Entonces, luego del inicio de la ocupación, los jóvenes *New Dealers*, influidos por las reformas del gobierno de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), efectuaron una sucesión de reformas bajo el lema “desmilitarización y democratización”.

Entre las políticas para la desmilitarización, se disolvió el ejército, se prohibió la producción armamentista, se castigaron los crímenes de guerra, partiendo de los juicios de Tokio, y se expulsó de cargos públicos a los militares y a quienes fueron líderes durante la guerra. En cuanto a las políticas para la democratización, pueden mencionarse la recuperación de la libertad de expresión, la abolición de la Ley para la Preservación de la Paz, el sufragio femenino, la ampliación de la autonomía regional, la reforma educacional, la disolución del sistema familiar feudal y las enmiendas económicas centradas en las tres grandes reformas. Estas tres grandes reformas se refieren a las enmiendas laborales para establecer una ley de sindicatos y el incentivo de los mismos, la reforma agraria para disolver el sistema de propiedad de la tierra y la desarticulación de los consorcios financieros conocidos como *zaibatsus*, aunada a la prohibición de los monopolios.

La Constitución de Japón —promulgada el 3 de noviembre de 1946 y en vigor desde el 3 de mayo del año siguiente— constituye una recopilación de las reformas de ocupación. Hasta entonces, la Constitución Meiji (la constitución del Imperio japonés), estipulaba que la soberanía recaía en el emperador sagrado e inviolable, quien ejercía el derecho de gobierno. En la práctica, sin embargo, era muy infrecuente que el monarca ejerciera directamente este derecho. En su representación, los burócratas, la Cámara de Pares (Kizokuin), el Consejo Privado, la armada, la marina u otros grupos no afectos a la elección popular poseían una gran influencia política. Ante esto, junto con la instauración de la soberanía ciudadana, en la Constitución de Japón se posicionó la Dieta como la principal institución soberana nacional, cuyos parlamentarios eran elegidos por el voto popular, y se introdujo un sistema de gabinete parlamentario bajo responsabilidad del gobierno. Aunque se mantuvo el sistema imperial, éste pasó a ser un sistema simbólico sin autoridad política. Además de esta democratización, también se llevó a cabo una completa desmilitarización en virtud del artículo noveno, en el que se estipula la renuncia a la guerra y se niega el derecho al potencial bélico y a la beligerancia.

Las reformas aplicadas tras el inicio de la ocupación fueron amplias y radicales, por lo que se consideraron como un quiebre con el pasado. Probablemente una de las más famosas ideas que demuestran esta opinión sea la teoría de la revolución de agosto, propuesta por el constitucionalista Toshiyoshi Miyazawa, quien una vez presentado el resumen del anteproyecto de enmienda constitucional, que incluía el traspaso de la soberanía del emperador al pueblo, arguyó que la aceptación de la Declaración de Potsdam por parte del gobierno japonés en agosto de 1945 constituía una revolución. Para un constitucionalista como él, traspasar la soberanía imperial al pueblo era algo que excedía los límites de una enmienda constitucional. Por lo tanto, al utilizar la ficción de una revolución, justificaría el establecimiento de la Constitución de Japón.¹ De esta forma, durante un largo tiempo tras la derrota, la opinión predominante entre los intelectuales, empezando por Masao Maruyama, consistía en que las reformas realizadas durante la ocupación correspondían a un quiebre revolucionario.

Esta teoría del quiebre, sin embargo, se iría corrigiendo poco a poco. A mediados de la década de los setenta, la obra *Sengo Kaikaku (Reformas de la posguerra)*, publicada como investigación conjunta por el Departamento de Sociología de la Universidad de Tokio, puso realmente sobre la mesa el debate en torno al problema de la continuidad o el quiebre. El artículo de Kaichirō Ōishi, aparecido en el volumen uno —de ocho que conformaban la serie— ha sido famoso por comparar y elaborar ambas ideas desde una perspectiva de economía marxista.² Una resaltaba que el capitalismo nipón, que poseía un carácter semifeudal dado su origen en el sistema de tenencia de la tierra, cambió a causa de las reformas posteriores a la guerra. La otra afirmaba que el capitalismo monopolista de Estado comenzado con la Gran Depresión y desarrollado bajo la economía de guerra, continuó también después de ésta; por lo tanto, las reformas de esa época no hicieron más que fomentar su desarrollo. Que en dicha serie se usara el término “reformas de posguerra” en lugar de “reformas de ocupación” deja entrever que

¹ Toshiyoshi Miyazawa, “Hachigatsu Kakumei to Kokumin Shukenshugi” [La Revolución de Agosto y la soberanía popular], *Sekai Bunka*, 1 (1946).

² Kaichirō Ōishi, “Sengo Kaikaku to Nihon Shihonshugi no Kōzō Henkō” (Cambios estructurales en las reformas de posguerra y el capitalismo japonés), en *Sengo Kaikaku (Reformas de la posguerra)*, vol.1, Tokio, University of Tokyo Press, 1974.

estas reformas no se entendían como una imposición unilateral del ejército de ocupación, sino que estaban vinculadas con la autonomía de la parte japonesa. Después de esto, la teoría de la continuidad fue ganando prioridad ante la de quiebre.

Al entrar en la década de los noventa, Tetsuji Okazaki, Yukio Noguchi y otros más, al desarrollar esta idea de continuidad, propusieron la teoría del régimen de guerra total.³ En ella se plantearon que, a diferencia del sistema económico típicamente observable en Estados Unidos y el Reino Unido, el sistema nipón se caracterizaba por empresas que se centraban en los empleados y no en los accionistas, así como por el control económico por parte de los burócratas mediante “guías administrativas”. Además, que el régimen adoptó su forma desde la Guerra Sino-Japonesa (1937-1945) hasta la del Pacífico, especialmente alrededor de 1940, con el movimiento del entonces primer ministro Fumimaro Konoe (1940-1941) por un nuevo orden sociopolítico; asimismo, planteaba que habría superado la derrota y continuado después de la guerra. Recientemente, con base en esta idea del régimen de guerra total, incluso se ha afirmado que las reformas de la posguerra se habrían realizado aun sin la ocupación.⁴ La idea de la continuidad, que era la teoría generalizada, ha comenzado así a tomar una forma más bien extrema.

Por supuesto, últimamente también ha habido intentos por presentar una perspectiva equilibrada entre las teorías del quiebre y la continuidad. Un ejemplo importante ha sido la teoría de los tres tipos de políticas durante la ocupación, de Makoto Iokibe,⁵ donde las diversas reformas de la posguerra se clasifican en tres tipos según haya sido el SCAP o el gobierno nipón su principal impulsor. El primer tipo son aquellas “anticipadas por la parte japonesa”, concretamente, se refiere a la legislación sobre sindicatos y la enmienda a la ley de elección de la Cámara Baja que otorgó el voto femenino. Ambos correspondieron a proyectos de ley presentados autóno-

³ Tetsuji Okazaki y Masahiro Okuno (eds.), *Gendai Nihon Keizai Shisutemu no Genryū (El origen del sistema económico japonés actual)*, Tokio, Nihon Keizai Shinbunsha, 1993; Yukio Noguchi, *1940 nen Taisei (El régimen sociopolítico de 1940)*, Tokio, Tōyō Keizai Shinhōsha, 1995.

⁴ Shōchi Amemiya, *Senryō to Kaikaku (La ocupación y las reformas)*, Tokio, Iwanami Shinsho, 2008.

⁵ Makoto Iokibe, “Senryō Seisaku no Sanruigata” (“Los tres tipos de reformas de la ocupación”), *Leviathan*, núm.6 (1990).

mamente por el gobierno japonés e implementados tras la aprobación del SCAP. El segundo es el tipo “mixto” y corresponde a las reformas presentadas primero por Japón, pero implementadas después de que el SCAP instruyera reformas exhaustivas por considerarlas insuficientes; ejemplo de éstas fueron el caso de la reforma agraria y la legislación con respecto a la autonomía regional. El tercer tipo corresponde a las “directrices del SCAP”; la disolución de los *zaibatsus* y la prohibición de los monopolios tomaron esta forma. La reforma constitucional también se clasificaría dentro de este apartado, puesto que, aunque el gobierno japonés había tenido la intención de realizar enmiendas, el SCAP exigió e implementó reformas mucho más drásticas.

Tal como lo ha argumentado Iokibe, el tipo mixto fue el más frecuente. Era cierto que existía en el país la acumulación histórica necesaria para efectuar las reformas de la posguerra; no obstante, no estaban maduras las condiciones para que el gobierno las llevara a cabo por su cuenta. Lo que hizo el SCAP fue implementar reformas aún más exhaustivas que las que pretendía el gobierno. En ese sentido, las reformas de posguerra tienen tanto un aspecto de continuidad como de quiebre. Fue la aceptación e instrumentación por parte del gobierno de tales reformas lo que permitió que se fueran arraigando.

Sobre la base de los estudios antes mencionados, quien amplió la mirada hacia el ciudadano común fue John Dower con su libro *Embracing Defeat*. Tal como se aprecia en el título, esta obra está adornada con expresiones literarias y no resulta fácil captar un mensaje unificado. Sin embargo, al retratar la experiencia tras la derrota de diversos habitantes, desde el emperador y los líderes políticos hasta los niños, las prostitutas y el crimen organizado, lo que intentó mostrar el autor fue sin duda la forma en la que los japoneses fueron aceptando, por iniciativa propia, las reformas idealistas de la ocupación de parte de Estados Unidos. Es decir que retrató las reformas de la ocupación como un drama en el que ocupantes y ocupados se abrazan a pesar de albergar diferentes expectativas.⁶

En 2002, tres años después de publicar este libro, Dower escribió un artículo criticando a George W. Bush por intentar justificar la ocupación de

⁶ John W. Dower, *Embracing Defeat*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1999.

Irak con base en la de Japón.⁷ En él, Dower dijo que “la ocupación de Japón fue un caso exitoso y digno de atención desde cualquier estándar con que se mire” y, aunque reconoce que Estados Unidos logró trasplantar con éxito la democracia a Japón, afirmó que Irak no cuenta con las condiciones necesarias para ello. Como condición principal, señaló la existencia de una sólida tradición democrática. En efecto, Dower argumentó que la democracia se había arraigado en Japón precisamente porque Estados Unidos llevó a cabo reformas progresivas basadas en el New Deal y sobre la acumulación histórica del país.

De lo anterior, se desprende que actualmente existe un amplio consenso acerca de las causas de la norteamericanización de Japón mediante la ocupación. Es decir, las reformas de la ocupación lideradas por Estados Unidos se basaron en la continuidad con la historia del desarrollo de la democracia en Japón y fueron exitosas por marcar un quiebre en el sentido de impulsarlas a pasos agigantados. A causa de esto, el país vivió un proceso de norteamericanización.

PERIODO DE RECUPERACIÓN ECONÓMICA SOCIALISTA

Sin embargo, ¿será posible explicar esta norteamericanización de Japón únicamente a través del éxito de las reformas de ocupación? Esta duda surge al pensar que sería difícil que las reformas de posguerra se asentaran sin la estabilización de la economía.

Al principio, con el fin de despojar a Japón de su capacidad beligerante, Estados Unidos pretendía imponer indemnizaciones estrictas; además, las reformas que apuntaban a la “desmilitarización” y la “democratización” eran inseparables de las políticas para debilitar la economía nipona. Por ejemplo, el informe preliminar de Edwin W. Pauley, fechado en diciembre de 1945, bajo la premisa de bajar el estándar de vida de los japoneses a los niveles que tenía a mediados de la década de los veinte, consignó numerosas instalaciones fabriles —principalmente arsenales militares— que podían destinarse a la indemnización. De hecho, se buscaría desmantelar y

⁷ John W. Dower, “Lessons from Japan about War’s Aftermath”, *New York Times*, 27 de octubre de 2002.

trasladar al extranjero tales instalaciones. Considerando que las estrictas indemnizaciones posteriores a la Primera Guerra Mundial fueron una de las causas que llevaron al nazismo en Alemania, era necesario afirmar que no había garantías de que las reformas acompañadas de políticas de debilitación económica fueran a arraigarse.

En realidad, hacia finales de 1946, cuando la Constitución de Japón ya se había promulgado y a grandes rasgos las reformas se habían efectuado, la economía nipona estaba al borde del colapso y la sociedad estaba sumida en el caos. Con el descenso en la producción minera y fabril como telón de fondo, había una gran escasez de bienes, así como de alimentos y artículos de primera necesidad, lo que generaba una inflación extrema. Aunque el gobierno continuó con los sistemas de racionamiento y precios oficiales instaurados durante la guerra, éstos no fueron suficientemente efectivos, por lo que la gente sobrellevó el hambre gracias al mercado negro, un espacio de comercio libre e ilegal. La escasez de vivienda provocada por los bombardeos aéreos y el desempleo causado en parte por la retirada de las colonias y la desmovilización eran extremadamente graves. En este contexto, la formación de sindicatos que las reformas de posguerra incentivaron, suscitó movimientos vehementes en favor de un alza en los salarios.

Aparte de eso, el que controlaba muchos de estos sindicatos era el Partido Comunista Japonés (PCJ), legalizado por las Fuerzas Aliadas tras la derrota. Su secretario general, Kyūichi Tokuda, con su discurso “Comida antes que Constitución”, se granjeó el apoyo del pueblo, que sufría las penurias de la vida cotidiana, y bajo el alero de la ofensiva laboral, intentó derrocar al gobierno del Partido Liberal, encabezado por Shigeru Yoshida, para hacerse con el poder político. De esta forma, se planificó la huelga general del primero de febrero de 1947. Ésta no llegó a realizarse al ser cancelada por MacArthur, quien la consideró contraria a los objetivos de la ocupación.⁸ Sin embargo, se convertiría en una oportunidad para que el SCAP revisara sus políticas de ocupación.

El 6 de febrero, cinco días después de la fallida huelga, se formó el Consejo para la Recuperación Económica, como una instancia de coopera-

⁸ Akimasa Miyake “2.1 suto ha Naze Kyōkōsarenakatta ka” (¿Por qué no se realizó la huelga del primero de febrero?), en Akira Fujiwara, *et al.* (eds.), *Nihon Kindaishi no Kyojō to Jizuzō 4* (Ilusión y realidad en la historia moderna de Japón 4), Tokio, Ōtsuki Shoten, 1989.

ción entre patrones y trabajadores para recuperar la economía. En él participaron diversas agrupaciones económicas como los principales sindicatos: la Sōdōmei (Federación de Sindicatos de Trabajadores), el Sanbetsu Kaigi (Consejo de Sindicatos por Rubro) y la Comisión Industrial de Japón, precursoras de las actuales Federación Comercial Japonesa y de la Asociación de Ejecutivos. Tal como queda claro por la participación no sólo de la Sōdōmei, de tendencia socialista, sino del Sanbetsu Kaigi, de tendencia comunista, la necesidad de recuperar la economía constituía, por así decirlo, un consenso ciudadano. El SCAP acogió favorablemente la formación de este Consejo para la Recuperación Económica.

El 17 de marzo de 1947, el comandante supremo MacArthur ofreció su única conferencia de prensa mientras estuvo en el cargo. En ella indicó que la primera etapa, la desmilitarización, ya estaba finalizada; la segunda, la democratización, estaba por hacerlo, y la tercera, la recuperación económica, permanecía pendiente. Para lograrla, era indispensable la reapertura del comercio y la firma de los tratados de paz. Además, cinco días después, el 22 de marzo, MacArthur envió al primer ministro Yoshida una misiva en la que aseveraba que si no se avanzaba en la recuperación económica, era posible que las reformas efectuadas durante la ocupación corrieran el riesgo de no servir. Por ello, le indicó que implementara el control económico centrado en la Agencia para la Estabilización Económica; es decir que con ocasión de la huelga del primero de febrero, el SCAP cambió las políticas de debilitación económica por el fomento a la recuperación de la economía.

La recuperación económica del segundo periodo puede considerarse de carácter socialista.⁹ Tal como se aprecia en la carta de MacArthur del 22 de marzo de 1947, el pilar de las políticas consistió en el control económico por parte del Estado. Obedeciendo las instrucciones de dicha carta, el primer ministro Yoshida expandió ampliamente la organización y autoridad de la Agencia para la Estabilización Económica y la situó sobre las otras agencias gubernamentales, empezando por el Ministerio de Hacienda. Además, el gobierno de Yoshida adoptó el sistema de producción prioritaria propuesto por Hiromi Arisawa: economista marxista que era el cerebro del PSJ. Este

⁹ Kōji Nakakita, *Keizai Fukkō to Sengo Seiji (La recuperación económica y la política de la posguerra)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1998.

sistema era un plan en que el Estado ejercería un fuerte control económico para concentrar los fondos, el personal y los recursos en las industrias prioritarias de la minería del carbón y la industria del acero, con el fin de aprovecharlas como impulso para la recuperación de toda la economía nipona.

No obstante, la base política del gobierno de Yoshida era la facción de derecha del Partido Liberal, por lo tanto era en esencia liberalista y por ello existían grandes limitaciones para la promoción de políticas como las antes mencionadas. Es decir, había una discrepancia entre el contenido de las políticas exigidas por el SCAP y el marco de autoridad política. El 25 de abril se realizó una elección general que resultó dominada por el PSJ de corte centro-izquierdista, que se volvió la primera oposición. Luego, gracias a la decisión de colaborar tomada entre partidos de centro-derecha, Demócrata y de Cooperación Popular, el primero de junio se formó el gobierno encabezada por Tetsu Katayama del PSJ. Los *New Dealers*, que controlaban el SCAP, acogieron favorablemente a este gobierno de coaliciones centrista. El gobierno de Katayama promovió el sistema de producción prioritaria centrado en la Agencia para la Estabilización Económica y, como parte de ello, planificó la administración estatal de la minería del carbón.

Además, junto con el control económico, el gobierno de Katayama posicionó la cooperación entre patrones y trabajadores como un medio importante para la recuperación de la economía. Y el encargado de emprender esta tarea fue el Consejo para la Recuperación Económica. Éste ya se había formado desde el 6 de febrero de 1947, a partir de la propuesta del Sōdōmei, el sindicato de tendencia socialista. Consistía en una organización cooperativa de carácter corporativista entre los sindicatos y las demás agrupaciones económicas principales, aparte del Sanbetsukaigi, de tendencia comunista. Sin embargo, este Consejo no había colaborado activamente con el gobierno de Yoshida; pero ahora que se había formado el gobierno de Katayama, la agrupación fue reconocida y comenzó a desarrollar la recuperación productiva en cooperación con el gobierno.

También, el SCAP apoyó los esfuerzos de recuperación económica del gobierno de Katayama. Así, aunque con amplias restricciones, el 15 de agosto se reabrió el comercio internacional entre empresas privadas. Al mismo tiempo, para fomentar el comercio, se creó un fondo rotatorio para las importaciones y exportaciones. Al reflexionar sobre la Gran Esfera de

Coprosperidad del Este Asiático, promovida durante la guerra, el PSJ mantendría que la economía nipona no podía subsistir sin el comercio con el extranjero, por lo que apoyaría el orden económico internacional abierto centrado en Estados Unidos. Como además el gobierno deseaba participar en él, acogió la reapertura del comercio como el primer paso para ello. La recuperación económica socialista basada en el control estatal y en la cooperación entre patrones y trabajadores impulsada por el gobierno de Katayama conformaban las condiciones previas para que la economía nipona pudiera subsistir dentro del orden económico internacional abierto.

Las políticas económicas del gobierno de Katayama finalmente no dieron resultado, debido a que la recuperación de la productividad minera y fabril no progresaba con la celeridad necesaria, lo que impidió que la inflación pudiera contenerse lo suficiente. El 10 de marzo de 1948, el gobierno de Katayama se vio obligado a renunciar en masa a causa de un problema en torno a los salarios de los funcionarios públicos. No obstante, se mantuvo el marco de la alianza entre los partidos Socialista, Demócrata y de Cooperación Popular, con lo que se organizó el gobierno de Hitoshi Ashida, del Partido Demócrata. Este gobierno tampoco tuvo éxito en contener la inflación. Más allá de eso, incluso se vio envuelto en un escándalo de corrupción, producto de la economía de control, conocido como el caso Shōwa Denkō, por lo que renunció en pleno el 7 de octubre. En su reemplazo asumió el gobierno el Partido Liberal, encabezado por Yoshida.

PERIODO DE RECUPERACIÓN ECONÓMICA LIBERAL

A fines de 1948, comenzaría el tercer periodo: el de la recuperación económica liberal. El 19 de diciembre, MacArthur envió una carta al primer ministro Yoshida con instrucciones para llevar a cabo nueve principios de estabilización económica transmitidos por el gobierno de Estados Unidos: alcanzar un presupuesto equilibrado, fortalecer la recaudación de impuestos, contener el financiamiento de las instituciones financieras, estabilizar los salarios y fortalecer el control de los precios, entre otros. Por medio de éstos, se intentaba controlar la inflación y así definir una tasa de cambio unitaria y reabrir plenamente el comercio, con el fin de recuperar la economía. Mientras la recuperación económica del segundo periodo había pre-

tendido una reconstrucción interna del país por sus propios medios, con miras a la reapertura plena del comercio, en este tercer periodo se intentaba una recuperación mediante el comercio exterior y la fijación de una tasa de cambio. Sin embargo, estos nueve principios de estabilización económica daban suma importancia al control de la economía como medio para contener la inflación.

A diferencia de la recuperación económica del segundo periodo, la del tercero no consistía en dar fluidez a las políticas de ocupación, sino que se basaba en la perspectiva de la Guerra Fría. Además, no fue dirigida por el SCAP, sino directamente por el gobierno de Estados Unidos. Los nueve principios de estabilización económica fueron elaborados sobre la base de la política NSC13/2, adoptada el 9 de octubre en el Consejo de Seguridad Nacional. El encargado de liderar la redacción de estas nuevas medidas estadounidenses hacia Japón fue George F. Kennan, el creador de la política de contención al comunismo. Como parte de las políticas de la Guerra Fría a escala mundial, Kennan pretendía evitar la continuidad del poderío del comunismo en Japón; la estrategia consistía en sustituir las políticas de ocupación de “desmilitarización” y “democratización” por las de “recuperación económica”, con el fin de evitar la penetración del comunismo en Japón y fortalecer su postura como base estratégica para contener a la Unión Soviética en el Lejano Oriente. Es decir, la recuperación económica se entendió como una forma de norteamericanizar Japón e incorporarlo al bloque Occidental.¹⁰

El primero de febrero de 1949, Joseph M. Dodge, presidente del Banco de Detroit, visitó Japón como asesor financiero del SCAP, con lo que los nueve principios de estabilización económica comenzaron a implementarse plenamente. Dodge era un clásico liberal a quien disgustaban tanto las políticas de gasto keynesianas como las del control económico de tipo socialista. Por ello, para contener la inflación enfatizó políticas de austeridad fiscal y bursátil en lugar de controlar los precios y salarios, eliminando así el control sobre la economía. La serie de políticas promovidas por Dodge incluían la fijación de un presupuesto estable y de una tasa de cambio única de 370

¹⁰ Takeshi Igarashi, *Tainichi Kōwa to Reisen* [La paz con Japón y la Guerra Fría], Tokio, University of Tokyo Press, 1986.

denes por dólar, la cancelación del control económico, la abolición de la administración estatal de la minería del carbón y la reducción de la autoridad y organización de la Agencia para la Estabilización Económica. A todas estas políticas se les conoce como la Línea Dodge (*Dodge Line*).

Sería el gobierno liberal de Yoshida, victorioso en las elecciones generales del 23 de enero de 1949, el encargado de implementarlas. Tal como lo indica su nombre, el Partido Liberal criticaba la economía socialista controlada y abogaba por una economía de corte liberal. En ese sentido, la Línea Dodge coincidía con sus políticas. Empero, sus políticas fiscales y bursátiles tradicionales no eran de austeridad, sino más bien bastante activas. Además, en el gobierno de Yoshida previo a la formación del gobierno socialista de Katayama, el ministro de Hacienda había sido el keynesiano Tanzan Ishibashi. Aun así, Yoshida obedeció las instrucciones de Dodge e implementó políticas de austeridad en las esferas fiscal y bursátil.

Es también importante destacar que en virtud de la Línea Dodge se procuró debilitar a los sindicatos. Esta línea, que partía de las políticas de austeridad, produjo una recesión profunda que causó la reducción de personal en las empresas privadas y en las agencias de gobierno. Como parte de ese proceso, junto con el despido de funcionarios miembros del PCJ (acto conocido como la Purga Roja), se redujo en las empresas el derecho de los sindicatos a opinar sobre la administración. Asimismo, se enmendaron las leyes sobre sindicatos y se aumentaron las restricciones para los movimientos sindicalistas.

En pocas palabras, la Línea Dodge no consistía en una vuelta a la situación previa a la guerra, sino que era una medida liberal¹¹ que negaba por completo las políticas del PSJ que apuntaban hacia la recuperación económica mediante el control de la economía y la cooperación entre patrones y trabajadores. En ese contexto, el PSJ solicitó la rectificación de la Línea Dodge; sin embargo, el tema central de esta solicitud consistía en una moderación de las políticas de austeridad fiscal y bursátil, por lo que en ese sentido no pasó de una evaluación para bajar la tasa de cambio, es decir que aunque el PSJ criticaba la Línea Dodge, estaba de acuerdo con los

¹¹ Hideo Ōtake, *Adenaua to Yoshida Shigeru (Adenauer y Shigeru Yoshida)*, Tokio, Chūōkoronsha, 1986.

objetivos de procurar la recuperación económica de Japón dentro de un orden económico internacional abierto y centrado en Estados Unidos.

Aparte de eso, con la Línea Dodge la hegemonía del movimiento sindical pasó del Partido Comunista al Socialista. Después de la huelga del primero de febrero, sin embargo, poco a poco habían aumentado las críticas hacia los comunistas por enfatizar la lucha por el alza de los salarios en lugar de la recuperación económica. En el proceso de las reducciones de personal marcado por la Línea Dodge surgió la hegemonía de los sindicatos socialistas, como el Sōdōmei. La oficina de asuntos laborales del SCAP también patrocinó este desarrollo. A causa de esto, el 11 de julio de 1950 se formó como central sindical el Consejo General de Sindicatos de Japón (conocido por su abreviatura, Sōhyō), que reunía a los sindicatos no comunistas con el fin de oponerse al debilitamiento sindical promovido por la Línea Dodge. Además, con el mismo propósito de buscar la colaboración internacional, el Sōhyō se afilió a la occidental Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.¹²

Originalmente, la Línea Dodge no consistía en simples políticas de austeridad, sino que conformaba un plan integral con la asistencia del programa de Recuperación Económica en Áreas Ocupadas (EROA, por sus siglas en inglés), el cual básicamente tenía la misma función que el Plan Marshall para los países de Europa Occidental.¹³ Entonces, el PSJ y los sindicatos bajo su influencia apoyaron a Estados Unidos en la etapa en que sus políticas de Guerra Fría se centraban en medios económicos y no militares para promover la recuperación, y prevenir así la penetración de la influencia comunista en los países occidentales. Por otro lado, a medida que la Guerra Fría se intensificaba, el Partido Comunista, cuya postura de resistencia hacia Estados Unidos se fortalecía, fue perdiendo drásticamente su influencia en los sindicatos. Así fue como las políticas estadounidenses de la Guerra Fría para norteamericanizar Japón por medio de la recuperación económica alcanzaron el éxito.

¹² Kōji Nakakita, *Nihon Rodō Seiji no Kokusai Kankei Shi (Historia de las relaciones internacionales en la política laboral japonesa)*, Tokio, Iwanamishoten, 2008.

¹³ Yoshio Asai, *Sengo Kaikaku to Minshushugi (La democracia y las reformas de posguerra)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 2001.

PERIODO DE MILITARIZACIÓN

Un acontecimiento inesperado, sin embargo, cambió repentinamente la situación, lo cual condujo al cuarto periodo: el de la militarización. Se trataba del estallido de la Guerra de Corea, acontecido el 25 de junio de 1950. En este conflicto, Corea del Norte, incentivado por la adopción china del comunismo, invadió Corea del Sur con la intención de unificar la península por la fuerza, tomando por sorpresa a Estados Unidos. Para llenar el vacío dejado por la salida del ejército estadounidense estacionado en Japón, MacArthur instruyó al primer ministro Yoshida la creación de una Reserva Nacional Policiaca. Esta institución se convertiría, a la postre, en las actuales Fuerzas de Autodefensa. Las políticas básicas de desmilitarización implementadas durante la ocupación fueron corregidas ampliamente para dar inicio a la remilitarización japonesa.

La militarización de las políticas estadounidenses durante la Guerra Fría se apreció también en el ámbito económico. Los ejemplos más claros fueron que Japón se convirtió en la base logística para la Guerra de Corea y que se reinició la producción de armamento. Además, tras estallar la guerra, la economía nipona profundizó su dependencia en el aprovisionamiento especial para Corea, es decir, en el abastecimiento de bienes y servicios para el ejército estadounidense y sus dólares. Por un lado, este aprovisionamiento especial rescató a la economía japonesa de la recesión ocasionada por la Línea Dodge, pero por el otro, tras el inicio de la Guerra en Corea, el comercio con la China continental, controlada por el Partido Comunista, se vio muy restringido en cuanto a materiales estratégicos; después, con motivo de la participación bélica del Ejército de Voluntarios Chinos, fue prohibido por completo. Es decir que a causa de la Guerra de Corea, además de militarizarse, la economía nipona pasó a depender de Estados Unidos.

El gobierno liberal de Yoshida cooperó con tales políticas estadounidenses. La remilitarización era deseable para las fuerzas conservadoras que aspiraban al retorno a la situación previa a la guerra y además los círculos financieros que apoyaban al gobierno de Yoshida habían recibido con buenos ojos la recuperación económica provocada por el aprovisionamiento especial para la guerra. Empero, desde el punto de vista de la recuperación económica, el Partido Socialista albergaba ante ello una sensación de peli-

gro, ya que la economía militar dependiente de Estados Unidos era de desgaste, por lo que se temía que bajara el nivel de vida de los trabajadores. La anterior era una de las lecciones aprendidas del colapso económico nipón durante la Segunda Guerra Mundial. Así, el PSJ presentaba como propuesta alternativa el comercio pacífico dentro de un orden económico internacional abierto que incluyera a la China comunista, lo que permitiría la autonomía de la economía nipona. Con base en esta idea, los socialistas no sólo se opusieron a la remilitarización, sino que también pugnaron por una paz general con los países del bloque Oriental, incluida la Unión Soviética.

De hecho, ya el 13 de septiembre de 1949, en la conferencia entre el secretario de Estado de Estados Unidos, Dean G. Acheson, y el canciller británico, Ernest Bevin, se había acordado avanzar en la paz con Japón, aunque no participase la Unión Soviética. Ante estos movimientos por la paz, el PSJ tenía decidido exigir una paz general, alegando neutralidad frente a los bloques Oriental y Occidental, a partir del propósito de la Constitución de Japón que proclamaba la renuncia a la guerra. Sin embargo, desde antes del estallido de la Guerra de Corea, el argumento de neutralidad de los socialistas se había restringido al ámbito militar, porque en el político y económico habían priorizado la cooperación con Estados Unidos. Además, pensaban que había margen para concesiones con respecto a la paz general. Empero, una vez comenzada la guerra, principalmente las facciones izquierdistas del PSJ comenzaron a alegar la paz general y la neutralidad.¹⁴

Este cambio del PSJ se debió a la intervención del Sōhyō, la central sindical que constituía el mayor grupo de apoyo a los sindicatos. Antes de la Guerra de Corea, aunque insistía en una paz general, el Sōhyō había manifestado su consentimiento a una paz parcial con Estados Unidos y el Reino Unido, entre otros. Sin embargo, después de iniciada la guerra, a partir del temor a que la militarización de la economía provocara una reducción del nivel de vida de los trabajadores, comenzó a criticar las políticas estadounidenses de Guerra Fría, y a insistir con entusiasmo en la neutralidad. Finalmente, la asamblea general del Sōhyō, de marzo de 1951, rechazó en bloque su membresía de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres a causa de su apoyo a Estados Unidos en la Guerra de Corea.

¹⁴ Kōji Nakakita, *op. cit.*

De esta forma, debido a que con dicho conflicto las políticas estadounidenses durante la Guerra Fría pasaron de ser económicas a militares, el Partido Socialista y el Sōhyō cambiaron su postura a favor de Estados Unidos. Considerando que durante la Guerra Fría la influencia del comunismo centrado en la Unión Soviética había penetrado en el PSJ y en los sindicatos, y que esto apuntaba a una posible adopción del comunismo en Japón, a Estados Unidos le resultaba una situación extremadamente preocupante. El 8 de septiembre de 1951, con la firma del Tratado de Paz que excluía a la Unión Soviética y a China, entre otros, y luego de su entrada en vigor el 28 de abril del año siguiente, se dio término a la ocupación. No obstante, aun después de eso, Estados Unidos continuó temiendo la posibilidad de que Japón adoptara una postura neutral a causa de las presiones del Partido Socialista y del Sōhyō.

CONCLUSIONES

En las líneas precedentes se ha discutido la ocupación estadounidense de Japón, clasificándola en cuatro etapas desde el punto de vista del proceso y alcance de la norteamericanización del país. Este proceso avanzó principalmente durante el segundo y tercer periodos.

El segundo periodo fue una época en que, tras el impacto de la huelga del primero de febrero, sería el SCAP, estacionado en Japón, el encargado de tomar las decisiones en lugar de que se tomaran desde Estados Unidos. Además, las políticas de ocupación fueron arraigándose gracias a las respuestas a las demandas de los actores políticos de Japón, que pedían la recuperación de la economía. Como consecuencia de las medidas del SCAP para el incentivo sindical que comenzó con la Ley de Sindicatos, progresó la recuperación económica socialista centrada en el control económico y la cooperación entre patrones y trabajadores, a cargo de un consolidado Partido Socialista. El SCAP lo apoyó de manera indirecta, lo que fue bien recibido por casi todos los actores políticos de Japón.

Con el trasfondo del agravamiento de la Guerra Fría, el tercer periodo fue una época en que, bajo el liderazgo del gobierno de Estados Unidos, se promovió la recuperación económica con el objetivo de fortalecer a Japón como base estratégica para contener a la Unión Soviética en el Lejano

Oriente. Aunque fue algo realizado desde el punto de vista de la Guerra Fría, en este periodo se apoyó la recuperación económica según las intenciones de Japón, con el fin de incorporarlo al bloque Occidental. Además, Estados Unidos no intentaba marginar del orden económico internacional abierto a los países del bloque Oriental, puesto que consentía el comercio entre China y Japón. Por eso, aunque se promovió una recuperación económica liberal, el PSJ y los sindicatos bajo su influencia mantuvieron una postura amigable hacia Estados Unidos.

Con el estallido de la Guerra de Corea, sin embargo, y el ingreso en el cuarto periodo, las políticas estadounidenses de la Guerra Fría se fueron remilitarizando. Se acabó el margen para apoyar la recuperación económica de Japón y se privilegió la inclusión del país de manera dependiente a la red de alianzas militares del bloque Occidental. Si bien es cierto que el aprovisionamiento especial ocasionado por la Guerra de Corea fomentó la recuperación económica japonesa, eso no fue más que una consecuencia. Una vez terminado el conflicto, se preveía que dicho abastecimiento se extinguiría, por lo que una vez asentado, resultaría difícil abandonar el complejo militar-industrial. El PSJ y el Sōhyō tenían aprehensiones acerca de la militarización de la economía, por lo que dieron un vuelco a su postura a favor de Estados Unidos.

El 28 de abril de 1952, Japón recuperó su soberanía y logró su autonomía política. Sin embargo, su economía dependía del aprovisionamiento especial cuya duración era sólo temporal. Luego, el 27 de julio de 1953, se firmó el Armisticio de Corea. Al interior del gobierno de Yoshida y de los círculos económicos enfrentados a la disminución del aprovisionamiento especial, creció la idea de desarrollar la economía por medio de dicho aprovisionamiento, obteniendo asistencia de acuerdo con la Ley de Seguridad Mutua (Mutual Security Act: MSA). Los temores del PSJ y los demás se estaban volviendo realidad.

Estados Unidos, sin embargo, evitó brindar montos elevados de asistencia y solicitó una nueva implementación de la Línea Dodge. Es decir, exigió la aplicación de políticas de austeridad para alcanzar la autonomía económica a través del comercio internacional. Para apoyar tal proceso, patrocinó el ingreso de Japón en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés). Esta actitud hacia

Japón se confirmó con la NSC5516/1, definida el 9 de abril de 1955. En pocas palabras, Estados Unidos intentaba retornar al tercer periodo de la ocupación, previo al estallido de la Guerra de Corea. Entonces, con el fin de crear un actor político capaz de implementar tales políticas de austeridad, el 15 de noviembre de ese año se formó el Partido Liberal Demócrata (PLD).

El éxito de dichas políticas y el avance del alto crecimiento económico después de 1955, rebatieron los argumentos del Partido Socialista y el Sōhyō, que reclamaban neutralidad. Así, gradualmente fueron perdiendo autoridad y se fue haciendo más sólida la norteamericanización de Japón.¹⁵ ❧

¹⁵ Kōji Nakakita, *1955 nen taisei no seiritsu (Formación del régimen del año 1955)*, Tokio, University of Tokyo, 2002.

China y el tratado de paz con Japón

Retrospectiva en torno al rearme japonés y la Misiva de Yoshida*

Chen Zhaobin

En abril de 1952 entró en vigor el tratado multilateral de paz con Japón, el cual estipuló la terminación del estado de guerra prevaleciente entre esta nación asiática y cada una de las naciones aliadas. Sin embargo, evitó hacer referencia a cuándo se había originado dicha situación.¹ Desde el punto de vista chino, no era necesario remontarse hasta el Incidente de Manchuria acaecido en 1931, pero el punto de partida tenía que ser por lo menos 1937, año en que sucedió el Incidente del Puente de Marco Polo. De igual manera, aunque se ha considerado que el estado de guerra entre Japón y Estados Unidos empezó con el ataque a Pearl Harbor, el origen real de la colisión entre estos dos países había sido la Guerra Sino-Japonesa (1937-1945), tal como lo había testimoniado la *Hull Note*, el ultimátum estadounidense que había reclamado a Japón la retirada de sus fuerzas armadas de China.

Sin embargo China —tanto el gobierno del Partido Nacionalista Chino, Kuomintang (KMT), refugiado en Taiwán, como el del Partido Comunista de China (PCC), formado recientemente en la China Continental— fue excluida del tratado de paz multilateral. Finalmente, a la par de la entrada en vigor de dicho tratado, el KMT firmaría el Tratado de Paz Sino-Japonés, conocido también como Tratado de Taipei, pero las relaciones entre el gobierno comunista y Tokio no se restaurarían hasta después de veinte

* Traducido del japonés de Kazunori Hamada.

¹ No obstante, el artículo 15 del capítulo 5 del Tratado de Paz de San Francisco señaló que si los países aliados reclamaban a Japón derechos de bienes, su fecha de valoración tendría que ser el 7 de diciembre de 1941 y no antes.

años, cuando anunciaron el Comunicado Conjunto del Gobierno de Japón y el Gobierno de la República Popular de China.

El gobierno de Pekín (en lo sucesivo me referiré a él como China) criticó duramente la injusticia de haber sido excluido del tratado durante su proceso de negociación dirigido por el entonces consejero del Departamento de Estado John Foster Dulles, pero la realidad fue que nunca llegó a hacer una contrapropuesta. Como lo ha contado el propio Dulles, en un principio él mismo había previsto que el gobierno comunista propondría alguna opción en representación del pueblo chino, pero no hubo nada. Al final, Dulles criticaría que una vez recibido del gobierno de la Unión Soviética el anteproyecto del tratado, “el gobierno de Beijing no hizo ninguna propuesta basada en los intereses del pueblo chino y sólo se limitó a sostener que estaba de acuerdo con la respuesta soviética a Estados Unidos”.²

Un estudioso de la China Continental ha explicado lo acontecido de la siguiente manera. Mientras Japón estaba ocupado de manera exclusiva por Estados Unidos y China estaba enfrascada en una guerra en la península de Corea con Washington, Pekín no podía hacer progresar las negociaciones de un tratado de paz. Por tal motivo, sus autoridades habían juzgado que “era mejor esperar que las condiciones maduraran y en el futuro resolver este problema, que empezar negociaciones inciertas de manera forzada con Estados Unidos y Japón acerca de un tratado de paz.”³ No obstante, esta explicación no se basó en un escrutinio de fuentes primarias. Desgraciadamente, ahora no es posible constatar los documentos oficiales de China, lo cual dificulta aún más una explicación precisa sobre este problema. Por esta razón, para aclarar su trasfondo y las reacciones por parte de China, este artículo se limitará a reflexionar sobre los intereses del gobierno chino durante el proceso del Tratado de Paz con Japón.

² Gu Weijun, *Gu Weijun Huiyi Lu (Memorias de Gu Weijun)*, vol. 9, traducido por Zhongguo Shehui Kexue Yuan Jingdaishi Yanjiusuo (Instituto de Historia Moderna, Academia China de Ciencias Sociales), Pekín, Zhonghua Book Company, 1989, pp. 150-151.

³ Ling Xiaoguan, “Jianguo Qianhou Zhongguo Gongchandang de dui ri zhengce de xingcheng yu yanbian (“Formación y desarrollo de las políticas del PCC hacia Japón antes y después de la fundación del Estado”), *Zhonggong dangshi ziliao (Documentos de la historia del Partido Comunista de China)*, junio (2006), p. 123.

EN CONTRA DEL REARME JAPONÉS

Frente internacional unificado

En julio de 1950, algunos de los japoneses sospechosos de crímenes de guerra, que habían estado bajo custodia soviética, fueron entregados a China. De acuerdo con uno de ellos, esta extradición había sido realizada para darle ventajas a Pekín en su participación en las negociaciones de paz con Japón. Para ese momento, “en torno a los arreglos de la posguerra con Japón, es decir a la concreción del tratado de paz, la Unión Soviética había reclamado una paz general y se había negado a reconocer como representante de China al gobierno nacionalista de Chiang Kai-Shek, aceptando al PCC”. Se presume que este acuerdo fue decidido entre China y la Unión Soviética en febrero del mismo año, cuando concluyeron el Tratado Sino-Soviético de Amistad, Alianza y Apoyo Mutuo.⁴

Por el momento no podemos encontrar por ningún lugar fuentes primarias que den fe de esta suposición. Sin embargo, viéndolo desde la perspectiva china en su lucha contra el KMT, era cierto que para alcanzar una posición de ventaja en favor de su legitimidad, el PCC hubiera tenido un gran interés por participar en el Tratado de Paz con Japón. Incluso antes de la formación del nuevo gobierno, en junio de 1949, cuando las fuerzas militares comunistas habían tomado el control de Nankín, el Comité Central del Partido había otorgado permiso para que salieran del país el embajador de Estados Unidos John Leighton Stuart y su secretario particular. El PCC estaba sumamente preocupado “de que en ese momento Estado Unidos aprovechara la subsistencia del gobierno del KMT en huida y propusiera un tratado de paz con Japón”. Por eso ordenó al encargado de Nankín que notificara a Stuart lo siguiente:

Nosotros hemos venido declarando que el reaccionario KMT no tiene derecho a representar al pueblo chino, actualmente el gobierno nacionalista está en fuga y pronto desaparecerá por completo, por lo cual cada uno de los países no deberá de tener relación alguna con dicho gobierno. En particular, no deberá

⁴ Kai Tanaka, “Chūkyō Yokuryū Ki 2 (“Crónica de un prisionero de guerra en la China Comunista: 2”), *Hōsō*, núm. 139, mayo de 1962.

discutir sobre un tratado de paz con Japón. Si no nos obedecen, nosotros, así como todo el pueblo chino, nos opondremos con firmeza.⁵

Aproximadamente un mes después, el primero de julio, el Comité Central lanzó una serie de eslóganes para conmemorar el duodécimo aniversario del Incidente del Puente de Marco Polo, los cuales incluían el siguiente mensaje: “¡Firmen con rapidez un Tratado de Paz con Japón basándose en la Declaración de Potsdam!”⁶ Como se puede observar, China había intentado participar de manera activa en el tratado, pero al final sería excluida por Estados Unidos. El 26 de octubre de 1950, Dulles presentó a Yakov Malik los Siete principios para el Tratado de Paz con Japón, pero un mes después, el 20 de noviembre, el representante soviético le daría un *non paper*. El gobierno chino examinó ambos documentos y dos semanas después, el 4 de diciembre, emitió el Comunicado sobre el Tratado de Paz con Japón firmado por el canciller Zhou Enlai. Posteriormente, el 12 de julio del año siguiente, Estados Unidos y el Reino Unido hicieron públicos, tanto en Washington como en Londres, sendos borradores del Tratado de Paz con Japón, y el 20 de julio el gobierno estadounidense envió el aviso de las negociaciones del Tratado de Paz a los países interesados con excepción de China. Ante esto, Zhou Enlai hizo una declaración crítica el 15 de agosto, fecha en que Japón se había rendido.

El Tratado de Paz de San Francisco fue firmado el 8 de septiembre y Zhou Enlai hizo otra declaración para manifestar su posición. Éstas tuvieron en común la reclamación de que China, excluida del proceso, no había autorizado dicho tratado realizado bajo la iniciativa de Estados Unidos, y que había contravenido la Declaración de Potsdam. Otro tema de cuestión consecuente fue la oposición al rearme japonés; apareció nítidamente en la nota editorial del *Renmin Ribao* (*Diario del Pueblo*) publica-

⁵ “Zhonggong guanyu yunxu situ yu fu Jingpo fumei de hishi” (“Instrucción del Comité Central acerca del permiso de la salida a Estados Unidos de Stuart y Fu Jingbo”), en *Zhonggong zhongyan wenjian xuanji 1949* (*Documentos escogidos del Comité Central del pcc, 1949*) editado por Zhongyang dangangan [Archivo Central], vol. 18, Pekín, Central Party School of the Central Committee of the CPC Press, 1992, pp. 324-325.

⁶ “Zhongguo gongchandang zhongyang weiyuanhui jinian ‘qiqi’: kangri zhanzheng shier zhounian kouhao” (“Eslogan del Comité Central del pcc para conmemorar el XII aniversario del ‘7 de julio’ –la guerra antijaponesa”), *Ibid.*, p. 352.

do el 28 de enero de 1951, justo cuando Dulles visitaba Japón para hacer las negociaciones previas. El titular decía: “¡Abajo la conspiración estadounidense que busca el rearme japonés! ¡Un tratado de paz general y justo con Japón!”⁷

Tal tono de oposición al rearme japonés puede observarse en los artículos relacionados con Japón, publicados ocasionalmente en el *Renmin Ribao* durante el proceso de las negociaciones de paz. Aquí recojo tres de ellos. El primer ejemplo fue el artículo de Li Chunqing titulado “No hay artículos políticos”. Fechado el 7 de mayo de 1951, se centró en criticar el borrador del tratado de paz redactado bajo la iniciativa estadounidense, señalando que el objetivo político de la Declaración de Potsdam no se había reflejado en el documento.⁸ De padre y de abuelo de origen taiwanés, Li estudió en la Facultad de Sociología de la Universidad Central de Ciencias Políticas ubicada en ese tiempo en Nankín. Después en 1936, empezaría a estudiar en la Universidad de Nihon y durante la Guerra Sino-Japonesa publicó varios comentarios político-económicos como periodista del *Ta Kung Pao*. Luego de la formación de la nueva China, trabajó en el *Ta Kun Pao* de Shanghai. Posteriormente fue el vicepresidente de la sucursal del mismo periódico en Tianjín y finalmente, en 1954, ocupó un puesto como investigador en el laboratorio de producción del Departamento de Propaganda del Comité Central del PCC, así como en el Instituto de Relaciones Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores.⁹ Considerando que la publicación de dicho artículo fue precisamente antes de junio de 1951, fecha en que se publicaron los *Problemas de paz con Japón* —libro que trataba sobre el borrador del Tratado de Paz escrito por Dulles¹⁰— se puede suponer que el articulista lo había consultado previamente.

⁷ Tian Huan (ed.), *Zhanhou zhongri guanxi wenjianjiu 1945-1970 (Documentos de las relaciones chino-japonesas de la posguerra 1945-1970)*, Pekín, China Social Science Press, 1996, pp. 89-91, 93-104.

⁸ Li Chunqing, “Meiyou zhengzhi tiaokuan: meizhi duiri heyue caoan kongbai de yizhang [No hay artículos políticos: un capítulo vacío en el tratado de paz con Japón propuesto por Estados Unidos]”, *Renmin Ribao*, 7 de mayo de 1951.

⁹ Li Chunqing, *Bigeng wushinian (Cincuenta años con pluma)*, Pekín, SDX Joint Publishing Company, 1994, pp. 538-539, 579, 610-612.

¹⁰ Li Chunqing, *Duirihyue wenti: chi meizhi duiri heyue caoan (Problemas en la paz con Japón: crítica al borrador del Tratado de Paz con Japón por Estados Unidos)*, Pekín, World Affair Press, 1951.

El segundo ejemplo fue el artículo de Lin Tianmo titulado “La Declaración de Potsdam fue destrozada completamente por Estados Unidos”. Aproximadamente medio año antes, el 16 de enero, Lin había publicado otro artículo titulado “Crítico el memorándum estadounidense sobre la paz con Japón”, pero el artículo en cuestión, fechado el 26 de julio y publicado para conmemorar el sexto aniversario de la Declaración de Potsdam, desarrolló un argumento similar.¹¹ El tercer ejemplo fue el artículo de Xu Ming, “Los pueblos de los países asiáticos y oceánicos se oponen firmemente al tratado de paz unilateral con Japón propuesto por Estados Unidos”, publicado el 31 de agosto. Como lo indica su título, recogió las voces de Asia y Oceanía, pero también las de Japón, las cuales estaban en contra de un tratado de paz unilateral.¹² El punto más importante es que estos tres artículos coincidieron de manera consistente con el argumento sobre “la negativa hacia el rearme de Japón”.

Hubo dos razones por las cuales China había enfocado su oposición en el problema del rearme japonés. Primero, había juzgado que sería la crítica más eficaz por la exclusión china del tratado de paz; es decir, consideró que, además de que la Declaración de Potsdam estipulaba el desarme japonés, ése sería el tema que podría atraer el apoyo y las simpatías de los otros países asiáticos y oceánicos, los cuales habían tenido la misma experiencia de invasión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial.

Por ejemplo, con respecto a los países asiáticos por lo menos, la nota editorial del *Renmin Ribao*, fechada el 16 de agosto de 1951, señalaba que “si Estados Unidos llevaba a cabo una política encaminada a un rearme de Japón en gran escala, este país sería una nueva amenaza grave para los pueblos de los países asiáticos”. La misma nota editorial sostuvo que “durante la guerra, el imperialismo japonés había invadido a los pueblos asiáticos, ocasionándoles daños insólitos en su historia. La matanza perpetrada por Tomoyuki Yamashita, conocido también con mote del *Tigre de*

¹¹ Lin Tianmo, “Bocitan gonggao yi bei meiguo cedi pohuai la (“La Declaración de Potsdam había sido destrozada completamente por Estados Unidos”), *Renmin Ribao*, 26 de julio y 16 de enero de 1951.

¹² Xu Ming, “Yaao geguo renmin jianjue fandui meiguo feifa dandu dui gouhe (Los pueblos de los países asiáticos y oceánicos se oponen firmemente al tratado de paz unilateral con Japón propuesto por Estados Unidos”), *Renmin Ribao*, 31 de agosto de 1951.

Malasia, hacia los pueblos de Malasia y Filipinas, era un caso que jamás olvidarían los pueblos asiáticos”.¹³

Lo anterior mostraba cómo muchos esfuerzos se centraban en atraer la experiencia antijaponesa que compartían. Por otra parte, en ese tiempo, dentro de la Mancomunidad Británica también había un grupo que estaba sumamente alarmado por el posible renacimiento del militarismo del País del Sol Naciente. En el Comité Operacional de la Mancomunidad, celebrado en Londres en mayo de 1950, “Australia y Nueva Zelanda —sobre todo esta última— no habían demostrado gran interés por la problemática en torno a cómo proteger a Japón de la amenaza del comunismo, resistiéndose al rearme japonés”.¹⁴

Empero, finalmente, los países de la Commonwealth lograron asegurar su seguridad nacional a través del establecimiento de un tratado con Estados Unidos y los países asiáticos que, con excepción de India y Birmania, participaron en la junta para negociar la paz en San Francisco. Lo anterior demostró que la campaña china en contra del rearme japonés no había tenido éxito, pero al parecer China no lo tomaría así, ya que continuaría con ella después de la Paz de San Francisco. Esta campaña, no obstante, se llevaría a cabo no como una solidaridad entre estados, sino como un ente más amplio que buscaba trascender las fronteras. Es decir, se trataba de apelar a las masas de los trabajadores —“camaradas”— del mundo y de crear una solidaridad entre todas las personas del mundo simpatizantes con “el anhelo de paz”.

El primer punto, por ejemplo, se observaría en las palabras de Liu Ningyi, quien presentó un informe titulado “No al rearme japonés impulsado por Estados Unidos” en una reunión del Consejo Ejecutivo de la Confederación Mundial del Trabajo. Al comienzo del informe dijo, sin rodeos, que “la existencia del militarismo japonés era una amenaza grave para la paz mundial”.¹⁵ Por lo que toca al segundo punto, lo demostraría la

¹³ “Fandui meiyng dandu dui ri gouhe (“No al Tratado de Paz por separado con Japón de Estados Unidos y el Reino Unido”), *Renmin Ribao*, 16 de agosto de 1951.

¹⁴ Chihiro Hosoya, *Sanfuranshisuko Kōwa he no Michi (El camino a la Paz de San Francisco)*, Tokio, Chūō Kōron, 1982, pp. 91-92.

¹⁵ “Fandui meiguo congxin wuzhuang riben” (“No al rearme japonés por Estados Unidos”), *Renmin Ribao*, 9 de julio de 1951.

realización de la Conferencia de Paz de Asia-Pacífico. Celebrada en Pekín en octubre de 1952, ésta había tenido como origen la Junta Directiva de Paz Mundial organizada en Berlín en febrero del año anterior, donde fue aceptada la propuesta de Guo Moluo. En cuanto a los participantes de la Conferencia, se sostuvo que Mao Zedong puso énfasis en que “debería de expandir la forma de seleccionarlos” y dijo que “no sería divertido sólo tener personas de las izquierdas. Podrían ser incluso antirrevolucionarios, si abogaban por la paz y se oponían a la invasión, por más canallas que fueran, era más que suficiente”.¹⁶

Mao Zedong enmarcó la Conferencia dentro de la formación de un frente nacional y expresó:

¿Cuál será el eslogan para el frente internacional? Antes nosotros habíamos estipulado que nos oponíamos al imperialismo y al feudalismo, que derrocaríamos todo imperialismo. Después estipulamos el lema del frente antijaponés para excluir a Japón en términos internacionales, el cual se expandió muy ampliamente, incluso en el Reino Unido y en Estados Unidos. En el ámbito nacional, logramos que nos apoyaran todos los terratenientes y grandes burgueses del KMT, salvo los Hanjian (colaboradores de Japón). Durante la Guerra de la Liberación declaramos la oposición a Chang Kai-Shek y su reaccionario KMT, el cual atrajo a una parte de los grandes burgueses. Y después de la liberación, ¿qué reclamaremos en el ámbito internacional? Un eslogan antiimperialista como antes ya no sirve. En vez de eso, vamos a estipular la paz. La paz significa la oposición a la invasión. Resistir a Estados Unidos y apoyar a Corea no es otra cosa que la paz.

Y en el manifiesto de la Conferencia dijo que la paz con Japón y la conclusión del Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón aceleraba la resurrección del militarismo japonés.¹⁷ La palabra “paz” mencionada aquí está muy vinculada con la negativa hacia el “rearme nipón”.

¹⁶ Fu Yi, “Yijiuwuer nian yatai hehui [Conferencia de Paz de Asia y del Pacífico de 1952]”, en *Documentos de la historia del Partido Comunista de China, op. cit.*, febrero 2002, pp. 179, 184-185. En el texto original “canallas” se escribe como *wugui wangbadan*, algo así como “hijos de puta”.

¹⁷ *Ibid.*, p. 184.

Refugios subterráneos en China, Japón y Corea

Como hemos observado, la campaña en contra del rearme japonés tenía una buena razón: era una forma eficaz de formar un frente internacional. Sin embargo, hubo una segunda razón por la cual Pekín se negaba al rearme. Junto al temor dejado por el ejército japonés durante la guerra, precisamente en ese momento se estaba dando otra nueva guerra en la península de Corea.

¿En qué momento Mao Zedong consideró que el objetivo de Estados Unidos en la Guerra de Corea (1950-1953) era buscar una expansión hacia la China Continental? Muchos han establecido que la idea de una amenaza estadounidense hacia el régimen comunista chino apareció primero cuando Truman destituyó a Douglas MacArthur, y logró su punto más álgido en julio de 1953, cuando firmaron el armisticio.¹⁸ Lo anterior prueba que China seguía alarmada, al menos durante las negociaciones de paz con Japón, por la amenaza expansionista de Estados Unidos. Además, dado que las mismas fuerzas estadounidenses habían mostrado sus limitaciones cuando quedaron estancadas en los campos de batalla, los temores de una movilización de las tropas del KMT establecidas en Taiwán y del potencial militar japonés se hicieron más fuertes.

De hecho, el 30 de junio de 1951, el *Renmin Ribao* transmitió una información desde Tokio, la cual decía que “recientemente los 280 bombarderos y reactores de caza estadounidenses del aeropuerto militar de Yokota los habían pintado por completo con las insignias del KMT y una docena de ellos habían desaparecido del mismo aeropuerto de manera misteriosa” y expresó una fuerte alarma argumentando que Estados Unidos estaba pensando concentrar al ejército del KMT para la expansión de la guerra, “además de que estaba utilizando de manera activa a los militaristas japoneses”.¹⁹

Unos días después, el 3 de julio, el *Renmin Ribao* publicó un artículo que conmemoraba la batalla acaecida en los pasos subterráneos de los valles centrales de la provincia de Hebei durante la Guerra Sino-Japonesa. Según el artículo, unos hoyos que en un principio el pueblo había excavado para es-

¹⁸ Zhu Jianrong, *Mō Takutō no Chōsen Sensō (La Guerra de Corea de Mao Zedong)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2004, p. 473.

¹⁹ “Jingti meiguo kuoda qinglue yinmou (Mantente cauteloso con la conspiración de invasión expansionista de Estados Unidos)”, *Renmin Ribao*, 30 de junio de 1951.

condense del ejército japonés, fueron uniéndose como pasos subterráneos hasta formar una aldea bajo la tierra. Ésta tenía, naturalmente, además de un refugio, “una sala de conferencias, un baño, un lugar para sacar agua, un establo y una pocilga, así como instalaciones antigás, ignífugas y contra humo. Asimismo [...] las aldeas llegaron a conectarse con pasos subterráneos y formar así una enorme fortaleza antijaponesa”. El artículo presentaba también sus notables efectos: en mayo de 1942, el ejército japonés bajo el mando directo de Yasuji Okamura reunió a más de 60 mil soldados en una zona de 60 mil kilómetros cuadrados en la parte central de la provincia de Hebei para aniquilar las fuerzas antijaponesas del lugar; pero esta misión terminó en fracaso debido a la resistencia existente en el combate en los pasos subterráneos.²⁰

Durante la Guerra Sino-Japonesa, en cada región de China se emplearon distintos movimientos antijaponeses conforme a las características regionales. Abundan ejemplos de ello; entre los más famosos estuvo el caso del área de Jiangnan. Aquí las aldeas aprovecharon sus aguas para emprender la batalla. Hubo otros casos importantes, como el de la provincia de Shandong, donde se dio un “combate en el campo de minas” y otro de “guerrilla ferrocarrilera”. Entonces, ¿por qué el periódico oficial había elegido sólo los combates en los pasos subterráneos? Lo anterior se explica fácilmente si consideramos la situación bélica prevaleciente en Corea. Para la primavera de 1951, tras dos meses de combate intenso, las fuerzas chinas habían emprendido la quinta batalla. Para ese momento, ambas partes, china y estadounidense, estaban agotadas y el ejército de las Naciones Unidas terminaría aceptando en julio las negociaciones de un armisticio. A partir de entonces, como rememora Peng Dehuai, el ejército chino “fortaleció su posición y cambió su forma de guerra. Pasó de la lucha defensiva en el suelo a una que consistía en defender la parte subterránea. También, en cuanto al plan de campaña, se construyeron refugios subterráneos más hondos a lo largo del paralelo 38”.²¹

²⁰ Zeng Jingwen, “Gongcandang ren zai kangri zhanzhengzhong de yige weida chuangu: zhuiji jizhong pingyuan de didaozhan (“Una gran creación de los miembros del Partido Comunista durante la guerra antijaponesa: posdata al combate en la llanura de Jizhong”), *Renmin Ribao*, 3 de julio de 1951.

²¹ Peng Dehuai, *Peng Dehuai zi shu (Memorias de Peng Dehuai)*, Pekín, People’s Publishing Company, 1981, p. 263.

Viéndolo de manera concreta, los refugios subterráneos —llamados “las grandes murallas subterráneas”— fueron excavados con un estándar de 30 metros bajo tierra. De 1.2 metros de ancho y 1.7 de altura, cada refugio tenía al menos dos salidas. Durante los tres años de excavación, la longitud total de los pasos subterráneos llegó a abarcar en total 1250 kilómetros y ahí había “instalaciones de tiro; se entrecruzaban túneles de transporte; había túneles principales y sus ramales tenían todo lo necesario, como dormitorios, comedores y retretes. [...] en una zona bajo el control directo del cuartel de mando del Cuerpo Diecinueve, incluso se había construido un baño público”.²²

Ahora bien, en agosto de 1952, Mao Zedong mostró abiertamente sus elogios a este tipo de tácticas, reflejando cómo había sido importante la posición subterránea:

Hemos excavamos refugios de dos capas. Por lo que cuando nuestro enemigo nos ataque, nos podremos esconder ahí. Aunque ellos ocupen las construcciones del suelo, el sótano seguirá siendo nuestro. Esperamos que nuestro enemigo entre en nuestra posición, ahí lo contraatacaremos, ocasionándoles muchos muertos y heridos. Y así recogeremos armas Occidentales. Nuestro enemigo ya no sabrá qué hacer. En torno a la comida, o sea al aprovisionamiento, no podríamos resolver el problema durante mucho tiempo. No sabíamos el método de conservar los víveres en un refugio. Pero de esta forma lograremos resolverlo. Cada división proveerá un retén de víveres para tres meses. Ahí, existirán almacenes y aulas; no se vivirá tan mal.²³

Lo más interesante fue que este modo de combatir, que aprovechaba los pasos subterráneos, no había sido una especialidad exclusiva de China, pues Japón ya los había empleado antes. En términos de armamento, el ejército japonés llevaba la desventaja al enfrentarse a su poderosa contraparte estadounidense. Por esa razón empleó la misma táctica subterránea en la isla de Iwōjima. Además, parece que el ejército chino estaba enterado de ese combate a muerte entre Japón y Estados Unidos. Al menos se puede

²² Xie Lifu, *Chaoxian zhanzheng shilu (Documental sobre la Guerra de Corea)*, Pekín, World Affairs Press, 1993, p. 572.

²³ Mao Zedong, *Mao Zedong Xuanji (Obras selectas de Mao Zhedong)*, vol. 5, Pekín, People's Publishing Company, 1978, p. 67.

constatar que había interceptado las transmisiones de radio japonesas y estadounidenses para luego extractarlas. Por ejemplo, el *Cankao Xiaoxi* —diario sobre los cables noticiosos extranjeros que Mao y los líderes de Yan'an leían sin falta— había publicado artículos durante los 36 días que duró el combate en Iwōjima, desde el 19 de febrero de 1945, cuando las fuerzas estadounidenses empezaron el desembarque hasta el día siguiente del 26 de marzo, fecha en que terminó la batalla. Lo anterior permite ver que ellos habían demostrado gran interés por la batalla ocurrida en esa isla.²⁴

Detengámonos en algunos ejemplos. De acuerdo con el “Cable de la agencia noticiosa Dōmei emitido el día 21 desde Tokio” y publicado el 23 de marzo en el diario antes mencionado, la situación bélica en Iwōjima, prevaeciente desde el 10 de febrero, había ocurrido de la siguiente manera: la guarnición convirtió esta pequeña isla en un campo de batalla, resistiendo los poderosos ataques del enemigo y sobre todo a partir del 13 de marzo,

continó una tremenda batalla en la posición cerca del Pueblo del Norte y del Monte del Este. Para el día 17 no sólo se les acabaron las balas y las provisiones sino también el agua; el combate había llegado a su etapa final. De este modo, el teniente general Tadamichi Kuribayashi, comandante de la isla, después de tomar la última resolución y enviar el telegrama a la retaguardia para avisar el último combate, con centenares de sus soldados, arremetió contra la posición enemiga utilizando granadas y explosivos. Luego, se cortó la comunicación desde dicha dirección. Nuestro teniente general Kuribayashi y sus soldados utilizaron todas sus fuerzas y derramaron la mayor cantidad de sangre del enemigo. [...] Desde el desembarco del ejército enemigo, nuestra guarnición mató o hirió a más de 15 mil soldados enemigos, que constituían 73 por ciento de los efectivos desembarcados.²⁵

No ha quedado muy claro qué clase de lecciones aprendieron Mao y los otros de estas noticias. Por un lado, existía la posibilidad de que ante el ejército estadounidense, las tácticas de los pasos subterráneos no serían muy eficaces, pero por el otro también era posible que incluso los estadounidenses no pudieran dominar el campo de batalla sin que esta táctica les repre-

²⁴ Jiang Xiaoyu *et al.* (eds.), *Cankao Xiaoxi*, Guilin, Guangxi Normal University Press, 2006, pp. 22-157.

²⁵ *Ibid.*, 23 de marzo de 1945, núm. 826.

sentara un gran sacrificio. Si bien es difícil saberlo, no era nada raro que los líderes comunistas consideraran el peor escenario: las fuerzas chinas apenas podrían luchar de igual a igual, y con un gran sacrificio humano, frente a Estados Unidos. Además, si se consideraba que junto con el ejército estadounidense, cuya capacidad bélica era inmensa, participaba el renovado y poderoso ejército de Japón, que contaba con la experiencia de haber combatido en los pasos subterráneos, la situación sería más catastrófica. Tal inquietud se observaba, al menos, en parte de los ciudadanos. Un artículo de la agencia noticiosa Xinhua (la sucursal del este) fechado el 13 de septiembre de 1951 presentó los comentarios de un miembro de un Sindicato Bursátil y Financiero de Shangai, que había afirmado que “no había problema en combatir en contra de Estados Unidos, pero hacerlo en contra de Japón no sería nada fácil”. También otro miembro había sostenido que “si Estados Unidos rearmaba a Japón, el ejército japonés despacharía sus tropas. Entonces eso sí sería grave. Una futura guerra sería catastrófica”.²⁶ Estas palabras evidenciaban que los ciudadanos, que habían experimentado la guerra antijaponesa, tenían otro tipo de miedos frente al ejército japonés, aun comparado con el estadounidense. En suma, es posible entender que la campaña china en contra del rearme japonés en esa época se hubiera llevado a cabo no sólo en un frente internacional unificado.

LA MISIVA DE YODISHA

Una reacción prudente

Ahora bien, además de oponerse al rearme japonés, ¿el gobierno chino no hizo nada frente al tratado de paz con Japón? Para contestar esta pregunta, analicemos la famosa misiva escrita por Shigeru Yoshida siguiendo las instrucciones de Dulles, para garantizarle que no establecería la paz con el gobierno popular de la China Continental sino con el nacionalista taiwanés. La carta, fechada el 24 de diciembre, fue publicada en Tokio y posteriormente en Washington el 16 de enero del año siguiente. El gobierno chino

²⁶ “Gedi dui chaoxian tingzhan tanpan he jiu jinshan huiyi de fanyin” (“Reacciones del mundo en contra las negociaciones del armisticio en Corea y la Conferencia de San Francisco”), *Neibu Cankao*, 15 de septiembre de 1951.

se enteró de ella y después de una semana, el día 23, emitió un comunicado para criticarla duramente. El comunicado prestó una especial atención a la fórmula que definía el ámbito de aplicación del Tratado de Taipei y a la que la Misiva de Yoshida se refería: “con respecto a la República de China, este tratado bilateral se aplicaría a todo el territorio presente y que en el futuro el gobierno de KMT controle”. El comunicado consideró que esto era “una evidencia de que Japón y Estados Unidos se habían aliado para preparar una guerra de invasión contra el pueblo y territorio chinos”.²⁷ Es decir, lo reconoció como un apoyo de ambos países al contraataque de Chang Kai-Shek hacia el continente.

Este comunicado, que había mostrado una actitud severa hacia Japón, desde luego reflejaba parcialmente los pensamientos del gobierno chino ante la Misiva de Yoshida, pero sólo parcialmente. De manera simultánea, el *Renmin Ribao*, el diario oficial del Comité Central, publicó una nota editorial y un artículo sobre el tema. De acuerdo con el memorándum mandado por el primer ministro Zhou Enlai a Mao Zedong, fechado el 22 de enero, el borrador del comunicado había sido enviado también a Hu Qiaomu, responsable del *Renmin Ribao*, para que hiciera una nota editorial para el mismo diario, y una vez que “estuvieran preparados las tres notas editoriales o los artículos, éstos serían publicados en el momento de la pronunciación del comunicado”. En este sentido, tanto el comunicado como las notas editoriales y los artículos de Hu Qiaomu para el *Renmin Ribao* deben ser considerados como una respuesta china hacia la Misiva de Yoshida. Finalmente, en el mismo día, la forma cómo se debería reaccionar, propuesta por Zhou Enlai e incluida en el borrador del comunicado, logró la aceptación de Mao Zedong.²⁸

Hasta la fecha, los estudiosos han llegado a la misma conclusión: afirman que China se portó tan inmadura e inflexible que no se dio cuenta de

²⁷ “Yoshida Shokan ni Hantaisuru Zhang Hanfu Gaikōbu Fukubuchō” (“Comunicado del viceministro de Relaciones Exteriores Zhang Hanfu en contra la Misiva de Yoshida”), en *Nicchū Kankei Kihon Shiryō 1949-1969 (Materiales principales de las relaciones chino-japonesas 1949-1969)*, supervisado por la Dirección de Asia del Ministerio de Asuntos Exteriores, Tokio, The Kazankai Foundation, 1970, pp. 29-30.

²⁸ “Yijiuwuer nian yi yue ershier ri Zhang Hanfu guanyu Jitian Shujian de shengming” (“Comunicado de Zhang Hanfu fechado el 22 de enero de 1952 sobre la Misiva de Yoshida”), Zhongguo waijiaobu danganguan (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de China).

que había otro margen para interpretar las relaciones sino-japonesas, contenidas en el mensaje de la Misiva de Yoshida. Probablemente, lo anterior se deba a que no consultaron el propio *Renmin Ribao* del día en cuestión sino sólo el comunicado del gobierno editado en un libro de documentos sobre las relaciones sino-japonesas y publicado en nombre de Zhang Hangfu, en ese entonces portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ellos no se percataron de la existencia de esa nota editorial y de los artículos lanzados en el mismo diario en el cual se publicó el comunicado.

Empero, si escrutamos estos tres textos, se podrá percibir un tono diferente al del comunicado. Como se verá más adelante, en ellos se observa parte del reconocimiento de la situación que estaba enfrentando el gobierno chino cuando se redactó la Misiva de Yoshida, así como la forma en que se estaban dando las relaciones entre Japón, Estados Unidos y el Reino Unido. En primer lugar, China comprendía que la Misiva, que aseguraba un tratado de paz bilateral con el gobierno nacionalista, había sido escrita en contra de la voluntad del primer ministro, presionado por Dulles. Un artículo de la agencia noticiosa Xinhua comentó lo siguiente:

Esta Misiva de Yoshida obviamente ha sido hecha pública bajo la orden del gobierno de Estados Unidos. Aunque el Departamento de Estado lo ha negado con mucho esfuerzo, lo anterior ha sido el resultado de la presión estadounidense, es un hecho indudable. Nos hace creer que este “certificado de garantía” lo consiguió Dulles en su visita a Japón. También en diciembre del año pasado, la agencia noticiosa AP informó que uno de los objetivos de la visita de Dulles “fue forzar al gobierno japonés a establecer la paz con el KMT”. El 11 de diciembre del mismo año, él amenazó a Japón abiertamente en una rueda de prensa en Tokio, diciendo: “Japón quiere establecer relaciones con el PCC e intercambio comercial. Tales palabras, creo, podrían ejercer una grave influencia en la discusión sobre el Tratado de Paz en el Congreso estadounidense.”

El artículo concluyó diciendo que estos hechos evidenciaban que Yoshida “a causa de las exigencias de Dulles, habría firmado la Misiva sacrificando a Japón para beneficiar al imperialismo estadounidense.”²⁹

²⁹ “Jitian beijian di shuncong meiguo jing yu Taiwan canfei dihe” (“Yoshida vilmente adula a Estados Unidos, pensando en la paz con los bandidos que persisten en Taiwán”), *Renmin Ribao*, 23 de enero de 1952.

En segundo lugar, China reconocía el antagonismo entre Estados Unidos y el Reino Unido con respecto a la posición en el problema de China presentado en la Misiva de Yoshida. Un artículo del *Renmin Ribao* titulado directamente “El pueblo británico está en contra de que Estados Unidos fuerce a Japón a establecer la paz con Chang y sus secuaces”, describe la reacción del Reino Unido de acuerdo con un artículo de la agencia noticiosa UP enviado desde Londres. Según la nota de la UP, el 17 de enero “funcionarios del Reino Unido habían criticado que Estados Unidos hubiera ejercido su influencia sobre la decisión de Japón acerca de su admisión del gobierno nacionalista. El gobierno británico hizo público su descontento por la presión ejercida por Estados Unidos sobre Japón”. El artículo sostenía también que estos altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido, aunque “habían evitado cuidadosamente mencionar a Estados Unidos en el comunicado, en lugares privados habían dicho con claridad que la acción de Japón había sido llevada a cabo bajo la presión estadounidense y sentían rabia por ello”. Estos funcionarios del gobierno británico estaban indignados porque, sin considerar el interés del Reino Unido, Estados Unidos había roto el acuerdo de junio del año pasado entre Dulles y Morrison, quien en ese momento era el ministro de Asuntos Exteriores. Este acuerdo comprendía que el Reino Unido acataría la reclamación de Estados Unidos de excluir a la República Popular de China del Tratado de Paz y que a su vez Washington “dejaría a Japón el derecho de decidir las relaciones con China” después de la entrada en vigor del tratado de paz.³⁰

Aunado a lo anterior, el mismo artículo del *Renmin Ribao* presentó la nota editorial del *Daily Mirror* fechada el 18 de enero, la cual señalaba que “la diplomacia inglesa y el interés de Europa fueron humillados y dañados por Estados Unidos” y que “lamentablemente, el Reino Unido ya había ratificado el Tratado de Paz con Japón. Lo hizo porque creía que Estados Unidos respetaría su promesa, tanto en términos de su palabra como de su idea”. En

³⁰ “Ribei renmin pubian chize Jitian feifa cuoshi: Yingguo renmin fandui meiguoguo qiangzhi riben yu Jiangfei gouhe” (“La mayoría del pueblo japonés critica las medidas ilegales de Yoshida, y el pueblo británico dice no al tratado de paz entre Japón y Jiang Jieshi forzado por Estados Unidos”), *Renmin Ribao*, 23 de enero de 1952.

resumen, la nota editorial argumentaba que la influencia ejercida por Estados Unidos sobre Japón había sido una “traición” para el Reino Unido.³¹

En tercero y último lugar, Pekín estaba al tanto de que las relaciones entre Japón y China implicaban problemas económicos para los vínculos existentes entre Japón, Estados Unidos y Gran Bretaña. El mismo artículo del *Renmin Ribao* citó el artículo de la AP, el cual afirmaba que, con respecto a las relaciones sino-japonesas, “el Reino Unido había tomado una actitud diferente de la de Estados Unidos”, porque “quería que un país industrial como Japón restaurara las relaciones comerciales tradicionales con la China Continental”, para así evitar las pérdidas que el país había sufrido en los últimos años a causa de las exportaciones japonesas hacia los países del Sudeste de Asia. En el mismo contexto, el *Renmin Ribao* citó la nota editorial del *Daily Worker* fechada el 18 de enero, según la cual, “aprobar a Chang Kai-Shek podría causar una mala impresión. El intercambio comercial era ya muy reducido y decrecería más. [...] Estados Unidos había impuesto límites al comercio exterior de Japón con China. En consecuencia, Japón se había visto obligado a buscar un mercado alternativo en los mercados de la Mancomunidad Británica u otros países europeos”. Y al final de esta nota editorial, se señalaba que día a día Lancashire se veía amenazada por un desempleo masivo.³²

Luego, el *Renmin Ribao* comentó lo siguiente acerca de la independencia económica de Japón:

Los círculos empresariales de Japón en general se sienten decepcionados por la Misiva de Yoshida. De acuerdo con el artículo de la agencia noticiosa Kyodo fechado el 16 de enero, los “sectores industriales y comerciales” japoneses opinan que la Misiva llevaría a romper el intercambio comercial entre Japón y la China Continental e “impedir la importación de materia prima de bajo precio, así como de minerales de hierro o hulla, y que esto iría en contra de la condición imprescindible para independizar la economía nipona, o sea reducir los costos y la racionalización de las industrias, amenazando finalmente la independencia del comercio exterior de Japón”.

³¹ *Loc. cit.*

³² *Loc. cit.*

Asimismo, el artículo informaba que el círculo empresarial del oeste (Kansai), que tenía una larga tradición de intercambio comercial con China, “había sentido una gran desilusión” por la Misiva de Yoshida.³³

La comprensión de la situación que tenía el gobierno chino se puede observar a través de estos tres puntos. También, resulta correcta cuando la verificamos con los documentos oficiales ahora desclasificados por los gobiernos de Estados Unidos, el Reino Unido y Japón. Mientras criticaba la Misiva de Yoshida, incluso publicando un comunicado con expresiones extremas, China había presentado también su reconocimiento de que la misma era el producto de la presión estadounidense, que iba en contra de la voluntad del primer ministro. Tal contraste no fue de ninguna manera una comprensión contradictoria de la situación ni una redacción descuidada de las notas periodísticas.

En las décadas de los cincuenta y los sesenta, en las que la China Continental se encontraba aislada de la sociedad internacional por Estados Unidos, enviar mensajes mediante las páginas del *Renmin Ribao* era un método muy frecuente. Por ejemplo, en la primavera de 1970, cuando el fuego de la Guerra de Vietnam (1960-1975) se estaba extendiendo a Camboya, el gobierno chino publicó el “Comunicado del 20 de mayo” cuyo eslogan fue “Abajo el imperialismo estadounidense” y organizó una manifestación masiva en la Plaza de Tiananmen. Pero por otro lado, invitó al periodista estadounidense Edgar Snow al desfile del Día de la Nación del primero de octubre, colocándolo a un lado de Mao Zedong en el portal de Tiananmen como “persona amiga” y fotografió esa escena. La misma fotografía fue publicada en el *Renmin Ribao* para transmitirle a Estados Unidos el mensaje de que “la puerta a una conferencia sino-estadounidense estaba siempre abierta”.³⁴

Zhou Enlai prestaría mucha atención al papel del *Renmin Ribao* como un medio de comunicación internacional de la información oficial. Las me-

³³ *Loc. cit.*

³⁴ Ding Xiaobing, *Jizhe zhiwang: Aidejia Sunnuo zai zhongguo* [El periodista de periodistas: Edgar Snow en China], Pekín, New World Press, 2005, pp. 322-323, 333-334; *Renmin Ribao*, 21, 22 y 23 de mayo, 2 y 3 de octubre y 25 de diciembre de 1970. A propósito, la edición del 25 de diciembre tiene escritas en comillas, en la esquina superior derecha, las palabras de Mao que dicen: “todo el pueblo del mundo, incluido el estadounidense, es nuestro amigo”.

morias de un periodista del mismo diario cuentan que Zhou no sólo enviaba las directrices del Comité Central sino que también daba instrucciones acerca del modo de transmisión de sus políticas, prestando minuciosa atención a la decisión de los temas de los artículos, “el examen de los borradores, la propuesta y determinación de los titulares, incluso hasta de las maquetas de las páginas”. Se estima que durante unos veinte años, es decir desde la formación de la nueva China hasta la muerte de Zhou, él inspeccionó y corrigió al menos mil artículos del *Renmin Ribao* relacionados con la información pública, de los cuales hay 754 conservados en la oficina del diario hoy en día.³⁵

De hecho, lo anterior se puede entender cuando observamos las medidas minuciosas tomadas por Zhou al publicar el comunicado gubernamental en contra la Misiva de Yoshida: su lanzamiento fue llevado a cabo no en nombre de Zhou, entonces primer ministro del Consejo de Estado y ministro de Relaciones Exteriores, sino por Zhang Hangfu, viceministro y portavoz del Ministerio. Esto quiere decir que a nivel práctico el proceso fue realizado con prudencia. Tal cautela se observa también en el apunte de Zhou enviado a Mao Zedong junto con el borrador de la declaración para recibir las instrucciones. La nota sugiere lo siguiente sobre la misiva: “ésta había sido publicada de forma epistolar, por lo que era más adecuado que nosotros también publicáramos el comunicado por medio del portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores”.³⁶

Por otro lado, fue en nombre del ministro de Relaciones Exteriores Zhou Enlai, jefe de Zhan, como el gobierno chino presentó el comunicado crítico del Tratado de Taipei, negociado y concluido con base en la Misiva de Yoshida y el Tratado de Paz de San Francisco, el cual entró en vigor el mismo día. Asimismo, su título revelaba que se trataba “de la entrada en vigor del tratado de paz con Japón, ilegal y unilateral, declarado por Estados

³⁵ Cui Qi, “Gaozhan yuanzhu wuwei buzhi: huiyi Zhou zongli dui renmin ribao guoji xunchuan de guanhui he zhidao” (“De pie en lo alto, mirando hacia el futuro, sin perderse los mínimos detalles: memorias de la consideración y las instrucciones del primer ministro Zhou a la Sección de Información Pública Internacional del *Renmin Ribao*”), en *Renmin Ribao huiyilu (Memorias de Renmin Ribao)*, editado por *Renmin Ribao* baoshi bianjizhu (Equipo de la Redacción de la Historia de la Compañía del *Renmin Ribao*), Pekín, People’s Daily Press, 1988, p.12.

³⁶ “Yijiuwuer nian yi yue ershier ri Zhang Hanfu guanyu Jitian Shujian de shengming” (“Comunicado de Zhang Hangfu fechado el 22 de enero de 1952 sobre las Catas de Yoshida”), *op. cit.*

Unidos”.³⁷ Lo anterior nos permite entender que el énfasis de la crítica estaba puesto más en Washington que en Yoshida: Zhou y otros, en ese tiempo, atendieron con mucha prudencia y observaciones las palabras, así como las acciones de Yoshida y de otros en torno a China.

En resumen, el hecho de que el *Renmin Ribao* señalara la mala gana con que fue escrita la Misiva de Yoshida y su reconocimiento de la situación acerca de la ruptura económica entre China y Japón, nos lleva a considerar que era un mensaje chino hacia su contraparte japonesa para manifestarle cierto “espacio de acción”, que fuera benéfico para solucionar las futuras relaciones sino-japonesas. Sin embargo, Takezō Shimoda, quien justo después asumió la dirección del Departamento de Tratados Internacionales del Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, retomó las “duras palabras” con las que se había criticado a Yoshida en el comunicado de Zhou sobre el Tratado de Taipei y lamentó que China no hubiera entendido las minuciosas atenciones que Yoshida le prestó a pesar de su preferencia por las relaciones con Estados Unidos. Al final comentó Shimoda: “La República Popular de China de ese entonces acababa de formarse y no dominaba muy bien la diplomacia”.³⁸ Esto significaba que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, al menos en la práctica, no había reconocido el mensaje de China con el fin de dejar un “margen para interpretar” sus relaciones con Japón.

Canal aéreo: transmisión de banda corta

Como hemos visto en la sección anterior, China reaccionó correcta y rápidamente frente a la Misiva de Yoshida. ¿Qué fue lo que contribuyó a tal acción? A finales de 1951, China tenía relaciones diplomáticas con varios países, incluido el Reino Unido; por lo tanto, tenía acceso a varias noticias a través de los legados diplomáticos; pero con respecto a las noticias sobre

³⁷ “Zhonghua renmin gongheguo zhongyang renmin zhengfu waijiaobu Zhou Enlai buzhang guanyu meiguoxunbu feifa de dandui duiheyue shengxiao de shengming” (“Comunicado del ministro de Relaciones Exteriores Zhou Enlai sobre la declaración de Estados Unidos de la entrada en vigor del tratado ilegal de paz unilateral con Japón”), *Renmin Ribao*, 7 de mayo de 1952.

³⁸ Takezō Shimoda, *Sengo Nihon Gaikō no Shōgen, jō* (*Testimonios de la diplomacia del Japón de la posguerra*), vol. 1, Gyōsei Mondai Shuppankyoku, 1984, pp. 123-125.

Japón, con el cual no tenía relaciones diplomáticas, todo hace suponer que trató principalmente de buscarlas por medio de las recepciones de las transmisiones de radio.

Esta forma de recopilar información ya había empezado desde la época de Yan'an. Un periodista de la agencia noticiosa Xinhua ha recordado que el gobierno:

recibía y hacía un compendio de todas las noticias de las principales agencias noticiosas extranjeras, como Tass, Reuter, AP, UP o Dōmei. [...] La velocidad para transcribir los cables informativos no alcanzaba la de las emisiones, por lo cual a veces había que insertar “xxxx”. Todos los días, alrededor de las tres de la tarde, se terminaba la edición de las traducciones, las cuales se enviaban a otro lugar para ser mimeografiadas en un panfleto llamado *Cankao Xiaoxi*. De este panfleto se imprimía un tiraje de cuatrocientos ejemplares cada día.³⁹

El mismo articulista ha evocado que “en ese tiempo la calidad de la impresión no era fina y las hojas eran miserables, pero el presidente del gobierno Mao y muchos otros líderes lo leían con bastante seriedad, analizando la situación internacional con el método de la dialéctica materialista para dirigir la Revolución china.⁴⁰ De hecho, los líderes comunistas, Mao entre ellos, dieron mucha importancia a la información por radio. Prueba de ello fue la rememoración de otro periodista que había trabajado en la Xinhua:

en aquellos tiempos, cuando la oficina de la agencia se ubicaban en el castillo de Yan'an, después de la cena Mao Zedong solía aprovechar el paseo para bajar del monte Fenghuang y visitar la oficina de la Xinhua, donde se dedicaba a leer las últimas noticias nacionales e internacionales del día. Al leer los manuscritos de los cables, el presidente Mao a menudo apuntaba comentarios al margen. Después de la mudanza de la agencia a Yangjialing, luego de ser traducidos y editados con los titulares, los cables solían ser entregados al presidente Mao antes de la cena para que los leyera.⁴¹

³⁹ Pu Huaren, “Ershi nian qian de xinhuashe” (“Xinhua, veinte años atrás”), en *Inhuashe huiyilu* (*Memorias de la Xinhua*), editado por el Xinhuashe xinwenyanjiusuo (Instituto de Periodismo de la Xinhua), Pekín, Xinhuachubanshe, 1986, pp. 46.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Chen Long, “Xinhuashe yingwenzu de huiy” (“Memorias sobre la sección del inglés de la Xinhua”), en *Inhuashe huiyilu*, p. 63.

Un pasaje idéntico lo ha testimoniado un tercer periodista de la Xinhua. De acuerdo con él,

el presidente Mao ordenaba que transcribiéramos la mayor cantidad posible de los cables de las agencias noticiosas extranjeras. Alrededor del año 1939 o 1940, cuando él se encontraba en Yangjialing, la Xinhua tenía que entregarle los manuscritos de los cables traducidos todos los días en la noche del mismo día. El presidente siempre trabajaba durante toda la noche. A la mañana siguiente los manuscritos eran devueltos a la Xinhua para ser mimeografiados. [...] el presidente Mao, por su parte, también solía preguntarnos por la recepción de los cables y el avance de los extractos, o mandar a su secretario a la agencia.⁴²

De hecho, fue de esta manera como Mao consiguió enterarse del estallido de la Guerra Sino-Japonesa la misma noche del comienzo de las hostilidades. El periodista que le entregó la noticia ha contado lo siguiente: “En la noche del 7 de julio recibimos de la agencia noticiosa CNA la noticia de que el ejército japonés había atacado el Puente de Marco Polo, a lo cual nuestro ejército resistió con valentía, y transcribimos algunas de esas notas. Liao Chengzhi nos dijo a Xian Zhongua y a mí que se las mostráramos al presidente Mao de inmediato. Eran aproximadamente las once. Acudimos a casa del presidente con lámpara en mano”.

Mao prestó mucha atención a esas noticias. Después de leer los manuscritos de los cables noticiosos, mandó a su secretario que trajera el mapa, que puso sobre la mesa y empezó a estudiarlo con lupa. Después de un rato se dijo a sí mismo: “La luna de la mañana sobre Luguó”. Prosigue: “Luego, nos indicó que recibiéramos y transcribiéramos todas las noticias sobre la zona, y que le enviáramos cualquier información cuando la obtuviéramos. Asimismo, con respecto a las medidas, Mao nos ordenó que ‘al regresar le dijéramos a Bogu y Liao Chengzhi que estudiaran qué tipo de actitud deberíamos expresar ante el incidente’”.

El resultado de todo esto fue el “Telegrama público del Partido Comunista sobre la invasión del ejército japonés al Puente de Marco Polo”, publicado al día siguiente, donde se dirigió un llamado a todo el país para

⁴² Ling Hai, “Yanan xinhuashe shenghuo yongyuan jili zhe wo” (“La experiencia en Xinhua de Yan’an siempre me ha alentado”), en *Inhuashe huiyilu*, p. 77.

una guerra de resistencia antijaponesa.⁴³ Hubo una situación similar al final de la guerra. La primera noticia recibida sobre la aceptación de la Declaración de Potsdam por Japón fue emitida por Reuter en la tarde del 10 de agosto. La noticia fue cotejada con aquella que recibió el encargado de recopilar los cables de la UP. Después de haber confirmado su veracidad, la información sobre la rendición de Japón fue transmitida a Mao Zedong por teléfono.⁴⁴ Otro periodista ha rememorado la escena del 14 de agosto, en una cueva del monte Qingliang de Yan'an:

A altas horas de la noche del verano, cuando el calor acababa de amortiguarse un poco, todo el mundo, preparado en sus respectivos puestos, escuchaba con atención las señales de banda corta del extranjero que venían desde el cielo. De pronto, una agencia de noticias Occidental y la Tass enviaron un cable que decía que el emperador japonés había informado a Estados Unidos, el Reino Unido, la Unión Soviética y China la aceptación de la Declaración de Potsdam y que iba a publicar el edicto imperial para poner fin a la guerra, con el fin de transmitirlo el día 15 a todos los militares y a la nación entera. Todos nos emocionamos de sorpresa y alegría, el encargado lo trascibió inmediatamente para informárselo al jefe. Bo Gu se lo comunicó a su vez al Comité Central, al presidente Mao y al Cuartel de Mando de la Octava Armada de Ruta de Yan'an.⁴⁵

La reacción inmediata de Mao y de otros se entiende claramente al compararla con la hora del envío del cable sobre la aceptación de la Declaración de Potsdam. Fue a las 6:45 a.m. del 10 de agosto cuando el ministro de Relaciones Exteriores Shigenori Tōgo ordenó a Shun'ichi Kase, embajador de Japón en Suiza, y a Suemasa Okamoto, representante en Suecia, que informaran, a través de sus países de residencia, de la aceptación de la Declaración de Potsdam a Estados Unidos, China, el Reino Unido y la

⁴³ Zuo Moye, “Ba Lugouqiao shibian de xiaoxi songgei Mao zhuxi” (“Entregamos la noticia del Incidente del Puente de Marco Polo al presidente Mao”), en *Inhuashe huiyilu 2* (Memorias de Xinhua, vol. 2), editado por el Xinhuashe xinwenyanjiusuo (Instituto de Periodismo de la Xinhua), Pekín, Xinhuachubanshe, 1991, pp. 75-76.

⁴⁴ Wu Wentao, “Qingliang shan huaiji: jinian Xinhua tongxunshu jianshe wushi zhounian” (“Recuerdos del monte Qingliang: el cincuenta aniversario de la fundación de Xinhua”), en *Inhuashe huiyilu*, p. 96.

⁴⁵ Hai Ling, “Dang shengli laidao de shike: huiyi “bayiwu” riben touxiang shi xinhuashe xuanchuan baodao de qianqian houhou (Aquel momento de la llegada de la victoria: la rendición de Japón)”, en *Inhuashe huiyilu 2*, p. 82.

Unión Soviética.⁴⁶ Sin embargo, antes de recibir esa noticia, el gobierno de Yan'an había anticipado ya “la inevitable e inminente rendición incondicional de Japón”, dada la participación de la Unión Soviética en la guerra y había dado instrucciones a los órganos del partido en el centro del país de prepararse para la ocupación de sus grandes ciudades. Además, a las 24 horas del mismo día anunció a todas las tropas bajo su mando, que “Japón ya había declarado su rendición incondicional y los aliados estaban por discutir la manera de recibirla con base en la Declaración de Potsdam”. Asimismo, les dio la orden de “publicar el ultimátum al ejército enemigo y sus comandantes que ocupaban las ciudades vecinas y puntos estratégicos de tráfico, de acuerdo con la Declaración de Potsdam, con el fin de exigirles la rendición durante el plazo fijado”.⁴⁷

Por otra parte, la hora registrada del telegrama oficial enviado por Tōgo a Kase sobre la aceptación final de la rendición incondicional de Japón fue a las cuatro de la mañana del 15 de agosto. El mismo día, el gobierno de Yan'an había ordenado al comandante Yasuji Okamura que se rindiera ante la tropa comunista, así como la Octava Armada; a la vez mandó una nota a los embajadores de Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética en China, pidiéndoles que impidieran al gobierno nacionalista representar a la zona del ejército comunista y formar parte del tratado de la rendición de Japón y de todos los demás consiguientes. También pedía que Estados Unidos suspendiera la continuación del apoyo al mismo gobierno para evitar el riesgo de una guerra civil en China.⁴⁸ Así, a pesar de su localización en el interior de la China Continental, Mao y otros tomaron medidas con una rapidez sorprendente ante la rendición de Japón y las subsecuentes relacio-

⁴⁶ “Bei, Ei, Ka, San Kakoku Sengen no Jūkō Judaku ni kansuru Wagakoku no Mōshiire” (“Propuesta de nuestro país sobre la aceptación de los artículos de la declaración por Estados Unidos, el Reino Unido y China”), en *Nihon Gaikō Nenhyō Narabi Shuyō Bunsho* (Cronología histórica de la diplomacia de Japón, así como sus documentos principales), vol. 2, Tokio, U.N. Association of Japan, 1955, p. 631.

⁴⁷ “Yanan zongbu mingling diyihua” (“Orden núm. 1 del Cuartel de Mando de Yan'an”), en *Zhonggong zhongyang wenjian xuanji 1945* (*Documentos escogidos del Comité Central del pcc 1945*), vol. 15, editado por el Hongyan danganguan (Arhivo Central), Pekín, Central Party School of the Central Committee of CPC Press, 1991, pp. 213-218.

⁴⁸ “Zhongguo jiefangqu kangrijun Zhu De zongsiling zhi meiyingsu sanguo shuitie” (“Nota de Zhu De, del ejército antijaponés de la zona liberada de China, para Estados Unidos, el Reino Unido y China”), en *Documentos escogidos del Comité Central del pcc*, pp. 238-240; Zhu De, *Hu De xuanji* (*Obras selectas de Zhu De*), Pekín, People's Publishing Company, 1983, pp. 185-186.

nes entre los nacionalistas y comunistas. Esto fue posible precisamente gracias a los extractos de la radiocomunicación.

¿Cuáles fueron, entonces, las noticias de las agencias noticiosas extranjeras que contribuyeron a una reacción tan rápida? Afortunadamente, hoy en día podemos saberlo gracias al *Cankao Xiaoxi* de la época. Cada edición del diario consiste de dos páginas; el primer número del 11 de agosto de 1945 está completamente lleno de noticias sobre la aceptación de la Declaración de Potsdam por Japón. Ahí encontramos una serie de artículos titulados “La Unión Soviética había radiodifundido la propuesta japonesa de la rendición, pero el Reino Unido y Estados Unidos tardaron en poner manos a la obra”. Insertaba como artículo principal el cable emitido desde Washington y fechado el día 10, que anunciaba “la radiodifusión moscovita en holandés para los Países Bajos que transmitió la propuesta oficial del canciller Tōgo al embajador de la Unión Soviética en Japón acerca de la paz, a las dos de la tarde (hora del Lejano Oriente)”, en vez de la primera nota de Reuter referida en las memorias antes citadas.⁴⁹

Este cable precedió al artículo que hablaba sobre el discurso del secretario del Departamento de Estado James Barnes, quien sostuvo que hasta la 1:20 p.m. (hora de Washington) del día 10: “El gobierno estadounidense no había recibido ninguna propuesta oficial del gobierno nipón sobre la aceptación incondicional del ultimátum de la Declaración de Potsdam”. Y le sigue la noticia titulada “La transmisión de la propuesta de rendición de Japón quedó interrumpida”, que trataba de un comunicado transmitido por un cable urgente de la CNA fechado el 10 y emitido desde Chóngqing. Según la nota, el día 10 la radiodifusión tokiota en inglés señaló que el gobierno japonés había informado su propuesta a China, Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética a través de Suiza y Suecia, pero que la transmisión había sido interrumpida justo cuando el gobierno imperial señalaba cuáles eran las condiciones de la Declaración de Potsdam y “no incluían la exigencia sobre el cambio de la soberanía del emperador en el gobierno del país”.⁵⁰

En lo que concierne a la rendición oficial de Japón están incluidos los siguientes cables. Primero, uno de la UP fechado el 14 y enviado desde

⁴⁹ Jiang Xiaoyu, *Cankao Xiaoxi*, vol. 4, Guijing, Guangxi shifan daxue chubanshe, 2006, núm. 972, 15 de agosto de 1945.

⁵⁰ *Ibid.*

Washington, el cual afirmaba que según la Casa Blanca “la emisora de Tokio había transmitido la respuesta japonesa sobre la exigencia de rendición incondicional de los aliados, la cual fue interceptada”. Al lado de éste, había un cable de la misma agencia fechado el 14 y enviado desde Londres que afirmaba que “el mayor misterio estribaba en dónde estaba la fuente japonesa, ya que todavía no se había resuelto hasta las primeras horas de esta noche. Pero la *Dōmei Tsushin* había constatado que la misma fuente había aceptado la rendición incondicional exigida en la Declaración de Potsdam”.⁵¹

Esta búsqueda de información continuaría practicándose después de la toma de poder del PCC. Al entrar en Pekín, el partido “compró no sólo la instalaciones y los receptores de morse sino incluso los emisores-receptores Haier, máquinas más evolucionadas, y receptores-emisores de facsímiles. A partir de entonces todas los cables recibidos fueron mecanografiados, de modo que las transcripciones quedaron muy nítidas. Un verdadero evangelio para los encargados de transcripción de los cables”.⁵² Naturalmente la información recopilada se reflejó en las políticas posteriores. Un periodista ha rememorado que en agosto de 1949, cuando el PCC apenas había llegado a Pekín, recibió el *Libro blanco chino* impreso por el Departamento de Estado y la carta de su secretario Acheson a Truman. Éstos eran documentos históricos en los que Estados Unidos “lamentaba la falla en sus políticas en torno a China”. Mao Zedong, quien estaba preparando un artículo para criticarlos “corrigió una y otra vez los cables transcritos con el fin de obtener una transcripción lo suficientemente exacta, como para que pudiera citarlos en su texto original. [...] El *Libro blanco* del Departamento de Estado estadounidense se publicó el 5 de agosto y en menos de diez días, el 14 de agosto, la Xinhua empezó a lanzar una serie de comentarios y artículos importantes, entre ellos estaba el artículo titulado ‘Abandonemos la ilusión y preparémonos para la lucha’”.⁵³ Lo anterior nos convence de que en virtud de esta ex-

⁵¹ “Guanyu rikou fuwen jingguo qingxing” (“Acerca del proceso de la constatación de Japón”), en *Cankao Xiaoxi*, vol. 4, núm. 972, 15 de agosto de 1945.

⁵² Chen Long, *op. cit.*, pp. 61-62.

⁵³ Xiao Ximing, “Cong yingwenzu dao fanyizu” (“De la Sección del Inglés a la Sección de Traducciones”), en *Memorias de Xinhua*, p. 140.

perencia acumulada, el gobierno chino logró una reacción adecuada en menos de una semana, cuando se publicó la Misiva de Yoshida.

A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿CUÁL FUE EL “MARGEN DE INTERPRETACIÓN”?

¿Cuál fue el margen de interpretación que China dejó para las futuras relaciones con Japón? Parece que ese espacio fue descubierto a través del vínculo económico tradicional entre los dos países. La edición del 2 de junio de 1952 del *Renmin Ribao* publicó un artículo firmado por Zhuang Tao. Como lo indica su título, “El rumbo de la economía japonesa”, explicaba el futuro de la economía nipona después de la conclusión del Tratado de Paz. Según Zhuang, la economía de Japón parecía crecer momentáneamente gracias a la Guerra de Corea, pero a partir de la primera mitad de 1951, sufriría una caída repentina y ya había recibido tres golpes hasta la fecha. El futuro de la economía japonesa “no tendría otro camino que desarrollar una economía pacífica rechazando el rearme” por dos razones. La primera era que el rearme instruido por Estados Unidos presionaba mucho a la economía nacional del país. Por ejemplo, de los 852 700 millones de yenes del presupuesto fiscal para el año 1952, los gastos para la Reserva Nacional Policiaca y la Agencia de Seguridad Marítima requerían 23.7 por ciento (202 200 millones de yenes); además, los gastos en obras públicas para construcciones de instalaciones militares o compras de materiales militares habían llegado a 33 por ciento (280 000 millones de yenes).⁵⁴

La segunda razón era que al haber roto la relación tradicional con la China Continental, Japón se había visto obligado a comprar materias primas caras a Estados Unidos. Las elaboraba para hacer productos que después exportaría a los países del Sudeste de Asia, pero este sistema iba totalmente en contra del principio del costo-rendimiento, ya que Japón carecía de capacidad de transportación: 80 por ciento de su transporte dependía de los costosos barcos estadounidenses. En cambio, las relaciones comerciales sino-japonesas antes de la guerra había mostrado un contraste

⁵⁴ Zhuang Tao, “Reben jingji de chulu” (“El rumbo de la economía japonesa”), *Renmin Ribao*, 2 de junio de 1952.

evidente. El artículo señalaba que en 1938, 83 por ciento de la hulla para la siderurgia, 70 por ciento de la sal y 80 por ciento de la soya, habían sido importados de China; en 1936, 27 por ciento de la demanda de hierro y 33 por ciento de su importación habían estado vinculados con China.⁵⁵

El artículo de Zhuang citaba varios materiales relacionados con Japón y esas fuentes testimoniaban parte de la existencia de diarios y revistas japonesas que China conseguía en ese tiempo. Un ejemplo de ello fue la cita de Tōichi Nawa, profesor de la Universidad de Comercio de Osaka, quien había comentado sobre las diferencias entre las relaciones económicas de Japón con Estados Unidos y con China en un artículo del *Ekonomisuto* fechado el 21 de diciembre de 1951:

La hulla de calidad, el mineral de hierro y la soya, los cuales originalmente hubiéramos comprado de la China comunista en gran cantidad, ahora tenemos que adquirirlos a altos precios de las regiones que usan el dólar como moneda de comercio. Con la China comunista, una tonelada de carbón costaría 17 dólares, y ahora gastamos 28 dólares por la misma cantidad. El mineral de hierro, costaría 13 pero ahora nos cuesta entre 24 y 27. La soya nos costaría cien dólares pero ahora cuesta 165. Con sólo esto, podemos observar que la excesiva dependencia de la economía japonesa hacia Estados Unidos contribuyó a subir los precios del acero y las máquinas para debilitar su competitividad de exportación.⁵⁶

Por otro lado, el mismo texto presenta las limitaciones de la economía nipona, según la revista *Diamond* fechada el 21 de febrero de 1952:

Los avatares económicos de Japón después de la Guerra de Corea han sido extremadamente graves. Durante el medio año desde el estallido de la guerra, la administración de las empresas mejoró velozmente y se observó el fenómeno de expansión de las tasas de interés, como es bien sabido. Sin embargo, esta prosperidad fue sumamente efímera: a partir de la primera mitad de 1951, la economía japonesa ha caído drásticamente. En abril del año pasado sucedió el primer golpe y en julio el segundo. Desde el otoño del año pasado hemos estado en el remolino del tercero. Como resultado, compañías y comercios se han ido a la quiebra uno tras otro.⁵⁷

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*

De las limitaciones del círculo comercial-industrial, el artículo de Zhuang habla de la siguiente manera: “una encuesta del Ministerio de Comercio Exterior e Industria de Japón muestra que 30 compañías principales de intercambio comercial habían dicho que de su estructuración de capital, sólo 5 por ciento era propio; el 95 por ciento restante estaba constituido por financiamiento de largo y corto plazos y otras deudas”. Así, de los documentos de investigación gubernamentales, había acceso no sólo de los artículos periodísticos sino también a los libros blancos. Por ejemplo, el artículo cita el quinto *Libro blanco* de julio de 1951 a través de un artículo de la revista *Tōyō Keizai Shimpō*, fechado el 16 de febrero del mismo año, para argumentar que el nivel de consumo de los residentes de las ciudades había bajado 5 por ciento en comparación con el que existía antes de la Guerra de Corea.⁵⁸

Las relaciones políticas sino-japonesas fueron interrumpidas, pero la información los mantuvo unidos en un espacio que trascendió las fronteras. Los diarios y revistas de Japón citados por Zhuang eran importados a China. Cuando el artículo previamente mencionado había sido publicado, Sanzō Nosaka se encontraba en Pekín. Zhuang trabajó como secretaria de Nosaka, quien había vivido en Yan’an durante la Guerra Sino-Japonesa bajo el nombre de Susumu Okano, y ella se había convertido en su pareja. Mientras lo cuidaba en la vida cotidiana, Zhuang aprendió el idioma japonés y la situación del País del Sol Naciente, y aunque Nosaka regresó a Japón después de la guerra, ella logró formarse como japonóloga.⁵⁹

Además de las personas relacionadas con el Partido Comunista japonés, como Nosaka, la entonces diputada Tomi Kōra también había estado de visita en China. El artículo de Zhuang le llamó la atención. La parlamentaria, quien había observado las instalaciones de control de inundaciones en Jingjiang, lo leyó mientras viajaba en barco de Shashi a Wuhan, y lo estimó mucho por la exactitud en su manera de tratar los temas. Pidió su traducción a Xiao Qian, escritor e intérprete de inglés para el viaje, y no sólo se lo

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Shen Rong, *Hongse huiyi (Memorias de la época roja)*, Pekín, Beijing Shiyue Wenyi Chubanshe, 2005, p. 97; Sun Jinke, “Guanyu Nosaka Sanzo” (Acerca de Sanzo Nosaka), en *Kangri zhanzheng yanjiu (Estudios de la Guerra Antijaponesa)*, 1, 2007 p. 251.

hizo leer a sus acompañantes, sino que también lo envió a Japón.⁶⁰ Ahora bien, el objetivo de la estadía de Kōra era firmar el Tratado de Intercambio Comercial Sino-Japonés, el primero después de la guerra. Así, más allá del obstáculo humano que implicaba el conflicto político, la información, las personas y las cosas siguieron en contacto. Esto es justamente lo que llegó a llamarse el “método de construcción” (*build-up method*) o “método de la separación política y económica” conocido en japonés como *Seikei Bunri*. ❧

⁶⁰ “Gaoliang Fu deng canguan Jingjiang Fenhong gongcheng ji Shanghai de qingkuang [Situación de cuando Tomi Kōra y otros visitaron instalaciones de control de inundaciones en” (“Jingjiang y la ciudad de Shanghai”), *Neibu Cankao*, 21 de junio de 1952.

¿Reencuentro fortuito? Japón, América Latina y la ocupación*

Isami Romero Hoshino

El 15 de agosto de 1945, en un discurso radial sin precedente, el emperador Shōwa (Hirohito) declaró la rendición incondicional del Imperio del Japón aceptando los puntos básicos establecidos en la Declaración de Potsdam, y puso fin también a la situación de guerra que había prevalecido desde el Incidente de Manchuria (1931). Semanas después del histórico discurso, el Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP, por sus siglas en inglés), compuesto en su gran mayoría por miembros del ejército estadounidense, arribaría al archipiélago japonés y por primera vez en toda su larga historia, Japón sería ocupado por fuerzas extranjeras.

Diversos estudios han señalado las características indirectas de la ocupación, ya que las autoridades locales mantuvieron el control de las estructuras organizativas, pero también es necesario recalcar que el SCAP tuvo un control decisivo en las decisiones políticas más importantes de Japón hasta la firma de un acuerdo de paz. De este modo, tal como lo ha señalado Kōji Nakakita en su artículo para este dossier, el SCAP buscó la “democratización” y la “desmilitarización” de Japón, con miras a desmantelar su sistema colonial en la región Asia-Pacífico, para que dejara de ser una amenaza para los intereses estadounidenses en dicha región.¹

* Este artículo forma parte del proyecto Relaciones Japón-latinoamericanas durante las décadas 1950 y 1960 (2010A-931) auspiciado por la Universidad de Waseda.

¹ Para una comprensión más detallada sobre las reformas y la constitución “impuesta” por Estados Unidos véase Jun’nosuke Masumi, *Sengo Seiji 1945-55 (La política de la posguerra 1945-1955)*, Tokio, The University of Tokyo Press, 1983; Michael Schaller, *The American Occupation of Japan: The Origins of the Cold War in Asia*, Oxford, Oxford University Press, 1985, y John Dower, *Embracing the Defeat*, Nueva York, W.W. Norton, 1999.

Ahora bien, una de las instituciones que mantuvo “intacta” su estructura organizativa y política fue el Ministerio de Asuntos Exteriores (Gaimushō). De hecho, la cancillería japonesa fue la organización mediadora de las disputas entre el gobierno japonés y el SCAP. Cabe destacar que en los primeros días de la ocupación, la cúpula diplomática japonesa solicitó de manera explícita al general Douglas MacArthur, comandante supremo de las Fuerzas Aliadas, que el Japón ocupado pudiera mantener relaciones diplomáticas con el gobierno del Kuomintang, encabezado por Chiang Kai-shek, así como con las naciones que se habían mantenido neutrales durante la Guerra del Pacífico (1941-1945): Afganistán, Irlanda, Portugal, el Vaticano, Suiza y Suecia.² Con ello, el Gaimushō buscaba mantener un mínimo grado de autonomía para su país.

En un inicio, la cúpula del SCAP vio con ojos positivos la propuesta. Estaba consciente de que Japón debería tener un vínculo con China, ya que era un país vital tanto para emprender las reformas como para la recuperación económica. De igual manera, la relaciones con los países neutrales podrían servir para aminorar las cargas políticas del SCAP, en particular en los temas concernientes a la indemnización de las propiedades de los extranjeros radicados en Japón durante la guerra. Sin embargo, ni el presidente Harry S. Truman (1945-1953) ni el Departamento de Estado encabezado por el general George C. Marshall dieron luz verde a los deseos de la cancillería japonesa. Finalmente, el 25 de octubre de 1945, Douglas MacArthur anunció la congelación completa de las relaciones de Japón con el exterior. Algunos países como Suecia y Suiza siguieron representando de manera formal los intereses de diversas naciones en Japón, pero la realidad fue que todas las decisiones internacionales, así como los vínculos con el exterior, quedaron en manos de la División Diplomática del SCAP.³

Por esta razón, dentro de la historiografía de los estudios de la ocupación ha prevalecido la idea de que salvo la relación bilateral con Estados Unidos,

² Sumio Hatano, “Sengo Ajia Gaikō no Rinen to Keisei: Chiikishugi to Tozai no Kakchashi” (“Los ideales y la formación de la política exterior hacia Asia durante la posguerra: el regionalismo y el Puente entre el Este y Oeste”), *Kokusai Mondai*, núm. 546, 2005, pp. 55-56.

³ Para un bosquejo general de la diplomacia de estos años, véase Makoto Iokibe (ed.), *The Diplomatic History of Postwar Japan*, Londres, Routledge, 2010.

no hubo una “diplomacia real” hasta la entrada en vigor del Tratado de Paz de San Francisco en abril de 1952. Lo anterior se puede apreciar claramente en los pocos estudios existentes sobre las relaciones entre México y Japón durante esos años.

Por ejemplo, en la parte concerniente al periodo de ocupación, *Del tratado al Tratado* —una breve crónica preparada por la embajada de México en Tokio para conmemorar el Acuerdo de Asociación Económica firmado en 2005— ha aceptado la idea convencional de que no hubo relaciones diplomáticas, y no explicó cuáles fueron los vínculos entre el gobierno de Miguel Alemán Valdés (1946-1952) y el Japón ocupado. De hecho, se limitó a resaltar dos puntos: el hecho de que México fue el segundo país en restablecer relaciones con Tokio después del Reino Unido,⁴ y la labor emprendida durante la instalación oficial de la misión diplomática por parte del poeta Octavio Paz en 1952, quien en ese entonces era el segundo secretario en la embajada de la India.

No hay duda de que México fue uno de los primeros países en restablecer relaciones con el gobierno de Shigeru Yoshida (1948-1954) y el primer latinoamericano en hacerlo, ese gesto ha sido reconocido por la propia cancillería japonesa aun en nuestros días; pero era una tendencia inevitable y no necesariamente un mérito mexicano. El texto del Tratado de Paz, por ejemplo, fue preparado por John Foster Dulles, y México no tuvo mucha injerencia en su redacción. También, aunque es cierto que en los años posteriores el futuro premio Nobel mexicano tendría una importante labor en las relaciones culturales entre ambos países, Octavio Paz no fue en ningún momento clave en el restablecimiento de las relaciones. Pudo haber sido él u otro diplomático de igual rango. En ese sentido, los artífices, si es que los hubo, fueron el propio presidente Alemán y Manuel Tello Baurraud, secretario de Relaciones Exteriores durante esos años.

¿Cuáles fueron entonces, las posturas mexicanas tanto durante la ocupación como en las negociaciones de los acuerdos de paz? *Del tratado al Tratado* no contestó estas interrogantes. Lo anterior se observa también en el

⁴ Embajada de México en Japón, *Del tratado al Tratado*, Tokio, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005, pp. 27-31.

tomo especial preparado por la Secretaría de Relaciones Exteriores para el Bicentenario.⁵ Aquí se ha mencionado, en unas cuantas líneas, lo mismo: no hubo relaciones entre México y Japón en los años de la ocupación. Y una vez más se señaló el “importante” papel de Octavio Paz.

Ahora bien, como se ha mencionado antes, la idea de que no existieron relaciones exteriores no ha sido exclusiva del caso mexicano, sino que ha formado parte de una tendencia general dentro de toda la historiografía. En el caso específico de las relaciones de Japón con América Latina, salvo el ensayo del politólogo Hiroshi Matsushita, quien mencionó cómo el gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955) había mostrado un interés por restablecer relaciones con Tokio,⁶ y el estudio de Ryuhiko Hamamoto sobre las relaciones comerciales con Latinoamérica durante los primeros años de la posguerra,⁷ no ha existido dentro de la historiografía un análisis puntual sobre los sucesos de esos años.⁸

¿Por qué ha sucedido lo anterior? Una razón es, sin duda, que la mayoría de los estudiosos han privilegiado más los temas de coyuntura que los históricos. De hecho, salvo la reciente labor emprendida por Carlos Uscanga, quien ha sido uno de los pocos investigadores dedicados al estudio sistemático de las relaciones nipo-mexicanas, y quien en años recientes ha utilizado fuentes primarias, la realidad es que han sido escasos los estudios de este tipo.⁹ Actualmente, es posible consultar los archivos japoneses y los

⁵ Francisco Javier Haro, José Luis León y Juan José Ramírez, *Asia. Historia de las relaciones internacionales de México 1821-2010*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, p. 198.

⁶ Nihon Aruzenchin Kyōkai (ed.), *Nihon Aruzenchin Kōryūshi (Historia del intercambio entre Japón y Argentina)*, Tokio, Nihon Aruzenchin Kyōkai, 1998, p. 49.

⁷ Ryuhiko Hamamoto, “Nihon no tai Raten Amerika Bōeki” (“El comercio de Japón hacia América Latina”), *Nanbei Kenkyū*, núm.9, 1962, pp. 37-45.

⁸ Hiroyuki Urabe, “Nihon no tai Raten Amerika Gaikō no Rekishi to Genzai” (“La historia y actualidad de las política exterior de Japón hacia América Latina”), en *Nihon Gaikō to Kokusai Kankei (La diplomacia japonesa y las relaciones internacionales)* editado por el Kanagawa Kōgyō Daigaku Kokusaigaku Kenkyusho, Tokio, Naigai Shuppan, 2009, pp. 127-154; Hiroshi Matsushita, “Sengo no Waga Kuni no Gaikōteki Taiō” (“La reacción externa de nuestro país durante la posguerra”), en Barbara Stallings, Gabriel Székely y Kōtaro Horisaka (eds.), *Raten Amerika to no Kyōzon (La cohabitación con América Latina)*, Tokio, Dobunkan, 1991; Akio Watanabe, *Ajia Taiheiyō no Kokusai Kankei to Nihon (Japón y las relaciones internacionales con Asia-Pacífico)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1992; Keichi Tsunekawa, “Nihon to Ajia-Raten Amerika Kankei” (“Japón y las relaciones asia-latinoamericanas”), en Shōji Nishijima, Kotaro Horisaka y Peter H. Smith (eds.), *Ajia to Raten Amerika (Asia y América Latina)*, Tokio, Sairyūsha, 2002.

⁹ Carlos Uscanga, “México y Japón después del Centenario de la Independencia de 1910:

latinoamericanos, por lo que es posible hacer una radiografía general de esos años. Sin embargo, hay una razón aún más importante en el caso de América Latina que explica el desinterés por el periodo. Aunque los estudiosos no lo han dicho de manera abierta, han aceptado a priori que los países latinoamericanos fueron siempre actores pasivos durante los primeros años de la Guerra Fría, y que sólo siguieron las políticas de Washington. Lo anterior ha desconocido los “intereses reales” de los líderes latinoamericanos, quienes veían a Japón con distintos ojos.

A mi juicio, la inexistencia de las relaciones entre Japón y América Latina durante la ocupación, aceptada por la historiografía tradicional, es una idea equivocada. Por lo tanto, este artículo tratará de presentar un esbozo general que permita dilucidar las relaciones durante la ocupación. No existe hasta la fecha un estudio detallado sobre el tema. Por esta razón, las apreciaciones de este ensayo son “incompletas”, pero es importante comenzar a sentar las bases para futuros estudios. La narrativa histórica estará centrada principalmente en la información de las fuentes primarias del SCAP y del Gaimushō. En particular, se enfocará en dos temas cruciales dentro de las relaciones nipo-latinoamericana de esos años: la misión comercial del SCAP despachada en 1949 a América Latina y la forma cómo se fueron normalizando las relaciones antes de la firma del Tratado de Paz de San Francisco y sus resultados posteriores. En ambos episodios, la estructura heterogénea de Latinoamérica produjo trabas en el momento de establecer las políticas.

RUPTURA DE LAS RELACIONES

Antes de analizar las relaciones de los primeros años de la posguerra, es necesario retroceder un poco y examinar cómo habían sido antes de 1945. Dentro de la historiografía suele mencionarse el siglo XVII como el inicio de las relaciones entre Japón y América Latina.¹⁰ Sin duda comenzaron en ese

entre las vicisitudes de la política interna y la búsqueda del fortalecimiento de los nexos diplomáticos”, *Iberoamericana*, 33, 2011, pp. 21-36; Carlos Uscanga, “México y Japón en los años treinta: los avatares del intercambio académico”, *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 110, 2011, pp. 159-171; Carlos Uscanga, *México y Japón: el restablecimiento de las relaciones diplomáticas en la posguerra*, México, UNAM, 2012.

¹⁰ Véanse Juan Gil, *Hidalgos y Samurais*, Madrid, Alianza, 1991; Masahiro Maeda, (ed.), *Raten Amerika to Umi (América Latina y el mar)*, Tokio, Kindai Bungei Sha, 1995.

periodo, tal como lo ha sostenido Lothar Knauth en su excelente libro *Confrontación transpacífica: el Japón y el Nuevo Mundo hispánico 1542-1639*.¹¹ Sin embargo, decir que las relaciones diplomáticas comenzaron en esos años es inapropiado. Habría que comenzar por recalcar que en el siglo XVII, los países latinoamericanos no eran las naciones que conocemos ahora. Eran colonias del Imperio español. Por lo tanto, es falaz decir que hubo relaciones diplomáticas entre Japón y unas naciones que no gozaban de plena soberanía en ese momento. Aunado a lo anterior, lo que tampoco se debe olvidar es que en esos años el shogunato Tokugawa (1604-1868) había cerrado las puertas de Japón, por lo tanto no hubo forma de establecer relaciones diplomáticas. Lo anterior no significa que el archipiélago hubiera perdido por completo todo contacto con el mundo. Como lo han señalado de manera acertada Ronald Toby y Yasunori Aramaki,¹² las relaciones se limitaron a un espacio más reducido y estratificado en Ezo, en Tsushima, en Nagasaki y en Ryūkyū: lugares que fueron los puntos para comerciar con el norte (Rusia), con Corea, con Holanda y con China respectivamente.

Ahora bien, las relaciones diplomáticas entre Japón y América Latina comenzaron en 1873, cuando Perú y el Imperio japonés firmaron el Tratado Provisional de Comercio y Amistad, después del incidente del barco peruano *María Luz*. Este documento reconoció los tratados desiguales firmados por Japón con Estados Unidos y con las potencias europeas en las postrimerías del shogunato Tokugawa.¹³ Posteriormente, en 1888, Japón logró la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con México: el primer acuerdo igualitario con un país no asiático. A partir de esa fecha y bajo condiciones de plena igualdad, las naciones latinoamericanas comenzaron a establecer relaciones diplomáticas con Japón, y para 1938, fecha en que Venezuela estableció relaciones formales con Tokio, todas las naciones americanas habían logrado establecer vínculos diplomáticos con el Imperio japonés (véase el cuadro 1, al final del texto).

¹¹ Lothar Knauth, *Confrontación transpacífica*, México, UNAM, 1972.

¹² Ronald Toby, *State and Diplomacy in Early Modern Japan*, Stanford, Stanford University Press, 1984; Yasunori Aramaki, *Kinsei Nihon to Higashi Ajia (El Japón del Kinsei y el este de Asia)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1988.

¹³ Para una explicación más detallada de los acuerdos desiguales véanse Michael Auslin, *Negotiation with Imperialism*, Cambridge, Harvard University Press, 2004; Kaoru Iokibe, *Jōyaku Kaisei Shi (Historia de las negociaciones de los tratados desiguales)*, Tokio, Yūhikaku, 2010.

Cabe señalar que algunos países, como México, criticaron el expansionismo de Japón en la región Asia-Pacífico, pero mantuvieron posturas relativamente pro japonesas. Empero, después del ataque a Pearl Harbor acaecido el 7 de diciembre de 1941, la gran mayoría de las naciones latinoamericanas rompieron relaciones con el Imperio de Japón, declarándole en algunos casos la guerra.

Al ver que los países americanos habían reaccionado de buena manera, las autoridades estadounidenses pidieron a sus contrapartes latinoamericanas que realizaran una persecución de los japoneses y de sus descendientes en sus territorios, como la que habían emprendido en su propio país.¹⁴ Algunos, como Perú, Panamá y los países centroamericanos, cooperaron estrechamente con el gobierno de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), encarcelando a los japoneses y a sus descendientes. Muchos de ellos fueron trasladados de manera injusta a campos de concentración en Estados Unidos y jamás volvieron a tocar el suelo donde habían decidido vivir o habían nacido.¹⁵ Fueron incluso intercambiados por prisioneros de guerra. En otros casos, como México, los japoneses fueron concentrados en el Distrito Federal y Guadalajara, pero no fueron víctimas de tantos atropellos como fue el caso de los residentes en Perú.¹⁶ Esta misma situación se pudo observar en Brasil y en Argentina.

En este sentido, como señalan Lane Hirabayashi y Akemi Kikura-Yano, la postura política de cada uno de los países latinoamericanos explica por-

¹⁴ Para una comprensión mayor sobre los japoneses que fueron recluidos en campos de concentración en Estados Unidos, véase Yōko Murakawa, *Kyōkaisen jō no Shiminken (La frontera de los derechos civiles)*, Tokio, Ochanomizu Shobō, 2007.

¹⁵ Véase Harvey Gardiner *Pawns in a Triangle of Hate*, Seattle, University of Washington Press, 1981; United States Congress House of Representatives, *Treatment of Japanese, Americans of Japanese Descent, European Americans, and Jewish Refugees During World War II*, Washington DC, US Government Printing Office, 2009.

¹⁶ Véanse las siguientes fuentes: Sergio Hernández Galindo “México en el fuego de la Segunda Guerra Mundial: japoneses concentrados”, *Diario de Campo*, núm. 43, 2007, pp. 140-151; Sergio Hernández Galindo “La guerra interna contra los japoneses,” *Dimensión Antropológica*, No.43 2008; Sergio Hernández Galindo “Japoneses. La comunidad en busca de un nuevo Sol Naciente”, en Carlos Martínez Assad (ed.), *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, vol. 1, México: Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades, 2010, pp. 307-333; Francis Peddie, “Una presencia incómoda: la colonia japonesa de México durante la Segunda Guerra Mundial”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 32, 2006, pp. 73-101.

qué hubo un trato tan diferenciado.¹⁷ Países como Argentina y Chile, que mantuvieron dos o hasta tres años relaciones con Japón después del ataque de Pearl Harbor, fueron menos duros con los japoneses, mientras que otros como Panamá y Perú, que se habían alineado por completo a Washington, fueron más agresivos. De igual manera, el tipo de relaciones bilaterales que habían prevalecido con Estados Unidos antes de los años de la guerra, explicarían las variaciones. Brasil, Chile, Argentina, y en menor medida México, pudieron desestimar las presiones del coloso del norte por la destreza de sus cancillerías, pero los países centroamericanos y caribeños no pudieron hacer lo mismo.

En suma, pensar que los países latinoamericanos actuaron como un bloque unificado durante la Segunda Guerra Mundial y cooperaron sin oponer resistencia a los deseos de Washington es un error. Cada uno tuvo sus motivos para hacerlo y cooperó basándose en sus propias necesidades. Esta misma situación se vería en los años de la ocupación y explicaría porqué algunos países sí pudieron establecer lazos con Japón y otros no.

LOS PRIMEROS AÑOS DE LA OCUPACIÓN

Al analizar las fuentes primarias resguardadas en el Archivo Nacional de Estados Unidos (NARA, National Archives and Records Administration) y el Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón (AHMAE) llama la atención lo siguiente: si bien las autoridades estadounidenses habían prohibido al Japón ocupado tener relaciones diplomáticas con el exterior, nunca buscaron aislarlo de la sociedad internacional. Todo lo contrario, tanto MacArthur como las autoridades de Washington estaban conscientes de que para lograr una reforma política y económica exitosa, Japón tendría que mantener ciertos flujos comerciales con el exterior aunque fuese de manera modesta y casi informal. Lo anterior explica porqué, de 1946 a 1947, Japón había comercializado azúcar y productos alimenticios, así como materias primas básicas provenientes de Brasil, Cuba, México y el Sudeste

¹⁷ Lane Hirabayashi, y Akemi Kikura-Yano, “Dainiji Sekai Taisen Chū no Nikkei Raten Amerikajin: Sono Kōsatsu” (“Los nikkeis latinoamericanos en tiempos de la Segunda Guerra Mundial: una nueva revalorización”), en *Japaniizu Diasupora (Diáspora japonesa)*, Tokio, Shinsensha, 2008, pp. 240-256.

de Asia. Empero, este comercio lo realizaron exclusivamente las empresas estadounidenses establecidas en esos países, por lo tanto, sería un error decir que existieron relaciones formales. Al final, el flujo resultó insuficiente, por lo que había que buscar canales más grandes, lo cual puso en un predicamento a las autoridades de ocupación: cómo lograr captar recursos sin abrir por completo el Japón ocupado.

Mientras la cúpula del SCAP deliberaba qué hacer, dentro de Washington comenzaba a darse un giro en la política de ocupación. Eran los inicios de la Guerra Fría y Estados Unidos estaba cada vez más preocupado por el peligro soviético. Así, el 12 de marzo de 1947, Harry Truman anunció la política de contención al comunismo. La Doctrina Truman resultó un parateguas para las políticas de ocupación. Para contrarrestar la infiltración comunista dentro de la región Asia-Pacífico, Estados Unidos necesitaba un aliado potencial en esta región, y el candidato idóneo era Tokio. De este modo, preparó un gigantesco paquete de ayuda para fortalecer la economía japonesa. De igual manera, se abandonó la política de desmilitarización y se persuadió al primer ministro Yoshida para que rearmara Japón. Finalmente, el SCAP puso freno a las reformas democráticas, encarcelando a varios líderes comunistas y liberando a muchos políticos conservadores acusados de crímenes de guerra. Dentro de la historiografía japonesa este periodo se conoce como el Gyaku Kosu, o curso regresivo.¹⁸

Por lo que toca a las relaciones diplomáticas del Japón ocupado, aunque la División Diplomática del SCAP siguió controlando los destinos de las relaciones exteriores, durante el curso regresivo Washington buscó dar autonomía a Japón, en parte para fortalecer al gobierno conservador establecido en 1948, pero también para aminorar los gastos causados por la ocupación, de tal suerte que Tokio pudo tener mayor contacto con el exterior, en particular con las naciones del “mundo libre”.

En un inicio, el candidato idóneo para vincular a Japón con el exterior era China; sin embargo, el triunfo de Mao Zedong y las fuerzas comunistas se hacía inminente y no había posibilidad para que el archipiélago pudiera vincularse con la parte continental del noreste de Asia. Por tal motivo, Es-

¹⁸ Para una comprensión mayor de la política del curso regresivo véase Yutaka Yoshida (ed.), *Sengo Kaikaku to Gyaku Kōsu (La reforma de la posguerra y el curso regresivo)*, Tokio, Yoshikawa Kobunkan, 2004.

tados Unidos, en particular George E. Kennan, uno de los artífices de la política de contención del comunismo del gobierno de Truman, decidió conectar al Japón ocupado con el Sudeste de Asia, para coadyuvar a su recuperación. El resultado final fue que antes de que diera inicio la Guerra de Corea (1950-1953), Japón había logrado restablecer relaciones comerciales con esta importante zona.¹⁹ Dicho de otra manera, era el “regreso” de Japón a la región Asia-Pacífico.

Empero, el Sudeste de Asia no fue la única región en donde Estados Unidos enfocó su atención para fortalecer la autonomía del Japón ocupado. De hecho, hubo tres bloques más. El primero fue Europa Occidental, el segundo la región Esterlina (Reino Unido y sus colonias en Asia-Pacífico, incluidos Australia y Nueva Zelanda) y el tercero América Latina. Para no extender más el relato, basta decir que a partir de 1947, el SCAP se coordinó con el Gaimushō y con el Departamento de Comercio Internacional (en 1949 se convierte en el Ministerio de Industria y Comercio Internacional, MITI, por sus siglas en inglés) para delinear la política comercial japonesa y, al mismo tiempo, las autoridades de la ocupación utilizaron sus vínculos directos con el Departamento de Estado y las distintas embajadas acreditadas en todo el mundo para establecer acuerdos comerciales.

Era una situación paradójica. Japón no podía tener relaciones diplomáticas con ningún país, pero sí podía firmar acuerdos comerciales. Sin embargo, la apertura comercial tendría también riesgos. Había que establecer algunos topes para no saturar la economía japonesa y ser cuidadosos en la elección de los potenciales candidatos: deberían ser “amigos” de Estados Unidos. Además, se tenía que comerciar en dólares o libras esterlinas, ya que el SCAP no había permitido al Banco de Japón emprender una política cambiaria autónoma; es decir, no podía tener otras divisas que no fueran las monedas estadounidense y británica. Por lo tanto, el comercio tendría que ser exclusivamente con estas dos monedas, algo que muchas naciones, como Brasil, México o Francia, no iban a aceptar al momento de negociar.

Las autoridades de la ocupación, por su puesto, estaban conscientes de estos riesgos y pidieron a Washington cierta mesura, pero para el gobierno

¹⁹ Véanse Sueo Sudo, *The Fukuda Doctrine and ASEAN: New Dimensions in Japanese Foreign Policy*, Singapore, Institute of Southeast Asian Studies, 1992; Taizō Miyagi, *Sengo Ajia no Chitsujō no Mōsaku to Nihon (Japón y la búsqueda del orden en el Asia de la posguerra)*, Tokio, Sōbunsha, 2004.

de Truman era primordial vincular a Japón con el exterior. Por lo tanto, junto con el sudeste de Asia, la región Esterlina y Europa Occidental, los países latinoamericanos se volvieron candidatos idóneos. Eran naciones que no podían negarse a los deseos de Washington, y antes de la guerra habían sido relativamente pro japoneses, por lo que no habría una confrontación como la existente con los países asiáticos. Además, consideraron que la toma de decisiones estaba centralizada en pocas manos y no sería problema negociar con ellos. La historia posterior demostraría que estaban errados.

De este modo, a partir de 1947 comenzaron los primeros contactos con los países latinoamericanos, por medio de las embajadas estadounidenses. Para los primeros meses de 1948, se les comunicó a sus autoridades las reglas que deberían seguir si querían hacer negocios con el Japón ocupado.²⁰ Primero, tendrían que establecer una lista preliminar de productos; segundo, el comercio no sería intergubernamental sino por medio de empresas privadas; tercero, cualquier empresa latinoamericana tendría que hacer una carta de petición al Departamento de Comercio Internacional y el SCAP tendría que aprobarla; cuarto, no se podría usar ninguna moneda latinoamericana sino que todas las transacciones serían realizadas con dólares estadounidenses, y quinto, no se permitiría negociar ningún tipo de instrumento bancario o financiero.

Sin duda, era un comercio desventajoso y engorroso para ambos lados. De hecho, para los países latinoamericanos eran una carga, ya que no tenían muchas reservas en dólares; sin embargo, cedieron a las presiones de Estados Unidos. No he podido corroborar las razones de esta decisión en los archivos latinoamericanos, pero precisamente en esos años estos países estaban deseosos de que Washington los ayudara económicamente, incluso con un especie de Plan Marshall.²¹ Por esa razón, mi hipótesis es que probablemente los líderes de América Latina consideraron que no era prudente oponerse a las peticiones de Truman.

²⁰ Archivo Histórico Genero Estrada (AHGE), exp. III-1593-33, Embajada de Estados Unidos a SRE, 27 de febrero de 1948.

²¹ Para comprender las relaciones de América Latina y Estados Unidos en esos años véase Leslie Bethell e Ian Roxborough, "The Impact of the Cold War on Latin America", en Melvyn Leffler y David Painter (eds.), *Origins of the Cold War*, segunda edición, Nueva York, Routledge, 2005, pp. 299-316.

Independientemente de las razones, a partir de mayo de 1948, el SCAP comenzó a negociar la reactivación del comercio formalmente, tanto con los países latinoamericanos como con otros países.²² El primer país con el que lograron una negociación exitosa fue el Reino Unido y el 11 de mayo de 1948 firmaron un acuerdo comercial parcial. Lo anterior también permitió reactivar el comercio con las colonias asiáticas, caribeñas y africanas de Gran Bretaña. Cabe señalar que en esos años Londres veía con temor el desmoronamiento de su imperio, y no tenía el dinero suficiente para garantizar su supervivencia; por eso vio en Japón una forma de eliminar los costos derivados de la manutención de sus colonias.²³

Después de Gran Bretaña, los países que aceptaron reactivar su comercio con el Japón ocupado fueron dos naciones aliadas de Estados Unidos y miembros de la Comisión para el Lejano Oriente: Francia y Holanda.²⁴ Posteriormente, Tailandia (marzo de 1949), la República de Corea (abril de 1949), ocho países latinoamericanos (junio y julio de 1949), Finlandia (junio de 1949), Bélgica (julio de 1949), Alemania Occidental (octubre de 1949), Australia, India, Nueva Zelanda y Sudáfrica (noviembre de 1949), Pakistán (diciembre de 1949) y Suecia (abril de 1950) negociaron tratados parciales con el Japón ocupado.

En suma, para 1950 Japón había recuperado una parte importante de su comercio con el “mundo libre”. Esta reactivación no fue una decisión autónoma del gobierno japonés ni mucho menos una iniciativa de los países que firmaron acuerdos parciales con el SCAP, sino que desde el inicio estuvo supeditada a la política anticomunista de Washington.

²² AHMAE, B-0020, Kakkoku tono Bōeki Shiharai Torikyoku ni Kansuru Sōshireibu Memorandum (Memorandum sobre el intercambio comercial con los distintos países), 11 de mayo de 1948 a 28 de febrero de 1950.

²³ Para comprender la política británica hacia Japón y la región Asia-Pacífico véanse Yoichi Kibata, *Teikoku no Tasogare (La decadencia del Imperio)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1996; Junko Tomaru, *The Postwar Rapprochement of Malaya and Japan 1945-1961*, Londres, Macmillan Press, 2000.

²⁴ La Comisión para el Lejano Oriente fue un organismo establecido en septiembre de 1945 para administrar las políticas de ocupación japonesa. Estuvo conformado por Estados Unidos, la Unión Soviética e Inglaterra, así como China, Holanda, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Francia, Filipinas y la India.

LA MISIÓN COMERCIAL DE 1949

¿Cómo fueron las negociaciones para reactivar el comercio con América Latina? Para poder responder a esta interrogante, es necesario regresar el relato a mayo de 1948. En esos años, Washington tenía una visión optimista en torno al comercio con América Latina; para ellos, era una región uniforme en donde Estados Unidos tenía presencia y no habría problemas como en el caso de los países del Sudeste de Asia, los cuales habían aceptado comercializar, pero seguían mostrando una actitud antijaponesa. Sin embargo, el Gaimushō no era tan optimista.

En un informe fechado el 15 de mayo de 1948, los diplomáticos japoneses habían considerado que si bien en Latinoamérica Estados Unidos tenía una presencia dominante, cualquier movimiento que emprendiera Tokio en la región podría dañar los intereses estadounidenses.²⁵ Incluso podría ser contraproducente para la relación bilateral con Estados Unidos, por lo que había pocos incentivos para que Japón tuviera presencia ahí.

Igualmente, aunque era una región con materias primas importantes, el mismo informe resaltaba que no era un mercado atractivo para las exportaciones japonesas y que no había una forma eficaz de transportar los productos. Antes de la Guerra del Pacífico, la flota mercantil japonesa era la encargada de hacerlo, pero en esos años las embarcaciones no podían salir de un perímetro mayor de las costas nacionales, y eran los barcos extranjeros los que controlaban el comercio del Japón ocupado. Las empresas navieras estadounidenses tenían el control de gran parte del lado del Pacífico mientras que el control del Atlántico era de las inglesas, las francesas, la españolas y las suecas. También, los países latinoamericanos tenían embarcaciones, entre las que sobresalen las argentinas, cuya flota controlaba el sur del Atlántico y tenía concesiones en el Sudeste de Asia y la India.

Otro problema destacado por la cancillería japonesa era que los gobiernos latinoamericanos habían restringido su política comercial hacia el exterior. Sin embargo, algo que mortificaba a los diplomáticos era que muchos países latinoamericanos habían quedado dentro del nuevo sistema de libre comercio promovido por Estados Unidos: el Acuerdo General sobre Aran-

²⁵ AHMAE, A-0128, Raten Amerika Mondai (El problema latinoamericano), 15 de mayo de 1948.

celes Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés). Lo anterior podía ser un golpe para Japón, ya que al no ser miembro de este régimen no gozaría de la eliminación de ciertos aranceles. Sin embargo, no todo era pesimismo dentro del informe. Un punto positivo fue la presencia de numerosos japoneses y sus descendientes en América Latina. Como se ha señalado antes, a muchos los habían trasladado a campos de concentración, pero ahora que había culminado la guerra, existía la posibilidad de que ellos fungieran como un puente.

De este modo, la cancillería japonesa comunicó sus opiniones al SCAP, pero las autoridades de ocupación siguieron manteniendo el optimismo. Sin embargo, después de unas semanas se dieron cuenta de que sería difícil negociar desde Tokio y, para mediados de 1948, MacArthur pidió a las autoridades de Washington su apoyo. Finalmente, el 15 de febrero de 1949, los departamentos de Estado y de Comercio informaron al SCAP que darían todo su apoyo para que Japón reactivara su comercio con América Latina.²⁶

El plan inicial del SCAP era firmar convenios que permitieran reactivar el comercio, como los que se habían hecho con el Reino Unido, Francia y Holanda. Sin embargo, el Departamento de Estado no pudo desarrollar una comunicación mayor. Las autoridades de la ocupación se convencieron finalmente de que deberían ir ellos mismos a negociar a América Latina, pero el presupuesto era reducido y, después de deliberarlo, decidieron focalizar las negociaciones en ocho países: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú, México, Uruguay y Venezuela. Sin embargo, la gran mayoría no sabía nada sobre América Latina y algunos mantenían claramente un prejuicio hacia esta región; veían a estas naciones como “repúblicas bananeras”. Finalmente, para evitar cualquier problema, el SCAP decidió aprovechar la experiencia de los funcionarios del Gaimushō y se estableció una lista de posibles candidatos que deberían acompañar a la misión comercial.²⁷ El grupo estaría compuesto por diplomáticos que hablaban a la perfección el español, pero también por personas ajenas al Ministerio

²⁶ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Trade Relations between Central and South America and Japan, 15 de febrero de 1949.

²⁷ AHMAE, A-0054, “Raten Amerika Tsūsho Misshon no Haken ni Kansuru ken” (Sobre el despacho de la misión comercial a América Latina), 21 de febrero de 1949.

de Asuntos Exteriores, grupos no burócratas con conocimiento técnico. Algunos eran miembros de alguna cámara empresarial y habían residido en América Latina.

En abril de 1949, finalmente, la misión comandada por el general Frank Pickelle, jefe del Departamento de Comercio Internacional, partió a su primer destino: la ciudad de México. Las negociaciones no resultaron tan simples como habían pensado muchos funcionarios del SCAP. De acuerdo con el informe de Russell Hale, jefe en funciones de la División de Comercio Exterior, era imposible hacer una negociación inmediata.²⁸ Señalaba que había sido un error pensar que en la misión podrían disfrutar de las “bondades tropicales” o que serían unas pequeñas vacaciones. Asimismo, había sido un error pensar que las decisiones estaban centradas en pocas manos; en México se toparon con una gigantesca burocracia que abarcaba desde Petróleos Mexicanos hasta el Banco de Comercio Exterior. Después de varios días, se estableció la Comisión Bilateral de Créditos y Arreglos. Aquí, México informó a la misión que sería imposible negociar un tratado formal en tan pocos días y que tardaría por lo menos dos o tres meses.

Obviamente, la misión no podía quedarse tanto tiempo, pero tampoco se podía ir con las manos vacías. Faltaban aún siete países por visitar. De este modo, decidieron establecer un mecanismo que garantizara una mínima reactivación. El 12 de abril de 1949 suscribieron el Tratado Comercial y Financiero Provisional entre México y el Japón ocupado. El tratado no tendría fecha de vencimiento, aunque en caso de firmarse un acuerdo de paz, dejaría de tener vigencia. ¿Para cuándo se firmaría el tratado final? No hubo una fecha específica, pero los miembros de la misión pensaban que sería cuestión de meses, ya que el gobierno mexicano les había informado que mandaría una misión a finales de mayo a Tokio. Sin embargo, como se mencionará más adelante, el gobierno de Miguel Alemán nunca mandó dicha comitiva.

Al final de las negociaciones, los miembros de la misión del SCAP se dieron cuenta de que les esperaba una situación adversa. Sin embargo, la experiencia en México les había permitido establecer una estrategia más realista. Los países latinoamericanos no iban a aceptar un tratado final, pero

²⁸ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6697, Inform to General Marquat from Hale, 12 de abril de 1949.

sí documentos provisionales. Además, aunque lo hacían a regañadientes, iban a aceptar reactivar el comercio bajo las reglas estadounidenses. En particular, aceptarían utilizar el dólar como moneda de intercambio y que las transacciones fueran realizadas por actores privados. Así, el modelo de negociación aplicado en México fue utilizado en los otros siete países.²⁹

La misión siguió entonces su curso. De México se trasladaron a Santiago y el 6 de mayo de 1949 entró en vigor el Tratado Comercial y Financiero Preliminar entre Chile y el Japón ocupado: un documento muy similar al firmado con México. El siguiente destino fue Lima y el 15 de mayo de 1949 firmaron un Acuerdo Comercial y Financiero. El gobierno peruano fue menos generoso y el tratado entraría en vigor el 30 de junio de 1949 y se tendría que renovar cada año. Posteriormente, la misión viajó a Montevideo y el 19 de mayo se firmó un acuerdo similar al peruano, que entraría en vigor el primero de junio. Todo indicaba que la misión saldría avante, pero en Brasil encontraron un gran obstáculo. El gobierno de Eurico Gaspar Dutra (1946-1951) no aceptó firmar un tratado comercial y sólo accedió a firmar un documento de tipo financiero. De este modo, el 2 de junio de 1949, se aprobó el Acuerdo Financiero Preliminar con Brasil. El Banco de Brasil abriría una cuenta en dólares para dar un crédito que incentivaría el comercio con el Japón ocupado. De igual manera, se buscaría dar un crédito a Japón para que importara productos brasileños. El tratado se renovaría cada año.

Del “fracaso de Río” vino uno similar en Buenos Aires. El 8 de junio de 1949 se estableció un acuerdo financiero provisional muy similar al brasileño. El acuerdo entraría en vigor el 23 de junio de 1949 y duraría un periodo de un año. Después de las negociaciones con el gobierno de Juan Domingo Perón, la misión se separó en dos grupos. Uno se dirigió a Bogotá y el otro a Caracas. En ninguno de los dos países se logró un avance. El 24 de junio de 1949 se estableció la Carta de Intercambio entre Colombia y el Japón Ocupado. No era un tratado provisional sino un compromiso de que el comercio se reanudaría lo antes posible; no se estipuló una fecha en que sería terminado. Mientras, el 27 de junio de 1949 se estableció la Declaración Conjunta del Reinicio de las Relaciones Comerciales entre los Estados

²⁹ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6960, Latin American Mission Report of Mexico, 19 de mayo de 1949.

Unidos de Venezuela y el Japón ocupado. Al igual que en el caso colombiano, era un simple compromiso y no estaba especificado cuándo ni cómo se establecería un acuerdo final.

El 8 de julio de 1949, ya en Tokio, los miembros de la misión entregaron un informe detallado al SCAP sobre los resultados.³⁰ No eran los que habían esperado, pero al final mantuvieron el optimismo. El escenario menos bueno hubiera sido regresar con las manos vacías, pero se pudieron establecer en poco tiempo las bases de un comercio modesto. No obstante, visto con mayor precisión, no cabe duda de que la misión no fue exitosa. Los tratados eran simples mecanismos provisionales y sólo permitían un comercio restringido. Además, Brasil y Argentina, los dos socios más importantes de Japón en Sudamérica, mantuvieron un comercio desleal. México, el “país amigo” de los japoneses, tampoco cedió mucho.

Cabe señalar que esta misma opinión la tuvieron los japoneses no burócratas, aquellos que viajaron con las autoridades del SCAP. Por ejemplo, Fukunosuke Nomura criticó que los tratados hubiesen sido tan restrictivos y que los países latinoamericanos hubiesen protegido tanto su mercado.³¹ Por su parte, Asaharu Ōnuki dijo que no había condiciones óptimas para Japón.³² América Latina había pasado, en menos de diez años, de ser una región agrícola a una de mayor industrialización. Existían ya fábricas textiles y en algunos lugares tenían maquinaria sofisticada. En el futuro, de acuerdo con su opinión, las empresas japonesas tendrían que saber comprar bien en América Latina y no parecía tan fácil que Japón lograra penetrar en el mercado latinoamericano.

Finalmente, el Consejo de Comercio Exterior de Japón sacó también sus propias conclusiones.³³ Reconoció que la misión había logrado grandes avances; sin embargo, resaltó que en términos de comercio era una región insignificante. Incluso México, el país más atractivo, prefería comprar pro-

³⁰ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1153-598, Latin American-Occupied Japan Interim Trade and Financial Arrangements, 8 de julio de 1949.

³¹ Fukunosuke Nomura, “Chūnabei Shokoku tono Kyōtei ni Tsuite” (“Sobre los acuerdos con los países latinoamericanos”), *Kankeiren*, 3, 1949, pp. 13-14.

³² Asaharu Ōnuki, “Chūnabei no Sen’ijjo wo Shisatsushite” (“Al haber ido a inspeccionar la situación de los textiles de América Latina”), *Sen’i Geppō*, 6, 1949, pp. 4-7.

³³ Bōeki Kenkyū Hichōsabū, “Kitaisareru Kongo no tai Chūnabei Bōeki” (“Lo que se puede esperar del comercio con América Latina en los siguientes años”), *Bōekikai*, núm. 2, 1949, pp. 8-11.

ductos de Estados Unidos y Canadá. Por lo que tocaba a Sudamérica, los países de esta zona tenía una dependencia de Europa y Estados Unidos.

LAS TRABAS DE LAS RELACIONES COMERCIALES

Independientemente de los resultados poco positivos de la misión, fue un hecho que el SCAP había logrado establecer los primeros acercamientos reales entre Japón y América Latina. En este sentido, no se le puede despreciar como suceso histórico. Prueba de ello fue que meses después de la histórica visita de los japoneses, en otoño de 1949, los gobiernos de Brasil y de Uruguay establecieron “legaciones” en Tokio. De este modo, fueron los primeros latinoamericanos en “establecer” relaciones con el Japón ocupado; mucho antes que México, cuyas autoridades siempre se han jactado de ser el primer país latinoamericano en haberlo hecho. Cabe destacar que los diplomáticos brasileños y uruguayos no pudieron tener un contacto directo con la cancillería japonesa, sino que sería la Sección Diplomática del SCAP la encargada de transmitir sus peticiones.

Obviamente, el gobierno japonés estaba insatisfecho; los funcionarios de la Sección de Economía y Ciencia (ESS, por sus siglas en inglés) del SCAP también. Para ellos era necesario ampliar los vínculos, en particular con México y Argentina, países que junto con Brasil representaban los lugares más propicios para fortalecer relaciones comerciales. Por lo tanto, buscaron que la cúpula del SCAP aprobara la llegada de más misiones latinoamericanas. Finalmente, el 27 de enero de 1950, la Sección Diplomática aceptó la iniciativa mandada por la ESS.³⁴ También, John Foster Dulles, encargado de negociar la paz, veía con buenos ojos que las “naciones libres” y amigos de Estados Unidos buscaran normalizar sus relaciones con Japón.

Empero, hubo varios obstáculos que impidieron la realización de dichos proyectos. Uno de ellos fue cómo alojar a esas misiones. De hecho, cuando se establecieron las misiones uruguaya y brasileña, no se les habían podido brindar suficientes lugares para vivir. Por su parte, los países latinoamericanos no habían mostrado señales claras de querer mandar misio-

³⁴ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Establishment of Latin American Diplomatic Mission, 27 de enero de 1950.

nes a Japón. Ante esta situación, Estados Unidos decidió presionarlos para que cooperaran, y en abril de 1950, en una reunión de los embajadores estadounidenses acreditados en Sudamérica, decidieron presionar a los países sudamericanos para que aumentaran su comercio con Japón³⁵ y, en caso de no hacerlo, se les condicionaría la ayuda económica.

Por su parte, el 6 de mayo de 1950, la ESS estableció cuatro objetivos para desarrollar las relaciones comerciales con América Latina:³⁶ establecer relaciones diplomáticas y misiones de comercio en Japón, negociar acuerdos comerciales y financieros, sacar a los hombres de negocio japoneses al exterior y establecer agencias japonesas en ultramar. Mientras lo anterior ocurría, el SCAP sostuvo una reunión con los representantes del Bunge Far East Agency and Affiliation Company para discutir el comercio entre Japón y América Latina.³⁷ Era un charla que buscaba delinear las condiciones comerciales con los países sudamericanos, así como los principales problemas comerciales con Japón y ofrecer algunas soluciones prácticas.

La reunión no arrojó resultados alentadores. De acuerdo con los representantes de las empresas estadounidenses, los países sudamericanos no tenían ningún deseo de adquirir productos de consumo, ya que habían establecido programas de sustitución de importaciones. Asimismo, la fortaleza de sus tipos de cambio no era buena. Argentina no tenía reservas en dólares, Brasil muy pocas y Uruguay una cantidad modesta. Otro problema que detectaron fue que los mecanismos locales eran lentos. Había muchas trabas internas y la realidad era que estos países no tenían un plan de exportación hacia Japón. Muchos países preferían consumir productos de Alemania Occidental, los cuales les resultaban más atractivos. Los países europeos y Estados Unidos seguían dominando el mercado latinoamericano. Para lograr un mejor comercio, Japón tendría que disminuir el tiempo de envío y vender productos de calidad.

³⁵ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Japanese-Latin American Trade, 7 de abril de 1950.

³⁶ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Memorandum for Chief of Staff, 6 de mayo de 1950.

³⁷ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1753-6955, Report of Meeting between SCAP Representatives and Representatives of the Bunge Far East Agency and Affiliation Company, 8 de mayo de 1950.

Ante este informe, dentro del SCAP comenzó a aumentar la desesperación por no lograr un avance mayor.³⁸ Finalmente, el 27 de mayo de 1950, las autoridades de ocupación consideraron que la llegada de misiones latinoamericanas a territorio japonés era simplemente imposible. Entonces, la única solución era que Japón estableciera agencias de ultramar.³⁹ Brasil y Uruguay se volvieron candidatos idóneos porque sus representantes ya estaban en tierras japonesas. Además, en términos de costos económicos, eran los lugares más viables para conectar el mercado sudamericano.

La ESS, sin embargo, no estaba satisfecha. Hizo un nuevo intento para que se permitiera la llegada de misiones mexicanas, chilenas y argentinas. Este grupo era optimista y consideraba que era posible darles hospedaje. Finalmente, el 12 de junio de 1950, la División de Comercio Exterior dejó claro que no había condiciones reales para poder hospedar a más misiones en Tokio.⁴⁰ Con el estallido de la Guerra de Corea, el presupuesto económico del SCAP estaba destinado a vigilar la seguridad de Japón en caso de que el conflicto bélico se expandiera. Además, dado que muchas de las casas confiscadas estaban siendo devueltas a las dependencias gubernamentales, no había dónde alojar a las misiones. Si el gobierno japonés decidía otorgar casas a las misiones, se podría solucionar, pero tampoco se podía esperar un escenario razonable. Las personas que rentaban las casas querían pagos por un año y no por dos semanas.

La ESS señaló entonces la posibilidad de hacer una conferencia general en la cual participaran los representantes de América Latina, pero la División de Comercio Exterior consideró que eso no solucionaba los problemas de logística. No había casas suficientes y en caso de no seguir con la política de devolución, la oposición socialista y comunista podría criticar este tipo de medidas, ya que no había casas para los propios japoneses. Ante esta situación, surgió la posibilidad de mandar una nueva misión

³⁸ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1753-6955, Proposal for Dispatch of a Trade Mission to Argentina and Brazil, and other South American Countries, 11 de mayo de 1950.

³⁹ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1731-6415, Necessity for Establishing Japanese Overseas Agencies at Rio de Janeiro and Sao Paulo, Brazil, 27 de mayo de 1950.

⁴⁰ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Invitation for Latin American Missions in Japan, 12 de junio de 1950.

del SCAP como la de 1949. El embajador brasileño en Japón había planteado esta posibilidad a las autoridades de ocupación,⁴¹ pero la División Diplomática determinó que, dado que el personal había disminuido de manera dramática con la Guerra de Corea, era complicado despachar a ningún funcionario.

Para el 30 de junio de 1950, el SCAP se convenció de que era ya imposible seguir con el plan de invitar a las delegaciones latinoamericanas.⁴² El MITI también consideró que no se podía hacer mucho y no había otra solución que mandar misiones del gobierno japonés hacia Sudamérica para poder renegociar los tratados preliminares. De esa manera, buscó negociar el establecimiento de Agencias Gubernamentales de Ultramar. En particular, en México: país que si bien había mostrado un postura pro japonesa desde el fin de la guerra, no había mandado una misión a Japón. El Gaimushō pidió también a la Sección Diplomática del SCAP que lo apoyara, dado que se tenían los fondos necesarios para establecer oficinas en el exterior.⁴³

Al final, México se negó. No permitió el establecimiento de una legación ni aceptó el despacho de una misión japonesa.⁴⁴ En el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores no hay documentos que expliquen esta negativa. Aunque de acuerdo con un informe del Departamento de Estado, al parecer México veía con buenos ojos el establecimiento, pero estaba molesto porque en 1950 el SCAP no le había mostrado una propuesta concreta. De hecho, a través del gobierno sueco, que representaba los intereses mexicanos en Japón, se le había preguntado al SCAP si había algún impedimento para establecer un consulado en Japón. En ese momento, las autoridades de ocupación no contestaron, y eso al parecer había molestado al gobierno mexicano, por lo que el plan original de mandar una misión quedó confinado.

⁴¹ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1742-6642, Brazil-Japan Trade, 17 de junio de 1950.

⁴² NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6675, Invitation for Latin American Missions in Japan, 30 de junio de 1950.

⁴³ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6713, Approval of Establishment of Japanese Government Overseas Agency at Mexico, 4 de abril de 1951.

⁴⁴ NARA, RG 84 Foreign Service Posts of the Department of State, Mexico, Mexico City Embassy, Classified General Records 1950-1952, 301-310, Propuesta japonesa de Agencia de Ultramar en México, 12 de junio de 1951.

Como se ha señalado, el SCAP no había mostrado una propuesta concreta a México no porque no quisiera hacerlo, sino porque no había condiciones de logística para alojar a la misión mexicana. Este tipo de malentendidos fueron enfriando la relación entre ambos países. Aunque una explicación viable, dada la forma de pensar de muchos diplomáticos mexicanos, era que probablemente había una cierta insatisfacción por tener que tratar siempre este tipo de temas con Estados Unidos y no con Japón directamente. De hecho, esta insatisfacción se puede observar también en los otros países latinoamericanos. Un ejemplo claro fue cuando Washington comenzó a delinear el texto final de Tratado de Paz de San Francisco.

El 20 de julio de 1951, México criticó al artículo 14 del Tratado presentado por John Foster Dulles. Ahí se establecían las bases para la reclamación de los bienes y reparos de guerra. La postura mexicana era que esas líneas iban en contra de las Conferencias de Chapultepec de 1945.⁴⁵ Las naciones americanas podían decidir qué hacer con las propiedades de los ciudadanos japoneses; por lo tanto, en el caso mexicano sería el Congreso de la Unión la instancia que determinaría qué hacer con las propiedades y no una fuerza externa.

Otro país que mostró una crítica al proyecto de paz con Japón fue Perú. El 21 de julio de 1951, el gobierno peruano comunicó a Estados Unidos que estaba en desacuerdo con el artículo 14, ya que las repúblicas sudamericanas no eran susceptibles de indemnización.⁴⁶ El artículo consideraba que los países que habían sido atacados por el ejército japonés podrían reclamar un reparo, pero los que no habían sido atacados no recibirían nada; por lo tanto, dado que ningún país latinoamericano había sufrido un ataque militar, no se les daría dinero. Perú consideró que se les debería dar algo por haber cooperado en la guerra en contra de los países del Eje. Sin embargo, no todos los países fueron críticos. Por ejemplo, el 17 de agosto de

⁴⁵ NARA, RG 59, General Records of Department of State, Japanese Comments on the Peace Treaty and other Matters, Latin America, Japanese Peace Treaty Latin America Files of John Foster Dulles 1947-1952, A1 1253-Box8, From US Embassy in Mexico to the Department of State, Japanese Peace Treaty, Mexico's Comment, 20 de julio de 1951.

⁴⁶ NARA, RG 59, General Records of Department of State, Japanese Comments on the Peace Treaty and other Matters, Latin America, Japanese Peace Treaty Latin America Files of John Foster Dulles 1947-1952, A1 1253-Box16, From US Embassy in Peru to Department of State, 21 de julio de 1951.

1951, el gobierno cubano mostró su interés en apoyar a Estados Unidos y rechazar cualquier intento soviético de boicotear el Tratado de Paz.⁴⁷

Mientras comenzaban algunas fricciones en torno a dicho tratado, el 21 de agosto de 1951 el SCAP hizo un balance del comercio con América Latina.⁴⁸ Lo más urgente era negociar la revisión de los acuerdos comerciales firmados en 1949 y mandar misiones comerciales a Argentina, Brasil y México. En caso de que no se pudiera hacer, se tendrían que utilizar las Agencias Japonesas de Ultramar establecidas ya en Montevideo y en Río de Janeiro, mientras que para las negociaciones con México se podría utilizar la de Los Ángeles. Finalmente, se desecharon estas opciones.

Y el que ahora estaba desesperado era el gobierno de Yoshida. Ante la inminente firma del Tratado de Paz, el comercio con América Latina quedaría cancelado, dada las reglas de los Acuerdos Preliminares firmados en 1949. Es decir, Japón podría volver al sistema internacional sin poder comerciar con el hemisferio occidental y con otros países. Así, el 30 de agosto de 1951, el gobierno japonés pidió al SCAP que se le otorgara el derecho de negociar directamente con otros países los tratados que se habían firmado con anterioridad.⁴⁹ Las autoridades de ocupación aceptaron, pero con la condición de que los acuerdos entrarían en vigor después de la firma del Tratado de Paz. De este modo, a partir del 4 de septiembre de 1951, el gobierno japonés comenzó la negociación de los tratados comerciales con Brasil, Argentina y México.⁵⁰ De igual manera, buscó hacerlo con Gran Bretaña, India, Ceilán, Pakistán, Sudáfrica, Australia, Birmania, Nueva Zelanda, Bélgica, Finlandia, Indonesia, Tailandia, Formosa y la República de Corea.

⁴⁷ NARA, RG 59, General Records of Department of State, Japanese Comments on the Peace Treaty and other Matters, Latin America, Japanese Peace Treaty Latin America Files of John Foster Dulles 1947-1952, A1 1253-Box16, From US Embassy in Cuba to Department of State, 17 de agosto de 1951.

⁴⁸ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6711, Summary of Informal Meetings Held Regarding Extension of the Argentine, Brazilian and Mexican Arrangements, 21 de agosto de 1951.

⁴⁹ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6711, Authority to Negotiate and Sign Financial Trade Agreements, 30 de agosto de 1951.

⁵⁰ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6711, Proposals Concerning the Extension or Revision of the Current Trade and Financial Agreements in Anticipation of the Peace Treaty, 4 de septiembre de 1951.

En el caso de Perú, Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela, Francia, Suecia, Holanda, España y Filipinas, se seguirían manteniendo los acuerdos firmados con anterioridad, por lo tanto, simplemente se buscaría confirmar dicha continuidad. Así, el gobierno japonés pidió al SCAP que mostrara sus buenos oficios para poder establecer los acuerdos necesarios. En el caso específico de los países latinoamericanos, se buscaría que las negociaciones se produjeran en sus respectivas capitales, por lo que se pidió que se abrieran los canales de comunicación.

LA DIFÍCIL NORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES

Al final no se pudo concretar ningún tratado y el 8 de septiembre de 1951 todos los países latinoamericanos firmaron el Tratado de Paz en la ciudad de San Francisco. Por lo tanto, Japón tendría que establecer nuevos tratados comerciales con los ocho países que visitó la misión comercial de 1949, antes de que el 28 de abril de 1952 entrara en vigor el tratado. Para este momento, el SCAP ya no veía como prioridad seguir apoyando a Japón y dejó en manos de la cancillería japonesa las negociaciones. Sin embargo, en términos institucionales, el Gaimushō no tenía jurisdicción ni libertad. Buscó entonces, por todos los medios, establecer misiones para negociar directamente, y para el 10 de octubre de 1951 logró colocar Agencias Gubernamentales de Ultramar en Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Uruguay, Canadá, India, Bélgica, Suecia, Holanda y Francia.⁵¹ Faltaba consumir las de Argentina y México.

Al ver que la situación no mejoraba, fue el Departamento de Estado y no el SCAP el que comenzó a apoyar al gobierno japonés. Así, instruyó a la embajada en Argentina que pidiera a Perón el establecimiento de una agencia o, en su defecto, garantizara que se podría alargar el tratado comercial actual unos años más. De igual manera, el mismo Departamento pidió a la embajada en México que presionara al gobierno de Miguel Alemán para que se aceptara la instalación de una Agencia Gubernamental de Ultramar, así como la posibilidad del establecimiento de una misión diplomática mexicana en Japón.⁵²

⁵¹ NARA, RG 84 Foreign Service Posts of the Department of State, Mexico, Mexico City Embassy, Classified General Records 1950-1952, 301-310, From Acheson to Mexican Embassy, 10 de octubre de 1951.

⁵² NARA, RG 84 Foreign Service Posts of the Department of State, Mexico, Mexico City Em-

En el caso de Argentina hubo un avance significativo porque el Congreso argentino vio con buenos ojos seguir comerciando con Japón, pero en el caso mexicano, la Secretaría de Relaciones Exteriores mantuvo el hermetismo y no mostró una señal positiva. Lo anterior puso los nervios de punta al gobierno japonés, ya que existía la posibilidad de que se perdiera el comercio.⁵³ Se pidió entonces de nuevo a la embajada estadounidense en México que convenciera a como diera lugar al gobierno mexicano para que permitiera mandar una misión diplomática a Japón, así como el establecimiento de una Agencia Gubernamental Japonesa de Ultramar en México.

Llama la atención la razón por la que México no aceptó las peticiones japonesas. De hecho, hay una anécdota rara que muestra lo paradójica que era la actitud del gobierno mexicano de esos años. El 21 de noviembre de 1951, el nicaragüense Rogelio de la Selva, secretario particular del presidente Alemán, recibió una carta de una persona llamada Álvaro Gálvez y Fuentes.⁵⁴ Esta persona parecía ser un diplomático mexicano, quien había viajado a Hong Kong con algunos de sus colegas para celebrar su luna de miel. Al parecer no estaba en servicio, pero hicieron una escala en Tokio. De este modo, fue la “primera comitiva mexicana” que tocaba suelo japonés desde 1942. La cancillería japonesa no sabía nada y pensó que se trataba de una misión especial, por lo que buscaron contactarlo. Ahí, le pidieron que le comunicara directamente al gobierno mexicano la necesidad de establecer una Agencia Japonesa de Ultramar.

A finales de 1951, el embajador de México en Estados Unidos, Rafael de la Colina, y su homólogo japonés, Ryuiji Takeuchi, lograron acordar que el gobierno mexicano aceptaría establecer relaciones de inmediato, una vez que entrara en vigor el Tratado de Paz,⁵⁵ no obstante, sobre el Tratado Comercial no hubo ningún acuerdo.⁵⁶ Ante esta situación, el Departamento de

bassy, Classified General Records 1950-1952, 301-310, From Acheson to Mexican Embassy, 26 de octubre de 1951.

⁵³ NARA, RG 84 Foreign Service Posts of the Department of State, Mexico, Mexico City Embassy, Classified General Records 1950-1952, 301-310, Mexico-Japan Trade Relations, 4 de noviembre de 1951.

⁵⁴ Archivo General de la Nación, Miguel Alemán, 111/11092, Secretaría Particular, Carta a Rogelio de la Selva, 21 de noviembre de 1951.

⁵⁵ Uscanga, *México y Japón*, pp. 13-14.

⁵⁶ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UDUD 1747-6713, From SCAP to Department of State, 20 de diciembre de 1951.

Estado decidió no presionar más y optó mejor por una medida más pragmática: que México garantizara la continuidad del comercio con Japón.⁵⁷ Finalmente, el 30 de enero de 1952, el SCAP informó a la cancillería japonesa que el gobierno mexicano había aceptado favorablemente que entrara la misión japonesa de comercio a México.⁵⁸ Se aceptaba también la propuesta de que se estableciera una legación japonesa; sin embargo, la Secretaría de Relaciones Exteriores transmitió a Estados Unidos que el gobierno mexicano consideraba que era mejor realizar todo una vez que los dos países renudaran sus relaciones diplomáticas.⁵⁹

Lo anterior era sin duda una buena noticia; sin embargo, otro dolor de cabeza para Japón sería la ratificación del propio Tratado de San Francisco. En un inicio, los japoneses estaban confiados de que una vez que entrara en vigor el Tratado de Paz, los países latinoamericanos ratificarían de inmediato el acuerdo y normalizarían las relaciones. La razón de este optimismo era que muchos de los gobernantes de América Latina, como Perón, eran pro japoneses y habían mostrado una actitud cooperativa hacia la política internacional de Estados Unidos. Finalmente, muchos de los países no cumplieron con sus expectativas. Las trabas institucionales de cada una de las naciones latinoamericanas, y la dinámica propia de su política interna, atrasarían la normalización de las relaciones con el país asiático.

Argentina fue un claro ejemplo de lo anterior. Desde el fin de la guerra, Buenos Aires había buscado establecer relaciones estrechas con Tokio. Incluso, Eva Perón había mandado víveres y el gobierno peronista buscó vender barcos balleneros a Japón.⁶⁰ En este sentido, todo indicaba que sería el primer país en ratificar el Tratado de Paz y depositar dicha ratificación en el Departamento de Estado.⁶¹ Sin embargo, la renuncia del ministro de Asun-

⁵⁷ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UDUD 1747-6713, Mexico-Japanese Trade Relations, 27 de diciembre de 1951.

⁵⁸ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6710, De William Erosner to MOFA, 7 de enero de 1952.

⁵⁹ NARA, RG 84 Foreign Service Posts of the Department of State, Mexico, Mexico City Embassy, Classified General Records 1950-1952, 301-310, From Mexican Office, 8 de febrero de 1952.

⁶⁰ Nihon Aruzenchin Kyōkai, *op. cit.*, p. 55.

⁶¹ El tratado de paz fue firmado por los países aliados de Estados Unidos, así como los que apoyaban su política. No fue un documento que tuvo un apoyo directo de las Naciones Unidas, por lo tanto, la ratificación no tenía que ser depositado en la sede de la ONU en Nueva York, sino en el Departamento de Estado, en Washington DC.

tos Exteriores, Jerónimo Remolino, retrasó las negociaciones dentro del Congreso.⁶² Aunado a lo anterior, los diputados de la Unión Cívica Radical, en particular Arturo Frondizi, criticaron al gobierno por haber firmado un tratado en el cual no habían estado presentes ni la Unión Soviética ni China ni la India.⁶³ Finalmente, Argentina ratificó en abril el Tratado de San Francisco, un mes después que México y tres después que Gran Bretaña.

Por lo que toca al caso mexicano, la ratificación del tratado dentro del Senado se retrasó por cuestiones burocráticas, pero también porque el único senador de la oposición, Juan Manuel Elizondo, del Partido Popular, dirigido por Vicente Lombardo Toledano, había señalado que no se podía aceptar un tratado que no estuviera aprobado por la Unión Soviética ni por la mayoría de los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas.⁶⁴ Finalmente, después de que los senadores Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz criticaron la postura de Elizondo, el 19 de diciembre de 1951, el Tratado de Paz fue aprobado en el Senado con un solo voto en contra, y la ratificación fue depositada en marzo de 1952.

Otro caso similar fue Brasil, país que mandó la ratificación al Departamento de Estado en mayo de 1952. Este retraso se debió a los problemas burocráticos y a algunas fricciones que hubo entre el presidente Getúlio Vargas (1951-1954) y el Congreso.⁶⁵ Hubo casos como Perú, República Dominicana y Cuba donde también las trabas internas provocaron un retraso de meses. Sin embargo, en algunos se dio un retraso mayor, como Guatemala, Chile, Colombia y Ecuador. En el caso particular guatemalteco, la postura antiestadounidense de Jacobo Árbenz (1951-1954) fue la razón del retraso. El coronel consideraba que el Tratado de Paz había sido un documento denigrante para Japón e impuesto injustamente por Estados Unidos. Era mejor un tratado bilateral, y por eso no aceptó normalizar

⁶² NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6711, From Department of State, 21 de noviembre de 1951.

⁶³ NARA, RG 331, Record of Allied Operational and Occupation Headquarters, UD 1747-6673, Transfer of Argentina-Japan Open Account, 3 de abril de 1952.

⁶⁴ AHMAE, B-0028, “Mekishiko Jōinkaigi ni okeru tai Nihon Heiwa Jōyaku wo Shōnisuru ken no Shingī no Jokyō” (“Las discusiones en el Senado mexicano en torno a la ratificación del Tratado de Paz con Japón”), 20 de diciembre de 1951.

⁶⁵ AHMAE, B0018, Kōwa Hijunshokitaku no ken (Sobre la ratificación del Tratado de Paz), 21 de mayo de 1952.

las relaciones con Japón.⁶⁶ Finalmente, después de la caída del gobierno de Árbenz, acaecida en junio de 1954, su sucesor Carlos Castillo Armas (1954-1957) decidió ratificar el Tratado de Paz y normalizar relaciones en octubre de 1954.⁶⁷

El caso chileno fue distinto. Santiago ratificó el Tratado de Paz el 28 de abril de 1955.⁶⁸ La ratificación se había atrasado porque hubo disputas en torno a si se devolvían o no las propiedades confiscadas a los japoneses radicados en Chile durante la guerra. Por lo que respecta a Colombia, el periodo de ratificación coincidió con un momento de turbulencia política que culminaría con el golpe de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Para mayo de 1954, el nuevo gobierno decidió no ratificar el Tratado de Paz, ya que Colombia había roto relaciones con Japón, pero no había declarado la guerra, por lo que no era necesario ratificar la paz,⁶⁹ por lo tanto, aceptaron que un representante japonés viajara a Bogotá y el 28 de mayo de 1954 se normalizaron las relaciones.

Finalmente, el caso de Ecuador fue el más paradójico. Las negociaciones en torno a la ratificación comenzaron en mayo de 1952, pero se alargaron por trabas burocráticas. El 30 de septiembre de 1954, el Congreso finalmente ratificó el Tratado de Paz. Sin embargo, el entonces presidente José María Velasco Ibarra (1952-1956) decidió negarse, ya que era necesario seguir puliendo algunos puntos. En lo que se refería a los artículos segundo y tercero, deberían establecer con claridad, según el Derecho Internacional, qué territorios eran de Japón, tal como lo estipulaba el marco de derecho interamericano. Por otro lado, estableció que la cláusula II del párrafo segundo del artículo 14 no era aplicable, y que era contraria para la legitimidad del gobierno ecuatoriano. Además, consideraba que los acuerdos establecidos por las grandes potencias durante y después de la guerra no tenían jurisdicción sobre Ecuador, salvo en los aspectos que el

⁶⁶ AHMAE, A-0128, Guatemala tono Kokkō Kaifuku, Kaigōkankei Settei (Normalización de las relaciones con Guatemala y el establecimiento de relaciones diplomáticas), 15 de julio de 1953.

⁶⁷ AHMAE, B0018, Guatemala tai Nichi Kōwa Hijunshokitaku no ken (La ratificación del tratado de paz con Japón por parte de Guatemala), 4 de octubre de 1954.

⁶⁸ AHMAE, B0018, Chiri tai Nichi Kōwa Hijunshokitaku no ken (La ratificación del tratado de paz con Japón por parte de Chile), el 28 de abril de 1954.

⁶⁹ AHMAE, B0018, Koronbia tono Kokkō ni kansuru ken (Sobre las relaciones con Colombia), 28 de mayo de 1954.

gobierno ecuatoriano aceptara. Finalmente, después de varias negociaciones y a regañadientes, el 29 de diciembre de 1955, Velasco Ibarra suscribió el Tratado de Paz.⁷⁰

En suma, una vez más la diversidad de América Latina y la dinámica interna volvió a ser un obstáculo para que se normalizaran de manera ágil las relaciones. Llama la atención que algunos casos, como el de Guatemala y el de Ecuador, que se mostraron críticos ante el Tratado de Paz por considerarlo injusto y mostraron una actitud más pro japonesa; su comportamiento, lejos de ayudar a Japón, terminó perjudicándolo, ya que retrasó la normalización.

A GUIA DE CONCLUSIÓN

Como se ha podido observar a lo largo del presente ensayo, las relaciones entre Japón y América Latina existieron durante la ocupación. Éstas fueron forzadas por Estados Unidos, país que buscó fortalecer a Japón y contrarrestar así el peligro comunista en la región de Asia-Pacífico. Para los estadounidenses, América Latina ofrecía la posibilidad de un comercio modesto, pero con reglas controladas y administrado por países “amigos” de Estados Unidos. Sin embargo, como se ha apuntado con insistencia, América Latina era un región heterogénea y no era una empresa tan fácil emprender la reactivación del comercio parcial. Washington subestimó a los países latinoamericanos. Lo anterior explica porqué algunos de ellos, como México o Argentina, no cooperaron para el establecimiento de Agencias Japonesa de Ultramar. En el caso de la firma del Tratado de Paz de San Francisco ocurrió la misma situación. Si bien todos los países latinoamericanos firmaron el documento, la ratificación no fue inmediata.

¿Qué pasó después de 1952? Para el 25 de septiembre de 1953, los países latinoamericanos decidieron reactivar algunos tratados firmados en el periodo de preguerra, basándose en el artículo séptimo del Tratado de Paz.⁷¹

⁷⁰ AHMAE, B0018, Ekuadoru tai Nichi Kōwa Hijunshokitaku no ken (La ratificación del tratado de paz con Japón por parte de Ecuador), 29 de diciembre de 1955.

⁷¹ AHMAE, B-0032, Sanfuranshisuko Kōwa Jōyaku dai 7 jō ni Motozuku Rengōkoku kara no Zaizoku mataha Fukkatsu suru Jōyakui Ichiran Hyō (Lista de los acuerdos que se reactivaran de acuerdo al criterio del artículo 7 del Tratado de Paz de San Francisco), 25 de septiembre de 1953.

Después de varias negociaciones y debido a la necesidad de establecer fuentes de comercio, el gobierno de Perón decidió aceptar la reactivación del tratado de comercio con Japón firmado en 1898 y el 26 de enero de 1954 se reactivó. Otro país que hizo lo mismo fue Uruguay. Sin embargo, los demás no mostraron una actitud amistosa. México aceptó reactivar sólo el acuerdo de intercambio de valijas diplomáticas, pero no dio luz verde para restablecer el tratado de comercio firmado en 1923. Brasil tampoco aceptó y mantuvo sólo el acuerdo de cooperación cultural. De este modo, de 1954 hasta la década de los sesenta, cuando Brasil, México y otros países decidieron firmar nuevos tratados comerciales, Japón comerció con América Latina en condiciones totalmente desventajosas. Esta situación fue claramente un legado de los errores de las políticas de ocupación.❶

Cuadro 1. Relaciones de América Latina con Japón

<i>País</i>	<i>Establecimiento de relaciones</i>	<i>Ruptura de las relaciones</i>	<i>Declaración de guerra</i>	<i>Ratificación del Tratado de Paz</i>
Colombia	1908.5	1941.12		
México	1888.11	1941.12	1942.5	1952.3
Argentina	1898.2	1944.1	1945.3	1952.4
El Salvador	1935.2	1941.12	1941.12	1952.5
Brasil	1895.11	1942.1	1945.6	1952.5
R. Dominicana	1934	1941.12	1941.12	1952.6
Perú	1873.6	1942.1	1945.2	1952.6
Cuba	1929.12	1942.12	1941.12	1952.8
Costa Rica	1935.2	1941.12	1941.12	1952.9
Nicaragua	1935.2	1941.12	1941.12	1952.11
Uruguay	1921.9	1942.1	1945.2	1952.12
Paraguay	1919.12	1942.1	1945.2	1953.1
Panamá	1904.1	1941.12	1941.12	1953.4
Haití	1934	1941.12	1941.12	1953.5
Honduras	1935.2	1941.12	1941.12	1953.9

Cuadro 1. Relaciones de América Latina con Japón (continuación)

<i>País</i>	<i>Establecimiento de relaciones</i>	<i>Ruptura de las relaciones</i>	<i>Declaración de guerra</i>	<i>Ratificación del Tratado de Paz</i>
Venezuela	1938.8	1941.12	1945.2	1954.2
Guatemala	1935.2	1941.12	1941.12	1954.10
Chile	1897.9	1943	1945.4	1955.4
Ecuador	1918.8	1942.1	1945.2	1955.12
Bolivia	1914.4	1942.1	1943.12	1957.2

Hiroshima y la ocupación

Reflexión sobre los movimientos pro víctimas de la bomba atómica*

Yūko Kawaguchi

INTRODUCCIÓN

El 6 de agosto de 1945, a las 8:15 de la mañana, por primera vez en el mundo se utilizó una bomba atómica como arma de guerra, cuyo blanco fue Hiroshima. Tres días después, a las 11:02 a.m., Nagasaki sería la segunda ciudad en ser atacada. Como es bien sabido, estos ataques produjeron enormes daños en ambas ciudades y fueron decisivos para obligar a Japón a rendirse. Al mismo tiempo, significó el inicio de la era nuclear, que persiste hasta nuestros días. Otro hecho que tuvo una influencia indudable en todos los ámbitos de la sociedad japonesa fue la posterior ocupación estadounidense, cuya duración fue de aproximadamente seis años y medio. En ese lapso, los efectos nocivos de la bomba estaban aún presentes. Entonces, ¿qué significado tuvo para la Hiroshima de esos días la ocupación del mismo país que habían lanzado la bomba?

Por lo que toca a la vida de los habitantes de la Hiroshima ocupada, se puede encontrar una gran cantidad de información concreta en *La historia de la nueva Hiroshima* y *La nueva historia de Hiroshima*. Igualmente, los análisis e información recopilados por Satoru Ubusaki de periódicos y revistas de primera mano, constituyen una enorme contribución. Sin embargo, salvo las investigaciones realizadas por Monica Braw y Kioko Horiba acerca de la

* Traducido del japonés por Juan Antonio Yáñez Rosado. Esta investigación ha sido auspiciada por la Japan Society for the Promotion of Science (MEXT/JSPS KAKENHI Grant Number 23820015).

censura en la información, salta a la vista un hecho: las fuentes para abordar la ocupación son sumamente escasas.¹

Entonces, al hacer una revisión de la Hiroshima ocupada y su relación con Estados Unidos, así como con el ejército de ocupación, sobresalen hechos de sumo interés. Un ejemplo claro es que durante este periodo se gestó un movimiento a favor de la ayuda a las víctimas de las bombas, el cual inició días después del fin de la guerra y cuyo personaje principal fue el pastor Kiyoshi Tanimoto (1909-1986). Lo interesante fue que a pesar de haber recibido la censura de Estados Unidos y su ejército, logró ganarse la simpatía y entablar una relación amistosa con las autoridades de ocupación, así como el apoyo de la sociedad norteamericana. Gracias a su gran activismo, Tanimoto alcanzó gran fama en la Hiroshima de esos años, pero después el movimiento cayó en el olvido a un grado tal que sólo aparecía mencionado el nombre del pastor en algunos artículos de investigación académicos.

En este ensayo ofrezco una retrospectiva del movimiento de Tanimoto, resaltando las ambivalencias que existieron en la ocupación estadounidense de Hiroshima. La primera parte presenta una mirada general de los daños causados por la explosión atómica y las condiciones de Hiroshima, de sus alrededores y de las personas que habitaban aquella zona después de la guerra. En la segunda parte, se toca el tema de la represión en los tiempos de la ocupación. Específicamente, se muestra cómo el control de la información conllevaría a prácticas de censura hacia las expresiones públicas en contra de la bomba; no obstante, de manera contrastante, la naturaleza intrínseca de la ocupación permitió el impulso de dichas expresiones públicas hacia afuera de las “fronteras” de Hiroshima y hacia Estados Unidos.

¹ Hiroshima Shiyakusho (Oficina municipal de Hiroshima) (ed.), *Shinshū Hiroshima Shi Shi* (Nueva historia revisada de la ciudad de Hiroshima), siete tomos Hiroshima, Hiroshima Shiyaku Sho, 1958-1962; Hiroshima shi (Ciudad de Hiroshima) (ed.), *Hiroshima Shin Shi* (Nueva historia de Hiroshima) 13 volúmenes, Hiroshima, Hiroshima Shi, 1981-1986, Satoru Ubuki “Hibaku Taiken to Heiwa Undō (La experiencia de exposición a la radiación y los movimientos pacifistas)”, en Masanori Nakamura, et al. (ed.), *Sengo Nihon: Senryō to Kaikaku 4* (El Japón de la posguerra: Ocupación y Reforma, 4), Tokio, Iwanami Shoten, 1995, pp. 97-130; Monica Braw, *The Atomic Bomb Suppressed: American Censorship in Occupied Japan*, Armonk, Nueva York, Sharpe, 1991; Kioko Hori-ba, *Genbaku: Hyōgen to Ken'etsu. Nihonjin ha Dō Taiōhitaka* (Bomba atómica: Expresión y censura. Cómo los japoneses respondieron), Tokio, Asahi Shinbunsha, 1995.

En la tercera parte de este ensayo se presenta el movimiento del pastor Tanimoto como un ejemplo representativo de lo anterior. En el cuarto apartado se observa cómo esta singular capacidad para cruzar “fronteras” pudo encontrar su explicación en las condiciones imperantes tanto en la sociedad de Estados Unidos como en la de Hiroshima en aquella época. No obstante, a pesar de que Tanimoto mismo estaba convencido de que dicho movimiento era en beneficio de la ciudad de Hiroshima y sus víctimas, el pastor recibió amplias críticas y algunos duros ataques personales. Finalmente, en la quinta parte se analizan sus razones y, a partir de ello, se plantea de nuevo qué influencia tuvo la ocupación sobre la ciudad de Hiroshima.

La ocupación influyó de diferentes formas sobre la narrativa de la bomba atómica. Por un lado, encarnó la represión, siendo un claro ejemplo de ello el control estricto de la información y la aplicación de la censura; pero por el otro, permitió la existencia de movimientos específicos como el de Tanimoto, y también hizo posible que la narrativa en torno a la bomba cobrara fuerza. No obstante, como lo demostraron las visiones de la sociedad de Hiroshima hacia el movimiento del pastor, resultó la otra cara de la misma moneda: el fortalecimiento del control social.

EL RECUENTO DE LOS DAÑOS

La bomba atómica de Hiroshima mató e hirió indiscriminadamente a miles de personas, causando un daño devastador en la infraestructura de la ciudad y sus alrededores. En el momento de su lanzamiento, en Hiroshima vivían 350 mil habitantes. Se calcula que, hasta finales de 1945, habían muerto 140 mil.² Lo anterior no pasa de ser una estimación, dado que en la conflagración se perdieron muchos documentos; además, dada la confusión que siguió al desastre, no fue posible realizar autopsias adecuadas ni contabilizar los cadáveres. No obstante, lo anterior habla por sí mismo de la enormidad de los daños.

² Hiroshima Shi Eisei Kyoku Genbaku Higai Taisaku Bu (División encargada de las víctimas de la bomba atómica del Departamento de Sanidad de la Ciudad de Hiroshima), (ed.). *Hiroshima Shi Genbaku Higaisha Engo Gyōsei Shi (Historia de la administración de asistencia a las víctimas de la bomba atómica de Hiroshima)*, Hiroshima, Hiroshima Shi Eisei Kyoku Genbaku Higai Taisaku Bu, 1996, pp. 12-15.

Quienes se libraron de la muerte, tras la explosión enfrentaron una serie de problemas debido a la exposición a esos niveles de radiación. Con el tiempo desarrollaron enfermedades como leucemia, otros tipos de cáncer y anemia, sufrieron discriminación en el trabajo y también encontraron dificultades para contraer matrimonio dada la posibilidad de que sus descendientes presentaran problemas genéticos. El 68 por ciento de los edificios de la ciudad quedaron completamente calcinados o destruidos y 24 por ciento, tuvieron daños parciales. Debido a que la zona cero de la explosión estaba en el centro de la ciudad, Hiroshima quedó paralizada, ya que perdió las oficinas prefecturales, las municipales, las del servicio civil y todos los hospitales. Además, todos los funcionarios que laboraban en aquellos lugares habían perdido la vida.³

Junto a los grandes daños en infraestructura, la miseria, así como la escasez de vivienda, vestido y alimentos que aquejaron al país en la inmediata posguerra fueron especialmente notables en Hiroshima. Hasta 1947, la escasez de productos básicos, como arroz, trigo, harina y papa era frecuente, por lo que la gente tuvo que recurrir al mercado negro y a la producción casera para satisfacer sus necesidades mínimas de alimento.⁴ Aún más precaria fue la situación de los lugares de vivienda. Los avances en la reconstrucción de todos los espacios urbanos, que habían sido reducidos a cenizas, fueron muy lentos; lo anterior incluyó tanto la vivienda como otros tipos de edificios vinculados a la vida diaria de la gente. Se calcula que para 1951, la ciudad tenía un déficit de 18 mil viviendas, por lo cual muchas personas no tenían otra opción que rentar o construir chozas para refugiarse de la intemperie.⁵

En tales condiciones, las expresiones de desencanto comenzaron a surgir. En diciembre de 1946, llegó a las oficinas de la municipalidad un enorme reclamo frente los excesivos parques y áreas verdes contemplados por el proyecto de reurbanización promovido por el gobierno municipal, ya que representarían un obstáculo para la construcción de viviendas.⁶ De igual forma, Arata Osada, profesor de la Universidad de Hiroshima, conocido por

³ *Ibid.*, p. 16.

⁴ Hiroshima shi [Ciudad de Hiroshima] (ed.). *Hiroshima Shin Shi Shimin Seikatsu hen (Nueva historia de Hiroshima. Vida diaria de los ciudadanos)*, Hiroshima, Hiroshima shi, 1983, pp. 4-29.

⁵ *Ibid.*, pp. 50, 55-61.

⁶ *Ibid.*, p. 57.

recopilar varios testimonios de los infantes víctimas de la bomba atómica en el libro *Genbaku no ko (Los niños de la bomba)* (1951), había criticado la lentitud de la ayuda para la reconstrucción de la vida en Hiroshima y señaló lo siguiente:

Al ver los grandes almacenes de concreto reforzado, las oficinas de gobierno, los bancos, los cabarets, tantas y tantas iglesias, no puedo olvidar las viejas y malgas-tadas viviendas de la municipalidad, tantas y tantas barracas en las que vivía la gente [...] Casi la mitad de los jornaleros se arremolinaban como hormigas en labores de recolección y acarreo. Son mujeres y entre ellas hay muchas viudas, jóvenes con cicatrices queloides producto de las quemaduras...

Asada lanzó una fuerte crítica al señalar que Hiroshima, más que una “ciudad de la paz”, era una “ciudad turística” ignorante del dolor de las víctimas de la bomba atómica.⁷

Aparte de la vivienda, el vestido, la comida y otras necesidades, lo que más necesitaba la gente de Hiroshima eran servicios médicos. Sin embargo, en virtud del control ejercido por parte de las fuerzas de la ocupación y a la carencia de recursos financieros, tanto en la ciudad como en el país entero, la ayuda tardó enormemente. Existieron algunos pequeños esfuerzos por proveer ayuda, sin embargo, debido a la especificidad de cada caso, las atenciones no lograron ser las adecuadas. Asimismo, durante la ocupación existieron también esfuerzos precarios por parte de las víctimas para crear agrupaciones, pero en general resultó muy difícil levantar las voces de auxilio. De esta manera, la gran mayoría de las víctimas se quedó sin recibir atención médica. Al no tener trabajo, no podían tener ingresos, lo cual a la larga los llevó a una situación en la que sus condiciones físicas no los harían aptos para volver a laborar.

EL CONTROL DE LA INFORMACIÓN: LA COERCIÓN DE LA OCUPACIÓN

Como se ha señalado a menudo, uno de los mayores efectos de la ocupación fue el control y la censura ejercidos por el ejército estadounidense so-

⁷ Osada Arata, “Genbaku wo Tsukuru Hito, Kowasu Hito” (“Los creadores y destructores de la bomba atómica”), *Kaizoku*, diciembre de 1953, p. 48.

bre los medios masivos de comunicación, principalmente periódicos, revistas, artículos académicos, el cine y la radio. Además de establecer la democratización y la desmilitarización de Japón, Estados Unidos también estableció un código de prensa coercitivo para toda información que pudiere transgredir la paz y el orden, así como para toda voz de crítica o que incitara a la desconfianza hacia las fuerzas de ocupación. Este sistema de censura se puso en marcha al final de la guerra (septiembre de 1945) y se prolongó aproximadamente cuatro años, hasta octubre de 1949; durante este lapso se modificó paulatinamente su fisonomía. Aun cuando no existió como un sistema oficialmente establecido, dada la situación misma de ocupación militar, la presión existente en virtud de la presencia de los militares era algo innegable,⁸ de manera que los japoneses siempre tuvieron que tener conciencia de que, detrás de ellos, estaba siempre la mirada coercitiva del Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP).

Con frecuencia, las publicaciones que hacían referencia a la bomba atómica eran objeto de censura, lo cual reflejaba cómo, en ese entonces, Estados Unidos estaba pasando por una situación de confrontación dentro de la comunidad internacional. Cuando parecía que con el fin de la Segunda Guerra Mundial reinaría la paz, la confrontación entre Washington y Moscú se recrudeció. Para entonces, las armas atómicas eran algo que sólo Estados Unidos poseía, pero para finales de agosto de 1949, poco después de que la Unión Soviética realizara con éxito pruebas atómicas, el Tío Sam superaría ampliamente a los soviéticos en cuanto al número de armas atómicas. Entonces, dado que el tema de las armas atómicas tenía gran importancia estratégica, la información en torno a los daños producido por las mismas sin duda comenzó a circular. Empero, Estados Unidos vigilaba de cerca cada manifestación en su contra, cualquier movimiento en contra de la destrucción de Hiroshima, cualquier demostración de rechazo a la naciente carrera armamentista, la cual surgía dentro de la misma

⁸ Monica Braw, *Ken'etsu: 1945-1949: Kinjirareta Genbaku hōdō (Censura 1945-1949: la información prohibida de la bomba atómica)*, Tokio, Jiji tsūshinya, 1988, pp. 26-36, 42-59, 109, 182-194, 210-212; Horiba, *op. cit.*, pp. 43-45, 123; Code for Japanese Press (Reprint of 21 September Press Release), GHQ/SCAP Records, Civil Intelligence Section, Microfiche, Kokuritsu Kokkai Toshokan Seiji Shiryō Shitsu (Biblioteca Nacional de La Dieta, División de Información Política), CIS-04563.

sociedad estadounidense y, en general, a todo aquello que pudiera obstaculizar la carrera armamentista.⁹

Dicho de una forma más concreta, las críticas hacia Estados Unidos, las fotografías de las calamidades producidas por las bombas atómicas y los lamentos por los muertos y por lo inhumano de la situación, estaban completamente prohibidos. Además, durante la carrera armamentista, Estados Unidos siempre procuraría mantener su papel preponderante en la escena internacional. Para mantener su estabilidad interna, la información médica relacionada con las terapias para contrarrestar los efectos de la radiación sería celosamente resguardada.¹⁰

Por ejemplo, en el verano de 1946, se prohibió la publicación de una novela escrita en forma de una carta, en la cual una madre describía los últimos momentos de su hijo jornalero. La razón de ello fue que allí se mostraban fotografías de niños muertos a causa de los efectos de la bomba, lo cual, según las autoridades estadounidenses “producía pesar”, “sembraba el odio” y “alteraba la paz pública”.¹¹ De igual forma, el SCAP sería muy estricto con respecto a toda información relacionada con los efectos nocivos de la radiación residual. Así, ordenó eliminar partes de los textos que decían: “se escaparon al monte Hiji y al llegar ahí vomitaron un líquido verde y murieron”. Extractos como éste hacían alusión a los daños producidos por la radiación, así que los mandaron borrar argumentando su “falsedad y su potencial para alterar la paz pública”.¹²

Una consecuencia de aquel afán por controlar la información fue precisamente la difusión por diferentes canales de los daños detallados que las bombas atómicas causaron a las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. En ambas ciudades, al principio, la gente sufriría los efectos de la radiación de manera catastrófica y en un desamparo del que no veían salida. Aquella fue una época en la que los movimientos pacifistas y de ayuda a los damnificados no podían llevarse a cabo libremente. Hasta el final de la ocupación, los mismos japoneses no tenían conocimiento de los efectos de las bombas ni tampoco mostraban mucha preocupación al respecto. Esto mismo constitu-

⁹ *Ibid.*, pp. 42-59, 182-194, 210-212.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 130-151; Horiba, *op. cit.*, p. 123.

¹¹ Horiba, *op. cit.*, pp. 16-20.

¹² *Ibid.*, p. 144.

yó un motivo por el cual la ayuda a las víctimas había sido muy lenta. De igual forma, la llamada Ley de Asistencia Médica para las Víctimas de las Bombas Atómicas, la primera legislación de este tipo, se promulgó doce años después (diciembre de 1957).¹³ La incomprensión y los prejuicios fueron entonces una fuente de pesar para las víctimas. Más aún, el hecho de que la sociedad estadounidense desconociera por completo las consecuencias del ataque atómico, también constituyó un factor para lograr la aceptación del bombardeo atómico a Japón y para legitimar la carrera armamentista en la opinión pública.

Por otra parte, queda claro que la represión no logró apagar toda la rabia, el encono y los sentimientos antiamericanos entre aquellos que sufrieron enormes pérdidas. Esta historia se explicará en el siguiente apartado.

EL MOVIMIENTO DEL PASTOR KIYOSHI TANIMOTO: CRUCE DE FRONTERAS EN TIEMPOS DE OCUPACIÓN

La ocupación y la ulterior represión sobre la sociedad japonesa traerían consigo el surgimiento inevitable de movilizaciones imprevistas. Un caso ejemplar y sumamente interesante fue el movimiento del pastor Kiyoshi Tanimoto. Su lucha se centró en la ayuda a las víctimas de las bombas; concretamente, en la procuración de servicios de salud y la reorganización de su vida cotidiana, lo cual pudo llevar a cabo gracias a que su movimiento logró cruzar las fronteras y tuvo eco en los ciudadanos estadounidenses.

Tanimoto nació en la prefectura de Kagawa en 1909. Durante su infancia recibió el sacramento del bautismo y en 1934 se hizo pastor al graduarse de la Facultad de Teología del Kwansai Gakuin, colegio fundado en 1889 por la Iglesia Metodista Episcopal del Sur, ubicado cerca de la ciudad de Kobe. En 1937 viajó a Atlanta, Georgia. En Estados Unidos obtuvo el grado en teología por la Universidad de Emory. En ese lapso se hizo de muchas amistades y regresó a su país en marzo de 1941, justo antes de estallar el conflicto entre Estados Unidos y Japón. En 1943 asumió el

¹³ Mediante esta ley, las víctimas de la bomba podían tener acceso a exámenes físicos gratuitos y a tratamiento médico. Las medidas que beneficiaban a muchas de estas víctimas, que se vieron imposibilitadas para trabajar debido a los efectos de la radiación, se pusieron en práctica sólo en 1968.

mando de la Unión de Iglesias Cristianas de Japón, cuya sede era la iglesia de Nagarekawa, en la ciudad de Hiroshima.¹⁴

Esta iglesia se ubicaba a sólo 800 metros de la zona cero, por lo que en el momento de la explosión había ardido en llamas, sobreviviendo sólo sus muros de concreto reforzado. Tanimoto se encontraba a dos kilómetros de allí, razón por la que sobrevivió casi ileso. Uno de los detonantes de su fervor por la ayuda a las víctimas fue precisamente la “culpa del sobreviviente” que experimentó al observar el estado de devastación cuando volvió en busca de su familia y sus feligreses. Además, a pesar de su estatus de pastor, en un primer momento dio prioridad a su familia en vez de extender su mano a los sobrevivientes que clamaban ayuda, factor que también influyó en su empeño.¹⁵

Tras la explosión, Tanimoto se introdujo a la zona cero y permaneció allí durante varios días socorriendo a la gente. Debido a ello, se expuso a la radiación residual. En el otoño de 1945, experimentó sus efectos a un grado tal que se resignó a la muerte; no obstante, a finales de ese mismo año pudo recuperarse y retomar sus labores de auxilio.¹⁶ Lo primero que hizo fue reconstruir la iglesia de Nagarekawa. La capilla tenía severos daños y muchos de los feligreses habían muerto, estaban heridos o se habían dispersado en la periferia de la ciudad. Pero pese a las vicisitudes, Tanimoto y su comunidad de fieles comenzaron a profesar su fe en la iglesia derruida, organizando también varias actividades a fin de juntar dinero y material para su

¹⁴ Kōkō Kondō, *Hiroshima, 60 nen no Kioku (Hiroshima, sesenta años de memoria)*, Tokio, Ryonsha, 2005, pp. 144-147; Kenji Kanda, “Tanimoto Kiyoshi”, *Journal of Kwansai Gakuin History*, núm. 9, 2003, p. 161; Nihon Kirisutokyō Rekishi Daijiten Henshu Iinkai (ed.), “Tanimoto Kiyoshi”, *Nihon Kirisutokyō Rekishi Daijiten (Gran Diccionario de la Historia del Cristianismo)*, Tokio, Kyōbunkan, 1988, p. 850. Existen también las siguientes dos obras de la autoría de Tanimoto. *Hiroshima Genpaku to Amerika Jin: Aru Bokushi no Heiwa Angya (La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses: el pacifismo itinerante de un pastor)*, Tokio, Nihon Hōsō Shuppan Kyōkai, 1976; y *Hiroshima no Jūjika wo Daite (La cruz de Hiroshima en mi pecho)*, Tokio, Kōdansha, 1950.

¹⁵ Tanimoto, *La cruz de Hiroshima en mi pecho*, pp. 7-11; Tanimoto, *La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses*, pp. 12-17; Ishida Tadashi, *Genbaku Taiken no Shisōka (La transformación de las experiencias de la bomba atómica como una filosofía)*, Tokio, Miraisha, 1986, p. 226; Ishida Tadashi, “Genbaku to Ningen: Shakai Chōsa niokeru Seikatsu Shi Haaku no Igi” (“La bomba atómica y la raza humana. El significado de la comprensión de las historias de vida en la investigación social”), *The Hitotsubashi Review*, 83, 1980, p. 288.

¹⁶ Kiyoshi Tanimoto, *Tanimoto Kiyoshi Nikki 1, 1946.8.12-12.30 (Diario de Kiyoshi Tanimoto 1, 1946.8.12-12.30)*, Familia Tanimoto.

reconstrucción. Con la esperanza de aumentar el número de fieles, también organizaron conciertos, eventos navideños, e incluso abrieron un jardín de niños.¹⁷

Más tarde, con motivo de los servicios fúnebres de los caídos, Tanimoto se relacionó con miembros de otras religiones, formando la Unión de Religiones de Hiroshima junto con representantes de los templos budista y shintoísta. En el otoño de 1947, esta alianza ideó la creación de un movimiento religioso de escala global para evitar la repetición de un ataque atómico como el de Hiroshima y cuyo fin fuera la consecución de la paz mundial. Por medio de sus buenas relaciones con el ejército de ocupación y con las esferas del mundo cristiano estadounidense, Tanimoto buscó conformar la Junta Religiosa por la Paz Mundial. Al final no logró concretarse, pero su esfuerzo por la reconstrucción de la iglesia de Nagarekawa se había convertido ya en el punto de quiebre para la constitución de un movimiento pacifista de gran escala.¹⁸

El junio de 1948, Tanimoto sería entrevistado y a partir de esta plática se estableció que el 6 de agosto fuera el día para orar por la paz, lo cual dio inicio al Movimiento Internacional por la Paz Mundial.¹⁹ Este evento se gestó en Estados Unidos sin tener nexos alguno con el movimiento de

¹⁷ Kiyoshi Tanimoto, *Tanimoto Kiyoshi Nikki 3 (Diario de Kiyoshi Tanimoto 3)*, *Tanimoto Kiyoshi Nikki 4 (Diario de Kiyoshi Tanimoto 4)*, *Tanimoto Kiyoshi Nikki 5, (Diario de Kiyoshi Tanimoto 5)*, *Tanimoto Kiyoshi Nikki 1947.11-1948.6 (Diario de Kiyoshi Tanimoto 1947.11-1948.6)*, Familia Tanimoto.

¹⁸ Ubuki, *op. cit.*, pp. 7-13; “Sekai Shūkyō Heiwa Kaigi wo Atomu Hiroshima de” (“La Junta Religiosa por la Paz Mundial en Hiroshima Atómica de las conferencias de Paz de las religiones Mundiales”), *Asahi Shinbun*, 29 de noviembre de 1947; William C. Kerr, “Rev. Kiyoshi Tanimoto, Christian, and Rev. Kozen Tsunemitsu, Buddhist, of the Hiroshima Pref. League of Religions”, 2 de marzo de 1948, CIE(A) 08522, Kokuritsu Kokkai Toshokan Kensei Shiryōshitsu (Biblioteca Nacional de La Dieta, División de Información Gubernamental Constitucionalista); P.W. Vieth, “Rev. Kiyoshi Tanimoto, Christian, and Rev. Kozen Tsunemitsu, Buddhist, of the Hiroshima Pref. League of Religions”, 4 de marzo de 1948, CIE(A) 08522, Kokuritsu Kokkai Toshokan Kensei Shiryōshitsu (Biblioteca Nacional de La Dieta, División de Información Gubernamental Constitucionalista).

¹⁹ “No More Hiroshimas!” (1948) International World Peace Day Committee, Swarthmore College Peace Collection; Tanimoto *La cruz de Hiroshima en mi pecho*, pp. 184-190; Kiyoshi Tanimoto, “Susume No Moa Hiroshimazu” (“Adelante, no más Hiroshimas”), *Chūgoku Shinbun*, 1 de agosto de 1948; Hiroshima Heiwa Kyōkai (Asociación del Museo de Paz de Hiroshima) (ed.), “*Heiwa to Hiroshima*” *nikkansuru Kokugai karano Shokan Daiichiyawa* (Cartas del extranjero sobre “Hiroshima y la Paz”, Serie 1”), Hiroshima, Hiroshima Heiwa Kyōkai, 1949, pp. 6-17, 58-59.

Tanimoto. No obstante, el pastor se dio cuenta de inmediato de que la gente en aquel país tenía interés por la situación de Hiroshima, y que él mismo estaba en la posición para propiciar un movimiento a larga distancia. Mientras estaba en Hiroshima, Tanimoto estrechó gradualmente sus lazos con Estados Unidos y en octubre de 1948 viajó hacia ese país, gracias a la invitación de la Iglesia Metodista. En esos años era muy raro que un japonés ordinario fuera autorizado a salir de Japón.²⁰

Durante su estadía visitó varias ciudades dando conferencias con la expectativa de recabar fondos para la reconstrucción de su iglesia. A lo largo de 15 meses, se presentó en 256 ciudades del sur y la costa este de Estados Unidos. Ofreció 582 conferencias en 472 lugares distintos (principalmente iglesias), donde lo escucharon alrededor de 160 mil personas. Durante este periodo ideó la creación del Centro de Paz de Hiroshima, donde podría realizar labores sociales para las víctimas, así como su movimiento pacifista. Sin embargo, no recibió ayuda por parte de la Iglesia Metodista, la cual en un principio se suponía que sería el patrocinador de la construcción. Tanimoto entonces promovió la idea dentro de diversos sectores de la sociedad secular y, en ese transcurso, la idea del Centro de Paz creció, vinculándose con otros proyectos de educación para la paz ligados a organismos internacionales como las Naciones Unidas y la UNESCO. Después de varias vicisitudes, obtuvo la colaboración de varios reconocidos literatos, como John Hersey, Pearl S. Buck y Norman Cousins. Sobra decir que Buck ya había sido galardonada con el premio Nobel y que Cousins en aquel entonces era bien conocido como el editor de la revista *Saturday Review of Literature*. Así, con la ayuda del buen nombre de estos personajes, en marzo de 1949 se creó en Nueva York la Asociación del Centro de Paz de Hiroshima. Sus procedimientos tardaron un poco en concretarse, pero finalmente en agosto de 1950 la obra se consumó.²¹

²⁰ “Bei kara Ryūgaku Annai”, *Asahi Shinbun*, 14 de abril de 1948, Tanimoto Kiyoshi Shiryō (Archivo Kiyoshi Tanimoto) núm. 112. En ese entonces permaneció en Estados Unidos 15 meses y regresó a Japón en enero de 1950. Posteriormente, Tanimoto volvió a visitar ese país en varias ocasiones, de septiembre de 1950 a julio de 1951, de mayo a diciembre de 1955 y de septiembre a diciembre de 1975. *La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses*, pp. 46, 136, 170 y 220.

²¹ Tanimoto, *La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses*, pp. 11, 46-71, 88-102; Tanimoto, *La cruz de Hiroshima en mi pecho*, pp. 33-38, 57-116; Milton S. Katz, “Norman Cousins: Peace Advocate and World Citizen”, en Charles DeBenedetti (ed.), *Peace Heroes in Twentieth-cen-*

Dado que los personajes ligados a la creación del centro —Tanimoto, Cousins y los demás literatos— eran oriundos de las dos naciones involucradas, su proyecto adquirió tintes por demás transnacionales. Sin embargo, una de sus más peculiares características fue el hecho de que los fondos de ayuda para las víctimas de la bomba atómica provinieron de agrupaciones de estadounidenses. Uno de los proyectos más conocidos que se desarrollaron en el centro fue el de la “adopción moral (moral adoption project)”, vigente entre 1950 y 1959. Se trataba de un programa en el que ciudadanos estadounidenses podían adoptar de manera “simbólica” a niños huérfanos de Hiroshima, muy parecido a lo que hoy se conoce como familias de acogida. Los “padres” estadounidenses intercambiaban cartas con sus “hijos” de Hiroshima y de manera mensual enviaban dinero y regalos al niño “adoptado”. Con miras a que en el futuro se permitiera a los japoneses entrar a territorio estadounidense, ya que la inmigración se había suspendido desde el año 1924, se vislumbró la posibilidad de adoptar legalmente a los niños japoneses. En enero de 1950, se realizó el primer envío de dinero por 2000 dólares. Hacia el final del programa, en 1959, el monto total de fondos enviado fue de unos 20 millones de dólares destinado a aproximadamente 500 niños apadrinados.²²

Otro de los programas del centro fue el de asistencia médica para mujeres que en los ataques sufrieron quemaduras graves en el rostro o extremidades. Desde que este programa comenzó en 1952 (duró hasta 1956), fue respaldado por diversos escritores y estrellas de cine japoneses. Las mujeres recibieron tratamiento médico en hospitales universitarios de Tokio y de Osaka. Cuando Cousins se interesó en el proyecto, hizo extensivo el programa de manera que estas mujeres también pudieran ir a Estados Unidos a recibir tratamiento. Esto hizo que, de pronto, la popularidad del

tury America, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 169-171; Kiyoshi Tanimoto, “Hiroshima’s Idea”, *Saturday Review of Literature*, 5 de marzo de 1949, p. 20; Norman Cousins, “Modern Man Is Obsolete”, *Saturday Review of Literature*, 18 de agosto de 1945, pp. 5-9.

²² Norman Cousins, “Hiroshima: Four Years Later”, *Saturday Review of Literature*, 17 de septiembre de 1949: 10-59; “Editor’s Note”, *Saturday Review of Literature*, 8 de octubre de 1949, p. 27; “*Saturday Review of Literature*”, “Readers and Moral Adoptions”, *Saturday Review of Literature*, 5 de noviembre de 1949, p. 23; Kathleen Sproul, “Genus: Parent Species: Moral”, *Saturday Review of Literature*, 13 de diciembre de 1950, p. 26; *Historia de la Administración de Asistencia a las víctimas de la Bomba Atómica de Hiroshima*, p. 56.

proyecto creciera. Todos los programas del centro, en especial el de tratamiento para mujeres quemadas, requerían una enorme cantidad de dinero. Sin embargo, casi todos los gastos pudieron ser cubiertos por ciudadanos estadounidenses, incluyendo a los lectores de la revista de Cousins y a diversos grupos de voluntarios.²³

EL TRASFONDO DEL MOVIMIENTO DE KIYOSHI TANIMOTO

Con lo visto hasta este punto puede decirse que el movimiento del pastor Tanimoto presenta un número de puntos problemáticos. ¿Por qué para solicitar ayuda para las víctimas miró precisamente hacia Estados Unidos, el mismo país que había lanzado las bombas atómicas? Logró que su voz se escuchara sólo tres años después de las explosiones, incluso con la existencia del control de la información y la consecuente dificultad que había para alzar la voz en son de protesta. Él mismo era una víctima de la bomba: había visto los horrores posteriores y había sufrido los efectos de la radiación residual. Además, por decirlo de alguna forma, era un sacerdote perteneciente a una unión de iglesias de una provincia; no era un político, un industrial, un terrateniente o un intelectual con poder e influencia en el Japón de aquella época. Incluso en nuestros días, los cristianos son una minoría religiosa, sin llegar siquiera a uno por ciento de la población.²⁴ Además, durante el régimen imperial, Japón había adoptado el shintoísmo de Estado como una ideología totalizante, y el cristianismo había existido con una férrea coerción. Entonces, con todo ese trasfondo, Tanimoto no se vislumbra como una persona con ningún privilegio especial que pudiera haber hecho un viaje a Estados Unidos. No obstante, lo hizo a diferentes

²³ Para detalles acerca de la ayuda en Estados Unidos se pueden consultar las siguientes referencias: Christina Klein, *Cold War Orientalism: Asia in the Middlebrow Imagination, 1945-1961*, Berkeley, University of California Press, 2003; Naoko Shibusawa, *America's Geisha Ally: Reimagining the Japanese Enemy*, Cambridge, Harvard University Press, 2006; y Kristina Zarleno "Civilian Threat, the Suburban Citadel, and Atomic Age American Women", *Signs*, 24, 1999, pp. 925-958. En aquel entonces los medios masivos de comunicación japoneses llamaron a estas mujeres "las doncellas de la bomba" (*A-bomb maidens*). Por petición de ellas, ahora este apelativo suele evitarse, aunque en Estados Unidos aún es común encontrarlo.

²⁴ Takashi Gono, *Nihon Kirisutokyō shi (Historia del cristianismo en Japón)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 1990, p. 307.

ciudades, negociando para finalmente erigir el Centro de Paz de Hiroshima sobre un vínculo entre ambos países. Entonces, ¿qué papel jugó la ocupación en todo ello?

Su estatus de ministro cristiano

Para entender el movimiento que llevó a Tanimoto hasta Estados Unidos, saltan a la vista su estatus de sacerdote y el vínculo íntimo creado con este país americano durante sus años de estudio. Originalmente, las diferentes iglesias estadounidenses habían tenido un papel de peso en la diseminación del cristianismo en el Japón moderno. Hasta antes del estallido de la Guerra del Pacífico (1941-1945), misioneros y seminaristas estadounidenses habían ido y venido constantemente entre ambos países.²⁵ Fue gracias a este circuito como Tanimoto tuvo la posibilidad de estudiar en Estados Unidos durante de la preguerra. Luego, en la posguerra, a la par de su empresa democratizadora y de desmilitarización, el ejército de ocupación estableció la libertad religiosa y abolió el estatus privilegiado que tenía el shintoísmo de Estado, el cual alimentaba el poder del emperador. Por otra parte, el supremo comandante en jefe de las fuerzas de ocupación, el general Douglas MacArthur, tomó como objetivo propio la conversión de los japoneses al cristianismo, por lo que apoyó activamente la entrada de misioneros a Japón.²⁶

Hasta el fin de la guerra, el pastor Tanimoto había sido perseguido por ser un sacerdote cristiano recién llegado de Estados Unidos; sin embargo,

²⁵ Para más detalles, se pueden consultar las siguientes referencias: Akio Dohi, *Nihon Purotestanto Kikirisuto kyō Shi (Historia del protestantismo y cristianismo de Japón)*, Tokio, Shinkyō Shuppansha, 1980; Satoshi Nakamura *Nihon Kirisutokyō Senkyō shi: Zabierui Izenkara kyo made (Historia de las misiones cristianas en Japón. Desde antes de Francisco Xavier hasta la actualidad)*, Tokio, Inochinokotobasha, 2009; Gonoi, *op.cit.*

²⁶ Para información relacionada con las medidas tomadas respecto a las actividades religiosas en la Sección de Información e Información Civil (CIE) de MacArthur y el ejército de ocupación, se pueden consultar las siguientes referencias: William P. Woodard, *The Allied Occupation of Japan 1945-1952 and Japanese Religions*, Leiden, Brill, 1972; Hilary Elmendorf, "Occupying 'Vacuum': Conflicting Interpretations of Christianity in Post-war Japan", *Journal of Social Science*, 64, 2008, pp. 67-96; Lawrence S. Wittner, "MacArthur and the Missionaries: God and Man in Occupied Japan", *Pacific Historical Review*, 40, 1971, pp. 77-98.

al terminar la situación bélica, su condición cambió de manera radical. Durante la reconstrucción de la iglesia de Nagarekawa lo visitaron muchos misioneros y capellanes (muchos de los cuales habían sido compañeros de Tanimoto durante su estancia en Estados Unidos) para contribuir a su causa. Además, era un pastor cristiano reconocido dentro de aquel país, y desde sus estudios se hizo de un nombre como un intelectual japonés conocedor de la cultura y sociedad estadounidense. Por eso fue sumamente solicitado para dictar conferencias, convirtiéndose en una figura errante que poco a poco fue estrechando lazos con el país americano.²⁷

Con la llegada de aquel reportaje titulado “Hiroshima”, los lazos entre Tanimoto y Estados Unidos se fortalecieron aún más. En agosto de 1946, justo en el primer aniversario de las explosiones, el periodista estadounidense John Hersey escribió un reportaje sobre las víctimas de la bomba, tomando como eje los testimonios de seis personas, entre las que figuraba el pastor. “Hiroshima” presentaba la visión de los vencidos, desconocida por la audiencia estadounidense; por ello, el reportaje pronto llegó a las listas de los libros más vendidos y Tanimoto, como uno de los protagonistas, se volvió un nombre famoso en todo el país.²⁸ Profesores y estudiantes de la Universidad de Emory, al conocer la experiencia de Tanimoto, pronto sumaron esfuerzos para hacerle llegar víveres y ropa. Luego, poco a poco comenzaron a llegar cartas y recursos provenientes de lectores y personas sin ninguna relación previa con él.²⁹ Así fue como su estatus de pastor cristiano, junto con su papel en el reportaje de Hersey, se convirtieron en la piedra angular de su movimiento.

²⁷ *Diario de Kiyoshi Tanimoto* 3, 1946.3.15, 1946.3.25-4.9, 1946.5.26; *Diario de Kiyoshi Tanimoto* 4, 1946.7.11, 1946.8.14, 1946.8.16-17..

²⁸ John Hersey, *Hiroshima*, Nueva York, Knopf, 1985. La respuesta de la sociedad estadounidense hacia “Hiroshima” puede verse a detalle en: Michael J. Yavenditti, “John Hersey and the American Conscience: The Reception of ‘Hiroshima,’” *Pacific Historical Review*, 43, 1974, pp. 24-49.

²⁹ H. B. Trimble a Tanimoto, 12 de octubre de 1946, Información sobre Tanimoto, núm. 201-203; Arva C. Floyd a Tanimoto, 12 de mayo de 1947, Información sobre Tanimoto, núm. 304-309; Tanimoto, *La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses*, pp. 56-57; Mr. and Mrs. R.H. Yaeck a Tanimoto, 27 de enero de 1947, 17 de septiembre de 1947, 13 de diciembre de 1947, 5 de enero de 1948, Información sobre Tanimoto, núm. 304-309; Mrs. Floyd E. Read, Jr. a Tanimoto, 8 de agosto de 1947, Información sobre Tanimoto, núm. 304-309.

La situación al interior de la sociedad estadounidense

Ahora bien, aceptando que su singular situación personal y su papel como sacerdote cristiano le permitieron llevar a cabo su empresa, existía todavía una razón más. Esta fue la imagen creada en la sociedad estadounidense alrededor de Hiroshima y la bomba. En aquel entonces, para el ciudadano promedio ésta había sido la medida necesaria para poner fin a la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, en una encuesta realizada por la revista *Fortune* en diciembre de 1945, 53 por ciento de los encuestados expresaron su aprobación al lanzamiento de las bombas atómicas; 22.7 por ciento expresó que Estados Unidos debió incluso utilizar más armas atómicas contra Japón antes de su capitulación; sólo 4.5 por ciento afirmó que las bombas atómicas no eran un recurso indispensable en la guerra.³⁰

En Estados Unidos, sin embargo, también existían quienes tenían una opinión diferente. En primer lugar, conociendo el enorme poder destructivo de la bomba atómica, no eran pocos los que vislumbraban un futuro de incertidumbre en el contexto de la tensión creciente con la Unión Soviética. Además, igual que Cousins, Buck y Hersey, quienes habían contribuido a la creación del Centro de Paz de Hiroshima, existían muchos interesados en la procuración de auxilio a las víctimas. Detrás de todas esas acciones habían, por supuesto, intenciones humanitarias y de resarcimiento de los daños; sin embargo la sombra de la Guerra Fría sería también un factor a considerar.

En aquellos años, el fenómeno cultural conocido como el “orientalismo de la Guerra Fría” estaba más que vigente. Este tipo de orientalismo no era un medio para afianzar el capitalismo y contrarrestar la atracción mostrada por los países en vías de desarrollo por el sistema comunista. Tampoco se trataba de un mecanismo de coerción de Estados Unidos sobre otras naciones. El “orientalismo de la Guerra Fría” era toda una manera en la que Washington veía a Asia y a sí mismo. Detrás de esta imagen yacía un “discurso de integración sentimental” que vinculaba a Estados Unidos con los

³⁰ Paul Boyer, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994, p. 183. El 13.8 por ciento de las personas contestaron que, antes del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, se debió haber realizado una demostración de su poder.

pueblos de Asia mediante una fuerte liga de amistad y amor. Así, el hecho de que la próspera sociedad estadounidense extendiera su mano a las pobres víctimas de la bomba y, sobre todo, el que algunas familias acogieran a tantos de esos niños desamparados, embonaba perfectamente en aquella estructura discursiva orientalista.³¹

Tanimoto utilizó este mismo discurso de manera estratégica mientras recopilaba fondos para la construcción del Centro de Paz de Hiroshima. Para no ganarse la enemistad de los adeptos a la bomba, Tanimoto se pronunciaría en su contra, describiría los momentos posteriores a la explosión, pero evitaría el tema de los daños causados a la ciudad. Así, los fondos fueron recolectados en un contexto más amigable, en el cual proclamaba que la gente de Hiroshima no guardaba rencor hacia Estados Unidos y que, en virtud de la bomba, su ciudad había renacido como una ciudad de paz. Incluso, cuando en Estados Unidos surgían protestas, Tanimoto con frecuencia pedía perdón por el ataque a Pearl Harbor (una de las fuentes de sentimientos antijaponeses) y llamaba a la reconciliación entre los dos países.³²

Al llegar a este punto y al ver la dirección que habían tomado los acontecimientos, quiero introducir al argumento otro elemento distintivo de Tanimoto y su movimiento. En aquellos años, las autoridades de la ciudad de Hiroshima buscaban formas para hacerse de fondos para la reconstrucción. Ellos siempre actuaban temerosos del ejército de ocupación, pero cuando existían factores de opinión pública en el extranjero favorables a sus propósitos, hacían uso activo de ellos. El proyecto de ley llamado Ley para la Construcción de Hiroshima como Símbolo de la Paz promovido por la ciudad de Hiroshima, fue establecido en julio de 1949, convirtiéndose en la “bujía” para la reconstrucción. Durante su proceso de creación las autoridades de la ciudad a menudo enfatizaron el interés que había por la ciudad en el extranjero.³³

³¹ Klein, *op. cit.*, pp. 13-16, 39-41.

³² Tanimoto, “Hiroshima’s Idea”, p. 20; Tanimoto, *La cruz de Hiroshima en mi pecho*, pp. 220-221; Tanimoto, *La bomba atómica y los estadounidenses*, pp. 52, 72 y 112; John E. Zoller, “Japanese Pastor Relates His Experience at Hiroshima”, *Oakland Tribune*, 10 de octubre de 1948, Folder, Hiroshima Peace Center Foundation (Japón), Swarthmore College Peace Collection, Swarthmore.

³³ Shinzō Hamai, *Genbaku Shichō: Hiroshima to Tomoni Niju Nen (El alcalde de la bomba atómica: Veinte años junto con Hiroshima)*, Tokio, Asahi Shinbunsha, 1967.

LAS CRÍTICAS HACIA TANIMOTO

De esta forma comenzó la cooperación internacional entre Estados Unidos y Japón en favor de las víctimas de la bomba, como una dimensión más de la ocupación; estaba íntimamente asociada a la opresión inherente a la ocupación militar. Como se mencionó al principio, también había clara evidencia de críticas dirigidas hacia el movimiento del pastor Tanimoto. Es cierto que hubo quienes expresaron su reconocimiento por haber dado prioridad a los proyectos de “adopción” de los niños huérfanos y al programa de ayuda médica a las mujeres quemadas;³⁴ sin embargo, las críticas no fueron pocas. A pesar de que el objetivo del Centro de Paz había sido la realización a gran escala de actividades para la paz y labores sociales, las voces de aprobación en un principio fueron muy escasas. Incluso Tanimoto llegó a lamentarse diciendo que “a veces me siento solo e incapaz”.³⁵ El tiempo pasaba y el proyecto no se cristalizaba; eso llevó a que las críticas se intensificaran. Incluso lo tacharon de ser un fraude o un “elefante blanco”.³⁶ Ante estas críticas, Tanimoto escribió en sus diarios: “Parece que alrededor de mí hay una tormenta de críticas que giran haciendo remolinos”. Había muchas personas que decían que el pastor era una figura comercial producto del egoísmo y veían con recelo la forma en la que utilizaba los fondos y la ayuda enviada desde Estados Unidos, sospechando que podría utilizarlos sólo para sí mismo y su iglesia.³⁷ Tanimoto, cuyo prestigio se había puesto en entredicho, confesó su hartazgo y su deseo de abandonar la empresa. También su esposa le rogó que no siguiera más.³⁸

³⁴ Seiji Imai, *Gensuibaku Jidai: Gendaishi no Shōgen, Jōkan (La era de las bombas de hidrógeno: testimonios de la época contemporánea, tomo uno)*, Tokio, San'ichi shobō, 1959, pp.185-186.

³⁵ “Shimese Jimoto no Netsu [Muestra el calor de nuestra tierra], *Chūgoku Shinbun*, fecha desconocida, Archivos de Kiyoshi Tanimoto, núm. 112; “Heiwa toshi kensetsu no Urauchi” (“El trasfondo de la construcción de la Ciudad de la Paz”), *Chūgoku Shinbun*, 1949, Archivos de Kiyoshi Tanimoto, núm. 112.

³⁶ Kiyoshi Tanimoto Kiyoshi “Watashiwa Dōnishite Hiroshima Piisu Sentaa Kensetsu Undō wo okoshitaka” (“¿Por qué comencé el movimiento para la construcción del centro de Paz de Hiroshima”), mayo de 1951, p. 28. Archivos de Kiyoshi Tanimoto, núm. 201-203.

³⁷ *Ibid.*, pp. 12-16, 24, 27.

³⁸ *Ibid.*, pp. 12-16, 24, 27; “Daigaku mo Kyōryoku Chikaku Ipponi” (“La universidad coopera, muy pronto será una”), *Yūkan Chūgoku*, 31 de agosto de 1950; Kōndo, *op. cit.*, p. 107.

Una de las razones por las que Tanimoto fue el blanco de tantas críticas, fue el hecho de que, en esos años, se pensaba que la construcción del Centro de Paz de Hiroshima no iba a resolver la pila de problemas que aquejaban a la ciudad y a su gente. Como se vio en la primera parte, lo que estas personas, que padecían los síntomas de la exposición a la radiación, necesitaban era apoyo para tratar sus heridas y resguardarse de la intemperie. Un reflejo de lo anterior fue que, en la medida en que la ocupación llegaba a su fin, las agrupaciones de víctimas, que poco a poco habían ido apareciendo, dieron mayor importancia al apoyo mutuo y a la demanda de ayuda médica y enseres para la subsistencia diaria. Por ejemplo, la Asociación de Víctimas de la Bomba, conformada el 10 de agosto de 1952, ha sido considerada la primera de su tipo, pero su labor se concentraría en labores como subir los presupuestos para los tratamientos médicos, investigar la experiencia de las víctimas, procurar exámenes médicos gratuitos, crear agencias de empleo y aplicar medidas especiales para los más necesitados.³⁹ Desde esta perspectiva, resultaba lógico que frente a la presión por reconstruir la ciudad con el nombre de Ciudad de la Paz, las autoridades de Hiroshima se hubieran encontrado con voces antagónicas que señalaban aquello como un obstáculo para la reconstrucción de la vida de la gente. Así también, a pesar de que la construcción del Centro de Paz de Hiroshima era una obra social y parte de un movimiento pacifista de escala mundial, no logró las simpatías entre los habitantes de Hiroshima.

Existe una razón más profunda que explica las críticas hacia el movimiento de Tanimoto: los sentimientos de la gente de Hiroshima hacia Estados Unidos. En la posguerra, los círculos literarios japoneses tuvieron una recuperación bastante rápida. Uno de los más conocidos por su actividad fue la Unión Cultural de Chūgoku, ubicada en Hiroshima, que en 1946

³⁹ Remontándonos más en la historia de la formación de las agrupaciones de víctimas, encontramos a la Liga de Víctimas de la Guerra de Hiroshima, cuyo objetivo principal fue el restablecimiento de su vida en Hiroshima. También existió la Asamblea General de Mujeres Mutiladas (10 de agosto de 1948). Los nombres y objetivos de estas agrupaciones no hacen referencia directa a la bomba atómica. Sin embargo, las palabras “Víctimas de guerra” y “mutiladas” sin duda lo hacen. *Nueva historia de Hiroshima. Vida diaria de los ciudadanos*, p. 246-247, 275-276; Kiyoshi Kikkawa, “*Genbaku ichigō*” to *Iwarete (Me dicen bomba atómica número 1)*, Tokio, Chikuma Dhobō, 1981, pp. 95-96.

ya había publicado su primer desplegado como un boletín.⁴⁰ Enfrentando la censura, sus colaboradores escribieron artículos lamentando la bomba y toda la destrucción que había causado y expresaron sus condolencias por todos los que perdieron la vida; así mostraron guiños de rabia y protesta hacia Estados Unidos. Lo anterior se expresó extrañamente de manera directa en los siguientes cantos cortos (*Tanka*):⁴¹

Rostro de niño,
totalmente tizado, la boca abierta.
Deambulaba llorando, llamaba a sus padres.⁴²

Aún se escuchan,
los cuerpos al quemarse, retorciéndose,
de jóvenes doncellas y de todos los seres.⁴³

Entonces, las palabras y acciones del sacerdote parecían haberse alineado de lado de quienes habían tirado la bomba sobre Hiroshima; aun cuando éstas eran estratégicas, dejaban entrever cierta aceptación hacia Estados Unidos que para muchos resultaba imperdonable.

Lo anterior nos permite plantear que el rencor y la tristeza por la pérdida de los seres queridos, aun bajo la opresión de la ocupación, coexistían con solemnidad. Dentro de la sociedad japonesa, con frecuencia existen representaciones de Hiroshima como una ciudad que en lugar de buscar responsables, reza por la consolidación de la paz. Hiroshima y Nagasaki son generalmente representadas como ciudades que simbolizan el pacifismo japonés acorde con la nueva Constitución y su artículo noveno, en la cual se estipula la renuncia a la beligerancia por parte de Japón. Empero, como se ha mostrado en este ensayo, se puede confirmar que éstas fueron concepciones construidas.

Cabe mencionar que parte de estos movimientos ciudadanos tuvo una relación cercana con las actividades pacifistas realizadas por el Partido Comunista Japonés, sobre todo con la intensificación del enfrentamiento

⁴⁰ Horiba, *op. cit.*, pp. 40-41.

⁴¹ *Chūgoku bunka*, número inicial, marzo de 1946, pp. 26, 29.

⁴² En el original: 親呼びて叫びたらむか口開けしまま黒焦げし幼児の顔

⁴³ En el original: 五体みな焼け崩れたる人の声未だ若きは乙女なるらし

de Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría. En ese entonces, Washington tenía una clara ventaja sobre Moscú en cuanto a su capacidad para manejar el átomo con fines bélicos. De ahí que las protestas antinucleares se fundaran en un interés creado por los soviéticos. En 1949 se llevó a cabo el Congreso Mundial de Partidarios de la Paz,⁴⁴ auspiciado por la Unión Soviética. Al año siguiente se inició una campaña de recolección de firmas a favor del Llamado de Estocolmo, que demandaba: la prohibición de las armas nucleares como instrumento de intimidación y destrucción masiva y que cualquier gobierno que utilizara armas atómicas contra otro país estaría cometiendo un “crimen contra la humanidad” y, por ende, se le habría de considerar como criminal de guerra. Oficialmente, hasta 1949 se recopilaron las firmas de 500 millones de personas de 79 países diferentes.⁴⁵ En el caso de Japón, este movimiento tuvo difusión por parte de los seguidores del Partido Comunista Japonés, que se unieron a la campaña y lograron recolectar seis millones de firmas.⁴⁶ El ejército de ocupación incrementó la vigilancia sobre los comunistas y, en general, sobre los movimientos pacifistas. Al estallar la Guerra de Corea, el 6 de agosto de 1950, se estableció un estado de alerta máxima que llevó a prohibir todas las asociaciones en favor de la paz, incluyendo las que se organizaban en la ciudad de Hiroshima.⁴⁷

Entre los movimientos pacifistas relacionados con grupos comunistas, los de Hiroshima han sido catalogados como los primeros.⁴⁸ No se puede descartar que hayan existido células bien organizadas y movilizadas; en cambio, lo que sin duda existía en Hiroshima eran grupos de víctimas cuyo común denominador era la confluencia de sentimientos antinucleares y antiestadounidenses.

⁴⁴ Lawrence S. Wittner, *One World or None: A History of the World Nuclear Disarmament Movement through 1953*, Stanford, Stanford University Press, 1993, pp. 177-78.

⁴⁵ *Nueva historia de Hiroshima, compendio de historia*, pp. 392-393; Nihon Heiwa Iinkai (Comité de Paz de Japón), (ed.), *Heiwa Undō 20nen Shiryōshū (Movimientos pacifistas. Información de 20 años)*, Tokio, Ōtsuki Shoten, 1969, p. 8; Wittner, *One World or None*, pp. 182-83.

⁴⁶ Hideo Ōtake, “55nen Taisei no keisei” (“Conformación del sistema de 1955”), en Masanori Nakamura, et. al. (eds.), *Sengo Kaikakuto sono Isan [Las reformas de la posguerra y su legado]*, *Sengo Nihon Senryōto sengo kaikaku 6 (El Japón de la posguerra. Ocupación y reformas, vol 6.)*, Iwanami Shoten, 2005, p. 49.

⁴⁷ *Nueva historia de Hiroshima, compendio de historia*, pp. 390-391, 393-395.

⁴⁸ Ubuki, *op. cit.*, p. 119.

CONCLUSIÓN

La ocupación creó diferentes narrativas en torno a la bomba atómica de Hiroshima y sus víctimas. En primer lugar, y como es bien sabido, mediante el control de la información se evitó que en Japón y en Estados Unidos se difundiera información respecto a los efectos (del tipo que fuera) que acarreó el ataque a Hiroshima. Lo anterior hizo que la ayuda médica y económica llegara a las víctimas con retraso. En segundo lugar, a pesar de tal situación, el general MacArthur respaldó las actividades pastorales en Japón, y fueron actividades como esas las que hicieron que las sociedades japonesa y estadounidense tuvieran un acercamiento por medio de la relación de cooperación entre la ciudad de Hiroshima y Estados Unidos. Para lograr obtener la ayuda requerida, Tanimoto dejó de difundir las experiencias de las víctimas, acató las decisiones del ejército de ocupación, y asumió una postura acorde con las representaciones de la sociedad estadounidense. No obstante, esa relación de cooperación fue sólo otra cara de una misma moneda: la de la opresión. Por tal motivo, dentro de la sociedad de Hiroshima, fue causa de fricción y confrontación.

Esto nos lleva al tercer punto. Aun cuando se trataba de un esfuerzo para proveer ayuda a las víctimas, para la gente de Hiroshima, que entonces apechugaba con la miseria, era difícil aceptar a un sacerdote que era visto como alguien que acataba la agenda del Tío Sam. Es decir, el activismo de Tanimoto, las razones de su proceso de formación, así como las razones por las que no fue aceptado estuvieron estrechamente relacionadas con la ocupación, y es imposible entenderlas fuera de este contexto.

Aunado a lo anterior, algo que reforzó más la influencia de la ocupación fue que durante la Guerra Fría, tanto en la sociedad de Japón como en la de Estados Unidos, las armas nucleares fueron una realidad actual y tangible. Como ya ha sido señalado por varios investigadores, la política de ocupación reflejaba el estado de cosas durante la Guerra Fría. En ese sentido, la situación específica de la ciudad de Hiroshima no fue la excepción. En primer lugar, y como se vio en el primer apartado, en un contexto de control de la información y de confrontación con la Unión Soviética, el ejército de ocupación procuró mantener en secreto toda la información concerniente a las armas atómicas. Luego, como lo deja ver el Centro de

Paz de Hiroshima, la preocupación que mostraba la sociedad —o por lo menos parte de ella— estadounidense hacia la situación de Hiroshima formaba parte de un “orientalismo de la Guerra Fría”: una forma de ver el mundo que se gestaba a medida que Estados Unidos y la Unión Soviética entraban en conflicto.

Por otra parte, puede pensarse que el origen de las críticas escuchadas en Hiroshima hacia el pastor Tanimoto habían residido en las propias emociones de la gente como residentes y como víctimas. Sin embargo, el vínculo entre el movimiento pacifista y el Partido Comunista Japonés no se puede pasar por alto. Lo anterior también se relaciona con la Unión Soviética y, sobre todo, con el contexto de tensión vivido en el este de Asia en aquel momento, donde las armas nucleares habían constituido el foco de atención.

Una de las causas que despertó el interés por la situación en Hiroshima y en Nagasaki dentro de la sociedad japonesa fue el incidente ocurrido en marzo de 1954, cuando el barco atunero *Dai Go Fukuryūmaru* fue expuesto a la radiación residual del experimento que Estados Unidos hizo con una bomba de hidrógeno en el atolón de Bikini. A raíz de este incidente, las voces que se habían proclamado en contra de la bomba de hidrógeno se acrecentaron y, finalmente, se reconoció a las víctimas de las bombas atómicas. En el transcurso de estos hechos, el proceso organizativo de los grupos de víctimas se intensificó, así como los reclamos de ayuda y los movimientos antinucleares y pacifistas.

Desde un punto de vista opuesto, los casi diez años que pasaron entre agosto de 1945 y el incidente del atolón Bikini han sido considerados como un periodo perdido, ya que más de la mitad de este tiempo Japón estuvo bajo el control de la ocupación. No obstante, y como se pone de manifiesto en este artículo, de ninguna manera fue así. Más aún, tal parece que los movimientos que emergieron en ese entonces todavía tienen ecos en la actualidad. Por ejemplo, como se mencionó anteriormente, el Centro de Paz de Hiroshima se fundó gracias a la ayuda proporcionada por la sociedad estadounidense. Su objetivo era proveer ayuda a las víctimas de la bomba atómica. Era en sí una oportunidad para resaltar el impacto que tuvo la bomba en Japón. Es decir, podríamos suponer que la conciencia de la importancia de los daños de las bombas atómicas (la cual puede igualmente

interesar a personas de otras latitudes), debido a su relevancia en la historia mundial, en algún momento se convirtió en un tema de discusión que los japoneses deberían mantener en su memoria.

El estudio de los efectos de las bombas atómicas ha sido sin duda un campo amplio que ya está muy trabajado. Sin embargo, viendo este tema desde el punto de vista de la influencia que tuvo la ocupación sobre la sociedad japonesa, todavía se vislumbra un área de estudio con muchas posibilidades para la investigación. ❧

Apéndice I: Cronología de la ocupación

- 1931.9.18 Incidente de Manchuria.
- 1932.3.1 Establecimiento de Manchukuo.
- 1933.3.27 Retirada de Japón de la Liga de las Naciones.
- 1937.7.7 Incidente del Puente de Marco Polo. Inicio de la Guerra Sino-Japonesa.
- 1941.12.7 Ataque a Pearl Harbor. Inicio de la Guerra del Pacífico.
- 1945.2.4 Conferencias de Yalta.
- 1945.3.26 Desembarco estadounidense en Okinawa. Ocupación militar de las Islas Ryūkyū.
- 1945.7.26 Declaración de Potsdam.
- 1945.8.6 Lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima.
- 1945.8.8 La Unión Soviética declara la guerra al Imperio del Japón.
- 1945.8.9 Lanzamiento de la bomba atómica sobre Nagasaki.
- 1945.8.15 Discurso de rendición del emperador Shōwa (Hirohito). El primer ministro Kantarō Suzuki anuncia su renuncia.
- 1945.8.17 Establecimiento del gobierno de Naruhiko Higashinokuni.
- 1945.8.30 Arribo de Douglas MacArthur. Inicio de la ocupación.
- 1945.9.2 Firma del Acta de Rendición en el barco militar *USS Missouri*.
- 1945.9.11 El Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP) ordena el arresto del ex primer ministro Hideki Tōjō y otros importantes políticos y militares por sus crímenes de guerra.
- 1945.9.27 Primera entrevista entre MacArthur y el emperador Shōwa.
- 1945.10.9 Establecimiento del gobierno de Kijūrō Shidehara .

- 1945.10.11 Lanzamiento de las Cinco Reformas (libertades para las mujeres, establecimiento de sindicatos, democratización de la educación, destrucción del sistema de policía secreta y democratización de la economía).
- 1945.11.2 Establecimiento del Partido Socialista Japonés.
- 1945.11.6 El SCAP ordena dismantelar a los *zaibatsus*.
- 1945.11.9 Establecimiento del Partido Liberal Japonés.
- 1945.11.16 Establecimiento del Partido Progresista Japonés.
- 1945.11.30 Desmantelamiento de la Armada y Marina Imperial.
- 1945.12.9 El SCAP ordena la promoción de la reforma agrícola.
- 1945.12.30 Ley sobre la Legalización de los Sindicatos Laborales.
- 1946.1.29 El SCAP suspende el derecho administrativo de Japón sobre las islas de Okinawa y Ogasawara.
- 1946.3.9 El gobierno de Shidehara anuncia el anteproyecto de reforma constitucional.
- 1946.4.10 Elecciones generales en la Cámara Baja. El Partido Liberal Japonés logra el triunfo. El SCAP impide que Ichirō Hatoyama, presidente del partido, tome el poder. En su lugar, las riendas las toma Shigeru Yoshida.
- 1946.5.22 Establecimiento del gobierno de Shigeru Yoshida.
- 1946.8.1 Establecimiento del Consejo General de Sindicatos de Japón (*Sōhyō*).
- 1946.11.3 Promulgación de la Constitución de Japón, que prohíbe el derecho a la beligerancia y coloca al emperador como figura ceremonial.
- 1946.11.18 Los sindicatos de ideología comunista convocan a una huelga general para el primero de febrero.
- 1947.1.31 MacArthur prohíbe la realización de la huelga general.
- 1947.3.8. Establecimiento del Partido de la Cooperación Popular.
- 1947.3.12 Harry Truman anuncia la contención al comunismo en el Congreso estadounidense.
- 1947.4.20 Primeras elecciones de la Cámara Alta.
- 1947.4.25 Elecciones de la Cámara Baja.
- 1947.5.3 Entrada en vigor de la Constitución de Japón.
- 1947.6.1 Establecimiento del gobierno de Tetsu Katayama conformado

- por la coalición centrista de los partidos Socialista, Demócrata y de la Cooperación Popular.
- 1948.3.10 Establecimiento del gobierno centrista de Hitoshi Ashida.
- 1948.8.15 Establecimiento de la República de Corea.
- 1948.9.9 Establecimiento de la República Democrática Popular de Corea.
- 1948.10.19 Establecimiento del gobierno de Shigeru Yoshida.
- 1948.11.12 Finalizan los Juicios de Tokio. Hideki Tōjō, junto con otros siete militares y políticos, es sentenciado a la horca.
- 1949.1.23 Elecciones de la Cámara Baja. El Partido Liberal de Yoshida logra un triunfo contundente.
- 1949.3.7 Establecimiento de la Línea Dodge: la implementación de políticas de austeridad para alcanzar la autonomía económica a través del comercio internacional.
- 1949.5.7 Yoshida declara su deseo de que el ejército estadounidense se mantenga aun después de la firma de un tratado de paz.
- 1949.5.24 Establecimiento del Ministerio de Comercio Internacional e Industria. La base de la futura “diplomacia económica”.
- 1949.10.1 Establecimiento de la República Popular China.
- 1949.10.25 El Partido Nacionalista Chino controla Taiwán.
- 1949.10.11 En el pleno de la Cámara Alta, el primer ministro Yoshida responde que ante la imposibilidad de una paz general, la opción de una paz unilateral es viable.
- 1949.12.4 El Partido Socialista Japonés anuncia como sus tres principios pacíficos: Un tratado de paz general, la neutralidad en la Guerra Fría y la salida de las bases estadounidenses de Japón.
- 1950.1.19 El Partido Socialista Japonés se divide en dos grupos. El tratado de paz es el punto de disputa.
- 1950.6.25 Inicio de la Guerra de Corea.
- 1950.7.24 El SCAP comienza con la Purga Roja. Junto con el despido de funcionarios de ideología comunistas, se redujo en las empresas el derecho de los sindicatos a opinar sobre política.
- 1950.8.10 Establecimiento de la Reserva Policiaca Nacional. Las futuras Fuerzas de Autodefensa.
- 1951.2.11 El gobierno japonés anuncia que aceptará la presencia de las bases militares después de la firma del Tratado de Paz.

- 1951.3.24 Douglas MacArthur, comandante de las fuerzas de las Naciones Unidas, declara que, en caso necesario, se atacará el territorio chino.
- 1951.4.11 Washington destituye a MacArthur de su puesto.
- 1951.6.20 El SCAP quita los cargos de crímenes de guerra a funcionarios y a políticos conservadores, permitiéndoles participar en la política.
- 1951.9.8 Firma del Tratado de Paz de San Francisco.
- 1951.9.8 Firma del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos.
- 1952.4.28 Entrada en vigor del Tratado de Paz. Fin de la ocupación.

Apéndice II: Bibliografía

HISTORIA GENERAL

- Amemiya, Shōichi, *Senji Sengo Taisei Ron (Los estudios en torno al sistema político antes y después de la guerra)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1997.
- Amemiya, Shōichi, *Senryō to Kaikaku (La ocupación y la reforma)*, Tokio, Iwanami Shinsho, 2008.
- Ara, Takashi, *Nihon Senryō Shi Kenkyū Josetsu (Introducción a los estudios sobre la historia de la Ocupación en Japón)*, Tokio, Kashiwa Shobō, 1994.
- Asai, Yoshio, *Sengo Kaikaku to Minshushugi (La reforma de la posguerra y la democracia)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 2001.
- Buckley, Roger (ed.), *The Post-War Occupation of Japan, 1945-1952: Selected Contemporary Readings, from Pre-surrender to Post-San Francisco Peace Treaty*, Leiden, Global Oriental, 2012 (diez volúmenes).
- Etō, Jun (ed.), *Senryō Shiroku (Documentos históricos sobre la ocupación)*, Tokio, Kōdansha, 1989 (cuatro volúmenes).
- Masumi, Junnosuke, *Nihon Seiji Shi 4: Senryō Kaikaku, Jimintō Shihai (Historia política de Japón: La ocupación y el dominio del Partido Liberal Demócrata)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1998.
- Nakamura, Masanori (ed.), *Senryō to Sengo Kaikaku (La ocupación y la reforma de la posguerra)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 1994.
- Nakamura, Masanori et al. (eds.), *Sengo Nihon: Senryō to Sengo Kaikaku (El Japón de la posguerra: la ocupación y la reforma de la posguerra)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1995 (seis volúmenes).
- Nihon Kokusai Seiji Gakkai (ed.), *Nihon Senryō no Takakuteki Kenkyū (Estudios de la ocupación de Japón visto desde distintas facetas)*, Tokio, Yūhikaku, 1987.

- Rekishigaku Kenkyūkai (ed.), *Nihon Dōji Jidai Shi (Historia contemporánea de Japón)*, Tokio, Aoki Shoten, 1990 (volúmenes 1 y 2).
- Sakamoto, Yoshikazu y Robert E. Ward (eds.), *Nihon Senryō no Kenkyū (Los estudios de la ocupación de Japón)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1987.
- Schaller, Michael, *The American Occupation of Japan: The Origins of the Cold War in Asia*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- Sodei, Rinjirō (ed.), *Sekai Shi no naka no Nihon Senryō (La ocupación de Japón vista desde la historia mundial)*, Tokio, Nihon Hyōron sha, 1985.
- Sodei, Rinjirō y Eiji Takemae (eds.), *Sengo Nihon no Genten (El origen del Japón de la posguerra)*, Tokio, Yūshisha, 1992.
- Takemae, Eiji, *The Allied Occupation of Japan; Inside GHQ*, Nueva York, Continuum, 2003.
- _____, *Senryō Sengo Shi (La historia de la ocupación y la posguerra)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2002.
- Tokyō Daigaku Shakai Kagaku Kenkyū Sho (ed.), *Sengo Kaikaku 1 (La reforma de la posguerra 1)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1974.
- Toyoshita, Narahiko, *Nihon Senryō Kanri Taisei no Seiritsu (El establecimiento del sistema administrativo de la ocupación en Japón)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1992.
- Yoshida, Yutaka (ed.), *Sengo Kaikaku to Gyaku Kōsu (La reforma de la posguerra y el curso regresivo)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 2004.
- Yui, Daizaburō et al. (eds.), *Senryō Kaikaku no Kokusai Hikaku (Comparación internacional de las reformas de la ocupación)*, Tokio, Sanseidō, 1994.

POLÍTICAS DE OCUPACIÓN

- Akdous, Christopher y Akihito Suzuki, *Reforming Public Health in Occupied Japan, 1945-1952: Alien Prescriptions?*, Londres, Routledge, 2012.
- Arima, Tetsuo, *CIA to Sengo Nihon (La CIA y el Japón de la posguerra)*, Tokio, Heibonsha, 2010.
- Caprio, Mark y Yoneyuki Sugita, *Democracy in Occupied Japan: The US Occupation and Japanese Politics and Society*, Nueva York, Routledge, 2007.
- Dower, John *Embracing Defeat*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1999.
- Endō, Kōshi, *Nihon Senryō to Rōshi Kankei Seisaku no Seiritsu (La ocupación*

- de Japón y el establecimiento de las políticas en las relaciones obrero-capital*), Tokio, University of Tokyo Press, 1989.
- Fukunaga, Fumio, *Senryō Ka Chūdō Seiken no Keisei to Hūkai (La formación y destrucción del gobierno centrista bajo la ocupación)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1997.
- Iokibe, Makoto, *Beikoku no Nihon Senryō Seisaku (Las políticas de ocupación de Estados Unidos en Japón)*, Tokio, Chūō Kōron, 1985.
- Iokibe, Makoto, *Senryō: Shushōtachi no Shin Nihon (El periodo de ocupación: El nuevo Japón de los primeros ministros)*, Tokio, Kōdansha, 2007.
- Ishida, Ken, *Haisen Kara Kenpō he (De la derrota a la Constitución)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2009.
- Miwa, Ryōichi, *Nihon Senryō no Keizai Seisaku Shiteki Kenkyū (Los estudios de las políticas económicas de la ocupación de Japón vistas desde un enfoque histórico)*, Tokio, Nihon Keizai Kyōronsha, 2002.
- Miyake, Akimasa, *Reddo Paaaji to ha Nanika (¿Qué fue la Purga Roja?)*, Tokio, 1994.
- Moore, Ray y Donald Robinson, *Partners for Democracy: Crafting the New Japanese State under MacArthur*, Tokio, Oxford University Press, 2004.
- Nakakita, Kōji, *Keizai Fukkōto Sengo Seiji (La recuperación económica y la política de la posguerra)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1998.
- Takemae, Eiji, *Sengo Rōdō Kaikaku (La reforma laboral de la posguerra)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1982.
- Tsutsui, William, *Banking Policy in Japan: American Efforts at Reform during the Occupation*, Londres, Routledge, 2011.

RELACIONES EXTERIORES

- Chen, Zhaobin, *Sengo Nihon no Chūgoku Seisaku (La política del Japón de la posguerra hacia China)*, Tokio, University of Tokyo Press, 2000.
- Chen, Zhaobin, “Shin Hakken no Yoshida Shokan F: Sengo Nicchū Kankei ni okeru “Keizai Yōin” (“El nuevo descubrimiento de la Misiva de Yoshida F: El “factor económico” en las relaciones sino-japonesas de la posguerra”), *Journal of Law and Politics*, enero, 2009.
- Feis, Herbert, *Contest over Japan: The Soviet Bid Power in the Far East 1945-1952*, Nueva York, Norton, 1967.
- Hara, Kimie, “Sanfuranshisuko Heiwa Jōyaku no Mōten: Ajia Taiheiyō

- Chiiki no Reisen to “Sengo Mikaiketsu no Shomondai” (“Los puntos ciegos de los Acuerdos de Paz de San Francisco: La Guerra Fría en la región del Asia Pacífico y los problemas no solucionados de la posguerra”), Hiroshima, Keisuisha, 2005.
- Hosoya, Chihiro, *Sanfurashisuko Kōwa he no Michi (El camino hacia el Tratado de Paz de San Francisco)*, Tokio, Chūō Kōron Sha, 1984.
- Igarashi, Takeshi, *Tainichi Kōwa to Reisen (La paz con Japón y la Guerra Fría)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1986.
- Iriye, Akira, *China and Japan in the Global Setting*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.
- Iokibe, Makoto, *The Diplomatic History of Postwar Japan*, Londres, Routledge, 2010.
- Iokibe, Makoto, Caroline Rose, Tomaru Junko y John Weste (eds.), *Japanese Diplomacy in the 1950s. From Isolation to Integration*, Nueva York, Routledge, 2008.
- Kibata, Yōichi, *Teikoku no Tasogare: Reisen ka no Igrisu to Ajia (Imperio decadente: Inglaterra y Asia bajo la Guerra Fría)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1996.
- Kusunoki, Ayako, *Yoshida Shigeru to Anzen Hoshō Seisaku no Keisei (Shigeru Yoshida y el establecimiento de la política de Seguridad Nacional)*, Kioto, Minerva Shobō, 2009.
- Furukawa, Mantarō, *Nicchū Kankei Sengo Shi (La historia de las relaciones sino-japonesas de la posguerra)*, Tokio, Hara Shobō, 1988.
- Ling, Xiaoguan, “Jianguo Qianhou Zhongguo Gongchandang de dui ri zhengce de xingcheng yu yanbian” (“La formación y cambio de la política del Partido Comunista Chino hacia Japón antes y después de la formación del nuevo país”), *Zhonggong dangshi ziliao*, junio 2006.
- Miura, Yōichi, *Yoshida Shigeru to Sanfuranshisuko Kōwa (Shigeru Yoshida y los Acuerdos de Paz de San Francisco)*, Tokio, Ōtsuki Shoten, 1996.
- Nish, Ian, *The Japanese in War and Peace, 1942-1948*, Folkestone, Global Oriental, 2011.
- Sakamoto, Kazuya, *Nichibei Dōmei no Kizuna (Los lazos fraternales de la alianza estadounidense-japonesa)*, Tokio, Yūhikaku, 2000.
- Tanaka, Akihiko, *Nicchūkankei 1945-1990 (Las relaciones sino-japonesas 1945-1990)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1991.

- Toyoshita, Narahiko, *Anpō Jōyaku no Seiritsu (El establecimiento del Acuerdo de Seguridad Nacional)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1996.
- _____, *Shōwa Tennō to Makkaasaa Kaiken (La reunión entre el emperador Shōwa y MacArthur)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2008.
- Watanabe, Akio y Seigen Miyazato, *Sanfuranshisuko Kōwa (El Tratado de Paz de San Francisco)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1986.
- Wood, James, *The Forgotten Force: The Australian Military Contribution to the Occupation of Japan 1945-1952*, St. Leonards, Allen & Unwin, 1998.
- Yuan, Keqin, *Amerika to Nikka Kōwa: Bei, Nichi, Tai Kankei no Kōzō (Estados Unidos y el Tratado de Taipei: La estructura de las relaciones entre Estados Unidos, Japón y Taiwán)*, Tokio, Kashiwa Shobō, 2001.
- Wang, Weibin, *Chūgoku to Nihon no Gaikō Seisaku: 1950 nendai wo Chūshin ni Mita Kokkō Seijōka he no Prosesu (La política exterior de China y Japón: El proceso de la normalización de las relaciones visto en la década de 1950)*, Kioto, Minerva Shobō, 2004.

LITERATURA Y CULTURA

- Asada, Jirō *et al.* (eds), *Okypaido Japan (Japón ocupado)*, Tokio, Shūeisha, 2012.
- Kitamura, Hiroshi, *Screening Enlightenment: Hollywood and the Cultural Reconstruction of Defeated Japan*, Ithaca, Cornell University Press, 2010.
- Klein, Cristina, *Cold War Orientalism: Asia in the Middlebrow Imagination, 1945-1961*, Berkeley, University of California Press, 2003.
- Kyogoku, Natsuhiko, *The Summer of Ubume*, San Francisco, Haikasoru, 2009.
- Matsuda, Takeshi, *Soft Power and its Perils: US Cultural Policy in Early Post-war Japan and Permanent Dependency*, Stanford, Stanford University Press, 2007.
- Molasky, Michael, *The American Occupation of Japan and Okinawa: Literature and Memory*, Londres, Routledge, 2001.
- Peace, David, *Tokyo Year Zero*, Londres, Faber and Faber, 2007.
- _____, *Occupied City*, Londres, Faber and Faber, 2009.
- Tsuchiya, Yūka, *Shinbei Nihon no Kōchiku: Amerika no Tai Nichi Jōhō Kyōiku Seisaku to Nihon Senryō (La construcción de un Japón pro estadounidense: Las*

políticas de información y de educación hacia Japón y la ocupación de Japón), Tokio, Akashi Shoten, 2009.

HIROSHIMA

Boyer, Paul, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994.

Braw, Monica, *The Atomic Bomb Suppressed: American Censorship in Occupied Japan*, Armonk, Sharpe, 1991.

Hamai, Shinzō, *Genbaku Shichō: Hiroshima to Tomoni Niju Nen (El alcalde de la bomba atómica: Veinte años junto con Hiroshima)*, Tokio, Asahi Shinbunsha, 1967.

Hersey, John, *Hiroshima*, Nueva York, Knopf, 1985.

Hiroshima shi (Ciudad de Hiroshima) (ed.), *Hiroshima Shin Shi (Nueva historia de Hiroshima)*, 13 volúmenes, Hiroshima, Hiroshima shi, 1981-1986.

Hiroshima Shi Eisei Kyoku Genbaku Higai Taisaku Bu (División encargada de las víctimas de la bomba atómica del Departamento de Sanidad de la Ciudad de Hiroshima) (ed.), *Hiroshima Shi Genbaku Higaisha Engo Gyōsei Shi (Historia de la Administración de Asistencia a las víctimas de la Bomba Atómica de Hiroshima)*, Hiroshima, Hiroshima Shi Eisei Kyoku Genbaku Higai Taisaku Bu, 1996.

Hiroshima Shiyaku Sho (Alcaldía de Hiroshima) (ed.), *Shinshū Hiroshima Shi Shi (Nueva historia revisada de la ciudad de Hiroshima)*, siete tomos, Hiroshima, Hiroshima Shiyaku Sho, 1958-1962.

Horiba, Kyōko, *Kinjirareta Genbaku Taiken (Experiencia prohibida de la explosión atómica)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1995.

_____, *Genbaku: Hyōgen to Ken'etsu. Nihonjin ha Dō Taiōshitaka (Bomba Atómica: Expresión y censura. Cómo los japoneses respondieron)*, Tokio, Asahi Shinbunsha, 1995.

Ishimaru, Noriaki, "Hiroshima Shi Heiwa Kinen Toshi Kensetsu Hō no Seitei Katei to Sono Tokushitsu" ("El proceso de promulgación y las características de 'La Ley para la construcción de la Ciudad de la Memoria de la Paz de Hiroshima'"), *Hiroshima Kōbun Shokan Kiyō*, núm. 11, 1988, pp. 1-56.

- Kawaguchi, Yuko, “Exploring a Bridge between Hiroshima and the U.S.: Tanimoto Kiyoshi and His Activities in the Early Postwar Period”, *Nanzan Review*, 32, 2010, pp. 75-90.
- Kondō, Kōko, *Hiroshima, 60 nen no Kioku (Hiroshima, sesenta años de memoria)*, Tokio, Riyonsha, 2005.
- Lindee, Susan, *Suffering Made Real: American Science and the Survivors at Hiroshima*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.
- Shibusawa, Naoko, *America’s Geisha Ally: Reimagining the Japanese Enemy*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- Tanimoto, Kiyoshi, *Hiroshima Genpaku to Amerika Jin: Aru Bokushi no Heiwa Angya (La bomba atómica de Hiroshima y los estadounidenses: El pacifismo itinerante de un pastor)*, Tokio, Nihon Hōsō Shuppan Kyōkai, 1976.
- _____, *Hiroshima no Jūjūka wo Daite (La cruz de Hiroshima en mi pecho)*, Tokio, Kōdansha, 1950.
- Ubuki, Satoru, “Hibaku Taiken to Heiwa Undō” (“La experiencia de exposición a la radiación y los movimientos pacifistas”), Masanori Nakamura *et al.* (eds.), *Sengo Nihon: Senryō to Kaikaku 4 (El Japón de la posguerra: ocupación y reforma 4)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1995.
- Wittner, Lawrence S., *One World or None: A History of the World Nuclear Disarmament Movement through 1953*, Stanford, Stanford University Press, 1993.

El “problema de Okinawa”

Un panorama historiográfico visto desde la perspectiva local, nacional y de la historia diplomática*

Satoko Uechi

El 15 de mayo de 1972, después de 27 años, Estados Unidos cedió la tutela administrativa de Okinawa al gobierno japonés, permitiendo el “regreso” de estas islas a Japón.¹ El año 2012 se celebran justamente los 40 años de este suceso histórico. Sin embargo, todavía siguen prevaleciendo contrariedades. A pesar de que en 1996 hubo un acuerdo entre Washington y Tokio para devolver el Aeropuerto de Futenma, en los hechos no ha habido un avance. No se ha podido lograr un entendimiento en torno al lugar en donde reubicaría un nuevo campo de aviación para las fuerzas militares estadounidenses. El gobierno del Partido Demócrata Japonés (PDJ) encabezado por Yukio Hatoyama (2009-2010), había prometido una solución inmediata, pero éste tuvo una corta duración.

En este sentido, no es exagerado decir que Okinawa sigue siendo el principal problema militar, así como diplomático, preocupante para los gobiernos japonés y estadounidense. Obviamente, también lo sigue siendo para los estudiosos de ambos países. Desde el mismo hecho de que el ejército estadounidense haya mantenido la ocupación militar de Okinawa, aun después de la entrada en vigor del Tratado de Paz de San Francisco, ha

* Traducido del japonés por Isami Romero Hoshino.

¹ El traspaso de la tutela administrativa por parte de Estados Unidos a Japón, suele definirse comúnmente como el “regreso” de Okinawa a Japón, o bien como su “devolución”. Este tipo de conceptualización partió de la idea de que estas islas habían pertenecido desde su origen a Japón. En este sentido, han sido frases más de carácter político que histórico. Dado que el objetivo de este ensayo no es discutir la esencia política del “problema de Okinawa”, la narrativa estará basada en una terminología de uso más cotidiano. Ahora bien, en lo que se refiere a “Japón” o “Hon-do” se ha decidido hacer lo mismo.

resultado un tema interesante. También, los fuertes vínculos que tienen las bases estacionadas ahí con el Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos, así como con la política de Washington hacia el Este de Asia han sido un tema de análisis. Además, no hay que olvidar que en Okinawa, cuya área ocupa tan sólo 0.6 por ciento de la superficie total de Japón, se encuentra 74 por ciento —una cifra citada incesantemente— del aparato militar especializado del ejército estadounidense de todo el archipiélago japonés. Todo lo anterior hace que el “problema de Okinawa” sea un tema de interés general.

En ese ensayo, se emprenderá primero, desde una perspectiva histórica, un resumen general de la situación vivida por estas islas. Posteriormente, se presentará la historiografía del “problema de Okinawa” dentro la política internacional y la historia de las relaciones internacionales, así como otros temas afines.

EL PANORAMA HISTÓRICO DEL “PROBLEMA DE OKINAWA”

Okinawa son unas islas ubicadas en el suroeste del archipiélago japonés, justo entre Hondo² y Taiwán. La prefectura la conforman las islas de Okinawa, Miyakojima, Ishigakijima e Iriomotejima. Su población es de aproximadamente un millón 200 mil habitantes. A mediados del siglo xv se estableció el Reino de Ryūkyū (1492-1879), pero en 1609, aunque mantuvo una organización independiente, después de ser invadido por el feudo de Satsuma tuvo una relación de subordinación tanto hacia la dinastía Qing (1644-1912) como hacia el shogunato Tokugawa (1603-1868). Después de la Restauración Meiji, en 1879, por decisión del gobierno imperial japonés se estableció la prefectura de Okinawa, quedando las islas bajo la jurisdicción de Japón.

² “Hondo” son las tres islas principales del archipiélago japonés: Kyūshū, Honshū y Shikoku. En japonés, se le suele utilizar como un término para distinguir a estas islas del resto, incluidas Okinawa y Hokkaidō. Durante la primera mitad del siglo xx, más que el término Hondo, se había utilizado el de “Naichi”. Después de la guerra, el concepto de Naichi se dejó de utilizar, aunque quedaría como un concepto coloquial. Cabe destacar que Hondo se traduce al inglés como *Mainland Japan*. En castellano no existe una traducción apropiada. Dado que traducir Japón Continental suena un poco absurdo, el traductor ha decidido utilizar el término en japonés. [N. del T.]

En las postrimerías de la Guerra del Pacífico (1941-1945), las fuerzas estadounidenses desembarcaron en la prefectura, desatándose una de las pocas batallas terrestres entre Japón y Estados Unidos, principalmente en la Isla de Okinawa. En la Batalla de Okinawa (marzo a junio de 1945), perecieron cerca de 12 mil soldados estadounidenses, mientras que del lado japonés murieron 94 mil militares y otros 94 mil civiles, casi la cuarta parte de la población de la Isla de Okinawa. A raíz de esta tremenda batalla, la capacidad gubernamental y económica de la parte sureña quedó devastada. Una vez desembarcado, el ejército estadounidense proclamó la jurisdicción política y administrativa de Okinawa. Asimismo, además de arrebatarle al ejército japonés sus bases, estableció nuevas instalaciones militares; a los civiles supervivientes los metió en campos de concentración, comenzando así la ocupación militar. Para finales de junio, el ejército invasor dominó por completo la Isla de Okinawa. Para el 15 de agosto, después de que Japón aceptó la Declaración de Potsdam, estableció un consejo consultivo provisional, en el cual participaron los habitantes, estableciéndose para el día 20 del mismo mes un gobierno autónomo conformado por okinawenses y el Consejo Consultivo de Okinawa.

En el caso de Japón, después de que el 2 de septiembre se firmó la rendición, comenzó la ocupación indirecta del Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP), pero en el caso de Okinawa la ocupación fue directa y dirigida por el ejército estadounidense. Y para el 29 de enero de 1946, el SCAP publicó el *Governmental and Administrative Separation of Certain Outlying Areas from Japan* (SCAPIN-677); en este documento se estipuló de manera oficial que la región al sur del paralelo 30, es decir, las Islas de Ryūkyū (incluido Amami), serían separadas de Japón. En enero de 1947, el gobierno militar de las islas quedó bajo el mando del general Douglas MacArthur, cabeza del SCAP, pero la administración del Japón ocupado y Okinawa, así como la región al sur del paralelo 29 (el 22 de marzo de 1946 se cambió al paralelo 30) fueron totalmente diferentes.

Con la firma del Tratado de Paz de San Francisco, acaecido en septiembre de 1951, Japón volvió a ser un país independiente, pero de acuerdo con el artículo tercero del mismo documento, tanto la posición de Okinawa como de las islas de Ogasawara (ubicadas a mil kilómetros de Tokio) quedaron de la siguiente manera:

Japón dará su aprobación a cualquier proposición que presente Estados Unidos a las Naciones Unidas para colocar bajo el régimen de administración fiduciaria y designar a Estados Unidos como única autoridad encargada de dicha administración, a Nansei Shotō al sur de los 29° de latitud norte (inclusive las islas Ryūkyū y las islas Daitō), a Nanpō Shotō, al sur de Sofu Gan (inclusive las islas Bonin, la isla del Rosario y las islas Volcano) la isla de Parece Vela y la islas de Marcus. Mientras se presenta y aprueba esta proposición, Estados Unidos tendrá el derecho de ejercer todas y cada una de las facultades de administración, legislación y jurisdicción sobre el territorio y los habitantes de estas islas, incluidos sus aguas territoriales.

Por lo que toca a la soberanía japonesa de Okinawa, no obstante, en la parte inicial de las Conferencias de Paz se utilizó el término “soberanía residual”. Con base en los puntos estipulados en el artículo tercero del Tratado de Paz de San Francisco y esta idea de la “soberanía residual”, aún después de que en abril de 1952 entrara en vigor el Tratado, el ejército estadounidense siguió controlando de manera provisional los destinos políticos de Okinawa. Cabe señalar que desde mediados de la década de los cuarenta hasta la primera mitad de la de los cincuenta, debido en parte a la Guerra de Corea (1950-1953), se construyeron y ampliaron numerosas bases estadounidenses. El gobierno militar de Okinawa permitió a este ejército utilizar libremente las bases, ya que esta zona no estaba limitada por las restricciones del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos firmado en 1951.

Para enero de 1954, el presidente Dwight Eisenhower (1953-1961) declaró en su discurso en el Congreso que Okinawa quedaría bajo jurisdicción estadounidense de manera indefinida. Sin embargo, en junio de 1956, los okinawenses comenzaron una masiva manifestación en contra de la apropiación de tierras para la construcción de bases militares, surgiendo un gran movimiento de resistencia por parte del sector dominado. Aun después de la solución de la apropiación de tierras, el movimiento de protesta siguió mostrando su insatisfacción hacia el dominio del gobierno militar estadounidense, el cual controlaba por completo los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. A partir de la década de los sesenta, comenzaron a aparecer movimientos bien organizados, cuya petición central era el regreso de Okinawa a Japón. Por su parte, entre los gobiernos japonés y estadouniden-

se ya habían comenzado las negociaciones, y en 1957, en un comunicado conjunto, se hizo explícita la “soberanía residual” de Japón; aceptándose también la petición japonesa de que Okinawa regresara a la jurisdicción de Tokio. Sin embargo, justo cuando esto sucedía, en septiembre de 1958, el dólar se volvería la moneda oficial de Okinawa, y bajo la premisa de seguir ocupando estas islas, Estados Unidos lanzó nuevas políticas.

A principios de la década de los sesenta, no obstante, Washington aceptó parcialmente que el gobierno japonés ayudara económicamente a Okinawa, y el presidente John F. Kennedy (1961-1963) anunció una nueva política hacia la isla, declarando que “Ryūkyū era una parte del Hondo”. Todo indicaba que el control político del ejército estadounidense mostraba un cambio paulatino. Por su parte, Japón buscó también establecer un cambio. Eisaku Satō, quien en noviembre de 1964 había establecido como el objetivo principal de su gobierno el regreso de Okinawa, tomó posesión como primer ministro (1964-1972). En el comunicado conjunto de enero de 1965, anunciado por Satō y Lyndon Johnson (1963-1969), ambos mandatarios manifestaron textualmente que se regresarían lo antes posible las islas de Ryūkyū y Ogasawara a Japón. En agosto del mismo año, el primer ministro japonés visitó Okinawa y dijo que “mientras Okinawa no regrese a nuestra patria, la ‘posguerra’ no habrá terminado en nuestro país”. Lo anterior mostraba que el gobierno japonés buscaba con interés recuperar la jurisdicción de estas islas.

Después del comunicado conjunto de noviembre de 1967, ambos gobiernos acordaron que a más tardar, “en los siguientes tres años” se establecería la fecha en la que se cedería la jurisdicción de Okinawa. En ese momento, las negociaciones entre Japón y Estados Unidos giraron principalmente en torno a la fecha del regreso de las islas, pero también otros temas importantes fueron la continuidad o abandono de los misiles nucleares existentes y la posición de las bases de Okinawa después del regreso, así como su uso libre cuando lo dispusiera Estados Unidos (la necesidad de establecer una junta consultiva previa o no con el gobierno japonés en el momento de emprender un ataque). Las negociaciones se empalmaron con la prolongación de la Guerra de Vietnam (1960-1975), y encontraron considerable presión interna tanto de Okinawa como de Japón por el “regreso” de las islas. Finalmente, en noviembre de 1969, Eisaku Satō y el

presidente Richard Nixon (1969-1974) se reunieron, logrando un acuerdo histórico. El año de regreso sería 1972, los misiles nucleares serían eliminados y se mantendría el estatus de Okinawa bajo las reglas del Hondo. Una vez que en junio de 1971 se firmaron los Acuerdos de Regreso, en mayo de 1972 la jurisdicción de Okinawa volvería a manos de Japón.

Sin embargo, el regreso de Okinawa resultó un acontecimiento político que heredó los problemas no resueltos durante la ocupación estadounidense. En primer lugar, desde antes del regreso, en la Dieta japonesa se había estimado la existencia de una “promesa oculta” durante las negociaciones de ambos gobiernos. Los diputados de oposición señalaron que el gobierno japonés había acordado con Washington que, en caso de emergencia, se podrían meter de nuevo los misiles nucleares, o bien que Estados Unidos podría dar dinero a Japón para recuperar el estatus prevaleciente desde 1945. En términos de política local, el regreso a Japón trajo cambios en la vida de los okinawenses, pero la situación en torno a las bases establecidas en las islas no había cambiado. Este tipo de voces de preocupación cobraron fuerza cuando en 1979 se hicieron públicos unos documentos resguardados en los Archivos Nacionales de Estados Unidos. Entre ellos estaba el “Mensaje del Emperador”, enviado en la época de ocupación, el cual señalaba el deseo del monarca de que se arrendara por un largo tiempo Okinawa a Estados Unidos. Este documento tendría un efecto político y diplomático sobre el debate en torno al proceso de la larga permanencia del ejército estadounidense en Okinawa.

Después del fin de la Guerra Fría, la situación de las bases estadounidenses de Okinawa dio un nuevo giro. En 1995, Estados Unidos hizo público el documento llamado *United States Security Strategy for the East Asia-Pacific Region*, conocido comúnmente como el “Informe Nye”, cuyo contenido señalaba que Washington mantendría en el futuro en Japón y la República de Corea, incluido el espacio marítimo, cien mil efectivos militares, por lo que resultaba necesario mantener las bases de Okinawa. Ante esta situación, el entonces gobernador Masahide Ōta criticó el informe y se negó a firmar un acuerdo militar, rehuyendo su función de autoridad delegada del Estado japonés. Era la primera vez que un gobernador de Okinawa hacía algo similar. Aunado a lo anterior, en septiembre del mismo año, una niña fue violada por marines estadounidenses, lo cual provocó una

manifestación masiva. Ante esta situación, en abril de 1996, el primer ministro Ryūtarō Hashimoto (1996-1998) y el embajador estadounidense Walter Mondale anunciaron un acuerdo en el cual se le regresaría a Okinawa el Aeropuerto de Futenma, aunque el lugar elegido para la nueva base aérea sería la parte norte de la Isla de Okinawa, lo cual trajo de nuevo una movi- lización. Este problema no se ha solucionado hasta la fecha y no se ve para cuándo se pueda resolver.

Considerando el panorama histórico del “problema de Okinawa”, en lo que resta de este ensayo pondré énfasis en los años 1972 y 1995. Y aunque es una periodización un poco anormal, se dividirá la historiografía en cinco partes: 1) De 1945 hasta el final de la década de los cincuenta, 2) de la década de los sesenta hasta 1972, 3) de 1972 hasta la década de los ochenta, 4) de la década de los ochenta hasta 1995 y 5) de 1995 hasta la fecha.

LOS ESTUDIOS SOBRE EL “PROBLEMA DE OKINAWA”: DE 1945 A LA FECHA

De 1945 al final de la década de los cincuenta

Después de la batalla terrestre, Okinawa quedaría controlada de manera unitaria y directa por el ejército estadounidense. Estados Unidos restringió la libertad de tránsito de personas y de vehículos. Lo anterior provocó que, por un largo periodo, la situación okinawense no fuera tomada con interés en Japón. Ahí, a diferencia de en Okinawa, después de la derrota la ocupación de las Fuerzas Aliadas fue indirecta, y con las negociaciones de paz se logró transitar hacia una independencia en la posguerra. El interés japonés hacia Okinawa aumentó a partir de enero de 1955, fecha en que el periódico *Asahi* comenzó a publicar diversas notas sobre el rechazo de los oki- nawenses a la expropiación fortuita de sus tierras. Y como un reflejo de esa situación, de 1945 hasta mediados de la década de los cincuenta, salvo por unas cuantas pesquisas, en dicho periódico no existieron investigaciones sobre Okinawa en las especialidades de la historia política, la historia diplo- mática y otras afines.

Dentro de ese reducido universo, sobresale sin duda *La situación de Okinawa*, libro editado por la Sociedad Japonesa de Derecho Internacional

en febrero de 1955.³ Esta colección de textos fue presentada en un simposio organizado por dicha sociedad en octubre de 1954, y aunque no tenían una conexión directa con las notas del periódico *Asahi* mencionadas con anterioridad, fue reeditado en una editorial de prestigio en junio de 1955, junto con un prefacio cuyo contenido resaltaba el creciente interés de Japón por Okinawa. Este libro presentaba una colección de cuatro artículos, que analizaban la situación prevaleciente en Okinawa durante esos años desde el punto de vista de la historia diplomática, el derecho internacional, el derecho internacional privado y la economía internacional. Su principal interés, sin embargo, era analizar la interpretación de la “soberanía residual” japonesa, así como la relación de Okinawa con el artículo tercero del Tratado de Paz. También había un interés por la relación de Okinawa con el concepto tradicional de Estado-nación; la idea de los derechos territoriales; el concepto general de jurisdicción en términos comparados; la situación de los okinawenses vista desde el derecho internacional y su resguardo diplomático, y los márgenes de maniobra reales que tenían los gobiernos de Japón y Estados Unidos. Los colaboradores eran juristas que trabajaban en universidades de Hondo, pero también se publicó un pequeño ensayo de la Universidad de Ryūkyū titulado “La situación de Okinawa vista desde el derecho internacional”.

Por lo que respecta a las investigaciones escritas en inglés, durante este periodo destaca *Okinawa: The History of an Island People* de George H. Kerr, publicado en 1958.⁴ Kerr era un estadounidense experto en Taiwán, pero se involucró de lleno en Okinawa. Estableció con el Buró de Ciencias para el Pacífico del Consejo de Investigación Nacional (National Research Council) una serie de proyecto sobre las islas de Ryūkyū, los cuales serían conocidos como *SIRI Series*. El Departamento de la Armada los autorizó y el programa Gobierno y Socorro en las Regiones Ocupadas (GARIOA, por sus siglas en inglés) ofreció fondos para subsidiarlos.

Después, en 1952, el gobierno civil estadounidense de Ryūkyū (Civil Administrator for the Ryukyu Island) pidió al Buró de Ciencia para el Pacífico un estudio complementario. Kerr participó en este proyecto y se

³ Kokusaiho Gakkai (ed.), *Okinawa no Chii (La posición de Okinawa)*, Tokio, Kokusaiho Gakkai, 1955.

⁴ George H. Kerr, *Okinawa: The History of an Island People*, Tokio, C.E. Tuttle, 1958.

encargó de escribir la historia de Okinawa. Para 1953, mandó el resultado de la investigación al gobernador administrativo, titulado “Ryukyu: Kingdom and Province before 1945”; con base en este material reescribiría su libro. La parte medular de este texto analizaba la historia desde la prehistoria hasta 1945, justo cuando culmina la Guerra del Pacífico, pero en la parte introductoria añadió una explicación sobre la situación de las islas desde la Declaración del Cairo de 1943 hasta mediados de la década de los cincuenta, narrando en qué situación se encontraba Okinawa después de la guerra. No fue sino hasta el año 2000 cuando se reimprimieron más ejemplares después de esta primera edición.

De la década de los sesenta a 1972

Con respecto a los estudios más importantes de la década de los sesenta, vale la pena presentar los libros escritos por dos investigadores de origen okinawense. El primero es *Politics and Parties in Postwar Okinawa* publicado por la Universidad de Columbia Británica. Su autor, Mikio Higa, había obtenido su maestría en la Universidad de California.⁵ Este libro analizó por primera vez la forma en la que Estados Unidos había administrado Okinawa y su relación con la política local, examinando su desarrollo y su funcionamiento. Era la primera vez que se hacía una investigación desde esta perspectiva. La versión original escrita en inglés abarcaba solamente hasta 1962, pero en el capítulo introductorio de la versión japonesa se mencionó hasta la reunión de Satō y Johnson de enero de 1965, señalando el avance político que había existido dentro de Okinawa.⁶ Como era complicado recabar fuentes primarias por las circunstancias de la época, el autor utilizó los documentos editados por el gobierno de Ryūkyū y las juntas locales de Okinawa, así como los textos de los grupos promotores del regreso de las islas a la jurisdicción japonesa. Asimismo, empleó la información de revistas, las memorias de las personas relacionadas con el gobierno y los partidos. En este sentido, fue una investigación desde la ciencia política,

⁵ Mikio Higa, *Politics and Parties in Postwar Okinawa*, Vancouver, Publications Centre, University of British Columbia, 1963.

⁶ Mikio Higa, *Okinawa: Seitō to Seiji (Okinawa: los partidos políticos y la política)*, Tokio, Chōū Shinsho, 1965.

cuyo caso de análisis fue el movimiento de los partidos políticos locales, lo que abrió importantes puertas para los futuros estudios sobre el “problema de Okinawa”.

El segundo libro es *El reinado político estadounidense de Okinawa* escrito por Seigen Miyazato en 1966.⁷ Aquí el autor se propuso analizar el control estadounidense de Okinawa desde el punto de vista de la política asiática de Washington. También, de manera paralela, hizo una narración detallada de las particularidades del control político de Estados Unidos y de las reacciones de los okinawenses. Miyazato, quien obtuvo su doctorado en la Universidad Estatal de Ohio, consideraba que la diplomacia estadounidense estaba basada en una supremacía moral total y por consiguiente trató a Okinawa con un “mesianismo” paternalista. Debido a esta visión, consideraba que de 1949 hasta la mitad de la década de los sesenta, la política del ejército estadounidense había mostrado una naturaleza reaccionaria y una flexibilidad según las circunstancias. Aunque en esa época era difícil obtener fuentes primarias del ejército, su estudio analizó las transcripciones públicas del Congreso, los reportes enviados al Senado y a la Cámara de Representantes, y los documentos publicados por el gobierno civil estadounidense de Okinawa. También emprendió una revisión exhaustiva de los periódicos y las publicaciones periódicas okinawenses.

Ahora bien, en los mismos años hubo otros trabajos nuevos. El primero fue el libro de Akio Watanabe, *La política y diplomacia del Japón de la posguerra: el proceso político en torno a Okinawa* publicado en 1970.⁸ En este libro el autor analizó el caso de Okinawa como un tema de las tensiones y arreglos de las relaciones bilaterales nipo-estadounidenses, y examinó esta problemática hasta la reunión de Satō y Nixon realizada en noviembre de 1969. En la primera parte, titulada “El análisis histórico”, ofrece una narración cronológica del “problema de Okinawa” y en la parte dedicada al “análisis del proceso político”, un análisis de diversos actores comenzando por el gobierno japonés, pero también de los partidos políticos, la Dieta, las organizacio-

⁷ Seigen Miyazato, *Amerika no Okinawa Tōji (El reinado político estadounidense de Okinawa)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1966.

⁸ Akio Watanabe, *Sengo Nihon no Seiji to Gaikō: Okinawa wo Meguru Seiji Katei (La política y diplomacia del Japón de la posguerra: el proceso político en torno a Okinawa)*, Tokio, Fukumura Shuppan, 1970.

nes civiles, la prensa y la opinión pública. Era la primera investigación que analizaba de manera comprensiva este problema desde el punto de vista japonés. Cabe señalar que esta investigación fue originalmente la tesis doctoral presentada por Watanabe en la Universidad de Melbourne, cuyo título en inglés era: *The Okinawa Problem: A Chapter in US-Japan Relations*.

Finalmente, quisiera señalar dos libros publicados por Yoshio Nakano y Moriteru Arasaki: *Veinte años del problema de Okinawa*⁹ y *Okinawa: antes y después de 1970*.¹⁰ Nakano era un especialista en literatura estadounidense e inglesa y había participado estrechamente con los movimientos que buscaban el regreso de Okinawa, mientras que Arasaki era un investigador nacido en Tokio pero de padres okinawenses. En la primera obra, *Veinte años del problema de Okinawa*, mostraron un claro apoyo hacia el movimiento que fomentaba el “regreso a la madre patria” de Okinawa y su objetivo principal era resumir la situación prevaleciente en Okinawa a los japoneses del Hondo. En este sentido, es difícil valorarla como una investigación académica, pero sí logró concientizar al lado japonés sobre la situación vivida en Okinawa, mucho antes de que comenzara la agenda diplomática entre Japón y Estados Unidos para considerar el regreso de las islas. En el caso de *Okinawa: antes y después de 1970*, el libro trata sobre los cinco años posteriores a 1965, cuando estaban materializándose las negociaciones entre Japón y Estados Unidos. El texto advertía que no había que cantar victoria con la decisión final del regreso de las islas acordado para 1972; el “problema de Okinawa” no había terminado. Asimismo, fue una obra importante, ya que ponía relieve la mentalidad contraria al regreso en una época cuya dirección era el regreso.

De 1972 a la década de 1980

Después del regreso de Okinawa a Japón, la investigación que acaparó más la atención fue *La política y las leyes de Okinawa en la posguerra 1945-1972*,

⁹ Yoshio Nakano y Moriteru Arasaki, *Okinawa Mondai Nijūnen (Veinte años del problema de Okinawa)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1965.

¹⁰ Yoshio Nakano y Moriteru Arasaki, *Okinawa: 70 nen Zengo (Okinawa: antes y después de 1970)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1970.

libro editado por Seigen Miyazato.¹¹ El volumen reunía el proyecto conjunto emprendido por catorce profesores de la Universidad de Ryūkyū. Su contenido era amplio, pues abarcaba distintas temáticas, como la política estadounidense hacia Okinawa, la pauta política de sus habitantes, el movimiento a favor del regreso y los partidos políticos okinawenses. Asimismo, como lo indicaba su título, buscaba poner en claro el sistema legal de Okinawa durante la ocupación. Dentro de este tema abarcó la transformación y características de las leyes orgánicas de la tutela política de Okinawa; el derecho internacional y Okinawa vistos desde la perspectiva de la ocupación militar; las leyes laborales y el movimiento obrero; los ajustes en el sistema económico y en la tenencia de la tierra, así como sus posteriores transformaciones; los cambios de las leyes familiares; el sistema de registro civil y sus problemas, y estudios de caso relacionados estrechamente con la forma de vida de los habitantes vistos desde el ámbito de la política internacional. En Okinawa, el gobierno civil estadounidense y sus altos funcionarios habían controlado siempre las riendas de las instituciones ejecutivas y legislativas del gobierno, así como el parlamento okinawense. Así, al haber concentrado su análisis en el sistema de registro, que estaba intrínsecamente ligado con el tema de la nacionalidad y las leyes relacionadas con las bases estadounidenses (que mostraban la lógica de los militares de la ocupación), este estudio fue de suma importancia. La motivación de editar este libro había sido, naturalmente, el regreso de Okinawa acaecido en 1972. Sin embargo, Miyazato, su editor, señaló que entre los miembros participantes en el proyecto había una concientización compartida de la importancia de que, ante el retorno de Okinawa a la jurisdicción japonesa, era posible ahora recabar información documental sobre la política estadounidense hacia las islas.¹²

Junto a este libro, hubo otra investigación importante publicada en 1975: *El proceso político de las negociaciones en torno al regreso de Okinawa*. Era un dossier publicado en el número 52 de *Kokusai Seiji* (la revista de la Asociación Japonesa de Relaciones Internacionales).¹³ Esta colección de

¹¹ Seigen Miyazato (ed.), *Sengo Okinawa no Seiji to Hō 1945 nen-1975 nen (La política y las leyes de Okinawa en la posguerra 1945-1972)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1975.

¹² *Ibid.*, i-ii.

¹³ Nihon Kokusa Seiji Gakkai, *Kokusai Seiji*, núm. 52, 1975.

textos concentraba su análisis en la segunda mitad de la década de los sesenta, cuando las instituciones gubernamentales de Japón y Estados Unidos habían comenzado a buscar una solución para el regreso de Okinawa. En particular, ponía como eje del análisis los procesos de decisión política tanto de Japón como de Estados Unidos. Con estos dos ejes emprendió una ponderación de distintos temas: el movimiento pro regreso a Japón en tierras okinawenses; la lucha contra el uso de las bases militares; las políticas hacia Okinawa emprendidas por el gobierno civil estadounidense, y la importante influencia que tuvo el grupo civil denominado “Asamblea sobre el problema de Okinawa” en el proceso de toma de decisión del gobierno japonés. Aquí se analizó el juego emprendido entre Japón y Estados Unidos, los dos actores más importantes (o bien un juego de tres actores: Okinawa, Hondo y Estados Unidos) en el proceso de regreso, así como la asimetría del mecanismo de la toma de decisiones. Cabe resaltar que fue la primera vez que se utilizaron conceptos y modelos de la teoría de relaciones internacionales para analizar el proceso de negociación del regreso.

Ahora bien, una crítica hacia este enfoque basado en la teoría de relaciones internacionales fue el libro de Moriteru Arasaki, *La historia de la posguerra en Okinawa*, cuyo eje temático es el análisis del proceso de regreso enfocándose en la “política hacia Okinawa de los gobiernos japonés y estadounidense” y la “lucha del pueblo okinawense”.¹⁴ Araki señaló que su principal motivación para emprender un resumen intermedio de la historia de la posguerra okinawense era que el análisis de los estudiosos de la década de los sesenta había mostrado problemas. Había un desfase entre su supuesta visión objetiva y sus señalamientos sobre la realidad de los movimientos de masas desarrollados en el mismo periodo.¹⁵ En el mismo libro, uno de los temas abordados por Arasaki fue examinar el pensamiento político sobre la idea del regreso del Okinawa de la posguerra a Japón. Por tal motivo, una de las características de su investigación fue basar su análisis en fuentes primarias, en particular los diarios locales y los documentos oficiales de los movimientos de masa para indagar los cambios ocurridos den-

¹⁴ Moriteru Arasaki, *Okinawa Sengoshi (La historia de la posguerra en Okinawa)*, Tokio, Nihon Hy ronsha, 1976.

¹⁵ *Ibid.*, p. 2.

tro de Okinawa. Por otro lado, en el libro escrito en conjunto con Yoshio Nakano, *La historia del Okinawa de la posguerra*,¹⁶ publicado en el mismo año, aunque el título hacía hincapié en el periodo histórico de análisis, describió con énfasis los hechos políticos y sociales de la ocupación del ejército estadounidense, por ello resultó un excelente texto introductorio sobre la historia de la posguerra en Okinawa.

Ahora bien, para 1979, siete años después del regreso de Okinawa a Japón, Eiichi Shindō publicó en la revista *Sekai* el ensayo titulado “Territorios separados: Okinawa, Chishima y el Tratado de Seguridad”.¹⁷ Aquí el autor presentó nuevas fuentes sobre cómo había sido el plan de la “división” antes del Tratado Paz de San Francisco. Era el documento conocido como el “Mensaje del Emperador”. El contexto histórico por el cual el politólogo japonés Shindō había encontrado los telegramas en los Archivos Nacionales de Estados Unidos, fue que a partir de la década de los setenta se habían popularizado, en los estudios sobre el periodo de ocupación en Japón, el uso de las fuentes oficiales desclasificadas por Estados Unidos. En el mismo telegrama fechado en septiembre de 1947, Hidenari Terasaiki, un funcionario de la Agencia de la Casa Imperial, le había comunicado a William Sebald, consejero político del SCAP, el siguiente deseo del emperador: “La ocupación militar de Okinawa (y de otras islas solicitadas) por parte de Estados Unidos, tiene que ser hecha siempre y cuando se mantenga la soberanía japonesa de las mismas, en ese sentido tiene que estar basada en la idea ficticia de un préstamo de largo plazo de 25 años y que no supere los 50”.¹⁸

La existencia de este mensaje, su interpretación y su efecto sobre el proceso de toma de decisiones de Estados Unidos, como se ha señalado, conllevaría la crítica posterior hacia el papel diplomático de emperador “ceremonial”, y al mismo tiempo a poner el “problema de Okinawa” como uno de los temas de debate después del Tratado de Paz de San Francisco,

¹⁶ Moriteru Arasaki y Yoshio Nakano, *Okinawa Sengoshi* [La historia de la posguerra en Okinawa], Tokio, Iwanami Shoten, 1976.

¹⁷ Eiichi Shindō, “Bunkatsusareta Ryōdō: Okinawa, Chishima, soshite Anpo” (“Territorios separados: Okinawa, Chishima y el Tratado de Seguridad”), *Sekai*, abril de 1979.

¹⁸ Eiichi Shindō, “Bunkatsusareta Ryōdō: Mōhitotsuno Sengoshi” (“Territorios separados: la otra historia de la posguerra”), Tokio, Iwanami Shoten, 200.

que se mantendría aun después del regreso a jurisdicción japonesa. Cabe destacar que Seigen Miyazato escribió el ensayo “Hacia una revaloración del Mensaje del Emperador”, publicado en el número de octubre de *Sekai* del mismo año, con el fin de resaltar la responsabilidad de las autoridades japonesas en la dolorosa situación experimentada por Okinawa.¹⁹

De la década de los ochenta a 1995

Una de las investigaciones más importantes de la década de los ochenta fue *El proceso de toma de decisiones de la política exterior de Estados Unidos: Vietnam, Okinawa* escrito por Seigen Miyazato.²⁰ En esta investigación, el autor dejó a un lado las conceptualizaciones paternalistas mostradas en sus estudios anteriores y las sustituyó por los modelos de toma de decisiones planteados por Graham T. Allison: el modelo del actor racional, el modelo del proceso organizativo y el modelo de la política gubernamental. Por medio de este enfoque realizó un análisis del proceso de la toma de decisiones de la política exterior estadounidenses hacia Vietnam y Okinawa. Junto con el cambio conceptual, añadió un análisis del periodo de ocupación y lo extendió hasta la situación prevaleciente en Okinawa después del regreso, logrando de este modo establecer, desde una nueva perspectiva, la nueva estrategia estadounidense en la década de los ochenta, así como las relaciones entre los dos países en torno a la seguridad nacional.

Ahora bien, quisiera señalar dos investigaciones emprendidas en la década de los ochenta, cuyo análisis se alejó de la historia de las relaciones nipo-estadounidenses. El primero fue *La imagen del pensamiento de la Okinawa de la posguerra* publicado en 1987.²¹ El libro escrito por Masano Kanō, una autoridad tanto de la historia como del pensamiento del Japón moderno, reúne cinco ensayos del autor que muestran insatisfacción hacia la idea prevaleciente en el Hondo, de que el “problema de Okinawa” se

¹⁹ Seigen Miyazato, “Tennō Messeji Sairon” (“Hacia una revaloración del Mensaje del Emperador”), *Sekai*, octubre de 1979.

²⁰ Seigen Miyazato, *Amerika no Taigai Seisaku Kettei Katei: Betonamu, Okinawa (El proceso de toma de decisiones de la política exterior de Estados Unidos: Vietnam, Okinawa)*, Tokio, San’ichi Shobō, 1981.

²¹ Masano Kanō, *Sengo Okinawa no Shisōzō (La imagen del pensamiento de la Okinawa de la posguerra)*, Tokio, Asahi Shinbunsha, 1987.

había “terminado” después de 1972. Asimismo, su análisis partía de la premisa de que la historia de la posguerra japonesa había sido una especialidad exclusiva de la historia de Hondo. De este modo, no analizaba la historia diplomática ni la de los movimientos; se concentraba en las experiencias personales, o bien de pequeño grupos, manteniendo al mismo tiempo un análisis de la ocupación de Okinawa y Japón, así como su relación con el ejército estadounidense, desde una perspectiva de la historia de las ideas.

La segunda investigación relevante es *Uchinanchu: A History of Okinawans in Hawaii*, libro publicado por la Universidad de Hawai, que formó parte del Ethnic Studies Oral History Project de la misma institución educativa.²² Como podemos constatar, la mayoría de los estudios sobre el “problema de Okinawa” presentados hasta aquí, habían sido perspectivas de dos polos opuestos: Estados Unidos o Japón (o bien, tres polos que incluyen a Okinawa). Sin embargo, si consideramos que desde antes de la Segunda Guerra Mundial hasta el periodo de ocupación del ejército estadounidense, una de las características constantes había sido la tendencia “migratoria”, y que había habido una participación importante de oficiales estadounidenses de origen okinawense de segunda generación, nacidos en Hawai tanto en la Batalla de Okinawa como en la posterior ocupación, la historia se volvía aún más compleja. Al analizar cómo la comunidad okinawense más grande en el extranjero veía el regreso de Okinawa a la soberanía japonesa era un enfoque innovador para analizar este acto político.

A partir de la década de los noventa, comenzaron a surgir investigaciones que comparaban las ocupaciones de la posguerra de Okinawa y de Japón. Un ejemplo es el capítulo “El establecimiento de sistema de ocupación” del libro *Historia de la ocupación de la posguerra* (1992), el cual recopilaba varios ensayos escritos por Eiji Takemae sobre el control político indirecto del SCAP; este autor consideraba que el control político directo del ejército estadounidense en Okinawa había sido causado por una nueva concientización por parte de Estados Unidos sobre la importancia estraté-

²² Ethnic Studies Oral History Project, *Uchinanchu: A History of Okinawans in Hawaii*, Honolulu: Ethnic Studies Program, University of Hawaii Press, 1981.

gica de estas islas, pero al mismo tiempo trataría de explicarlo desde la sexualidad y el sentimiento de confrontación existente dentro del ejército estadounidense, en particular entre la Marina y la Armada.²³

Asimismo, en el libro *Simposio conmemorativo del vigésimo aniversario del regreso de Okinawa: de la ocupación de Okinawa hacia el futuro*, de 1993, recopilado por Etsujirō Miyagi,²⁴ había una presentación de Akira Amakawa, quien desde la perspectiva de las leyes de autonomía, analizó las diferencias de la ocupación de Hondo y de Okinawa, así como su relación interdependiente. Relacionado con este tema, el mismo Amakawa en su artículo “La ocupación de Hondo y la ocupación de Okinawa”, publicado en 1993, analizó con detenimiento las reformas institucionales de la Okinawa de la posguerra, resumiendo en tres fases este proceso: la “reconstrucción” institucional basada en la estructura del Japón de la preguerra, la “reforma” institucional basada en las que se hicieron previamente en Hondo y la “construcción de un nuevo organismo central llamado el Gobierno de Ryūkyū.”²⁵

Una investigación que analizaba el “problema de Okinawa” desde el punto de vista las relaciones nipo-estadounidenses de la posguerra fue *La política y la diplomacia en torno al regreso de Okinawa*, escrito por Yasuko Kōno, el cual es sin duda hasta ahora uno de los más importantes.²⁶ En este libro, la autora puso en claro dos puntos: primero, en lo que se refiere a la interpretación tradicional que analizaba el control político de Okinawa bajo la óptica de una estrategia de la Guerra Fría, señaló que existía una tensión y ajustes dentro del gobierno estadounidense, en particular entre el Departamento de Estado y la cúpula militar, sobre cómo llevar la batuta del control político. Segundo, hasta ese momento se había considerado que

²³ Eiji Takemae, *Senryō Sengo Shi (La historia de la ocupación de la posguerra)*, Tokio, Iwanami Shoten, 1992.

²⁴ Etsujirō Miyagi (ed.), *Fukki 20 Shūnen Kinen Shinpojiumu: Okinawa Senryō Mirai he Mukete (Simposio conmemorativo del vigésimo aniversario del regreso de Okinawa: de la ocupación de Okinawa hacia el futuro)*, Naha, Hirugisha, 1993.

²⁵ Akira Amakawa “Nihon Hondo no Senryō to Okinawa no Senryō” (“La ocupación de las “tierras continentales” de Japón y la ocupación de Okinawa”), *Yokohama Law Review*, 1 (1993), pp. 37-65.

²⁶ Yasuko Kōno, *Okinawa Henkan wo Meguru Seiji to Gaikō (La política y la diplomacia en torno al regreso de Okinawa)*, Tokio, University of Tokyo Press, 1994.

el gobierno japonés era un actor cuya conducta había sido pasiva frente al regreso o a la devolución de Okinawa, pero la autora mostró que, cuando construyó las relaciones de cooperación con Estados Unidos, Tokio había pedido por sí solo una visión futura de Okinawa, tratando de buscar una diplomacia autónoma. Aunado a lo anterior, también analizó con gran rigor las relaciones entre el Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos y su continuidad con el “problema de Okinawa”.

Por lo que toca al periodo analizado, examinó desde los eventos anteriores a la firma del Tratado de Paz de San Francisco hasta los gobiernos posteriores a Yoshida. Su análisis del regreso de Okinawa, acaecido en el gobierno de Satō, y el periodo de ocupación era comprehensivo. La autora utilizó una gama amplia de fuentes primarias: archivos históricos de Estados Unidos, archivos de la Universidad de Ryūkyū, documentos desclasificados por el gobierno estadounidense, así como entrevistas a funcionarios del gobierno de Ryūkyū, el Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Oficina del Primer Ministro.

DE 1995 A LA FECHA

En septiembre de 1995, militares estadounidenses violaron a una niña japonesa en Okinawa. Posteriormente, el gobernador de la región, Masahide Ōta, se negó a firmar un acuerdo militar, rehuyendo su función de autoridad delegada del Estado japonés. Finalmente, en abril de 1996, el primer ministro Hashimoto y el embajador estadounidense en Japón, Mondale, acordaron el regreso del Aeropuerto de Futenma. Estos acontecimientos, ocurridos a mediados de la década de los noventa, atrajeron de nuevo atención sobre Okinawa, tanto dentro como fuera de Japón. Un claro ejemplo fue el libro *Okinawa: Cold War Island* editado por Chalmers Johnson.²⁷ Aquí participaron no solamente académicos sino también comentaristas, críticos y políticos (incluido Masahide Ōta, quien había dejado el gobierno de Okinawa). En este sentido, trató de dar respuesta a las interrogantes en torno a lo sucedido en Okinawa a un público angloparlante.

²⁷ Chalmers Johnson (ed.), *Okinawa: Cold War Island*, Albuquerque, Japan Policy Research Institute, 1999.

Ahora bien, por lo que se refiere a las investigaciones escritas en inglés, resaltan la antología *Islands of Discontent: Okinawan Responses to Japanese and American Power* editada por Laura Hein y Mark Selden,²⁸ así como la obra, *Japan and Okinawa: Structure and Subjectivity*, editado por Glenn D. Hook y Richard Siddle.²⁹ Ambas fueron publicadas en 2003. Aunque no usaron una expresión franca como la que hubo en *Okinawa: Cold War Island*, demostraron el interés de los editores en torno a los sucesos ocurridos después de la década de los noventa. Lo anterior quedaba claro al analizar la lista de los ensayos contenidos ahí. Abordaron el “problema de Okinawa” desde múltiples puntos de vista; se encontraban desde enfoques estructuralistas de política económica, hasta el análisis de cómo se produjo la formación y la resistencia de identidades. También exploraron la vinculación de los problemas de género con las bases estadounidenses, y el “problemas de Okinawa” visto desde la literatura y la filosofía. Lo anterior se puede observar si se analiza la introducción o el primer capítulo, donde están sobre la mesa los puntos más importantes de Okinawa.

En el caso de los estudios publicados en japonés, quisiera presentar el segundo dossier sobre Okinawa preparado en 1999 por la Asociación Japonesa de Relaciones Internacionales, cuyo título es *Okinawa dentro de la política internacional*.³⁰ Aquí estaba el texto de Seigen Miyazata sobre la política del gobierno de Eisenhower hacia Okinawa y el texto de Moriteru Arasaki sobre la lucha en contra de las bases militares, los cuales desarrollaron con mayor profundidad temas que ya habían sido analizados anteriormente, pero también hubo nuevos avances. Por ejemplo, el texto “Las bases del origen del presupuesto Omoiyari Yosan: la fórmula financiera en el proceso de acuerdo del regreso de la jurisdicción de Okinawa”, de Masaaki Gabe, analizó de lleno el problema en torno a los “acuerdos secretos” existentes entre Japón y Estados Unidos durante el periodo de negociación del regreso.

²⁸ Laura Hein y Mark Selden (eds.), *Islands of Discontent: Okinawan Responses to Japanese and American Power*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2003.

²⁹ Glenn D. Hook y Richard Siddle (eds.), *Japan and Okinawa: Structure and Subjectivity*, Londres, Sheffield Center for Japanese Studies / Routledge Curson Series, 2003.

³⁰ Nihon Kokusai Seiji Gakkai, *Kokusa Seiji*, núm. 120, 1999.

Asimismo, el ensayo de Zinberg Yakov, “Okinawa y las Islas Kuriles: la herencia de la confrontación de los sentimientos políticos y jurídicos después de la Guerra Fría”, logró establecer una conexión del “problema de Okinawa” con el de las Islas Kuriles, permitiendo ampliar los conocimientos de una temática cuyo alcance había sido limitado. Por lo que toca a los asuntos anteriores al Tratado de Paz de San Francisco, hubo dos textos: uno que se concentraba en los primeros años de la ocupación y analizaba la “autonomía” y la transformación de Okinawa como una base estadounidense (Chiyo Wakabayashi); el otro que se enfocaba en George F. Kennan y buscaba analizar el “problema de Okinawa” desde el punto de vista del proceso de toma de decisiones de Estados Unidos (Robert Eldridge). Además, hay ensayos que analizaron Okinawa desde diversas perspectivas, como la estrategia militar del ejército estadounidense (Fumiaki Nishiwaki), los estudios de la seguridad nacional (Atsushi Minamiyama), el referéndum como un tema de política internacional (Hiroshi Shiratori) y el “problema de Okinawa” visto en tres niveles de análisis (Yūji Uesugi y Amiko Nobori). En este sentido, resultó un dossier que permitió dar una nueva visión de este problema después del fin de la Guerra Fría.

Al comenzar la década del 2000, se publicaron dos importantes libros que analizaron el “problema de Okinawa” e hicieron una nueva valoración basada en las fuentes primarias desclasificadas. El primero de ellos fue *Las relaciones japon-estadounidenses y Okinawa 1945-1972*, publicado por Seigen Miyazato en el año 2000.³¹ Este libro buscaba evadir la compaginación de las ideas publicadas por el autor con anterioridad, pero al mismo tiempo describía distintos tópicos que podían ser analizados con fuentes primarias, como el cambio de la política hacia Japón (el curso regresivo como se le conoce en Japón), la forma como se formó el artículo tres del Tratado de Paz; la evaluación de la “soberanía residual”, la reexaminación de los elementos “innovadores” en la nueva política de Kennedy y los problemas en torno a los “Acuerdos secretos” en el acuerdo de Regreso de Okinawa. A su vez, hizo una tipología de la lógica de la política hacia Okinawa del ejército estadounidense y puso en orden los eventos históricos. Además, una de las

³¹ Seigen Miyazato, *Nichibeī Kankei to Okinawa 1945-1972 (Las relaciones japon-estadounidenses y Okinawa 1945-1972)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2000.

características del texto fue que en torno a las relaciones interdependientes entre Okinawa y Estados Unidos, ofreció una división cronológica de los 27 años de ocupación basada en las interrogantes de cuándo y cómo participó Japón. Era un estudio comprehensivo.

No se puede negar que una de las motivaciones para emprender esta investigación fue la apertura de nuevas fuentes primarias, pero también estaba plasmada la preocupación del autor de que después del regreso no había caminado nada el “problema de Okinawa”.³² Miyazato consideraba que había puntos en común entre el proceso político del regreso de Okinawa a la jurisdicción japonesa y el de los Acuerdos del Regreso del Aeropuerto de Futenma de 1996. Para él, el asunto de Futenma mostraba que, aunque los okinawenses habían tenido una participación directa en el regreso (los interesados en este problema), quien armó la estrategia y tomó las riendas de las negociaciones había sido Estados Unidos, mientras que Japón simplemente había apoyado a los estadounidenses.³³

El otro texto importante de este periodo fue el libro de Robert D. Eldridge *The Origins of the Bilateral Okinawa Problem: Okinawa in Postwar U.S.-Japan Relations, 1945-1952*, publicado en 2003.³⁴ El objetivo principal de la investigación era poner en claro el origen del “problema de Okinawa”. Examinaba el artículo tercero del Tratado de Paz firmado en 1951 y demostraba cómo Okinawa se encontraba en una situación particular en la posguerra.³⁵ Aunado a lo anterior, el punto de partida era 1942, analizando la visión que tenían la cúpula militar estadounidense y el Departamento de Estado de Estados Unidos una vez que terminara la guerra. De este modo, puso en claro el origen del conflicto en torno al control político de Okinawa dentro de Estados Unidos. Señalaba y explicaba la una lucha entre los militares y el Departamento de Estado. Asimismo, ofreció una interpretación del papel que tuvo el “Mensaje del Emperador” y un análisis del documento NSC13, el cual hacía explícito el deseo estadounidense de quedarse por un largo periodo en las islas y cómo esto fue vinculándose con el artícu-

³² *Ibid.*, p. 1.

³³ *Ibid.*, p. 371.

³⁴ Robert D. Eldridge, *The Origins of the Bilateral Okinawa Problem: Okinawa in Postwar U.S.-Japan Relations, 1945-1952*, Londres, Routledge, 2001.

³⁵ *Ibid.*, p. 2.

lo tercero del Tratado de Paz de San Francisco. Todo este análisis lo hizo con base en fuentes primarias de ambos países, los diarios, memorias de las personas involucradas y entrevistas.

El punto innovador del libro fue que demostró que el gobierno japonés tenía un interés genuino por el regreso de Okinawa y que había buscado de manera activa lograrlo hasta que se estableció el artículo tercero del Tratado de Paz. Hasta ese momento, se había ilustrado la imagen de un Japón que había buscado el alejamiento y la aceptación de la “soberanía residual”, pero había sido todo lo contrario. El libro mostró un escenario en el que Japón fue clave para evitar un alejamiento permanente de Okinawa, reconociendo la labor de las autoridades japonesas. Cabe señalar que para Miyazato, el artículo tercero y la “soberanía residual” servían para calmar a Japón, y eran una condición necesaria para los intereses estratégicos de Estados Unidos, siendo el objetivo primordial el de la cúpula militar. En este sentido, aun de manera sutil, difiere de Eldridge. Por esta razón, todavía actualmente hay un debate en torno al artículo tercero y la “soberanía residual” cuando se analiza el “problema de Okinawa”, tanto en Estados Unidos como en Japón.

En años recientes, un tema que ha traído un nuevo debate al “problema de Okinawa” es el de los “acuerdos secretos” que se establecieron en las negociaciones del regreso de Okinawa. La existencia de estos acuerdos se había señalado en la Dieta japonesa antes de que los dos gobiernos intercambiaran los instrumentos de ratificación. Además, como la desclasificación de las fuentes primarias estadounidenses seguían un camino constante, era posible verificar su existencia, pero el gobierno del Partido Liberal Demócrata (PLD) había rechazado tajantemente su existencia. En medio de esa situación, con base en fuentes primarias estadounidenses, Masaaki Gabe publicó en el año 2000 el libro *¿Qué fue el regreso de Okinawa: el contenido de las negociaciones de Japón y Estados Unidos en la posguerra*.³⁶ Esta obra era un texto introductorio que analizaba el regreso de Okinawa desde la perspectiva de los “acuerdos secretos”, poniendo de relieve la esencia del Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos. Como una crítica

³⁶ Masaaki Gabe, *Okinawa Henkan toha Nandattanodanoka: Nichibei Sengo Kōshō no Naka De (¿Qué fue el regreso de Okinawa? El contenido de las negociaciones de Japón y Estados Unidos en la posguerra)*, Tokio, Nihon Hōsō Syuppan Kyōkai, 2000.

hacia este libro, Sumio Hantano publicó en 2010, *El Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos como historia: las mentiras y verdades que muestran los archivos diplomáticos secretos sobre los “acuerdos secretos”*, una obra que utilizó fuentes japonesas.³⁷ Inmediatamente después de la alternancia política, en septiembre de 2009, el nuevo gobierno del PDJ ordenó que dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores se analizara la existencia de los “acuerdos secretos”. Para noviembre del mismo año, un comité de expertos formado por seis académicos comprobó la veracidad del equipo de investigación.³⁸ Sumio Hatano había sido uno de los miembros y redactó la parte del “Regreso de Okinawa y el otorgamiento de financiamiento para mantener el statu quo”. Junto con Yasuko Kōno (“El regreso de Okinawa y la nueva entrada de armas nucleares en caso de emergencia”) fue uno de los encargados de analizar los “acuerdos secretos” en torno al regreso de Okinawa.

La decisión de dar un auspicio presupuestal y financiero en el momento del regreso de Okinawa conllevó posteriormente a que el gobierno japonés tuviera que cargar con el presupuesto Omoiyari en el momento de establecer nuevas instalaciones. El hecho de que Japón hubiera elegido este camino (nunca aceptado por el gobierno) y la entrada de armas nucleares en momentos de emergencia, no sólo era un problema para los Tres Principios Antinucleares de Japón, sino que también estaba vinculado con el manejo de las bases estadounidenses estacionadas en Okinawa. Temo que esto sigue siendo un dolor de cabeza hasta la fecha.

Ahora bien, por lo que se refiere a los “acuerdos secretos” se puede resaltar el libro de Takashi Shinobu: *Kei Wakaizumi y los acuerdos secretos entre Japón y Estados Unidos: la diplomacia de un emisario secreto en las negociaciones en torno al regreso de Okinawa y los textiles* publicado en 2012.³⁹ Aunque el

³⁷ Sumio Hatano, *Rekishi toshite no Nichibei Anpo Jōyaku: Kimitsru Gaikō Kiroku ga Akasu Mitsuyaku no Kyōjitsu (El Tratado de Seguridad entre Japón y Estados Unidos como historia: las mentiras y verdades que muestran los archivos diplomáticos secretos sobre los “acuerdos secretos”)*, Tokio, Iwanami Shoten, 2010.

³⁸ El informe del grupo de investigación interno del Ministerio de Asuntos Exteriores y el informe del Comité de Expertos (en japonés) puede consultar en la siguiente dirección de Internet. <http://www.mofa.go.jp/mofaj/gaiko/mitsuyaku/kekka.html> (consulta: 14 de agosto de 2012).

³⁹ Takashi Shinobu, *Wakaizumi Kei to Nichibei Mitsuyaku: Okinawa Henkan to Sen'i Kōshō wo Meguru Misshi Gaikorea (Kei Wakaizumi y los acuerdos secretos entre Japón y Estados Unidos: la diplomacia de un emisario secreto en las negociaciones en torno al regreso de Okinawa y los textiles)*, Tokio, Nihon Hyōron sha, 2012.

autor utilizó fuentes primarias de Japón y de Estados Unidos, se enfocó en el regreso de Okinawa y las negociaciones entre Japón y Estados Unidos en torno a los textiles. Otro estudio relacionado con la seguridad nacional y Okinawa fue el libro de Masaaki Gabe, *Las relaciones de Japón y Estados Unidos en la posguerra y la Seguridad Nacional*, publicado en 2007.⁴⁰

Para finalizar, quisiera presentar de manera resumida algunas investigaciones relacionadas con Okinawa realizadas desde perspectivas distintas a la historia de las relaciones nipo-estadounidenses. En primer lugar está el libro de Eiji Oguma, *Los límites de los “japoneses”: Okinawa, Ainu, Taiwán y Corea, del control colonial hasta los movimientos de a favor del retorno*, publicado en 1998.⁴¹ Para el autor, Okinawa resultaba un caso excepcional, desde su inclusión como prefectura del gran Imperio de Japón hasta el movimiento de regreso. Al analizar desde un mismo enfoque a Okinawa y a las otras entidades reprimidas, así como categorizarlo como un grupo étnico dominado, contribuyó a una nueva visión sobre el tema. El segundo libro importante fue *Colonialismo inconsciente: las bases militares estadounidenses de los japoneses y los okinawenses* publicado por Kōya Nomura en 2005.⁴² En esta investigación el autor señaló que aún después del regreso se “impusieron” las bases estadounidenses y después de la segunda mitad de la década de los noventa, con el “boom de Okinawa” en Japón, se siguió manteniendo una relación poscolonialista entre Japón y Okinawa. Asimismo, el libro publicado en 2006 por Toshio Nakano, Tsuneo Namihira, Shū Yakabi y Lee Hyoduk, *La ocupación de Okinawa y la recuperación de Japón: ¿Cómo se mantuvo el colonialismo?*, mantuvo la misma directriz que el anterior estudio al tratar la situación de Okinawa como un colonialismo interno dentro de Japón.⁴³ Finalmente está el libro de Yasukatsu Matsuhima, *El camino hacia*

⁴⁰ Masaaki Gabe, *Sengo Nichibei Kankei to Anzen Hoshō (Las relaciones de Japón y Estados Unidos en la posguerra y la Seguridad Nacional)*, Tokio, Yoshikawa Kōbunkan, 2007.

⁴¹ Eiji Oguma, *Nihonjin no Kyōkai: Okinawa, Ainu, Taiwan, Chōsen. Shokumin Shihai kara Fukki Undō (Los límites de los “japoneses”: Okinawa, Ainu, Taiwán y Corea, del control colonial hasta los movimientos de a favor del retorno)*, Tokio, Shinyōsha, 1998.

⁴² Kōya Nomura, *Muishiki no Shokuminchi Shugi: Nihonjin no Beigun Kichi to Okinawajin (Colonialismo inconsciente: las bases militares estadounidenses de los japoneses y los okinawenses)*, Tokio, Ochanomizu Shobō, 2005.

⁴³ Toshio Nakano, Tsuneo Namihira, Shū Yakabi y Lee Hyoduk (eds.), *Okinawa no Senryō to Nihon Fukkō: Shokuminchi Shugi ha ikani Keizoku shitaka (La ocupación de Okinawa y la recuperación de Japón: ¿Cómo se mantuvo el colonialismo?)*, Tokio, Seikyūsha, 2006.

la independencia de Ryūkyū: el nacionalismo de Ryukyu en contra del colonialismo, publicado en 2012.⁴⁴ Para el autor, durante la época de ocupación los principales movimientos de masas fueron regulados y después de 1972, cuando Okinawa regresó a Japón justamente se estaban evaluando. Sin embargo, eso no importó, ya que las bases estadounidenses seguían siendo una realidad incambiable.

Como palabras finales cabe destacar que Okinawa tampoco ha sido un monolito. En el libro *Uchinaanchu Diaspora: Memories, Continuities, and Constructions*, editado en 2007 por Kiyoshi Ikeda, hay numerosos ensayos que analizan desde una perspectiva de la memoria distintas concepciones sobre “Okinawa”.⁴⁵ Otro libro que quisiera señalar para culminar este ensayo es la obra de Osamu Yakabi publicada en 2009, *La batalla de Okinawa, volver a aprender la historia de la ocupación del ejército estadounidense: ¿Cómo es posible dar continuidad a la memoria*, la cual describe desde múltiples aspectos la historia vista desde Okinawa.⁴⁶ Este libro está editado según una temática económica y analiza, por ejemplo, el “comercio ilegal” en la época de la ocupación, o el crecimiento económico acelerado bajo el control político de Estados Unidos. Al mismo tiempo, puso en duda trivializar la narración de la historia y el sujeto que se debería escribir. Es un libro que puso una importante atención a la pluralidad de la historia y de la narrativa. Es una pena que este autor haya fallecido de manera tan repentina en septiembre de 2010. ☹

⁴⁴ Yasukatsu Matsushima, *Ryūkyū Dokuritsu he no Michi: Shokuminchi Shugi ni Aragau Ryūkyū Nashonarizumu (El camino hacia la independencia de Ryūkyū: el nacionalismo de Ryukyu en contra del colonialismo)*, Kioto, Hōritsu Bunkasha, 2012.

⁴⁵ Kiyoshi Ikeda y Joyce N. Chinen, *Uchinaanchu Diaspora: Memories, Continuities, and Constructions*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2007.

⁴⁶ Osamu Yakabi *Okinawa Sen, Beigun Senryō Shi wo Manabi Naosu: Kioku wo Ikani Keizokusuruka (La batalla de Okinawa, volver a aprender la historia de la ocupación del ejército estadounidense: ¿Cómo es posible dar continuidad a la memoria?)*, Yokohama, Seobi Shobō, 2009.

Fukushima en tres tiempos: silencio, mutaciones y sueños

Silvia Lidia González

Tengo el excepcional privilegio de haber seguido el vuelo de las mariposas de Fukushima antes de que fueran mutantes. Guardo imágenes llenas de bruma, de rocío fresco, de pinos milenarios vestidos de blanco, posando para la posteridad ante la mirada nostálgica y lejana del viejo maestro Yasunari Kawabata, descifrando en este paisaje el misterio de su bello país de nieve.

Conocí Fukushima en el año 2007 y encontré, con mis estudiantes, el brillo intenso de una tierra bendecida. Al pie de las montañas que se reparten entre Niigata y Fukushima, en Tohoku, el pasado encerraba un paraíso dentro de la geografía japonesa. Ahora, el mundo no quiere explorar tierra adentro. En las costas carcomidas por la furia del mar, por la fuerza del tsunami del 11 de marzo de 2011, se encuentra la imagen del temido infierno nuclear.

En Fukushima, sede de la central que ha experimentado el peor desastre nuclear desde Chernobil, los científicos han empezado a documentar la mutación genética y fisiológica de especies como las mariposas *Zizeeria*. Convertido en un gran laboratorio donde se presienten graves daños ecológicos, altos niveles de radiación y mutaciones de todo tipo, este espacio se gana ahora la atención del mundo, como un purgatorio.

El tiempo también ha sufrido una grave mutación en Fukushima. El pasado milenario de esta tierra de clanes civilizadores, de suelos volcánicos, de la seda y la rica agricultura, se ha reducido abruptamente. Todos los siglos, toda la historia, todo lo que aconteció en ese espacio antes del 11 de marzo de 2011, se convirtió de manera súbita en un pasado casi impercep-

tible, mutilado por la apabullante y repentina realidad nuclear. Paradójicamente, la llamada “isla de la fortuna”, Fukushima se transfiguró en un presente abrumador y amenazante. A partir de esa fecha el horror y la incertidumbre atan al tiempo y no dejan pensar en el futuro.

Las representaciones del gran sismo que azotó Japón en marzo de 2011, y del devastador tsunami que ocasionó graves daños a la central nuclear de Fukushima reaparecen, se renuevan día con día. Con ellas se recrudece la imagen del purgatorio. Fukushima se ve como el castigo por la insensibilidad, la estupidez, la ambición, los intereses económicos... es un gran laboratorio de mutaciones genéticas, calvario de todas las especies, cementerio de mascotas, amenaza latente de la Naturaleza.

El tiempo se abalanzó incluso sobre los periodistas, que cambiaron la búsqueda de la noticia por la ruta de escape de estas tinieblas. Hasta los más osados que cubrían la tragedia ocasionada por el gran tsunami, huyeron argumentando que aquí no había proyectiles que esquivar, ni límites territoriales que respetar. Sobre sus cabezas pendía la amenaza de la radiación, del peligro letal inasible, invisible y, por lo tanto, inadmisibile, según la contundente frase de despedida de un corresponsal estadounidense a su colega español: “No me pagan lo suficiente para esto”.¹

El presente de Fukushima, mutado en absoluta desolación, sin embargo, no se puede deslindar de su esencia japonesa. En la historia nipona se esconden grandes claves para entender lo que acontece en estos días alrededor de las centrales nucleares. Hiroshima y Nagasaki pesan en el pasado de este país, y del mundo. El futuro, a pesar de todo, también es posible, cuando se rescatan ciertos valores nipones y las visiones de personajes como el escritor Kenzaburo Oe, o el cineasta Akira Kurosawa, aferrados a la idea de que, aun desde el infierno, es posible soñar.

LA INCERTIDUMBRE DEL PRESENTE

El 11 de marzo de 2011 Japón enfrentó la peor catástrofe en su historia: un sismo de 9 grados de magnitud, un devastador tsunami en las costas de Tohoku, al noreste de la isla de Honshu, y una crisis nuclear desatada por

¹ “No me pagan lo suficiente para esto”, *El Mundo*, 18 de marzo de 2011.

las explosiones de la planta nuclear de Fukushima. La fecha queda registrada ahora en la historia como la tragedia más costosa que haya enfrentado la humanidad. Diversas estimaciones apuntaban que serían necesarios más de 300 mil millones de dólares para la recuperación, sin contar las inversiones precisas para cambiar la matriz energética del país, en caso del cierre de las centrales nucleares. A los momentos de terror y muerte concentrados en un día, y a las consecuencias humanas y financieras que se han ido notando a lo largo del último año, se suma la angustia prolongada de la incertidumbre sobre Fukushima.

Hasta hace poco se estuvo actualizando la cifra de muertes, desapariciones y personas afectadas por lo que se ha llamado en términos generales “el gran terremoto del este de Japón” (*Higashi Nihon Daishinsai*). Se han considerado también los daños humanos y materiales, las cifras de la reconstrucción y del sacrificio energético que ahora enfrenta Japón.² Sin embargo, en el caso de Fukushima, ni la información actual ni las consecuencias son claras.

La central nuclear Fukushima I (福島第一原子力発電所) o *Fukushima Dai-Ichi Genshiryoku Hatsudensho*, manejada por la compañía japonesa Tokyo Electric Power (TEPCO), inició operaciones a principios de la década de los setenta, con diseño de la firma estadounidense General Electric, y es considerada una de las mayores centrales nucleares del mundo. En estrecha relación con el gobierno japonés, TEPCO ha recibido severas críticas, y su credibilidad ha mermado en la opinión pública tan estrepitosamente como sus acciones en el mercado financiero. La gente ha dejado de creer en los voceros de esta compañía.

Predomina la incertidumbre: nadie puede decir cuándo se controlará la situación de los reactores nucleares, cuáles serán a largo plazo las consecuencias para el medio ambiente y para la salud humana. Además, cada día aparecen informes que revelan nuevas poblaciones contaminadas, se descubren filtraciones en las piscinas de los reactores nucleares, se consignan muestras con diferentes materiales radiactivos y se corrigen los comunicados previos sobre evaluaciones del daño y la gravedad.

² A un año de la tragedia, fuentes oficiales calculaban 15 846 muertos, 3 317 desaparecidos, y más de 340 mil personas en refugios temporales. El gobierno propuso la meta de reducir el consumo energético en 25 por ciento durante el verano de 2011, y entre 5 y 15 por ciento en 2012.

En un principio, se estimó que el accidente correspondía al nivel 5 en la Escala Internacional de Eventos Nucleares (INES, por sus siglas en inglés), que maneja la Organización Internacional de la Energía Atómica para evaluar los accidentes nucleares. A un mes del magno sismo y tsunami, el nivel del incidente se elevó a 7, es decir, la mayor escala de gravedad, equiparable al accidente de 1986 en Chernobil.

Originalmente se negó que hubiera fusión de los núcleos de los reactores. Posteriormente se manejó apenas la posibilidad de fusiones parciales. Más tarde se evidenció la fusión parcial temprana de los núcleos en los reactores 1, 2 y 3, así como múltiples explosiones e incendios que han dañado el resto de los seis reactores. En todo este tiempo se han evidenciado la fuga y los vertidos de grandes cantidades de agua radiactiva hacia el mar.

También se han recalculado las dosis a las que han estado expuestos los trabajadores de la compañía TEPCO. Según diversas fuentes, a varios operarios que estuvieron en contacto con agua contaminada les fueron detectados hasta diez mil veces el nivel de radiación permitido en humanos, unos siete murieron en alguna de las numerosas explosiones que acaecieron en la central, y otros debieron ser hospitalizados con náuseas y síntomas de fatiga extrema. Se cree que la exposición a la radiactividad pueda aumentar en ellos entre 1 y 5 por ciento la probabilidad de contraer cáncer en el largo plazo.

Por otra parte, el gobierno japonés intentó aceptar como normal el estándar de exposición a la radiación a un nivel 20 veces superior al regular (de un miliSievert a 20 miliSieverts por año) para las escuelas de Fukushima, lo cual arrancó protestas de los afectados así como la renuncia, entre lágrimas, del académico de la Universidad de Tokio, Toshiso Kosako, uno de los asesores del gobierno en esta materia. Luego de los citados eventos extremos, decenas de miles de residentes alrededor de la planta fueron evacuados ante el elevado nivel de radiaciones.

Estas inusuales acciones y correcciones, en el entorno de una sociedad donde la precisión es un factor vital, empiezan a despertar suspicacias. ¿Acaso la tendencia a corregir los datos continuará? ¿Qué tan ciertas son entonces las informaciones del día a día? ¿Quién concentra la información? ¿Dónde están las verdades? La desinformación sobre asuntos nucleares, que contribuye a extender la incertidumbre es, ciertamente, también una herencia de experiencias pasadas aún no asimiladas.

HIROSHIMA: LECCIONES DEL PASADO

Fukushima se parece a Hiroshima. El ideograma de “isla” que lleva en su nombre, la cercana relación con el mar, la repentina aparición en los medios de comunicación de todo el mundo, y una marca histórica las toca de manera ineludible: el peligro nuclear.

Hiroshima y Nagasaki, las ciudades que, en diferentes circunstancias históricas, han sufrido las consecuencias de explosiones nucleares, saltan nuevamente a la escena mundial como casos de observación, como laboratorios físicos y como lecciones sociales para la humanidad. Fukushima es, para muchos, la evidencia de que aún no se terminan de aprender las lecciones del pasado, ni en Japón ni en el resto del mundo.

Las víctimas de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki llamadas *hibakusha*, siempre han sido incómodas para el mundo. Lo fueron, desde el inicio, para las Fuerzas Aliadas que ocuparon Japón al final de la Segunda Guerra Mundial. Este nuevo poder político organizó un nutrido aparato censor, donde llegaron a laborar miles de personas, revisando toda información que fuese considerada como no apropiada. El ideal pacificador justificó la revisión de todo tipo de comunicaciones, con el propósito de no permitir que resurgiera la propaganda bélica.

La censura, sin embargo, también tenía el objetivo de evitar comentarios críticos o informes que afectaran la imagen de los aliados. Las voces y las imágenes de las víctimas de la bomba atómica, en su gran mayoría civiles, en el umbral de un tipo de muerte que el mundo no conocía, eran bastante incómodas. Sin muchas palabras, reflejaban un horror que contrastaba con la propaganda en los medios occidentales, promotora del uso de las armas nucleares para pacificar al mundo, y de la aplicación de este nuevo tipo energía para beneficio de la humanidad.

Durante la Ocupación Aliada en Japón (1945-1952) fueron censuradas comunicaciones civiles, medios informativos, publicaciones científicas, académicas, e incluso obras de arte que tuvieran alguna referencia a las víctimas de las bombas. Tras este periodo, la llegada a Hiroshima y Nagasaki de movimientos pacifistas atrajo a gente de diversos ámbitos a estudiar la experiencia atómica y a ilustrarla de múltiples maneras. Las imágenes atómicas llegaron al mundo entero en forma de estudios científicos, muestras fotográ-

ficas, películas, obras literarias y otras manifestaciones. En el fondo de todo, sin embargo, en plena Guerra Fría, la carrera armamentista dejó aún miles de secretos sobre el tema atómico, más allá de lo imaginado por la ficción.

Al divulgarse en estos días informes sobre el peligro radiactivo de Fukushima reaparecieron algunas voces de los históricos *hibakusha*. En una investigación que realicé entre la década de los noventa y los primeros años de este siglo, aún se contaban 90 mil sobrevivientes de los bombardeos atómicos en Hiroshima.³ Entre ellos, hay un silencio impuesto por la propia oscuridad de la memoria, por el dolor, por el luto, por un desafío psicológico y anímico que no es fácil superar.

El silencio aún pesa. De esos 90 mil sobrevivientes, apenas un centenar suele llevar la vocería de la experiencia atómica. Son los hombres y mujeres que, aun con prolongado sufrimiento físico, han sobrevivido y han decidido contar lo que significa ser víctima de la energía nuclear en sus peores manifestaciones. Fukushima despertó sus recuerdos y sus voces. Sin embargo, aunque algunos grupos los han tomado como inspiración y organizan marchas de protesta con la consigna de “No más Fukushimas”, recordando el eslogan que acompañó a las víctimas de las ciudades bombardeadas durante todo el siglo XX, parece que las víctimas no ocupan la escena principal entre las fuentes informativas.

Sus voces y sus rostros, que alguna vez fueron incómodos para los responsables del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, ahora son eco de una conciencia moral que no es fácil de manejar para las autoridades japonesas. Antes del desastre, los reactores nucleares de Japón suministraban cerca de 30 por ciento de la energía eléctrica del país y se pronosticaba que llegaría a niveles de 50 por ciento en el año 2030. Los peligros de los que tanto han advertido los *hibakusha* con sus propios cuerpos, como muestra de laboratorio, parecen ser un lamento aislado de la historia y no una verdadera preocupación nacional.

Aun así, los afectados insisten. El mismo gobierno japonés ha tenido que admitir que en asuntos nucleares alimentó “el mito de la seguridad”.⁴

³ Silvia Lidia González, *Hiroshima: la noticia que nunca fue, ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflicto?*, Mérida, Editorial Venezolana, 2004, p. 236.

⁴ En conferencia de prensa (mayo de 2011), el ministro de Energía, Tecnología e Información, Banri Kaieda, se hizo eco de las declaraciones del entonces primer ministro Naoto Kan al

En Japón ya habían sucedido accidentes nucleares notables en Tokaimura, al noreste de Tokio, así como fugas radiactivas en otros depósitos nucleares. Sin embargo, estos temas se han ido disipando en la opinión pública.

Los medios de comunicación tradicionales de Japón tampoco incomodan a las autoridades. El gobierno japonés enfrenta una grave crisis política desde mucho antes de los acontecimientos de marzo de 2011. En estos meses, sin embargo, la cuestionable actuación de la compañía TEPCO, sobre todo al momento de reconocer los errores técnicos y proporcionar información verdadera y oportuna, ha evidenciado que la energía nuclear es más peligrosa de lo que se había advertido. Y la promoción de este tipo de energía ha estado siempre avalada por el gobierno japonés.

La promoción del uso de la energía nuclear ha sido tarea y responsabilidad de gobiernos y empresas. Si bien en muchas ocasiones se ha involucrado a movimientos ciudadanos también, a través de la promoción de empleos y otros servicios que han beneficiado a varias comunidades, no se puede negar que la responsabilidad ha sido principalmente generada en los círculos del poder político y económico de este país. De igual manera ha sucedido en muchos otros países que han apostado por el uso de la energía nuclear: Francia, Alemania, Estados Unidos, España...

El gran impulso industrial de la energía nuclear tiene sus orígenes en los inicios de la década de los cincuenta, con el discurso “Átomos para la Paz” del presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower ante la Organización de Naciones Unidas (1953). A partir de entonces, Japón, a pesar de su experiencia nuclear, entró al club de las naciones que siguieron la posición de apoyar este tipo de energía. Ya para 1970 había 90 plantas en quince países. Hacia el 2010 existían 439 plantas en 31 países.

DESINFORMACIÓN

Hace más de medio siglo, la energía atómica debutó en el mundo con esa doble moral que, hasta la fecha, no se puede sacudir. Ha servido para tratamientos médicos, generación de energía eléctrica y promete grandes pro-

referirse a la energía nuclear: “Teníamos el mito de la seguridad, la creencia de que las plantas nucleares japonesas eran las más seguras del mundo”.

gresos para la ciencia y la tecnología. Sin embargo, utilizada como arma, la energía atómica es el verdugo más cruel y certero. Hannes Alfvén, físico sueco ganador del Premio Nobel, describió alguna vez los átomos para usos militares y pacíficos como “hermanos siameses”.

El problema que ha planteado la historia del siglo xx ha sido el uso y aplicación de esa energía. Como toda fuerza, la del átomo puede estimular a la humanidad, o aniquilarla. La frontera, hasta ahora, la han marcado las decisiones políticas y el poder económico. El peligro de la energía atómica está presente en ambas caras de la moneda. Aun para fines positivos o pacíficos, la energía atómica requiere un manejo sumamente delicado, pues el uso de material radiactivo es siempre un peligro para el hombre y una amenaza para el sistema ecológico.

Desde sus orígenes, el tema nuclear expuso temas altamente sensibles a la censura y a la manipulación informativa, especialmente al tratar el aspecto de los efectos radiactivos. Los “secretos” atómicos se convirtieron en asunto de “seguridad nacional”, y se clasificaban como documentos “secretos” o “ultrasecretos” en Estados Unidos. Sólo ciertas fuentes estaban autorizadas para hablar sobre el tema. Fuera de los círculos oficiales, la información era peligrosa. La Ley de Energía Atómica impulsada por el mismo presidente que tomó la decisión de lanzar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, Harry S. Truman, era notoriamente punitiva contra quienes divulgaran secretos nucleares. El Acta de Energía Atómica de 1946 advertía que entre los castigos por la diseminación de escritos, fotografías u otras modalidades de información “restringida” que llevara “la intención de lastimar a Estados Unidos”, estaban contempladas la prisión de por vida y la pena de muerte.⁵

Amparándose en este documento, las pruebas con bombas pasaron a realizarse de manera clandestina, al igual que la producción y transportación de misiles nucleares, mientras se empleaba una propaganda pro atómica cuidadosamente estructurada para encubrir los efectos perniciosos de la bomba en la salud humana. La larga historia de mentiras oficiales y malos entendidos sobre asuntos de radiación incluye el consejo del presidente estadounidense Dwight Eisenhower a los oficiales de la Comisión

⁵ Atomic Energy Act of 1946. Reimpreso en Robert E. Summers, (comp.), *Federal Information Controls in Peacetime*, New York, H.W. Wilson, 1949, p. 42.

de Energía Atómica, en 1953, para que mantuvieran al público “confundido” sobre los diferentes tipos de radiación y los peligros.⁶

Desde entonces, las noticias que llevan una dosis radiactiva son tan delicadas como las mismas partículas de plutonio y uranio. Se manejan de manera secreta o con propósitos oscuros, y las víctimas no están solamente sepultadas en Hiroshima y Nagasaki. Los afectados por tal desinformación somos todos los que habitamos este planeta.

SUEÑOS PARA SALVAR EL FUTURO

Cierto sino trágico en la historia ha puesto a Japón, repetidamente, al borde del abismo, sin aparentes opciones para el futuro. Y en esas circunstancias, ocurre lo que muchos llaman “el milagro” de la recuperación. Japón, el de la robótica y la tecnología, el de la pragmática y el orden, también sueña. Esta clave onírica reaparece en los tratados que vuelven sus ojos a la milagrosa sociedad que, una vez más, resurge.

Como la misma lanza de la Diosa Sol Amaterasu que parió esta tierra fragmentada y turbulenta de los inmensos océanos, Japón emerge y despierta una vez más el enigma que busca descifrar las diferencias entre las sociedades modernas, inertes, imperfectas y caóticas frente a ésta, la nación de la eterna templanza y fortaleza.

¿De qué están hechos los japoneses? ¿Qué hay en su esencia? Bajo una perspectiva amplia, el carácter nipón se define por su perfil como un moderno conglomerado social, abierto al mundo que, sin embargo, no puede deslindarse de su tradición. En lo más profundo, en la esencia humana, el ser nipón es también memoria y sueños. En este complejo proceso de la formación de la identidad y los valores que han moldeado el arte, la cultura y la vida japonesa, armonizan elementos como la nada (*mu*) y el vacío (*ku*), para describir la relación de los hombres con la naturaleza. Unidad, totalidad, empatía, benevolencia, compasión, misterio, simplicidad, austeridad son valores, e incluso ideales estéticos de larga tradición. A ellos se suma el *mujō* que —según el popular escritor Haruki Murakami— puede revelar cierto sentido de la resignación ante las adversidades.

⁶ “A-test Confusion Laid to Eisenhower”, *The New York Times*, 20 de abril de 1979.

¿Cómo una sociedad se resigna y al mismo tiempo lucha por resurgir? Ahí, el debate más complejo que la antropóloga Ruth Benedict representó en su obra clásica *El crisantemo y la espada*. Los japoneses son una sociedad apacible y delicada, pero al mismo tiempo soberbia y guerrera; humilde, pero orgullosa; simple, pero laboriosa; pequeña, pero de retos gigantescos. Entre el contraste y la paradoja, el perfil japonés también puede ser ambiguo. Precisamente a esto se refirió Kenzaburo Oe cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, en 1992, al presentarse como: “Yo, de un ambiguo Japón”.

Entre otros contrastes, Japón vive en estos momentos un juego de la memoria contra el olvido. Muchos piensan que para superar la tragedia hay que olvidar, sobre todo cuando las reminiscencias están cargadas de dolor e imágenes grotescas. Sin embargo, la memoria es pieza clave para aprender las lecciones de esta experiencia. Por otra parte, prominentes personajes han arrancado de esta tierra una vocación escondida: la capacidad de reinventarse a partir de los sueños.

En la primavera de 1947, Hiroshima estaba en la miseria. Al filo del infierno, el alcalde Shinzo Hamai tropezaba en cada piedra con los restos chamuscados de la guerra, encontraba una ciudad bombardeada y sin esperanza... La única manera de ver a Hiroshima de otra forma era soñar. Por eso creó “El club de los soñadores”, y logró que un puñado de idealistas, en medio del caos de su ciudad destrozada, se atreviera a visualizar un futuro mejor. En muchos sentidos, la realidad fue apabullante contra sus ideales. Sin embargo, se cuenta también, casi como una proeza, la transformación del perfil de Hiroshima: de una ciudad militar pasó a ser considerada internacionalmente como una ciudad de paz, con el emblemático parque y museo memorial que después realizarían Isamu Noguchi y Kenzo Tange.

Antes de su muerte, en 1968, el alcalde Hamai describió aquellos momentos críticos en sus memorias, ahora reeditadas y traducidas al inglés, con el título de “*A-bomb Mayor*”.⁷ Justamente, la obra se ha distribuido como un aliciente silencioso a las víctimas de la tragedia de marzo de 2011.

En otro espacio, el aclamado Akira Kurosawa tituló *Sueños (Yume)* una de sus obras cinematográficas más celebradas en el mundo. La zozobra que

⁷ Shinzo Hamai, *A-bomb Mayor: Warnings and Hope from Hiroshima*, traducido al inglés por Elizabeth Baldwin, Hiroshima, Publication Committee for the English Version of *A-bomb Mayor*, 2010.

heredó de su propia condición como sobreviviente de la Segunda Guerra Mundial y la pretendida etapa de recuperación en medio de un mundo polarmente nuclear, lo llevaron a compilar, en este filme de 1990, un collage de ocho bellos fragmentos surrealistas, producto de su imaginación infantil, sus preocupaciones y sus pesadillas. De éstas surgen los sueños que marcaron su ansiedad en la era atómica (“El monte Fuji en rojo” y “El ogro llorón”), y que han cobrado vigencia a raíz de la crisis en la planta nuclear de Fukushima. En los sueños de Kurosawa el Monte Fuji entra en erupción y ese desastre natural alcanza a una planta con seis reactores atómicos. La población huye despavorida bajo un cielo completamente teñido de rojo. Una mujer y sus pequeños hijos, un par de hombres sin rumbo... todos se dan cuenta de que no hay esperanza; la radiación los matará, y en sus voces se repite la reflexión sobre la lección no aprendida, sobre la memoria desdeñada: “la estupidez del hombre es increíble”.

En esa misma inquietud apocalíptica, Kurosawa nos muestra a un hombre que ha mutado en un *oni* (la figura de un ogro en el folklore japonés). Un holocausto nuclear ha dañado la naturaleza y ha transformado a los seres humanos en ogros agónicos que aúllan por las noches. Para Kurosawa, la congoja por el tema nuclear ya había cobrado vida en su fiel intérprete Toshiro Mifune, quien en *Crónica de un ser vivo* (1955) representa a un hombre obsesionado por el peligro de una guerra nuclear. Hacia el final de su carrera, Kurosawa apeló nuevamente a la memoria indispensable sobre los temas nucleares en *Rapsodia en agosto* (1991), con Richard Gere como protagonista.

Las mismas plantas nucleares se vuelven la pesadilla de muchos. El escritor japonés más popular de este tiempo, Haruki Murakami, ha cuestionado recientemente el establecimiento de plantas nucleares que —ya se ve— son peligrosas e inseguras: fallaron “como si alguien hubiera abierto la puerta del infierno”. Por ello se hace eco también de los *hibakusha* que, en su opinión, “no fueron escuchados por las autoridades ni por las empresas eléctricas, obsesionados por las necesidades productivas”. Estas opiniones fueron expresadas en un discurso en Barcelona, titulado precisamente: “Soñadores irrealistas”, en el que describió el dolor japonés, aunque rescató la esperanza: “No debemos tener miedo de soñar”.⁸

⁸ Murakami, en un discurso pronunciado en España, cerca de tres meses después del acci-

¿HABRÁ ESTRELLAS?

Tras el accidente de Fukushima vuelven a escucharse las voces de los *hibakusha*. Las personas más involucradas con el sufrimiento nuclear que hayan transitado por este mundo son precisamente un reflejo de esa moral ambigua que había descrito Oe en sus discursos y ensayos, al referirse a un país víctima que apuesta a usar las mismas herramientas que han aniquilado a su pueblo, para afiliarse a un engañoso desarrollo.

Oe se ha visto activo en protestas antinucleares y sus libros han vuelto a los estantes. Recientemente se publicó, por primera vez en lengua española, su obra *Cuadernos de Hiroshima*.⁹ Este trabajo, elaborado originalmente en 1963 como una serie de ensayos para la revista *Sekai (Mundo)*, ya había impactado a lectores en otros idiomas y a investigadores sobre el tema. El libro presenta con crudeza escenas desoladoras de huérfanos y ancianos deambulando solitarios, desfigurados, moribundos. Sin embargo, Oe destacó en ellos la resistencia, la supervivencia diaria, que el escritor considera un acto de dignidad.

A partir de entonces, Oe emprendería un camino que lo llevaría a cambiar completamente su obra y su existencia misma, justo en el momento en que nacía su hijo, Hikari, con deficiencia mental. Las voces de Hiroshima y las de su propio hijo sembraron en él múltiples cuestionamientos, que dan a su trabajo la dimensión de un tratado filosófico y humanista. Tras el reto periodístico y literario de exhibir todos estos golpes íntimos a su conciencia, Kenzaburo Oe esbozó una pregunta para conjurar sus propias ansiedades: ¿Qué significa ser humano?

“Al igual que en el caso de los sismos, los tsunamis y otras calamidades naturales, hay que grabar la experiencia de Hiroshima en la memoria de la humanidad: es una catástrofe aún más dramática que las naturales porque la provocó el hombre”, ha expresado Oe, quien propone revisar la historia reciente de Japón a través del prisma de tres grupos de gente: los que murieron en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, los que fueron expues-

dente de Fukushima, al recibir el Premio Internacional de Cataluña. ElPeriodico.com, Junio 10, 2011. Disponible en línea en: <http://www.elperiodico.com/es/noticias/ocio-y-cultura/murakami-indignado-1038035>.

⁹ Kenzaburo Oe, *Cuadernos de Hiroshima*, Barcelona, Anagrama, 2011.

tos en las pruebas del atolón de Bikini, y las víctimas de accidentes en centrales nucleares. “Si se considera la historia japonesa a través de estas historias, la tragedia es evidente”.¹⁰ Y una catástrofe nuclear, por lejana que parezca, está latente, según corrobora citando al crítico Shuichi Kat , al recordar algunas líneas de Sei Shonagon en *Makura no Sōshi (El libro de la almohada)*: “algo que parece muy lejano pero de hecho está muy cerca”.

El Japón que renunció a la guerra y a las armas nucleares constitucionalmente, sigue siendo ambiguo, sigue siendo vulnerable, sigue retando a Oe a soñar con salidas dignas, y a escribir. Se proponía una trilogía de novelas que culminaría su carrera con *¡Adiós a mis libros!*, la obra de una gran hecatombe que, en sus palabras, aún encierra algo de esperanza: “El libro es una especie de sueño, un artificio que muestra cómo un colectivo de individuos, con su imaginación, podría ser capaz de detener la violencia, de cambiar cosas sin tener que recurrir a la guerra”.

Sin embargo, las tragedias reales de marzo de 2011 han rebasado la ficción y sus planes literarios. La voz de Kenzaburo Oe vuelve a tener eco en la conciencia de Japón, en la búsqueda de su esencia, de sus valores y virtudes, de sus errores y miedos. Recordando una de sus obras tempranas, *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*, el escritor esboza ya el sueño japonés del resurgimiento, en el comienzo de un libro concluyente, que —según ha reiterado en varias entrevistas— abriría con la última línea del infierno de Dante: “Y después salimos para ver una vez más las estrellas”.

Volví a las montañas de Fukushima en 2012, a un año de la tragedia. Los campos de arroz no brillan como antes; los techos son plomizos; el *toko-noma* de las casas frescas de madera permanece cerrado y no queda en ellas ningún *ikebana* como símbolo del equilibrio entre la tierra, el cielo y el hombre. Para muchos, la vida está encerrada en refugios, escuelas y centros comunitarios, latiendo al ritmo de seis caprichosos reactores nucleares. Las mariposas ya no son iguales. Probablemente nada es igual en Fukushima. La esperanza es que, después de todo, también sufra una gran mutación la conciencia de la humanidad. ❧

¹⁰ Philippe Pons, “Japón ha entrado en una nueva era”, Entrevista: Catástrofe en el Pacífico, Kenzaburo Oe, Premio Nobel de Literatura 1994 (Tokio), *El País*, marzo 18, 2011. Disponible en: http://www.elpais.com/articulo/internacional/Japon/ha/entrado/nueva/era/elpepiint/20110318elpepiint_8/Tes.

Primeras y recientes vistas desde Japón

Monserrat Loyde

En estos días en que se conmemoraron los 60 años del fin de la ocupación de las Fuerzas Aliadas en Japón, visito Tokio, ciudad que habité durante cinco años. Caminando por Roppongi, distrito cuyo origen está ligado a la posguerra por haber sido uno de los barrios donde se congregaron las legaciones extranjeras, y el primero consignado como zona de entretenimiento para extranjeros (en ese entonces las Fuerzas Aliadas del Ejército de Ocupación Estadounidense), me encuentro con una exposición de fotografía en el Fujifilm Square que se titula *The Face of Showa Japan (El rostro del Japón Showa)*.

Showa, que significa “paz ilustrada”, es paradójicamente el nombre de una época llena de turbulencias. Se inicia en los últimos días de 1926 y en ella ocurren la expansión militar japonesa en Asia, el nacionalismo imperial japonés, la confrontación con Estados Unidos y sus aliados, la derrota tras el lanzamiento de las dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, el inicio y fin de la ocupación norteamericana, los precarios años de la posguerra, las movilizaciones sociales, el milagro económico, el surgimiento de la burbuja financiera a mediados de los ochenta, y la muerte del emperador más controvertido en la historia moderna de Japón, Hirohito.

La exposición está formada por imágenes en blanco y negro que fueron publicadas en distintos periódicos y revistas importantes de la época por ocho fotógrafos: Ihei Kimura, Ken Domon, Hiroshi Hamaya, Tadahiko Hayashi, Kioshi Sonobe, Shigeichi Nagano, Takeyoshi Tanuma y Keisuke Kumakiri. Todos ellos retrataron durante esos años de desorden, de batallas, de escasez y de reconstrucción, no sólo a personajes famosos de la

cultura, del espectáculo, de la política y de los deportes, sino también a gente común y de distintas edades, en escenas de la vida cotidiana, la mayoría conmovedoras. La narrativa de la serie de fotos elegidas captura un sentimiento con matices a veces llenos de oscuridad y de derrota apabullante, pero otros más de luz y de renacimiento en una sociedad que se levantó sobre las cenizas de la desgracia y la desolación, frutos del fanatismo militar de sus gobernantes, y de los bombardeos de un ejército extranjero y victorioso a lo ancho y largo de la capital japonesa.

La primera foto que llama mi atención —aunque no la primera en el orden de la curaduría— es la de una gigantesca *Torii* plantada sobre lo alto de una cuesta de arena muy ancha. Inmediatamente reconozco la *Torii*, esa especie de puerta hueca erigida en cada santuario sintoísta para marcar el inicio del recorrido hacia el altar donde se venera a los *kamis* (dioses); es, sin lugar a dudas, la que se encuentra en el santuario de Yasukuni.

Me acerco a la foto para confirmar lo que ya sé: la imagen es de Ihei Kimura, uno de los más importantes fotógrafos documentales de Japón. Fue tomada en el otoño de 1945, dos meses después de la rendición japonesa. Lo peculiar de la imagen no es lo descomunal de la puerta hueca, ni los árboles famélicos enfilados a su espalda, tampoco la estatua erigida que se ve a lo lejos y que queda casi al centro de la *Torii* como si la enmarcara a propósito. Lo singular es la reverencia de 90 grados que hacen dos mujeres y un hombre al pie de la cuesta, y el letrero en inglés a su derecha. En una corta pero contundente frase en letras capitales se lee: *OFF LIMITS TO ALL ALLIED PERSONNEL AND VEHICLES* (Límites para todo el personal de las (fuerzas) aliadas y vehículos).

Y entonces recuerdo mi primer encuentro con ese santuario. Tenía exactamente dos semanas de haber llegado a Tokio. Eran los primeros días festivos de mayo de 2002. Salí con Aurelio a pasear en bicicleta para conocer los alrededores del nuevo barrio. En Tokio descubrí lo fácil que era andar en bicicleta; hacía que uno quisiera seguir más allá y perderse sin pensar en el tiempo y en el mapa entre sus callejuelas, la mayoría sinuosas, angostas y circulares, pero ordenadas.

Avistamos una cuesta flanqueada por enormes y hermosos árboles de ginkgo perfectamente alineados, esos árboles que son de un sólo linaje y no pertenecen a otras familias, salvo a dos ya extintas, y que son fósiles

vivos. Emprendimos la cuesta, pero a media subida bajé de la bicicleta y seguí el camino andando. Aurelio, en cambio, tomó vuelo y se adelantó. Lo vi alejarse sobre un camino muy largo y cruzar dos enormes estructuras de metal bronceado que daban la impresión de ser entradas, separadas una de la otra por cerca de 200 metros de distancia, hasta que lo perdí de vista en una gigantesca puerta de madera con tres entradas. Las puertas eran las llamadas *Sanmon*, que al verlas traen a la memoria la primera escena de torrencial lluvia que aparece en *Rashomon*, la película de Akira Kurosawa.

Cuando me acerqué a la segunda estructura de metal me percaté de que un anciano se dirigía hacia mí, gesticulando, levantando un brazo con movimientos bruscos. De pronto lo tenía frente a mí y desperté de la confusión de señas que lanzaba. En mi cara y sin dejarme avanzar vociferaba “gue-tauto”, “gue-tauto”, “gue-tauto”. La violencia de la escena me hizo recular e intentar entender lo que decía, pero él continuaba con su cantaleta. Finalmente entendí: me estaba diciendo que me fuera, que saliera de ahí: “gue-tauto” era *get out* en un acento *japanglish* o *waseigo*, como llaman en Japón a las palabras japonesas que se forman a partir de palabras inglesas. Temerosa por mi nulo japonés para defenderme y sin saber qué hacer, salí con la bicicleta, sintiéndome naturalmente humillada, a esperar en una calle cercana a que Aurelio saliera.

El sitio, no lo sabía, era el santuario de Yasukuni, un espacio sagrado para venerar a los espíritus de los soldados japoneses caídos en las guerras por defender la causa imperial. La verdad es que antes de encontrarnos con las enormes puertas de madera, desde que emprendimos la larga cuesta, creímos que era un parque. Tal vez lo que más molestó al anciano que me increpó fue que entráramos con bicicleta y con nulas maneras de respeto, pero no teníamos idea de dónde estábamos parados. Cabe mencionar que en ese entonces ya no había ninguna clase de letrero en inglés, como el de la foto tomada por Ihei Kimura, que anunciara qué lugar era y cómo debía uno entrar.

Días después, un amigo japonés al que le conté la experiencia me habló sobre el lugar y los nacionalistas que suelen rondar el santuario en camionetas negras adornadas con banderas marciales del sol naciente, y soltando desde sus altas bocinas consignas y música de la época de las guerras impe-

riales. También me habló de ciudadanos simpatizantes con la causa nacionalista que se pasean por ahí y creen que todo extranjero que se acerca es norteamericano, y que en ocasiones puede pasar lo que me sucedió. Me explicó que si volvía a sucederme, aclarara en seguida que no era norteamericana, sino mexicana. No sé si la aclaración hubiera servido de algo ante un furibundo nacionalista. Regresé incontables veces, la primera un poco temerosa, pero nunca más me volvió a suceder algo parecido.

Con la restauración Meiji, el emperador, que hasta entonces estaba recluido en su palacio en Kioto, destinado en la corte para interpretar el papel de garante de la cultura y las tradiciones japonesas, se traslada por primera vez a la renombrada capital: Tokio (antes Edo), una vez que el gobierno ya no está en manos del *Shogún*. En esos mismos años, a unos pocos kilómetros del palacio imperial y como parte de la nueva tarea de consolidar un Estado-religión que privilegiara el culto al emperador, se construye un santuario para recordar a los hombres que murieron por la causa imperial en la “guerra civil Boshin” (la batalla que provocó el ocaso del *ancien régime* en poder del *Shogún* y sus fieles *samurais*). Al sitio se le dio el nombre de Yasukuni, que literalmente significa “nación pacífica”.

En su origen tenía el fin de venerar a los héroes caídos durante los turbulentos acontecimientos de la restauración Meiji. Posteriormente sirvió de sostén para consolidar y fortalecer el discurso de la unión nacional como base de la fuerza militar que necesitaba el Japón imperial en su misión para colonizar Asia y mostrar su poder a las potencias extranjeras que rondaban la zona. Tras el primer conflicto con la ya precaria dinastía Qing a propósito de una expedición japonesa a unas islas cercanas a Formosa en 1874, donde murieron miembros de su flota naval, se comenzó a honrar, en el mismo santuario, a todo soldado abatido por la causa imperial.

El santuario, que a la fecha causa revuelo entre quienes en otro tiempo eran los enemigos declarados del Japón imperial, concretamente China y Corea, le rinde culto a los espíritus de más de dos millones 460 mil combatientes, incluyendo a los clasificados como criminales de guerra. Pero uno no termina de entender ese culto y la reverencia que hacen sus fieles o

simples paseantes frente al complejo sagrado hasta que visita, a su costado, el Museo Yūshūkan (Museo Militar), de estilo neorromano, construido en 1882 y diseñado por un arquitecto italiano.

El recorrido se abre con la cita de un texto clásico chino: “Cuando un caballero se establece, debe elegir cuidadosamente a sus vecinos. Cuando un caballero se involucra en las relaciones sociales, debe buscar la compañía del erudito” (*La exhortación al estudio*). Así el museo alberga artículos, notas sobre las vicisitudes y sentimientos de los héroes de guerras civiles y extranjeras; ilustra los acontecimientos de la guerra y su relación con la doctrina del culto al emperador para defender el imperio del Sol Naciente. Y como toda historiografía, la de la historia registrada en las quince salas cuenta una versión particular: la versión de las guerras en obediencia al mandato imperial.

La narrativa del museo comienza con una sala dedicada al espíritu *samurai* y culmina con una larga serie de fotografías de los soldados caídos durante la Guerra del Pacífico o Gran Guerra del Este de Asia, según la ideología que así la nombra. El recorrido por las salas da cuenta de todos y cada uno de los acontecimientos históricos que dieron forma al Japón imperial y colonial durante la primera parte del siglo xx, incluida la sala dedicada a los logros y preceptos de la familia imperial que moldearían el espíritu de sus súbditos.

En la primera sala, titulada “El espíritu japonés”, hay sólo una caja de cristal en el centro, que contiene dos sables que fueron usados para proteger el palacio imperial en la época Heian. En el muro del fondo de la caja está grabada una línea circular que forma un sol puro y cristalino. A la caja la flanquean cuatro poemas más escritos en telas largas colgadas en cada esquina de la sala, los poemas escritos por príncipes o eruditos que lucharon en batallas son alusivos a la veneración y a la fidelidad por el emperador y Japón.

“¿Por el soberano y el mundo salvaría mi vida, cuando sacrificarse por ellos es tan digno?” Príncipe Munenaga.

“¿Qué es el Espíritu de Yamato de estas Islas? Es como los cerezos que florecen en el sol de la mañana”. Motoori Norinaga.

“Las vidas dolorosas de quienes se preocupaban por su país, se esforzaban más y más protegiendo la Tierra de Yamato”. Mitsui Koshi.

“Moriremos en el mar, moriremos en la montaña, de cualquier manera, moriremos al lado del Emperador, nunca retrocederemos”. Otomo no Yakamochi.

La segunda sala, titulada “Los pilares de nuestra nación”, muestra de manera sumamente breve, con catorce dibujos, a notables personajes de la historia antigua y moderna rodeados de toda clase de indumentaria, de flechas y de espadas. Llama la atención la ficha sobre la emperatriz Jingū (siglo III), porque enfatiza escuetamente que fue una gran promotora de la expansión en ultramar, que en ese entonces era hacia Corea.

Están también las fichas y dibujos de los tres grandes unificadores de Japón, los líderes guerreros Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y el *shogun* Tokugawa Ieyasu, resaltando en uno de ellos sus conquistas y expediciones, también en Corea. La sala es muy pequeña pero resalta una cosa más: dos ataques de los Mongoles sobre Japón en la era Kamakura (siglo XIII) que repelió Hojo Tokimune ayudado por un tifón que nombraron *kamikaze*, literalmente “viento divino”. El mismo nombre que adoptarían los “aviones suicidas” en la Guerra del Pacífico.

A partir de la sala tres se devela el *leitmotiv* que acompañará al Japón imperial desde la restauración Meiji: la amenaza del exterior a partir de la llegada de los “barcos negros” al mando de comodoro Perry (el mismo que durante la intervención de Estados Unidos en México llegó hasta puertos del estado de Tabasco) y que obligó a dejar el aislamiento y la relativa paz que durante cerca de 200 años mantuvieron los *shogunes*. De esta manera, las subsecuentes salas toman forma a partir de la real amenaza que va encarnando la invasión de las potencias occidentales sobre Japón y toda Asia, y el llamado imperial de su liberación.

En el mismo museo se pueden ver dos grabados japoneses con los retratos del comodoro Perry. En uno aparece dibujado con una prominente nariz y ojos rojos demoniacos. Lo peculiar de la nariz es que es idéntica a la de un *Tengu*, personaje que aparece en las historias de mitos populares y que representa a un demonio nocivo que presagia la guerra. En otro grabado

está dibujado con la clásica camisa de cuello militar pero con un detalle curioso: el cuello tiene diseños chinos.

Los grabados, que en su mayoría retrataban a actores del teatro kabuki, a geishas, paisajes y barrios históricos, leyendas heroicas o pasajes literarios, ahora también servían como propaganda antiextranjera. Un eslogan de la época era “Respeto al emperador, expulsión de los bárbaros”.

Desde que llegaron los “barcos negros” a las costas de Japón, la sensación de la amenaza del extranjero entra en el subconsciente colectivo de muchos japoneses. Se hacen conscientes de la diferencia entre lo extranjero y lo nativo, una diferencia que naturalmente hacen todas las culturas y que en Japón perdura hasta la fecha. Aunque la propaganda antiextranjera fue fuertemente censurada desde la Ocupación Aliada y ya no es más un tema que predomine en Japón, durante mucho tiempo estuvo pendiente el estatus de miles de chinos y coreanos; primero, obligados a vivir en Japón por la política de inmigración colonial, y segundo, repatriados como “huérfanos o esposas de guerra” a Japón tras restablecerse las relaciones diplomáticas con Corea y China.

Naoki Inose, escritor y político japonés, dice en sus crónicas de guerra entre Japón y Estados Unidos, *The Century of The Black Ships*, que “las circunstancias producen el estado de la mente en el que el enemigo de una nación es también un enemigo personal, que predomina cuando el sistema lo permite, al final, en cierto grado, los súbditos participan en política por iniciativa propia”. La presión extranjera sobre Japón desde finales del siglo XIX provoca irremediablemente el temor de una invasión dentro de su pequeño y frágil territorio rodeado de agua; su necesidad de expandirse en ultramar no sólo pretende mostrar su poder frente al enemigo, sino también evitar que entre en casa.

En uno de los mapas exhibidos en el Museo Yūshūkan se puede ver cómo, durante el periodo de ofensiva de la Guerra del Pacífico, las fuerzas imperiales japonesas iban ganando terreno al grado de acercarse a Australia. Ya era su colonia toda la península de Corea, pero durante la guerra ocuparon la península de Malasia, la isla de Guam, Hong Kong, Singapur, Java,

Sumatra, las islas Filipinas, Indonesia, hasta llegar a las Islas Salomón, cerca de Australia. La guerra pasó a la etapa defensiva que lo acercó poco a poco a la derrota cuando perdió Okinawa y la isla Iwo Jima y comienzan los bombardeos en su territorio, reduciéndolo a escombros y cenizas.

Japón hoy es una democracia plena que hasta hace dos años ocupaba el segundo lugar en el mundo como potencia económica. Ha adoptado muchas cosas de occidente, preservando sus tradiciones y su cultura; en parte, porque su población es fundamentalmente homogénea y, en parte, por el estricto control migratorio que ha diseñado y mantenido. Desde finales de la década de los sesenta, en plena consolidación económica, la inmigración, no sólo de Asia, llegó para quedarse temporal o definitivamente. En la década de los ochenta, en plena burbuja financiera, experimentó el mayor flujo de extranjeros en toda su historia y, por primera vez, cambió su política migratoria, inalterada desde la ocupación estadounidense.

Aunque en Japón la población extranjera representa sólo cerca de 2 por ciento de un total de 120 millones, lo cierto es que es un país que no parece haberse acostumbrado a los extranjeros. Su condición geográfica de isla lo vuelve una especie de molusco dentro de su concha. Edwin O. Reischauer, embajador de Estados Unidos en Japón en la década de los sesenta y fundador de los estudios sobre Japón en la Universidad de Harvard, señala acertadamente en su libro *The Japanese Today: Change and Continuity* que lo que define a la nación japonesa es la idea sobre “uchi” y “soto”: dentro y fuera. “Una persona es por raza, lenguaje, cultura y nación completamente japonés o no es japonés del todo”.

Japón es de los pocos países en el mundo que otorga la nacionalidad bajo el principio jurídico de *jus sanguinis* (derecho de sangre) y no de *jus soil* (derecho de tierra). Justamente, su identidad ha sido moldeada alrededor de la idea de misma sangre, misma raza, mismo lenguaje y remarcando la diferencia entre lo de adentro y lo de fuera que, dicho sea de paso, contribuyó al esfuerzo político absolutamente deliberado de crear el mito de una nación pura que, a finales del siglo XIX y principios del XX, alimentó el naciente nacionalismo con las consecuencias ya conocidas.

Hans Magnus Enzensberger, en su extraordinario ensayo “La gran migración”, escribe:

Cualquier migración desencadena conflictos, independientemente de la causa que la haya originado, de la intención que la mueva, de su carácter voluntario o involuntario, o de las dimensiones que pueda adoptar. Tanto el egoísmo de grupo como la xenofobia son constantes antropológicas previas a cualquier justificación, cuya difusión universal permite pensar que fueron anteriores a cualquier otra forma social conocida. Para frenar dichas constantes, para evitar continuos baños de sangre, para posibilitar un grado mínimo de intercambio y circulación entre clanes, tribus y etnias, las sociedades antiguas inventaron los tabúes y los ritos de la hospitalidad.¹

El incidente de mi primera visita al santuario de Yasukuni no me hizo caer en el cliché de que los japoneses son racistas o de que discriminan al extranjero. En general, en estos diez años viviendo en Japón no he tenido motivos personales para declararlo, ya sea por mi nacionalidad o por mi evidente condición de extranjera. Sin embargo, puedo asegurar que la mayoría de los japoneses no se acostumbra a ver que los extranjeros no sean sólo turistas o empleados con contratos de trabajo limitado. Así que irremediablemente se hace uno consciente de que es diferente a los ojos del japonés, sobre todo siendo un extranjero occidental.

Muchos extranjeros que viven en Japón podrán confirmar que al interactuar por primera vez con un nativo se crea la sensación de que ellos piensan que en cualquier momento uno se irá, que no se quedará, y entonces su profunda y a veces exagerada hospitalidad cobra más sentido, como en el pasaje citado de Hans Magnus.

El 15 de agosto de 1945, tras los dos bombardeos nucleares sobre la población civil en Hiroshima y Nagasaki, el Japón imperial se rindió y aceptó los términos de la Declaración de Potsdam. Ese mismo día, por primera vez,

¹ Hans Magnus Enzensberger, *La gran migración. Treinta y tres acotaciones*, Anagrama, España, 1992, p. 17.

los japoneses escucharon por radio la voz del emperador Hirohito dando el mensaje del fin de la guerra. Meses atrás la radio no sólo emitía crónicas de triunfo y liberación en territorios del Pacífico asiático; también cada noche, desde 1933, tras la invasión a Manchuria, transmitía en vivo la ceremonia *Shokonshiki*, “la bienvenida de las almas”, la ceremonia de registro de los soldados muertos en el santuario de Yasukuni, para dar fortaleza al espíritu de los que quedaban en la lucha.

Japón tiene que abrazar la derrota y convivir durante seis largos años con la ocupación de los aliados al mando del comandante supremo, el general Douglas MacArthur. Por primera vez en toda la historia de Japón la amenaza extranjera estaba en casa y al mando. Pero la figura del emperador, que se tornó humana, permitió que el trance no fuera mortal.

La capital, como el resto del país, era un montón de escombros y cenizas. “Los rostros del Japón *Showa*” que retratan los fotógrafos como Takahiko Hayashi, de mujeres y niños caminando entusiastas por el anuncio de una batalla ganada con banderas del sol naciente, ya no se observan. Tampoco los rostros de Ken Domon de japoneses en uniforme militar cruzando las calles entre mujeres ataviadas con ropa de campesinas (la vestimenta que debían usar todas durante la guerra). Ni aquellas imágenes de Hiroshi Himaya de mujeres en hermosos kimonos paseando por el barrio de Ginza o en ropa a la moda europea en el Ballroom Florida en Asakusa, un salón de baile donde se daban cita actores y bailarines al ritmo del boom del jazz.

Ahora los rostros son de mujeres y hombres que, alineados en espera de una ración de arroz, pisan escombros, mientras los soldados del ejército aliado son inconfundibles en las calles. Takeyoshi Tanuma retrata niños, seguramente huérfanos, esparcidos y aislados del resto de la gente en el parque de Ueno. Los mismos rostros de niños que aparecen en las escenas de la primera película de Yasujiro Ozu grabada después de la guerra, en 1947. *La historia de un señor de la vecindad*, es una película poéticamente cruel y a la vez tierna, donde Ozu revela en los personajes de un niño huérfano y una anciana el egoísmo y la indiferencia de una sociedad abatida por la guerra, que tiene que sobrevivir por sí misma entre la miseria y las inmundicias que quedaron.

Ian Buruma, en el libro *Inventing Japan*, cuenta que cuando MacArthur salió de Japón tras ser removido por el presidente Truman, los periódicos

agradecieron al comandante de las Fuerzas Aliadas por enseñar al pueblo de Japón “los méritos del pacifismo y la democracia”. Incluso el emperador Hirohito agradeció, al otrora enemigo, todo lo que había hecho por Japón, y fue despedido por niños, mujeres y hombres alineados con pequeñas banderitas en su camino hacia Haneda, el aeropuerto.

El fin de la ocupación llegó y los japoneses se encaminaron a dejar atrás los horrores de la guerra con trabajo y dedicación característicos de su cultura, para sacar a Japón de la miseria. Lo lograron en diez años: los Juegos Olímpicos son la tarjeta de presentación para estar de nuevo en la competencia, esta vez económica, entre los grandes. Los rostros que retrata Shigeichi Nagano son de hombres y mujeres que se uniforman, pero ahora para asistir a las fábricas de coches y de aparatos electrónicos en trenes o coches particulares. Se ha iniciado el llamado *Izanagui* boom. *Izanagui*, que en la mitología japonesa es una deidad que se asocia con el mito del nacimiento de Japón, invocó su renacimiento.

Japón es una sociedad conservadora; los dos partidos políticos que la han gobernado también lo son. Parte de abrazar la derrota frente a los poderes aliados fue aceptar una constitución que lo coloca como un país democrático, pacifista y sin ejército. Pero el temor a invocar los fantasmas del pasado, a despertarlo en ciertos grupos nacionalistas, que son pocos pero existen, a esos espíritus de los héroes a los que se venera por haber defendido su imperio, hace a los gobernantes japoneses vacilar y no tomar postura en temas pendientes con los vecinos que una vez colonizó y atacó violentamente, Corea y China, dejando que las emociones nacionalistas que imperan en esos países se cueLEN y dirijan el camino del diálogo y la estabilidad de la región. ❧

Kioto, septiembre de 2012

Toka-ton-ton*

Osamu Dazai

Estimado señor mío:

Por favor, instrúyame. Tengo un serio problema.

Voy a cumplir 26 en este año. Nací en la ciudad de Aomori, en un barrio rodeado de templos. A lo mejor usted no sabe dónde es. Junto al templo de Seikaji, había una florería llamada Tomoya. Mi familia había sido la dueña de ese expendio. Yo soy el segundo hijo.

Después de graduarme de una secundaria de Aomori, trabajé como oficinista en una fábrica de municiones ubicada en Yokohama. Laboré ahí durante tres años. Luego estuve cuatro años en el ejército y casi al mismo tiempo que se oficializó la Rendición Incondicional, regresé a mi tierra, pero mi casa la habían quemado. Mi padre, mi hermano mayor y mi cuñada vivían ahí. Habían construido una pequeña choza sobre sus vestigios calcinados. Mi madre había fallecido mucho antes. Justo cuando cursaba el cuarto año de la secundaria.

* El relato *Toka-ton-ton* (トカトントン) fue publicado en enero de 1947 en la revista *Gunzo* (群像). La traducción al español es de Isami Romero para este número de *Istor*. Osamu Dazai (Aomori, Japón, 1909-1948). Novelista y cuentista japonés. Akutagawa fue una gran influencia, pero fue en 1936 cuando dejó su militancia comunista para dedicarse a la literatura. Tenía 27 años. En ese año publicó “Los últimos de mi vida” (*Bannen*: 晩年), una supuesta una nota de suicidio. La muerte siempre estuvo presente en su vida y en varias ocasiones intentó suicidarse. Durante la Guerra del Pacífico (1941-1945) siguió publicando y en 1948 se suicidó en Tokio, a la edad de 38 años. Sus principales obras: *¡Corre Meros!* (*Hashire Merosu*: 走れメロス) (1940), *Tsugaru* (津軽) (1944), *La mujer de Villon* (*Viyon no Tsuma*: ヴィヨンの妻) (1947), *El ocaso* (*Shayo*: 斜陽) (1948) e *Indigno de ser humano* (*Ningen Shikkaku*: 人間失格) (1948).

Ante este infortunio, consideré que era una gran molestia para mi padre y para mi hermano que me fuera a morar con ellos en esa pequeña casa construida bajo los escombros quemados. Así, después de consultarlo con ellos, decidí trabajar en la oficina de correos de este pueblo costero A, ubicado a ocho kilómetros de la ciudad de Aomori. El edificio donde está ubicada la oficina había sido la casa familiar de mi difunta madre y el gerente era su hermano mayor. Llevo laborando más de un año aquí, pero cada día que paso en este lugar siento que mi existencia se está volviendo una estupidez. Estoy verdaderamente preocupado.

Comencé a leer sus novelas cuando trabajaba en la fábrica de municiones de Yokohama. Desde que leí sus pequeños escritos publicados en la revista *Buntai*, se me hizo costumbre buscar sus obras y hojearlas. Después de leer varias, supe que usted había estudiado en la misma secundaria que yo. También me enteré de que mientras cursaba sus estudios ahí, había vivido en la casa de los Toyoda ubicada en un barrio lleno de templos en Aomori. Eso me estremeció.

Ellos tenían una tienda de kimonos en mi vecindario. Los conozco muy bien. Dicen que el dueño fundador, el primer don Futozaemon, había sido gordo. Los caracteres chinos de su nombre habían concordado a la perfección con su corpulencia: el kanji de futo (gordo). Empero, don Futozaemon, quien administraba ahora la tienda, era flaco. Por eso, hasta daban ganas de decirle Hanezaemon: el Zaemon de Plumas. Era una buena persona. En estos ataques aéreos, la casa de los Toyoda fue consumida completamente por el fuego. Incluido, el almacén. Ha sido una gran pena.

Al enterarme que usted había vivido ahí, pedí a don Futozaemon que me escribiera una carta introductoria y decidí visitarlo, pero como soy tímido no tuve el valor para llevarlo a cabo. Ni siquiera me puedo imaginar esa escena.

Pero sigo contando sobre mí. Después de entrar al ejército, me mandaron a resguardar las costas de la prefectura de Chiba. Me la pasé excavando sólo hoyos hasta que terminó la guerra, pero en algunos momentos me daban medio día libre y salía a la ciudad para buscar sus obras. Así, hubo algunos momentos en que tomé una pluma y quise escribirle una carta. Sin embargo, escribía “Estimado señor”, y luego no sabía qué más poner. No tenía un motivo específico, y como soy un total don nadie para usted, me quedaba perplejo con la pluma.

A la postre, Japón se rindió de manera incondicional y pude regresar a mi tierra. Ahora trabajo en la oficina de correos de A. Hace unos días fui a Aomori, husmeé en una librería y busqué sus obras. Ahí me enteré, por medio de una de ellas, que usted había sido también víctima de los ataques y que había regresado a su tierra natal Kanekicho.

De nuevo mi pecho se estremeció. A pesar de eso, no tuve el valor para visitar su distinguido hogar. Después de meditarlo muchas veces, decidí escribirle una carta. En esta ocasión no me deprimí al escribir “Estimado señor” como en el pasado, ya que esta carta tiene un motivo. De hecho, es una cuestión urgente.

Quiero que me instruya sobre una cosa. Tómenme en serio cuando le digo que estoy en un embrollo. Además, no sólo soy yo: creo que también hay otras personas a las que les aflige el mismo problema. Guíenos. Desde que estaba en la fábrica de Yokohama, incluso cuando formaba parte del ejército, había intentado escribirle, por fin he podido hacerlo. No pensé que esta primera carta expresara tan poca felicidad.

En el medio día del 15 de agosto de 1945, nos formaron frente a la explanada de la residencia militar. Nos pusieron a escuchar una transmisión, la cual supuestamente era la voz de su majestad. No pude lograr escuchar bien ninguna de las palabras debido a la interferencia. Y después de eso, uno de los tenientes jóvenes subió corriendo a la tarima.

—¿Escuchasteis? ¿Habéis comprendido? Japón ha aceptado los Acuerdos de Potsdam y se ha rendido. Sin embargo, eso es un asunto político. Nosotros somos militares. Tenemos que seguir combatiendo. Al final, nos tendremos que suicidar, sin quedar ninguno. Os pido disculpas. Yo mismo pienso hacerlo, así que también debéis estar preparados para hacerlo. ¿Comprendido? Bien. ¡Romped filas, ya!

Después de decir estas palabras, el joven teniente bajó de la tarima y mientras caminaba se le escurrieron algunas lágrimas de los ojos. Me pregunté: ¿Es este acto un símbolo de solemnidad?

Me quedé erguido. Comenzó a ponerse oscuro; de algún lugar soplaba un viento frío. Y sentí que mi cuerpo se hundía al fondo de la tierra, casi de manera natural. Pensé en quitarme la vida. Pensaba que morir era lo mejor. Del bosque ubicado frente a mí, no se oía nada, todo era silencio. En ese momento, se veía tan negro; una parvada de pequeños

pájaros salió volando sin hacer ruido. Era como si alguien hubiera arrojado polvo de sésamo al viento.

Sí. Fue en ese momento. De la residencia militar ubicada a mi espalda, escuché tenuemente el sonido: Toka-ton-ton. Era como si alguien clavara un clavo con un martillo. Al oír eso, volví en mí. Toda esa situación trágica y solemne desapareció en un instante. Era como si me hubiera librado de un maleficio y me hubiera vuelto un hombre nuevo. Sin vergüenza alguna, contemplé los valles arenosos de ese medio día de verano. No tenía ningún tipo de sentimiento profundo. De esta manera, llené de muchas cosas mi mochila y me regresé perplejo a mi tierra.

Aquel tenue sonido tan lejano, ese martillear era increíblemente bello. Me despojó del fantasma del militarismo. Después de eso, no me han atormentado jamás las pesadillas trágicas y solemnes de ese día, pero parece que ese pequeño sonido dio en el centro de mi cerebro. A partir de ese día y hasta la fecha me he vuelto un hombre epiléptico, una cosa tan rara.

Pero no significa que me den ataques compulsivos. Todo lo contrario. Cada vez que alguna agitación me atormenta, de algún lugar escucho el tenue sonido Toka-ton-ton. Aquel martilleo. Eso me tranquiliza y el paisaje frente a mis ojos cambia abruptamente. Se interrumpe nada más la imagen y queda sólo una pantalla completamente blanca, y al observarla detenidamente, me doy cuenta que no hay nada. Me siento como un idiota.

La primera vez que ocurrió fue cuando llegué a la oficina de correos. En esos días, me dije a mí mismo: “ya eres libre, puedes elegir lo que quieras estudiar. Escribe una novela”. Decidí hacerlo y mandársela a usted. En mis tiempos libres, intenté escribir mis memorias de la milicia. Me esforcé mucho y logré redactar cien hojas.

Me restaba sólo un día más para poderla terminar. Recuerdo que era una tarde de otoño. El trabajo de la oficina había terminado. Fui al baño público y mientras me calentaba, comencé a planear cómo sería el último capítulo. Estaba emocionado. Podría ser un final como los de Onegin: muy florido y triste. O también podría ser como *Las peleas* de Gógol en la cual hubiera alguna escena deprimente.

Estaba muy excitado y cuando alcé la vista y vi el foco pelón colgado en el alto techo del baño público, escuché de nuevo ese martilleo lejano: Toka-ton-ton. En ese instante, se calmó el oleaje. Estaba chapoteando

en el agua caliente, justo en la esquina de la oscura tina. Era simplemente una figura desnuda agitando el agua.

Quedé aburrido, salí de la tina y mientras me limaba la mugre de las plantas de los pies, me puse a oír de qué hablaban los otros clientes. Tanto Pushkin como Gógol me parecieron nombres de cepillos importados. Salí del baño público y crucé el puente; regresé a casa y cené en silencio. Después de eso, me subí a mi cuarto. Hojeé las casi cien hojas de mi borrador colocadas sobre el escritorio. Me di cuenta de que su contenido era tan estúpido. Me dieron náuseas y perdí hasta las ganas de romperlas. A partir de ese día, las uso a diario para sonarme la nariz.

Desde ese momento hasta la fecha, no he escrito ni un reglón de un texto que se asemeje a una novela. En la casa de mi tío hay unos pocos libros y a veces pido prestadas algunas notables novelas de las eras Meiji y Taisho. Algunas me emocionan, otras no. Mantengo la compostura y en las noches que hay tormentas de nieve me duermo temprano. Llevo una vida sin materia “espiritual”.

En estos días he visto una colección de arte mundial. No he mostrado ningún interés por los impresionistas franceses que tanto me habían gustado en el pasado. Me he concentrado en observar obras de la época Genroku, como los trabajos de Korin Ogata y Kenzan Ogata. He considerado que ni Cezanne ni Monet ni Gauguin ni otra obra de otro pintor puede superar las flores de rododendro de Korin. Así, parece que mi vida espiritual recupera un poco de su vitalidad perdida.

Sin embargo, no tengo ni siquiera la ambición de ser un gran pintor como Korin o Kenzan. Seré un diletante provinciano. Y el único trabajo que podré hacer con esmero será estar sentado desde la mañana hasta la noche en el mostrador de la oficina postal, contando los billetes. Es lo máximo que puedo hacer.

Para una persona que no ha tenido una formación académica ni talento alguno, no es una vida para deprimirse. A lo mejor hay una corona para los modestos. Vivir una vida diaria normal y trabajar duro es probablemente la mejor existencia espiritual. Últimamente he comenzado a sentir un poco más de orgullo por mi existencia. Fue justo en ese momento cuando vino el cambio de paridad. Aun en esta oficina de correos provinciana, por ser tan pequeña, nos faltaba personal y estábamos muy ocupados.

En esos días, desde temprano teníamos que cambiar los billetes de yenes viejos por los nuevos. Quedé exhausto y sin poder descansar. Como estoy en una situación de dependencia frente a mi tío, sentía como si tuviera puestos unos pesados guantes de metal; no sentía casi mis manos.

Trabajé tanto que dormí como un muerto. A la mañana del día siguiente, cuando sonó el despertador, me levanté. Fui de inmediato a la oficina y comencé el aseo. Esta tarea la desempeñaba una de las muchachas de la oficina, pero desde que comenzó este agitado cambio de billetes, mis ganas de trabajar aumentaron, casi de manera extraña. Mi velocidad se incrementaba día con día. Continué haciéndolo, estaba medio loco. Parecía una fiera tras su presa.

Finalmente, este cambio de billetes se terminó y al día siguiente me desperté y salí de mi oscuro aposento y aseé la oficina con una gran precisión. Después de terminarlo todo, de manera impecable, me senté en la ventanilla de la recepción. La luz de la mañana alumbraba mi cara. Cerré mis ojos cansados. A pesar de lo anterior, tenía una gran satisfacción. “El trabajo es divino”. Me acordé de esas palabras y cuando suspiré de alivio, percibí a lo lejos aquel sonido: Toka-ton-ton.

Después de eso, de inmediato sentí que todo era una estupidez. Me paré y me fui a mi cuarto. Me puse las cobijas encima y me quedé dormido. Aunque me avisaron que el desayuno estaba servido, dije bruscamente que hoy me sentía muy mal y no me iba a levantar. Ese día era uno de los días más ocupados de la oficina. Todo el mundo estaba lleno de trabajo, ya que el trabajador más diestro estaba en cama. Sin embargo, me quedé dormido profundamente todo el día. En vez de saldar mi gratitud hacia mi tío, esta actitud ególatra se había vuelto un lastre para él. Para ese momento, no tenía ya energías para trabajar.

Al día siguiente no me pude levantar y me senté atontado en la ventanilla de la recepción. Estaba todo el tiempo bostezando y la mayor parte de mi trabajo se lo encargué a la trabajadora que estaba a mi lado. Al siguiente día y también el siguiente hice lo mismo. Me había convertido en un trabajador lento, malhumorado y desganado. Es decir, el típico empleado de ventanilla.

—¿Otra vez tú? ¿Estás enfermo? —me dijo mi tío el gerente, pero sonreía de manera tenue.

—No tengo nada. A lo mejor es una crisis de nervios —contesté.

—Tienes razón —Mi tío lo dijo como si supiera la respuesta—. Creo lo mismo. Eso te pasa por leer libros complicados, esas cosas no son para tontos. Para los tontos como tú y como yo, lo mejor es no pensar en cosas complicadas —dijo y sonrió.

También sonreí.

Este tío se había graduado de la escuela técnica, pero no tenía ningún don que lo hiciera ver como un intelectual.

Y después (¿Se ha dado cuenta de que en mi prosa pongo mucho “y después”? ¿Lo anterior será la prosa de un tonto? Esto me aflige mucho, pero me sale sin querer. Me dan ganas de llorar.) Y después me enamoré. No se ría. Bueno no puedo culparlo, a cualquiera le provoca risa. En esos días era como un charal embarazado y solitario que estaba flotando en una pecera de peces japoneses; vivía inmutable y sin darme cuenta de que me había comenzado a enamorar: un amor vergonzoso.

Cuando brota el amor, uno siente que la música lo arropa. Siento que ese es uno de los síntomas de la enfermedad del amor. Es un amor no correspondido, pero amo y quiero a esa mujer. No puedo evitarlo.

Ella es una sirvienta de una pequeña posada, la única del pueblo costeño. Parece que no tiene más de 20 años. Mi tío, el gerente, es un bebedor, siempre que hay una melopea, ésta se organiza en uno de los cuartos de esa posada, y él nunca falta. Al parecer, mi tío y esta sirvienta se llevan bien. Cada vez que ella aparece en la ventanilla de la oficina de correos para preguntar sobre los ahorros o sobre los seguros de vida, mi tío dice pésimos chistes para hacerla reír.

—En estos días, te has dado cuenta de que estamos en bonanza económica, Muy bien. Por eso, has comenzado a mostrar un interés por los ahorros. Estoy muy impresionado, muy impresionado. ¿Parece que has encontrado a un buen hombre?

—¡Qué aburrido es usted! —dice ella

Y realmente lo dice mostrando una cara aburrida. No es la cara de una mujer pintada por Van Dyck, sino más bien se parece a la del príncipe. Su nombre es Hanae Tokita. En la libreta de ahorros dice así. Antes vivía en la prefectura de Miyagi, eso está escrito ahí, pero ahora está sombreado con una línea roja. A su lado está la nueva dirección. De acuerdo con los rumo-

res de las trabajadoras de la oficina, parece que allá en Miyagi fue víctima de la guerra y unos instantes antes de la Rendición Incondicional, cayó accidentalmente en este pueblo.

Dicen también que la dueña de aquella posada es su pariente lejana. Y parece que su conducta no es buena. Aunque es una niña, dicen que es diestra en esos “menesteres”. Nadie de los que evacuaron esa tierra, nadie tiene una buena reputación. Yo no creía lo de sus habilidades en esos “menesteres”, pero no podía negar que Hanae-san tuviera muchos ahorros. Está prohibido que los trabajadores del correo hagamos pública esa información y aunque el gerente se mofaba de esos extraños ahorros, era cierto que Hanae-san venía una vez a la semana a depositar entre 200 y 300 yenes. Todo en billetes nuevos, y el monto total de sus ahorros seguía aumentando.

No pensaba que ella había encontrado un buen hombre, pero cada vez que ponía un sello de 200 o de 300 yenes en la librería de Hanae-san, mi corazón palpitaba y mi cara se sonrojaba

Y paulatinamente me sentí afligido. Estaba seguro de que Hanae-san no trabajaba en esos “menesteres”, pero pensé que las personas de este pueblo le estaban dando dinero para apropiarse de ella y le estaban haciendo un mal. Eso es lo que estaba pasando. Al pensar eso, me asusté y hubo días en que me despertaba tan sólo de imaginarlo.

Sin embargo, Hanae-san seguía trayendo dinero cada semana sin mostrar cara de arrepentimiento. Ahora, ya no me latía el corazón ni me sonrojaba. Estaba tan afligido; tenía la cara pálida y me salía un sudor frío de la frente. Hubo varias ocasiones, mientras contaba los billetes de diez yenes, que me dieron ganas de romper los formularios llenados por Hanae-san, los cuales estaban pegados a su sucio dinero.

Quería decirle algo. Aquella célebre frase de la novela de Kyoka: “Aunque te mueras. ¡No seas el juguete de las personas!” Eran unas palabras demasiado pretensiosas para un pueblerino como yo. No se las podía decir, pero sinceramente quería decírselas: Aunque te mueras. ¡No seas el juguete de las personas! ¿Qué son las cosas materiales? ¿Qué es el dinero?

Cuando uno piensa en alguien, eso provoca que esta persona se fije en uno. ¿Realmente existen esos casos? Aquello ocurrió a mediados de mayo. Hanae-san, como siempre, apareció de manera presuntuosa del otro lado

de la ventanilla. Dijo, “por favor” y me pasó la libreta de ahorros. Suspiré y la recibí. Conté cada uno de los sucios billetes con un sentimiento de tristeza. Puse el monto en la libreta y sin hablar se la pasé a Hanae-san.

—¿Está libre a la cinco?

No creía lo que mis oídos escuchaban. Pensé que el viento de la primavera me estaba jugando un mal juego. Habían sido unas palabras tan rápidas y bajas.

—Si tiene tiempo, venga al puente —dijo eso. Me mostró una tenue sonrisa y se fue presuntuosa como había venido.

De reojo vi el reloj. Habían pasado un poco de las dos. De ahí hasta las cinco es una historia tediosa, pero hasta la fecha no puedo recordar qué hice. Probablemente estaba dando vueltas con una cara intranquila.

De pronto dije en voz alta a la empleada contigua: “¡Hoy hace muy buen tiempo!” Ese día estaba nublado y al ver que ella se había espantado, la mire con ojos enojados y me paré para ir al baño. Parecía seguramente un idiota. Siete u ocho minutos antes de las cinco salí de casa. En el trayecto descubrí que las uñas de mis manos estaban largas. No sabía porqué. Todavía recuerdo que quería llorar en serio.

Hanae-san estaba parada al lado del puente. Pensé que su falda era corta. Vi sus largas piernas desnudas y desvié la mirada.

—Vamos hacia el mar —dijo con una gran calma.

Hanae-san iba adelante, yo estaba alejado de ella, como a cinco o seis pasos. Caminamos lento hacia el mar. Y aunque estábamos alejados esa distancia, conforme fuimos caminando, nuestros pasos coincidieron. Eso me preocupó. Estaba nublado y había un poco de viento. En la costa había torbellinos de arena.

—Aquí está bien.

Hanae-san pasó entre un barco grande y otro más chico que estaban colocados en la playa. Y se sentó en la arena.

—Venga. Si se sienta no le dará el viento. Está caliente.

Me senté casi a dos metros de ella. Hanae-san había estirado sus piernas hacia delante.

—Disculpe por haberlo llamado, pero tengo que decírselo. Es sobre mis ahorros. Usted está pensando que son algo raro, ¿no es así?

Pensé que era el momento. Contesté con una voz ronca.

—Pienso que son raros.

—Eso es lo más natural —dijo Hanae-san mientras se ladeaba y se esparcía la arena escarbada en sus piernas desnudas—. Aquello no es mi dinero. Si fuera mío no lo ahorraría. Es una monserga estar depositándolo siempre.

Como me lo temía. Pensé en voz baja y asentí en silencio.

—Así es. Aquella libreta de ahorros es de mi patrona, pero eso es un secreto, no se lo diga nadie. Sé porqué ella lo hace, tengo una leve idea, pero como es algo tan complicado, no se lo voy a contar. Me mortifica. ¿Me cree?

Hanae-san mostró una pequeña sonrisa y me percaté de que sus ojos tenían un extraño brillo, era unas lágrimas.

Quería besarla. No podía contenerme. Pensé que podría sobrepasar cualquier sacrificio por Hanae-san.

—Todos los que viven por aquí están mal. Pensé que usted me había malinterpretado, por eso me animé a decírselo.

En ese momento, de una de las cabañas cercanas se escuchó el sonido de un martilleo: Toka-ton-ton. El sonido de este momento no era una alucinación auditiva mía. En la choza del señor Sasaki, la que está en la playa, alguien había comenzado a martillar realmente un clavo. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. Toka-ton-ton. Martilleó varias veces. Mi cuerpo tembló y me paré.

—Entendido. No se lo diré a nadie.

Me percaté de que detrás de Hanae-san había una gran cantidad de excremento de perro. Hasta pensé en advertírselo.

Las olas pegaban cansadas en la arena. Algunos barcos sucios con sus velas alzadas pasaba lentamente cerca de la costa.

—Bueno, me despido.

Estaba desganado. No era mi asunto lo de los ahorros. De entrada, no había nada entre nosotros, éramos unos desconocidos. No me interesaba si ella era el juguete de alguien. ¡Qué estupidez! Me había dado hambre.

Después de ese día, como siempre, Hanae-san venía cada semana o cada diez días a traer su dinero y lo depositaba. Esos ahorros ya han superado varios miles de yenes, pero no tengo ningún interés. Como lo dijo ella, ese dinero era de su patrona. A lo mejor era de Hanae-san. Sea lo que sea, ese era un asunto que no era de mi incumbencia.

Entonces, ¿quién tuvo un desamor? Desde mi punto de vista, el que lo tuvo fui yo. Sin embargo, si así fue, no me había mortificado. Pensé que

había sido una forma rara de desamor. Era de nuevo un empleado normal y sin chiste de la oficina de correos.

Al comenzar junio, tuve que ir por un asunto a Aomori y por coincidencia vi una manifestación de unos obreros. Hasta ese momento, no tenía mucho interés en los movimientos sociales y políticos. Más bien dicho, antes había sentido una especie de desilusión hacia ellos.

No importaba quién los hiciera, todos eran iguales para mí. Además, no importaba en qué movimiento participara uno, pensaba que al final uno sería sacrificado por el honor y por los intereses políticos de los líderes. Consideraba que ellos afirmaban sus propias opiniones sin dudarlos. Garantizaban que si uno se unía a lo que decían, uno y su familia, su pueblo, su país o todo el mundo se podían salvar. Todo era una pose. Mentían diciendo que los que no se salvaban eran los que no habían seguido sus palabras.

Como habían sido rechazados y rechazados tantas veces por una mujerzuela, gritaban la derogación de la prostitución pública. Golpeaban con indignación a sus camaradas guapos. Hacían desmanes y escándalo.

Eran hombres que habían recibido por suerte un premio militar y lo gritaban al cielo. Entraban corriendo a su casa diciendo con una cara presumida: “¡Mira mujer!” Abrían con cuidado una caja y le mostraban su interior. Pero la esposa les decía con frialdad: “Es un premio de quinta, ¡por lo menos que sea de segunda clase!” El marido quedaba deprimido y por esa razón estaba medio desquiciado y terminaba metidos en esos movimientos sociales y políticos.

En las elecciones generales pasadas, en abril de este año, ellos habían estado alborotados diciendo no sé qué sobre la democracia. No podía confiar en esas personas. Dentro del Partido Liberal y el Partido Progresista estaban como siempre personas con un pensamiento arcaico. Mientras que en el Partido Socialista y en el Partido Comunista había mucho entusiasmo, pero ellos sólo se estaban aprovechando de los efectos positivos de la derrota. No habían podido borrar la sucia imagen surgida de los gusanos de los cadáveres de la Rendición Incondicional.

En el día de las votaciones, el 10 de abril, mi tío, el gerente, me dijo que votara por el señor Kato del Partido Liberal. Dije que sí y salí de casa hacia la costa para dar un paseo. Luego regresé. No importaba cuánto uno se in-

miscuyera en los problemas sociales y políticos, no se solucionaban las depresiones de nuestras vidas diarias. Eso pensaba, pero después de ver aquel día en Aomori, esa manifestación de obreros, totalmente por casualidad, me di cuenta de que todos mis pensamientos estaban equivocados.

Esa era una vivacidad natural, si se podía definir de esta manera. Bueno, en esa forma de marchar tan divertida no encontré ni una sombra de depresión o alguna arruga de sufrimiento. Era un activismo creciente. Hasta las mujeres jóvenes cantaban cánticos obreros. Mi pecho se llenó de alegría y hasta me salieron lágrimas. Pensé que había sido buena la derrota japonesa en esa guerra. Por primera vez en mi vida, vi la verdadera imagen de la libertad. Si eso era producto de los movimientos políticos y sociales, pensé que lo primero que tenía que aprender el hombre eran los pensamientos políticos y sociales.

Conforme veía la marcha, sentí que finalmente se había encendido un rayo de luz que guiara mi vida. Estaba muy feliz, mis lágrimas escurrían sobre mis mejillas. Era como cuando uno se sumerge en el agua y abre los ojos: todo lo que me rodeaba se veía de color verde humeante. Y mientras caminaba por esa delgada transparencia, vi cómo quemaban una de las banderas escarlatas. Ah, ese color. Estaba llorando, no se me olvidaría esa escena aunque me muriera. Fue en ese momento. Desde un lugar lejano escuché ese sonido: Toka-ton-ton. Todo quedó en el olvido.

¿Qué será aquel sonido? No puedo concluir diciendo simplemente que es un nihilismo. Esa alucinación auditiva, aquel Toka-ton-ton destruye incluso cualquier nihilismo.

Cuando llega el verano, entre los jóvenes de esta región de manera abrupta abunda la fiebre deportiva. A lo mejor, tengo una tendencia utilitarista y ya soy un poco viejo, pero no entiendo qué lleva a que unas personas hagan luchas de sumo desnudos y sean lanzados hasta lastimarse seriamente. Tampoco comprendo por qué sus semblantes cambian y compiten por saber quién es el más rápido. Igualmente, no entiendo por qué compiten dando maromas de cien metros en 20 segundos.

Todo se me hacía una estupidez. Nunca había pensado participar en esos deportes juveniles. Sin embargo, en agosto de este año, en cada uno de los pueblos de la costa hubo carrera de relevos y muchos jóvenes de esta comarca participaron.

La oficina postal de A era uno de los puntos de enlace y los competidores que habían partido de Aomori, intercambiarían sus estafetas con los siguientes jugadores aquí. Pasadas un poco las diez de la mañana, ya era casi la hora para que llegaran los competidores salidos desde Aomori. Todos los empleados de la oficina salieron a observar ese evento. Sólo el gerente y yo nos quedamos ordenando los seguros de vida, pero finalmente escuchamos los gritos de “ahí vienen, ahí vienen”.

Me paré y vi por la ventana: eso era lo que llaman el último esfuerzo. Extienden los dedos de ambas manos como si fueran las ancas de una rana; buscan con esos extraños brazos, avanzar y deslizarse por el aire. Y traen puesto sólo un calzón, están casi desnudos. Alzan sus grandes pechos. Mueven su cuellos de izquierda a derecha con un rostro de sufrimiento. Venían corriendo, tambaleándose hasta el frente de la oficina y caían después de expulsar un gran alarido.

—¡Muy bien! ¡Te has esforzado mucho! —gritaba la chusma y lo alzaban. Lo traían debajo de la ventana en donde yo estaba mirando. Echaban al competidor agua de una cubeta que habían preparado. El corredor parecía estar medio muerto, casi en una situación de peligro. Tenía la cara pálida y estaba tirado. Al observar esa figura, una extraña emoción me invadió

No es que sea un niño dulce, tengo 26 años, pero podría decir que era inocencia. No importa lo que sea, al ver el desgaste de energías hasta ese nivel, pensé que era increíble. A la gente no le importaba si estos hombres lograban el primero o segundo lugar. A pesar de eso, ellos arriesgaban su vida dando el último *sprint*.

Con esta competencia de relevos no buscaban crear un Estado con una cultura propia. No tenían ese anhelo. Además, aunque no tenían esa ilusión, para justificarse corrían diciendo tener ese anhelo. Ni siquiera habían pensado que la gente los reconociera. Asimismo, no tenían ni siquiera la ambición de volverse en el futuro unos maratonistas. Sabían muy bien que no lograrían establecer un récord corriendo en esta carrera pueblerina. Aunque regresaba a casa, sus familias no los iban a vitorear; de hecho, yo temía que sus padres los regañasen. Sin embargo, aun así querían correr. Lo querían hacer jugándose la vida. No importaba si nadie los reconocía. Simplemente, querían correr. Era un actitud sin recompensa alguna.

Cuando era niño, había tenido cierta ambición al trepar peligrosamente los árboles de kakis. Pero en este maratón de vida o muerte, ni siquiera eso existía. Pensé que era casi una pasión nihilista. Eso era justamente lo que definía mejor la atmósfera que me rodeaba.

Entonces, comencé con los empleados de la oficina a lanzar y cachar con guante y manopla. Después de hacerlo continuamente hasta quedar exhausto, sentí una sensación de frescura, como cuando los animales cambian de piel. Pensé que era eso lo que estaba buscando. Pero como siempre volvía a escuchar aquel Toka-ton-ton. Ese sonido derrotó incluso a esa pasión nihilista.

Para entonces escuchaba continuamente aquel Toka-ton-ton. Abría el periódico para leer con detenimiento cada uno de los artículos de la nueva constitución y Toka-ton-ton. Cuando mi tío me pedía un consejo sobre un asunto de recursos humanos de la oficina y se me ocurría una genial idea, de nuevo: Toka-ton-ton. Incluso cuando quise leer una de sus novelas, Toka-ton-ton. Hace unos días en este pueblo hubo un incendio y me levanté y corrí al lugar del siniestro, y de nuevo ese sonido: Toka-ton-ton. Mientras hacía compañía a mi tío en la cena tomando unos tragos y al pensar en seguir con la borrachera, Toka-ton-ton. Pensé que me estaba volviendo loco y de nuevo Toka-ton-ton. Comencé a pensar en suicidarme y Toka-ton-ton.

—¿Qué es la vida dicho en una frase? —dije anoche de manera casi burlona a mi tío, mientras le hacía compañía en la borrachera.

—La vida. Eso no lo sé. Pero el mundo es color y ambición.

Era una respuesta adecuada. Y en eso pensé volverme en un hampón del mercado negro. Pero pensé que probablemente después de ganarme diez mil yenes de inmediato escucharía Toka-ton-ton.

Dígame, por favor. ¿Qué es este sonido? Y ¿cómo puedo escapar de esta situación? De hecho, ahora mismo, no puedo moverme por culpa de este ruido. Por favor contésteme.

Ahora bien, si se me permite añadir una última cosa: mientras escribía esta carta, ni siquiera había finalizado la mitad, y ya estaba escuchando constantemente el Toka-ton-ton. Me ha dado una gran aburrición escribir esta carta. Empero, a pesar de eso, he aguantado y he logrado escribir hasta estas líneas. Y como estoy tan aburrido, me he enojado y creo que he escri-

to puras mentiras. No existe una mujer llamada Hanae-san ni tampoco he visto una manifestación. Las otras cosas también, en su gran mayoría, son mentiras.

Sin embargo, creo que lo del Toka-ton-ton no es mentira. Le envió esta carta sin haber releído su contenido.

Atentamente, su humilde servidor.

Ante esta carta tan extraña, este novelista, aunque es un hombre sin instrucción ni pensamiento alguno, contestó a este hombre de la siguiente manera:


Gracias por tu carta.

Te atormenta un gran problema. No siento pena por ti. Parece que estás evadiendo las cosas que todas las personas consideran que son correctas, incluso cualquier comportamiento desagradable que no tenga explicación. Para lograr un verdadero ideal necesitas la valentía, más que la razón.

Mateo 10: 28.

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar: temed antes a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

En este caso la palabra “no temáis” tiene un sentido cercano a “respeto”. Si puedes sentir un estruendo frente a estas palabras de Jesucristo, tu alucinación auditiva habrá cesado sin duda.

Saludos. 

Memorias de un hombre de Estado*

El título completo del libro del que procede este fragmento, muy de la época, reza así: *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat, sur les causes secretes qui ont déterminé la politique des cabinets dans les guerres de la révolution depuis 1792 jusqu'en 1815*. Consta de trece volúmenes publicados en París por L.G. Michaud, entre 1831 y 1838, con una edición en Bruselas a manos de Wahlen et Compagnie, 1838-1841. Su autoría ha sido, a veces, atribuida al Principe de Hardenberg, pero resulta, más bien, pertenecer a Alphonse de Beauchamp (1767-1832) y, después de su muerte, al conde Armand-François d'Allonville, ayudado por Alexandre Schubart.

Alphonse de Beauchamp sirve en el ejército sardo desde 1784 pero lo arrestan en 1792, cuando se niega a combatir contra Francia. Escapa hacia París y trabaja en el Ministerio de Policía, vigilando la prensa. Escribe en 1806 una *Histoire de la Vendée et des Chouans*, en tres tomos, que provoca la ira de Napoleón porque critica la crueldad de su ministro Fouché: queda asignado a residencia en la ciudad de Reims.

Publica mucho: *Histoire de la campagne de Suwarow en Italie*, *Histoire de la captivité de Pie VII*, *Histoire du Pérou* (1807), *Catastrophe de Murat ou récit de la dernière révolution de Naples* (1815), *Histoire du Brésil*, en el mismo año, *Histoire de la guerre d'Espagne et du Portugal* (1819), *Histoire de la révolution du Piémont* (1821-23, en dos tomos), etcétera.

En cuanto a D'Allonville, sirve como oficial en el regimiento del Auxerrois en 1788, emigra en 1791, pero regresa a Francia en 1792, para ofre-

* Traducción del francés de Roberto Rueda Monreal y Arturo Vázquez Barrón.

cerse como rehén a cambio de la liberación de Luis XVI, y publica *Lettre d'un royaliste á Monsieur Malouet*. Vuelve a emigrar en 1794 y se une al ejército de los príncipes, en calidad de coronel. Pasa años en Italia, España, Rusia y se instala de manera definitiva en Francia en 1828, para entregarse a grandes trabajos historiográficos. A partir de 1832 redacta los seis últimos tomos de las *Mémoires...*, compilación ideada y empezada por Beauchamp. Luego publica *Mémoires secrets 1770-1830*, en seis tomos (1838-1845). Participa en la fundación del Institut Historique y deja inéditos sus trabajos sobre Rusia. Posiblemente ha participado en la concepción de los planes de retirada estratégica, llevada a cabo por Kutuzov en 1812, planes que publicamos hoy (JM).

NOTA XXIII

PLAN DE CAMPAÑA DE LOS RUSOS

Hemos mencionado (t. XI, p. 273 y ss.) cómo un plan de campaña, puramente defensivo desde la perspectiva de Alejandro, fue concebido en San Petersburgo y presentado a este emperador: plan cuyas vicisitudes hemos reconstituido; que, en la época de su éxito, fue atribuido ya sea a Bernadotte o a Inglaterra, que no sabía nada al respecto, ya sea a Barclay de Tolly, que no hizo más que aprobarlo; plan que desde entonces han negado haber propuesto: denegación producto de la fe del historiador oficial de la campaña de 1812. He aquí el motivo que nos obliga a dar textualmente en esta nota la *Memoria* siguiente, que debe de encontrarse en los papeles de Estado conservados en la oficina particular del zar; lo ofrecemos aquí, sin sus numerosas explicaciones detalladas, y como el primer germen de una idea conservadora cuyos resultados fueron inmensos. Lleva por título *Memoria política y militar*, etc., con fecha de enero de 1811.

“Es un lugar común de la política que, para asegurarse una paz sólida, hay que estar preparado para la guerra. Es un axioma militar que, para esperar éxitos en la guerra, uno tiene que considerar saludablemente tanto sus medios como los de sus enemigos, con el fin de poder atenuar unos y emplear útilmente los otros. Es una verdad de la experiencia que la fuerza de un Estado se compone de su población y de la facilidad más o menos grande de llevarla en armas a un punto amenazado o amenazador; de la naturaleza y de

la extensión de su frontera; de la riqueza, la prosperidad y el genio de la nación; del principio estimulante de sus ejércitos; del talento de sus generales; del carácter, de las perspectivas, de las pasiones o de los intereses del líder que los guía; de los aliados que se tiene o se desea tener, o de las ayudas que se pueden esperar de ellos; de las circunstancias constantes o accidentales que podrían influir en las operaciones militares, apoyándolas o arruinándolas. Es finalmente una verdad de hecho que un Estado inatacable en su territorio sin la ayuda de un partido descontento; que incrementa sus fuerzas agresivas hablando de paz; cuya Constitución es un gobierno puramente militar, ayudado por una policía civil muy activa; que, semejante a los romanos, con un poder innato y una posición geográfica infinitamente más temibles, *hace de la guerra el alimento de la guerra* (Montesquieu); cuyos generales, salidos de la oscuridad para invadir tronos, se los reparten todos en perspectivas; cuyos súbditos, privados de comercio, fundan su fortuna en el saqueo de los Estados; que se ve irresistiblemente forzado, por la doble causa del incremento de las cargas y la disminución de los productos (Ramel, Godin, presu-puestos desde hace diez años), a arruinar todo lo que no sea él, para no parecer arruinado él mismo; que tiene por líder a un hombre embriagado por sus victorias, insaciable en su ambición; que no cree que haya algo imposible para su voluntad; que pretende borrar el esplendor de los conquistadores más ilustres y poner su nombre en los anales de todos los pueblos; que hace ceder hasta los intereses de su política a los de su vanidad (España) o de su odio; que, cual nuevo Brennos, se atreve a poner su espada en la balanza que debe pesar el destino de las naciones; que, a costa de sus aliados aun más que de sus enemigos, oprime mediante tratados lo que deja de amedrentar mediante sus armas; cuya protección es un yugo, cuyos caprichos rencorosos e incalculables son una ley de rigor funesto para el comercio, para la industria y para la prosperidad de Europa; que sólo tiene consideraciones con aquello que se le resiste; que, desde hace mucho, ha puesto al descubierto sus perspectivas respecto de Rusia (*De la France en l'an VIII*, edición sin ilustraciones);¹ que no deja de mantener relaciones amistosas con los Estados en guerra contra ese imperio (Turquía y Persia); que, al sustituir a la confederación del Rin, sometida a sus órdenes, por el cuerpo germánico, que equili-

¹ Estas ilustraciones no se encuentran en la traducción inglesa, la única que se puede consultar.

braba su poder, y al rehacer Polonia, llevó, de hecho, su frontera al Vístula; que permite subir por los escalones de un trono sacudido por las armas rusas a uno de sus generales² que no puede sostenerse en él sino exaltando a Suecia mediante el anhelo de la venganza; que llega incluso a insultar a la casa imperial por la invasión a Oldemburgo; que puede finalmente querer no sólo borrar en el Norte los fracasos que experimenta en el Mediodía, sino conquistar ahí los medios para subyugar a España y por medio de ella al resto del mundo; es, digo yo, una verdad de hecho, que semejante Estado es el enemigo tanto de Rusia como de toda Europa, y que semejante hombre tiene el proyecto manifiesto de arruinarla. Planteado esto, las disposiciones que tendrán que realizarse y las determinaciones que deberán tomarse son resultado de la solución a este problema político y militar: *En vista de las perspectivas y los intereses, así como de las fuerzas recíprocas, determinar los medios más apropiados para asegurar su independencia y su dignidad.* Ese es también el problema que nosotros trataremos de resolver en los artículos siguientes:

ARTÍCULO PRIMERO

Medios de Francia

Una frontera inexpugnable, una población fuerte, cohesionada, fácil de reunir; un ejército numeroso, apasionado de sus victorias, ávido de saqueo, apoyado por un excelente Estado Mayor, por una artillería adiestrada y considerable, por una administración perfecta: ejército conducido por generales acostumbrados a comandar grandes cuerpos; pero que, al haber abandonado el erudito y complicado arte de los Gustavo Adolfo, Turenne y Federico por aquel más fácil de los Atila y de los Gengis Kan, se sentirían tal vez más incómodos de lo que se piensa, en caso de que se lo volvieran necesario; ejército cuya organización, no obstante, secundando el genio nacional, vuelve fácilmente móvil y rápido en sus movimientos, tanto como su inmoralidad lo vuelve temible ante los países invadidos por él, y su apego a las grandes operaciones muy propias de su éxito; ejército cuyo amor por la bandera, por una

² Era en contra de su voluntad; pero podía hacer de él un aliado útil: sin embargo lo disgustó, y lo forzó a aliarse con Rusia cuando pudo haberlo armado contra ella.

parte, y la esperanza de las recompensas, por la otra, llevan al último periodo de exaltación, y que incluso ha adquirido, por la solidez de sus masas y la abundancia de su artillería voladora, una intensidad de resistencia de la que no lo creíamos capaz. Por último, un líder, que, soberano, ministro y general al mismo tiempo, puede a la vez pensar, ordenar y actuar: circunstancia que, en la Guerra de los Siete Años, ayudó más poderosamente al genio del gran Federico; pero, sobre todo, de los vecinos débiles o de los aliados ciegos. Lo que sin embargo oscurece los colores de un cuadro tan espantoso es la penuria de las finanzas de Francia, producto de la destrucción de la marina, de las colonias y del comercio; pues en el seno de su omnipotencia, Napoleón se encuentra sin crédito, y todo banquero que le presta el suyo, lo ve aniquilado al instante: la campaña de 1805 hizo que el banco Récamier quebrara. La guerra de España, así como la destrucción de algunas mercancías inglesas, ocasionó nuevas bancarrotas, que la charlatanería calificará quizás de hostiles a las sabias medidas de un príncipe que lo sacrificó todo por la paz; esta penuria es tal que, al volverse insuficientes las imposiciones excesivas ideadas para pagar los gastos de un gobierno arruinado, éste se ve forzado a saquear Europa; lo que sólo se detendrá con la destrucción del último Estado civilizado, en caso de no encontrar una resistencia infranqueable; y si Napoleón se viera forzado, por este último acontecimiento, a emitir papel moneda, su caída sería segura; dado que el temor mismo que subyuga todas las voluntades repelería la confianza, que se convertiría entonces en su único recurso. En cuanto a los ingresos extraordinarios (expresión que disimula el saqueo de los Estados), estos pueden mantener momentáneamente sus finanzas, en una campaña rápida y brillante, bajo el mando de un general emprendedor y con un ejército ávido de gloria; pero una guerra larga y sin éxitos deslumbrantes las arruinaría, sobre todo porque sus soldados, desanimados por operaciones lentas e inciertas, igual que Francia por reclutamientos forzados y perpetuos, se dejarían llevar por murmuraciones alarmantes; y porque Francia no podría sino ofrecer lentamente los recursos que un país en ruinas les rehusaría a aquellos. El ejemplo de esto ya lo tenemos a la vista en la guerra impolítica emprendida contra la España que pone hoy en contra de Napoleón a los ejércitos, las flotas y los tesoros de los que él disponía: lo que llevaría a la destrucción total de su comercio, de sus finanzas y de su población, en caso de que estuviese pensando cubrir las pérdidas a costa de sus aliados.

ART. 2.

Medios de Rusia

Independientemente de los aliados que Rusia puede recuperar, tiene un ejército numeroso; un reclutamiento fácil; un soldado valeroso, paciente, sobrio, curtido por el frío y acostumbrado al cansancio; una infantería sólida; una artillería atractiva y bien suministrada; excelentes tropas ligeras; en una palabra, un ejército eminentemente capaz de todo tipo de movimientos, e incluso para las retiradas, la operación más difícil en la guerra; eso es lo que demostraron Suvoroff en Suiza, Kutusoff en las orillas del Inn al centro de Moravia, y Benigsen después de Pultusk, antes de Preussisch-Eylau, antes de Friedland y, sobre todo, después de esta batalla, al retirarse sin bajas en ambas orillas del Alle y frente a un ejército victorioso. A decir verdad, una frontera ampliada pero fácil de reducir, con el apoyo de Prusia y de Austria, como cuando se rebasó la línea del Vístula, después de haber dispersado o tranquilizado a los polacos, cansados de una falsa libertad. Finalmente, un Estado que, libre en su retaguardia y en sus flancos, y que puede llevar a una sola de sus fronteras los inmensos recursos de un vasto y poderoso imperio, es proporcionalmente cien veces más formidable de lo que era Francia en 1789 contra una coalición a la que venció, y de lo que parecía España en 1808 contra un enemigo que la traición había vuelto dueño de sus principales fortalezas, y al que, sin embargo, resiste gloriosamente desde hace tres años.

ART. 3.

¿Qué espera el enemigo?

Aprovechar la seguridad inspirada por una paz ilusoria, para minar los medios de resistencia que Rusia alguna vez podría oponerle; conoce tanto las fuerzas que posee Rusia, como las de mayor tamaño que puede desarrollar con el tiempo, quiere arruinar unas y prevenir el crecimiento de las otras; quiere encontrar entre sus enemigos o sus aliados los medios para alcanzar su doble objetivo, que es: destruir todo aquello que no pudiera ser un apoyo constante a su poder, y finiquitar un gobierno por encima de los recursos de un Estado

cuyos ingresos son insuficientes o están agotados. Esto es lo que lo ha llevado a saquear sucesivamente Italia, Suiza y Alemania, y a emprender la extravagante expedición de España. En tiempos de paz, actúa por temor a la guerra; en tiempos de guerra, por una campaña viva, rápida, corta y brillante, prodigando hombres a los que un artículo de gacetilla consuela de todo, y a cuyos líderes coloca entre el trono y el oprobio. Al violar el derecho de guerra, como viola el de las naciones, salva a su ejército de la costosa molestia de los víveres, de los largos transportes y del cuidado para protegerlos, arruinando a los países invadidos, a los que agobia con contribuciones y requisas; dirige su marcha hacia los puntos centrales de los Estados; trata de librar una batalla decisiva, para imponer una paz desastrosa, o para alcanzar la ciudad capital de su enemigo para disolver su gobierno. En cuanto a su marcha en la última guerra contra Rusia, hay que resaltar que determinada primitivamente por la campaña de Prusia, la necesidad de tomar Dánzig y Elbing para cortar toda comunicación entre ella e Inglaterra; la esperanza de encontrar en estas dos ciudades las municiones que le hacían falta, y en Königsberg los víveres que requería; la necesidad de volver a hacer crecer un ejército formidable al que no quería dar lugar; la intención de inspirar temores por Riga y de separar al ejército de sus cuarteles en Grodno eran para él motivos de alta consideración; pero en una nueva guerra podría tomar una dirección distinta, y en caso de pasar victoriosamente el Vístula, hacerse presente, ya sea en Smolensko, desde donde amenazaría a las dos capitales para dividir los medios de defensa de su enemigo, lo que Carlos XII inhábilmente se olvidó de hacer en 1708, ya sea en Kiev, para ocupar provincias más abundantes, cortar el imperio en dos (Lloyd, Jomini, Federico II), y minar así todos sus medios de resistencia. Y es a proyectos de esta naturaleza, que por más gigantescos que parezcan no dejan de ser practicables después de una derrota, a los que es necesario oponer medios superiores y de éxito seguro.

ART. 4.

¿Qué hay que hacer?

El enemigo mismo lo indica. Quiere, por la ausencia de un comercio indispensable, arruinar como aliado a un Estado al que se jactaría entonces de

destruir fácilmente por las armas; pero para un gobierno cualquiera no hay honor sin independencia, ni independencia sin riqueza; entonces, hay que abjurar de una paz tramposa, de una alianza pérfida, de una seguridad falaz. El enemigo quiere seguir prolongando este funesto estado de cosas; hay que salir de eso, hay que prevenirlo con la guerra, aprovechando el momento en el que sus ejércitos están fuertemente comprometidos en España y Portugal. Quiere, pase lo que pase, una guerra rápida y fructífera; hay que forzarlo a hacer una que sea ruinoso y lenta; la teme, no sólo en razón del estado de sus finanzas, sino en razón del estado moral del país que gobierna; sabe que París lo odia a muerte desde los ametrallamientos del 13 de Vendimiario;³ sabe que Lyon, Tolosa y Marsella lo aborrecen; sabe que sus viejos amigos, los jacobinos, están descontentos con él, y que sus nuevos acompañantes no están completamente satisfechos con una grandeza que le deben; sabe que cuando desembarquen los ingleses en Flesinga, Bélgica permanecerá muda ante la invitación a marchar contra ellos; que la reacción de Lorena es lenta y que el departamento del Sarre rechazó armarse de manera categórica; sabe que, en su primer paso por el Danubio, en la campaña de 1809, el ejército murmuró en su contra; que París,⁴ que lo creía sin recursos, ya estaba buscando ojos que pudieran reemplazarlo; y que en aquella época el espíritu de las guardias nacionales le era por completo desfavorable. Teme, pues, alejarse de Francia por un tiempo muy largo, y a aquello que le teme hay que, o volverlo necesario para Napoleón, u obligarlo a emplear como líderes a hombres que, al no tener ni su autoridad ni su brillantez, no podrían actuar tan poderosamente como él. Pero para salir adelante en semejante proyecto, lo primero que hay que hacer es defenderse de una intemperancia de falsa gloria; es no dejar el destino del imperio a la suerte de una batalla cuyo éxito nunca es seguro; es oponer la paciencia de Fabio a la vehemencia de un nuevo Aníbal. Lejos de adoptar los principios de guerra de un enemigo que añade a la costumbre de practicarlos la de apuntalarlos con medios injustos que no se quiere ni se debe imitar, hay que obligarlo a una guerra de táctica, que es nueva

³ Hay que considerar que esta exageración es la de un extranjero que vivía a quinientas leguas de Francia. (Nota del Editor.)

⁴ Que entonces era Fouché, Carnot, Bernadotte y su facción.

para él y para sus generales y soldados. Hay que resistirse a este impulso no calculado que, en Austerlitz, dejó un flanco descubierto a causa de una marcha peligrosa; que, en Friedland, llevó demasiado lejos una parte del ala derecha, mientras que la izquierda había girado; que, en Wagram, hizo que los austriacos abandonaran una posición temible; y en vez de la impetuosidad, preferir la valentía de la paciencia, que es la más admirable de todas y la más útil, no hacer sino una guerra de maniobra y de posición, no formar nunca sino grandes cuerpos, inundar el país con un diluvio de cosacos; multiplicar los *affaires de postes*⁵ y las incursiones breves, que dan confianza al ejército que se comanda, cansan al otro, lo arruinan en detalle, y son más nefastas para el que está a quinientas leguas de sus fronteras que para el que defiende las suyas; tener plazas de armas y depósitos para víveres al alcance de la mano; nunca dividirse ante un enemigo valiente, activo, emprendedor, en donde el genio y la organización militar hacen que el ejército sea capaz de moverse con rapidez. El error que señalo aquí es lo que perdió a Alvinzi en 1796 y perjudicó los grandes éxitos del príncipe Carlos en 1809. Si temiéramos, siguiendo el sistema de operaciones que presento, vernos rebasados por la celeridad de los movimientos de Napoleón, sería fácil ponernos al abrigo de todos los peligros, a este respecto, formando ejércitos de reserva que, juiciosamente colocados, lo obligarían a abandonar una maniobra que le ha servido tan bien hasta este momento, y a extinguirse ante un ejército formidable; o si quisiera ubicarse en uno de sus flancos, a prestar el flanco mismo al ejército de reserva destinado a ir en ayuda del que él tendría en mente; lo que le haría correr el riesgo de verse separado de sus medios de subsistencia o de reclutamiento, y de que se cortara su línea de operaciones y su comunicación con sus cuarteles. En la batalla de Preussich-Eylau, si hubiésemos tenido un ejército de reserva en Lituania, Napoleón no habría podido mantener su posición en Osterod; se habría salvado Elbing, y quizás Danzig; el enemigo quedaba privado de las municiones que estas dos ciudades le abastecieron; sus retaguardias ya no estaban aseguradas, y la guerra se trasladaba más allá

⁵ Se llamaba *affaires de postes* a las incursiones realizadas por tropas independientes del cuerpo del ejército, empleadas para inducir a error al enemigo por medio de un falso ataque o para atacarlo efectivamente por un flanco inesperado. (N. del T.)

del Vístula. Si, después de Friedland mismo, un ejército de reserva hubiese amenazado su flanco derecho, aunque hubiera estado apoyado por el mar a su izquierda y en control de Königsberg, no habría podido avanzar o habría corrido el riesgo de verse perdido, a menos de que se hubiese retirado a toda prisa de los lugares que había tomado. El punto importante es forzarlo a echar mano de los cuatro o cinco meses del verano, que son los más ventajosos para él, por la abundancia de forraje, la duración de los días, lo agradable de la temperatura, y a esperar así el invierno, al que la duración de sus noches vuelve favorable para las operaciones de las tropas ligeras, y que, por su rigor, debe ser más pesado para soldados acostumbrados a los climas cálidos de lo que sería para el ejército ruso. Que pierda así dos o tres campañas, y el andamiaje de su poderío desaparecerá. Si en 1809 Austria hubiese tenido sus retaguardias aseguradas; si no hubiese querido actuar al mismo tiempo sobre todos los puntos; si hubiese evitado las grandes batallas; si no hubiese perdido la cabeza después de un fracaso fácilmente reparable; si hubiese tenido ejércitos de reserva y cuerpos que llevar a las retaguardias del enemigo, Napoleón habría perdido. Que Rusia, felizmente mejor situada que Austria, se ilumine con los errores de esta última, y que, empleando con vigor, dirigiendo con sabiduría las fuerzas inmensas que posee, impida finalmente que una marcha destructiva, que no es sino la necesidad de un hombre ambicioso y obstaculizado en sus finanzas, se convierta en el sistema de Estado de una potencia que la ruina de Europa entera habría puesto por encima de todo temor, así como ella está por encima de todo pudor.

ART. 5.

Ejemplos

La historia militar de Europa ofrece un gran número de guerras de posición hábilmente ejecutadas; sin multiplicar las citas, es quizás oportuno recordar aquí la última campaña de Turenne contra el célebre Montecuculli; la del Gran Condé en 1674; las muy notables del mariscal de Berwick en el Delfinado y en España, en 1705 y 1706, y de las cuales esta última fue quizás la más brillante y útil que ningún general haya he-

cho jamás; finalmente la de 1778 entre los dos generales más hábiles del último siglo. Son estos los monumentos más hermosos de la táctica moderna, fragmentos de estudio para los militares de todas las épocas, y los principales títulos que ofrece al aprecio de los conocedores la historia de estos ilustres guerreros, que obligan a una inteligente contemporización de los ejércitos hasta entonces acostumbrados a triunfos rápidos. Lo que es particularmente interesante observar en ese momento es la retirada de Wellington desde las fronteras de Portugal hasta posiciones formidables, ocupadas y fortificadas por él, para proteger Lisboa, única conducta capaz de romper el ímpetu de un general hábil y emprendedor. Finalmente, es la guerra que los turcos han llevado a cabo desde hace tres años, y a quienes, a pesar de sus numerosas derrotas, no se ha podido forzar a una batalla decisiva. En efecto, una batalla perdida por los franceses, a los que hoy es difícil hacer huir en desbandada, que son inatacables en casa y se lo permiten todo para atenuar o reparar sus pérdidas, no significa más que un alto en el camino; mientras que una ganada por ellos los lanza al seno de las provincias rusas.

ART. 6.

Medios subsidiarios

Las operaciones adecuadas para apoyar el plan propuesto consisten en: 1° aliarse con Inglaterra, más generosa respecto de Rusia durante la guerra que lo que se mostraron otros, a pesar de la utilidad de su alianza, y cuyo comercio por sí solo vale más para este imperio que las ayudas que podría esperar de cualquier otra parte; pero no habría que contar jamás con una intervención militar expedita y en el momento preciso, dado que la naturaleza de su gobierno y de su ejército conllevan necesariamente lentitudes, y la incertidumbre de los vientos producen inevitables retrasos. No habría que enfadarse de más, en su propio detrimento, por las equivocaciones verdaderas o aparentes de semejante aliado. Federico II dio al respecto, en la Guerra de los Siete Años, un claro y útil ejemplo; 2° hacer causa común con España y garantizarle su independencia, con la condición de ya no hacer la paz sin la participación de Rusia; 3° firmar una paz

expedita y generosa con Turquía, ya sea a costa de una ruptura con Austria, para quien siempre ha sido temible, en el caso de que esta última se uniera al enemigo; o a costa de una poderosa maniobra de distracción en Dalmacia y de las operaciones marítimas combinadas en el Mediterráneo, en caso de que Austria convergiera con los planes de Rusia; 4° obtener la adhesión de Austria, que todo lo teme de Francia y todo lo espera de Rusia, o al menos su neutralidad; en el primer caso, para evitar las rivalidades entre generales, dejarla actuar sola en Lombardía y en Suevia así como en la retaguardia del ejército francés, mantenido a raya por los rusos, con la ayuda de los levantamientos probables de Tirol y del Bosque Negro, con el apoyo de una maniobra de distracción en Nápoles. En el segundo, asegurarse de lo anterior por medio de un ejército de observación en la frontera de Galicia. Finalmente, en el caso de una ruptura con ella, atacarla de común acuerdo con los turcos; 5° enviar a un cuerpo auxiliar ruso a Prusia, amenazada tanto por el Reino de Westfalia como por los cinco nuevos departamentos franceses; ayudarlo a provocar la insurrección del norte de Alemania, que estaba tan dispuesto a ello en la guerra de 1809; liberar todas las costas del Báltico y del océano germánico; abrir los puertos a los ingleses; separar a Francia de Suecia y de Dinamarca, y conminar a esta última potencia a unirse a una liga continental para evitar la ruina que la amenaza doblemente por la amplitud de sus armamentos y la destrucción de su comercio, y subordinar sus operaciones a las del centro, donde se deben tomar las decisiones importantes; 6° hacer que Suecia se comprometa, por todos los medios de interés, de persuasión y de temor,⁶ a entrar en la alianza de Inglaterra, que por sí sola puede arruinarla o enriquecerla; destruir o reanimar su comercio, atacar o proteger sus costas y, en el caso de una revolución posible, hacer que caiga la corona en la cabeza de herederos legítimos de la casa real, uno de los cuales se encuentra doblemente ligado a Rusia por la sangre y por alianza; 7° reanimar en Francia el realismo, tan útil para los austriacos en la campaña de 1793, y para los ingleses en Tolón; lo que obligaría al enemigo a equipar de tropas a las provincias occidentales de Francia; a acrecentar el rigor de

⁶ Se la amenazó, en esa época, con trabajar en la reentronización, no de Gustavo IV, sino de su hijo, en un plan de guerra que a este respecto fue presentado por el barón Pahlen.

su gobierno, así como a hacer que, tanto sus enemigos como una parte de sus partidarios, pero ciertamente la mayor parte de los que han debilitado al gobierno del Directorio, deseen destruir el de Napoleón; 8° finalmente, para colocar a Francia en la necesidad de desarrollar fuerzas superiores a sus medios en hombres y en dinero, desde el fondo de España y de Italia hasta el Vístula y las costas del océano, echar a andar distractores como, por ejemplo, en Dalmacia por parte de los griegos y los albaneses, y en Italia por parte de los fieles calabreses. De diez a quince mil rusos podrían entonces barrer estas comarcas hasta la frontera napolitana naturalmente defendida, desde Gaeta hasta Chieti, tanto por montañas solamente abiertas hacia dos largos desfiladeros, estrechos y tortuosos de Itri y de Aquilea, como por el vallecito turboso de San Germano, dejando como único acceso una planicie de poca extensión cerca de esta frontera, donde diez mil hombres pueden detener fácilmente a cien mil; maniobra de distracción que ocuparía grandes fuerzas del enemigo, o que lo obligaría a evacuar por completo la península, lo que le restaría doce millones de hombres a su imperio.⁷ Se llevarían a cabo otras maniobras de distracción útiles en Pomerania, Hanover, Holanda, Bretaña o los alrededores de Bayona, para secundar las operaciones del ejército prusiano, de los ingleses, y despertar el realismo; o sublevar a los habitantes de los Pirineos, partidarios de España, y facilitar así las operaciones planeadas por el duque de Orleans en El Rosellón.⁸ Si los ingleses hubieran sustituido esta última expedición por la de Flesinga, tal vez hoy España sería libre. [...] 8° forzar al enemigo ya sea a la inacción, ya sea a ataques azarosos y en los que necesariamente haya experimentado pérdidas considerables, incluso en los casos de éxito; 9° no atacarlo sino con una superioridad abrumadora de fuerzas y de situación; 10° intentar, mientras esté en jaque, lanzar sobre su retaguardia cuerpos móviles y rápidos, que podrían quitar o destruir sus convoyes, u obligarlo a debilitarse mediante el envío de

⁷ Esta expedición fue planeada; debía ser confiada al barón y después conde de Armfelt; pero había que tener el libre paso de los Dardanelos y consecuentemente lograr la paz con Turquía, a la que se oponían el ministro Romanov y el general Kutuzov.

⁸ Esta expedición planeada por el ejército de Cataluña, que debía comandar el duque de Orleans, encontró obstáculos tanto por parte de los ingleses como de las Cortes.

destacamentos; 11° no reducir durante el invierno, temporada más favorable para los rusos que para los franceses, estas expediciones activas y perjudiciales; 12° evitar todas las acciones decisivas, que implican menos ventajas en el éxito que perjuicios en un fracaso; 13° subordinar todas las operaciones auxiliares a las operaciones principales; [...] 19° finalmente usar todos los medios para prolongar la guerra, obligando al enemigo a dividir sus tropas por la necesidad de dirigirlas hacia un gran número de puntos muy alejados unos de otros.

—Es necesario que el gobierno ruso no pierda de vista cuál debe ser el objetivo de la guerra, y que proporcione en todo momento los medios para este importante objetivo; es necesario que sus militares, acostumbrados a las operaciones brillantes de los Romanov, de los Suvorov y de los Kaminsky, piensen que aquí ya no se trata de las campañas hechas contra un enemigo sometido a las leyes de la guerra y de la gente, sino del desbordamiento de una nación que no busca sino la gloria en el derrocamiento de los imperios y sus medios en su devastación; que el valor puede verse engañado por la suerte, pero que el buen juicio y la paciencia lo gobiernan y lo reparan; que hoy el destino del mundo civilizado está en manos de los rusos; que si bien el destino de un combate es incierto, el de la contemporalización es seguro, principalmente ante un ejército sin dinero si no saquea, sin aliados si no golpea, y que, emprendedor por naturaleza, lo es aún más por necesidad. Por último, no hay que perder de vista que el hombre que tenemos en mente agrega a las fuerzas de la antigua Francia, enriquecida con las conquistas de la Francia nueva, la del jacobinismo organizado, que es la esencia de su gobierno, y también la disposición de los medios hostiles de Italia, Suiza, Dinamarca, Suecia, Polonia y una tercera parte de Alemania, y eso en el supuesto de que Austria no se le una; que el objetivo de la guerra es la liberación de Europa, cosa incompatible con su existencia. Entonces no basta con erigir un dique frágil contra los empeños de una potencia tan temible, sino que es necesario destruirla, romper un instrumento de destrucción universal, si no queremos ser triturrados por los efectos del movimiento acelerado que le han imprimido a su mecanismo.

[...]

ARTÍCULO ONCE

Resultados

El plan, concebido a partir de estos principios de lealtad, de inteligencia y de firmeza, de una guerra que Rusia podría emprender casi sin aliados, bastante segura de continuarla y de terminarla con la aprobación y la participación de Europa entera, conduciría a los resultados más gloriosos que pudieran despertar alguna vez la noble ambición de un soberano; sería la independencia de las coronas, la liberación de los pueblos, la restauración del comercio, de la industria, de las artes, la paz, la seguridad, la prosperidad de Europa; el reconocimiento universal, y particularmente el de la parte más sana de una nación a la que la criminal imprevisión de unos innovadores ha condenado al yugo de un hombre que la arruina con empresas extravagantes, ajenas a sus intereses; finalmente, el lustre inefable e inmortal de Rusia.

—No he expuesto en esta *Memoria* sino hechos y verdades incuestionables; he deducido sus resultados necesarios, indicando tanto los obstáculos que hay que considerar como los medios para superarlos. Mi tema podría haber sido objeto de un desarrollo más amplio; pero pocas palabras bastan para la experiencia que lo capta todo con rapidez y a cuyos puntos de vista las someto, haciendo notar aquí que, si bien el papel de Pedro I fue realmente grande, el papel de su majestad el emperador Alejandro sería infinitamente más útil; porque el del primero de estos soberanos no le interesaba más que a este imperio, y el del emperador actual podría abarcar al sistema general de la civilización.”

Nota bene. Las únicas cinco copias existentes de esta *Memoria* han estado en manos del emperador Alejandro, del ministro de guerra Barclay de Tolly, del duque de Serra Capriala, del conde de Armfelt y del almirante Mordvinov, presidente del gran consejo del imperio. Es a partir del ejemplar manuscrito de este último como la imprimimos aquí, y encontramos al final, de puño y letra del almirante, una nota en ruso, cuya traducción tex-

tual vertimos aquí: “Este plan de campaña fue presentado al emperador en enero de 1811 por el almirante Mordvinov; luego de haberlo recibido, su majestad ordenó proporcionar una copia al ministro de guerra Barclay de Tolly. Antes de la invasión de Napoleón en Rusia, se llevó a cabo un consejo para determinar las medidas necesarias contra la agresión, y en el que se decidió que se apegarían a este plan”.⁶

La política extranjera de Napoleón III*

Patrice Gueniffey

El primer Bonaparte quería levantar de nuevo el Imperio de Occidente, hacer de Europa un vasallo, dominar el continente con su poder y deslumbrarlo con su grandeza [...] ser amo del mundo. Lo fue. Por eso hizo el 18 Brumario. Aquel quiere tener caballos y amantes, que le digan Monseñor y vivir bien. Por eso hizo el 2 de diciembre. Son dos ambiciosos; vale la comparación [...] Pero lo que tempera un poco las comparaciones es que no es lo mismo conquistar el Imperio y hacer trampa para tenerlo.

Víctor Hugo

■ Quién no conoce esas líneas escritas por Víctor Hugo, al día siguiente del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, en su célebre panfleto contra Napoleón III!

Napoleón III no sólo ha sido odiado, durante mucho tiempo, por los republicanos: lo despreciaban, como una mancha sobre la historia de Francia; les daba vergüenza. Desde aquel entonces, muchos trataron de rehabilitar el régimen y a su jefe. Ciertamente, el Segundo Imperio cambió la cara de Francia. Contemporáneo de las principiantes revoluciones tecnológicas y científicas que marcarían el final del siglo XIX, acompañó, incluso estimuló las grandes mutaciones en marcha y les dio una dimensión social poco frecuente entonces. Con un estilo más indolente, el reino de Napoleón III retomó lo que impresionó tanto a los contemporáneos de su tío: esa mezcla de racionalidad administrativa y de eficiencia gubernamental que Francia no volvería a conocer hasta la Quinta República.

* Traducción del francés de Jean Meyer.

Es precisamente la nostalgia de dicha época la que explica el cambio reciente de la historiografía del Segundo Imperio. Sin embargo, es algo difícil entender el porqué de tal redescubrimiento, un poco sorprendente, de las bondades de un régimen que empezó con el “crimen” denunciado por Hugo, acabó en el desastre de Sedán, y ni siquiera puede vanagloriarse de haber tenido por jefe un hombre dotado de eminentes cualidades.

La distancia es grande entre el tío y el sobrino, de quien Jacques Bainville decía: “la triste figura de Napoleón III no es de las que engendran la simpatía, menos todavía el entusiasmo. Ni las catástrofes adonde llevó su pueblo (...) han podido crear la leyenda del César moroso”.

Esa “triste figura” estaba convencida de su legitimidad. Ciertamente de que sería llamado a restablecer, algún día, el Imperio de su tío, tenía la convicción de que, sin ser el avatar de extraordinarias circunstancias ni poseer la obra de un hombre excepcional, su imperio ofrecía la solución a casi todos los problemas de Francia. Además, los franceses vivían, administrativamente, bajo el régimen institucional fundado por Bonaparte en 1800. Pero esa continuidad administrativa no implicaba el restablecimiento de las instituciones políticas imperiales. Francia, en su preservación del marco administrativo napoleónico, había cambiado varias veces de constitución política. Ahora bien, Luis Napoleón creía en su destino. Tal era su fuerza. Le permitió esperar su hora.

Creía no solamente que las instituciones imperiales eran las que más convenían a Francia sino, además, que la política exterior de Napoleón I le habría dado la paz a Europa de no haber sido derrocado en 1814 y 1815; la paz y unas instituciones respetuosas de la libertad. *Des idées napoléoniennes*, libro publicado por Luis Napoleón diez años antes del golpe de 1851, fue realmente su breviario. Un solo principio rige su concepción de las relaciones internacionales: el principio de las nacionalidades. Afirmaba que su tío pensaba el porvenir de Europa como el de un continente cuya geografía política, nuevamente diseñada sobre la base de la nación, vería a sus diferentes pueblos, cada uno en la forma de una familia completa y libremente asociada, vivir en paz los unos con los otros y arbitrar sus conflictos con la negociación y no con la guerra.

No es necesario recordar que la política *real* de Napoleón, lejos de conjuntar a los pueblos en función de su “nacionalidad”, trabajó en divi-

dirlos o en mantener el mosaico político existente, que permitía controlarlos mejor; en lugar de fundar Estados homogéneos y fuertes, capaces de existir por sí mismos, se aplicó a crear una Europa de Estados débiles, avasallados por la potencia francesa. Si su reino y las hazañas de sus ejércitos despertaron la idea de nacionalidades en toda Europa, fue de manera involuntaria: en Alemania, Italia y España nació una reacción a la ocupación francesa. Napoleón la hizo suya en Santa Elena, porque la vio como una idea subversiva capaz de derrocar a la Santa Alianza de los vencedores de 1815, el instrumento de la revancha contra la Europa del Congreso de Viena.

Luis Napoleón creyó que la tardía reescritura de la historia por su tío era real. Qué duda cabe. Pero no deja de asombrar su tono cuando describe en *Des idées napoléoniennes* lo que hubiera sido de Europa con la victoria de su tío, y lo que llegaría a ser tan pronto como él llegase al poder:

Holandeses, romanos, piemonteses, habitantes de Bremen y Hamburgo, ustedes todos que se asombraron alguna vez de ser franceses, entrarán en el ambiente de nacionalidad que corresponde a sus antecedentes y a su posición, y Francia, cediendo los derechos que sobre ustedes le daba su victoria, actuará en su propio interés, puesto que su interés no puede separarse del de los pueblos civilizados [...] Sin la caída del Imperio, se hubiera dado en el continente la última gran transformación [...] para satisfacción de la humanidad, puesto que la Providencia no pudo querer que una nación fuese feliz a expensas de las otras, que hubiese vencedores y vencidos, en lugar de miembros reconciliados de una y misma gran familia.

¿Profético? Sí. Empieza entonces la historia de las nacionalidades en Europa que, en el siglo xx, condujo al desastre de dos guerras mundiales, del cual Europa no pudo reponerse. ¿Ingenuo? Claro, puesto que la política de las nacionalidades le convenía a un pequeño número de países y tuvo consecuencias dramáticas. ¿Qué significaba tal política, sino descuartizar el Imperio Habsburgo? ¿Cuáles sus consecuencias, sino la reorganización de Alemania alrededor de la dominante Prusia, con una guerra inevitable con Viena? Y para lograr la unidad de Italia, una no menos evitable guerra con Viena, para Francia, dado que Piemonte no tenía la fuerza para realizarla solo. Y eso implicaba la destrucción de los Estados Pontificios.

Ni España ni Francia tenían interés alguno en estos cambios revolucionarios. España estaba unida y sus fronteras eran definitivas desde el Tratado de los Pirineos. La monarquía francesa había construido su unidad geográfica a partir de un principio territorial fundado en las ideas de seguridad y poderío, mucho más que en la de nacionalidad. La Revolución había ensanchado las fronteras en virtud de los mismos principios. La política de las nacionalidades, central en la diplomacia y las guerras del Segundo Imperio, ¿habrá tenido como meta única recobrar Niza y Saboya, anexadas en 1793 y restituidas al rey de Cerdeña en 1815? Ciertamente fue un beneficio colateral, después de ayudar al rey a sacar a los austriacos de Italia y a realizar la unificación de la península. No es sino un beneficio marginal, insignificante frente a las otras consecuencias de la política de las nacionalidades: el debilitamiento de Austria, la afirmación de Prusia, la unidad alemana... Algo que Napoleón I cuidó mucho de no alentar.

Es difícil, por lo tanto, ver en Napoleón III a un precursor de la Unión Europea, el inventor de una “nueva diplomacia”. Dice Pierre Milza: “Su educación cosmopolita hizo del heredero del Águila el primer hombre de Estado que pensaba como europeo, el primero en entender que Europa no podía fundarse sino rebasando las políticas estrechamente nacionales, que su organización no se podía separar de cierta renuncia al interés egoísta por parte de los actores internacionales.”

Lo anterior sería exacto si los principales beneficiarios de la política de las nacionalidades —Cavour en Italia; Bismarck en Alemania— hubieran sido tan “desinteresados” como Napoleón III, pero el primero quería una Italia unida y el segundo una Alemania poderosa. ¿Qué quería Napoleón III? Bismarck entendió pronto que en la cabeza del sobrino del gran Napoleón había sólo nubes.

Sin embargo, errar en las metas no es incompatible con una indudable inteligencia en los medios escogidos. Durante veinte años —más bien durante los diez primeros, en la época del imperio autoritario— una política justamente calificada por sus adversarios de “suicida” para Francia, coexistió con una astucia que, durante algún tiempo, devolvió su brillo a la diplomacia francesa y a sus ejércitos. Se pudo pensar que Francia, como en tiempos de Luis XIV o de Napoleón, era el árbitro de los destinos europeos.

En realidad, Napoleón III combatió a un solo enemigo: Austria, al que consideraba, con algo de razón, como garante de los tratados de 1815, el obstáculo mayor para cualquier reorganización de Europa, tanto en Alemania como en Italia. Tuvo la inteligencia de meter a Inglaterra en su juego, porque era la única capaz de armar una coalición como las que utilizó para derrotar a su tío. Por lo tanto, consolidó *l'entente cordiale*, concertada entre el rey Luis Felipe y la reina Victoria y, cuando surgió la Cuestión de Oriente, adoptó una política radicalmente contraria a la que había seguido Thiers en 1840: se colocó al lado de los ingleses en contra de los rusos. Ciertamente, en aquel entonces, fue sumamente astuto, tranquilizando al aliado británico y debilitando al ruso de manera duradera. La neutralización de Inglaterra era indispensable para que durara el imperio; la de Rusia, indispensable para cualquier modificación del equilibrio europeo y de los tratados de 1815.

Rusia, lo mismo que Austria, era el enemigo más intransigente de la idea de nacionalidad, y los asuntos de Polonia la obligaban a combatir todo progreso en esa dirección. Sin la guerra de Crimea, el acuerdo entre Napoleón III y Cavour no hubiese desembocado en apoyo activo, menos aún en intervención armada. La derrota rusa de 1865 condicionó la unidad italiana, y el consecuente debilitamiento de Austria permitió la radicalización alemana. Es decir, el Segundo Imperio fue víctima de sus éxitos internacionales y de sus repercusiones internas.

De hecho, esa política exterior que privilegiaba las aspiraciones nacionales y las ideas liberales tenía que molestar la opinión conservadora que, empezando por los católicos, había votado a favor de Luis Napoleón, primero como presidente, en 1848, luego como emperador, en 1852. Católicos y conservadores, que hubieran preferido una restauración monárquica, eran el principal apoyo del régimen. Al principio, su carácter dictatorial había ayudado al imperio, pero eso no podía durar. Como el golpe del 2 de diciembre se alejaba en el tiempo, la mano se hacía menos dura. Al no poder impedir Napoleón III que los católicos manifestaran su oposición a una política italiana que afectaba los intereses de la Iglesia, tuvo que contemporizar y traicionar, más de una vez, las promesas hechas a los unos y a los otros.

Para no depender tanto del partido católico, a partir de 1860 lanzó unas reformas decisivas para liberalizar el régimen. Renació la oposición republicana, mientras el Gobierno buscaba el apoyo de los liberales. Sin embargo,

para conseguir el reticente y necesario apoyo católico, el emperador tenía que darles alguna satisfacción, para poder seguir con su política de las “nacionalidades” en Europa, contra la muy católica y conservadora Austria.

Es entonces cuando se presenta la *expedition du Mexique*, a la que ustedes los mexicanos llaman, con razón, la *intervención francesa*. La cantidad de libros dedicados al asunto guarda proporción con el misterio de sus orígenes. Dicho episodio hizo correr más tinta que toda la historia del Segundo Imperio. ¿Cómo explicar, ciertamente, la decisión de mandar un cuerpo expedicionario al otro lado del Atlántico para recuperar unos fondos que no eran más que el pretexto para una empresa mucho más ambiciosa, cuando Francia apenas salía de una guerra sangrienta con Austria y con tropas emplazadas en el Extremo Oriente?

La interpretación más socorrida parece ser la que corresponde a la frase del ministro Rouher, que veía en la intervención “el más grande pensamiento del reinado”, y a las memorias de Michel Chevalier, consejero del emperador: Napoleón III habría querido establecer un Imperio constitucional en México —¿y en Centroamérica?— para oponerlo con éxito a una expansión de Estados Unidos: las anexiones recientes de Texas, California y demás territorios mexicanos, hacían temer una expansión imparable hasta los confines de América del Sur.

Que el emperador haya soñado con levantar una barrera a esa expansión anglosajona, es indudable. Esto no significa que haya querido, como dicen algunos, emprender una cruzada a favor del catolicismo. Quizás a su esposa, española, católica sincera, conservadora, le hubiera gustado la idea; sin duda, la defensa de los intereses de la religión en México podía presentarse como el medio para recuperar el apoyo de los católicos opuestos a la política italiana del imperio... Pero Napoleón III aconsejó imperativamente a Maximiliano respetar las Leyes de Reforma.

Uno puede pergeñar la lista de todas las buenas razones para mandar soldados franceses a México, además del par ya mencionado: abrir nuevos mercados a los empresarios, negociantes e industriales franceses, preocupados por el tratado de libre comercio firmado en 1860 con Londres; brindar apoyo al pueblo mexicano con un régimen ciertamente no republicano, pero constitucional, y que pondría fin a una inestabilidad crónica, lo cual garantizaría la existencia independiente y soberana de México frente a su

poderoso vecino del norte; las consideraciones diplomáticas, puesto que la intervención tripartita inicial permitía un amarre diplomático más fuerte con España y, principalmente, con una Inglaterra con la cual Napoleón III y sus ministros contaban para encontrar una solución a los problemas que achacaban a Europa misma; motivaciones financieras y monetarias, como la plata mexicana; el proyecto de encontrar en México el punto de apoyo que, durante escasos meses, Napoleón I quiso asignar a la Luisiana. No es una lista completa y habría que mencionar los contactos con los confederados del Sur secesionista y el deseo de reanudar la importación de su algodón que necesitaba urgentemente la industria textil francesa...

Tal diversidad de motivos —o mejor dicho: de influencias— manifestaría que su política exterior no obedecía a un impulso único, mucho menos a la preocupación de crear las condiciones de una paz duradera en Europa o en el mundo entero; más bien, seguía consideraciones a corto plazo, arranques repentinos, intrigas de grupos. Y también, más que el recuerdo del tío con sus sueños de “monarquía universal”, la desconfianza eterna, cuando se trata de la política exterior del conspirador y desconfiado emperador: opaca, aventurada, irresponsable a veces, inspiraba tan poca confianza que acabó por comprometer la solidez del régimen al quitarle el apoyo de sus primeros partidarios. Lo que es más grave aún, no le permitió concertar ninguna alianza perdurable. Desde este punto de vista, la intervención francesa en México juega un papel decisivo en la historia del Segundo Imperio: el lamentable fracaso de la expedición anuncia el aislamiento al que será sujeta Francia a la hora decisiva del enfrentamiento con una Prusia cuyas ambiciones se habían beneficiado de la política exterior de Napoleón III. ❧

Reseñas

Roma y el régimen militarista japonés

Jean Meyer

Hay muchos libros sobre las relaciones entre el Vaticano y la Alemania nazi o la Italia fascista; *Le Vatican et le Japon*¹ es una obra pionera en cuanto a los muy poco estudiados lazos entre Roma y el régimen militarista japonés en vísperas de y durante la Segunda Guerra Mundial, entre 1933 y 1945. Los autores tienen el inmenso mérito de tratar un aspecto poco conocido, incluso desconocido, con la excepción de los historiadores católicos japoneses. Un aspecto interesante y problemático de la historia de la Iglesia católica en el siglo xx.

En estos años, monseñor Paolo Marella, hombre de toda la confianza del responsable de la Sagrada Congregación de Propagación de la Fe, el cardenal Pietro Fumasoni Biondi, fue nombrado delegado apostólico en Tokio. El periodo liberal de Japón había terminado y se instalaba, progresivamente, un régimen autoritario, militarista y agresivamente imperialista. A su llegada, Marella encuentra dos problemas: ¿Cuáles pueden ser las relaciones de la Santa Sede con un régimen de este tipo, que no tarda en ser el aliado de Hitler y Mussolini? ¿Cómo proteger y expandir la pequeña comunidad católica japonesa, cuando el régimen ha impuesto un rito de Estado particular, el *shintó*? Surge de nuevo la famosa y antigua querrela de los ritos chinos planteada anteriormente por los jesuitas, en una batalla que perdieron frente a los otros misioneros.

Que yo sepa, el Japón de estos años es el único país en el cual la Santa Sede ordenó a los católicos participar —y no solamente asistir pasivamente— en un culto religioso no cristiano. Tanto el delegado apostólico como sus superiores de Propaganda

¹ Régis Ladous, en colaboración con Pierre Blanchard, *Le Vatican et le Japon dans la guerre de la Grande Asie orientale. La misión Marella*, París, Desclée de Brouwer, 2010.

Fide y el mismo papa, Pío XI, manifestaron un pragmatismo notable, que recuerda al historiador la línea romana en el conflicto religioso mexicano entre 1914 y 1938.

Fumasoni Biondi, después de servir como diplomático en las Indias y en Japón, había dirigido la delegación apostólica en Washington entre 1922 y 1933. Marella fue su asistente en ese puesto a partir de 1924, y el encargado de negocios en 1933, cuando Fumasoni Biondi recibió la dirección de Propaganda Fide. Les tocó a los dos hombres intervenir en los asuntos mexicanos. Así, en diciembre de 1927, Fumasoni Biondi dio a monseñor Pascual Díaz la orden romana de desolidarizarse de la Liga Nacional de la Defensa Religiosa y de los cristeros levantados en armas contra el gobierno mexicano. Confió al padre John Burke la tarea de encontrar un *modus vivendi* con el presidente Calles; en 1932, en la nueva etapa del conflicto, transmitió a los obispos y laicos católicos mexicanos la prohibición absoluta de recurrir a la lucha armada para defender a la Iglesia. De su experiencia mexicana, los dos hombres se quedaron con una preferencia por los arreglos pragmáticos y la desconfianza total hacia los católicos con vocación de mártires.

En septiembre de 1933, Marella fue nombrado delegado apostólico; llegó a Tokio en diciembre. Tenía 38 años, era enérgico y contaba con todo el apoyo del cardenal Fumasoni Biondi, quien gozaba de la confianza incondicional del papa. Revolucionó en seguida la pequeña comunidad católica japonesa, que se encontraba en crisis y gravemente amenazada. Su modelo era Matteo Ricci en China. Quería verlo subido a los altares; consideraba que la prohibición de los ritos chinos, en el siglo XVIII, había sido un error catastrófico, causa de la prohibición del cristianismo en China. Al encontrarse en Japón con el problema equivalente, planteado por la existencia del culto de los *Jinja* (los templos *shintó*), Marella exclamó: “¡Maldito concepto el de la “tabula rasa!” ¡Como si el cristianismo fuese europeo y no pudiese ser japonés! Su lema era adaptar la Iglesia a Japón —cuando todos los obispos eran europeos, canadienses, estadounidenses— a su cultura, a su espíritu. Tal era la verdadera vía misionera, y consideraba que la civilización japonesa, que admiraba mucho, no era un obstáculo.

Sabía que el Edicto de tolerancia de 1873 de lo que era entonces “la detestable secta de los cristianos” era muy reciente, y que no había que provocar a los militares, defensores del *shintó* de Estado, culto a los dioses y héroes del imperio. Desde 1899, ese culto se enseñaba en las escuelas y los alumnos y estudiantes visitaban los templos (*jinja*) mantenidos por el Estado. Los misioneros extranjeros pensaban que los católicos no podían participar de dicho culto; Marella decidió que no era religioso, sino cívico, y que, por lo tanto, los cristianos no tenían porqué boicotarlo, algo que podría ser interpretado como una provocación y llevar a la persecución y a un martirio inútil.

En 1932, un año antes de su llegada, la exitosa universidad católica Sofía, fundada por los jesuitas en 1913, oficialmente reconocida en 1928, le había dado la razón, de manera muy involuntaria. Era poco después de la conquista de Manchuria, en forma de golpe militar exitoso, y el general Sadao Araki, ministro de Guerra, era el jefe de la facción ultranacionalista *Kodoha*, “La Vía Imperial”, que quería acabar con la monarquía constitucional. El 15 de mayo de 1932, oficiales ultra asesinaron al primer ministro, acelerando la deriva militarista de Japón. Unos días antes, dos o tres estudiantes de la Sofía, llevados al famoso templo en Yasukuni, no hicieron la inclinación ritual. El general Sadao Araki aprovechó el “incidente” para lanzar una violenta campaña de prensa contra los católicos, “traidores y espías” que no respetaban las cenizas de los soldados muertos recientemente en Manchuria, Mongolia y Shanghai. El delegado apostólico, el americano Edward Money, espantado, pidió por telegrama su relevo inmediato. Fue así como Marella llegó a Tokio en 1933.

Entendió en seguida la situación y se preparó para los inevitables asaltos por venir. Su análisis sagaz era que, a diferencia de lo que ocurría en México, la pequeña Iglesia católica japonesa, si bien se encontraba implicada en un agudo conflicto, no era el blanco principal, sino que se encontraba en segunda fila. El general Sadao Araki quería apoderarse de la Secretaría de Educación, baluarte de los liberales. Lo lograría en 1937. El envite era la toma del poder por la facción militar más dura.

En diciembre de 1934, enseñó su juego: en la pequeña isla Amami-Ôshima, al sur del archipiélago, el ejército había construido una gran base militar. Le molestaba la presencia de miles de católicos (2.5 por ciento de la población, cuando en Japón, en general, los católicos no alcanzaban 0.5 por ciento), más aún la presencia de misioneros canadienses, llegados en 1927. Para los militares se trataba de extranjeros; espías que, además, impedían la participación de los católicos en los ritos patrióticos.

Entre el 16 y el 20 de diciembre de 1934, los misioneros tuvieron que salir, la Iglesia fue arrasada, y los seis mil cristianos tuvieron que firmar un acta de apostasía: renunciar a su fe. El pretexto invocado fue la no participación en el *shintô*. Marella aprovechó la crisis para imponer a la Iglesia japonesa —tanto a sus elementos extranjeros, como a los nacionales— un gran viraje. Roma ratificó su decisión de afirmar que todo era un malentendido y que los cristianos podían participar en rituales que no eran religiosos, sino cívicos y patrióticos. Culpó a los canadienses y los mandó a su casa, antes de mandar sacerdotes japoneses a negociar con el Gran Estado Mayor en Tokio y con el coronel de la base de Ôshima. Repitió que detestaba a los aspirantes al martirio, en “la vieja mentalidad de Nagasaki” (y, añadido yo, de los últimos cristeros de los mismos años, 1932-1938). En 1936, el culto fue restablecido en Ôshima.

Afirmó públicamente que el ritual *shinto* era “la manifestación del espíritu patriótico y nacional”, que había perdido su antiguo carácter religioso. A Fumasoni Biondi le decía en privado que la “laicización del *shinto* oficial es todavía incompleta”, pero que progresaría. Pedir a los católicos cumplir con el ritual era un mal menor, mil veces preferible a la persecución general y violenta. Lúcido, precisaba que era inútil esperar un regreso al liberalismo de la década de los veinte: los militares se encuentran en el poder para mucho tiempo y, además, en el conjunto del Extremo Oriente.

Roma aceptó su análisis y el 18 de mayo de 1936 mandó la “instrucción” *Pluries Instanterque*, sobre “los deberes de los católicos para con la patria en Japón”. En el siglo XVIII, había condenado los ritos chinos, siguiendo la opinión de ciertos misioneros; en el siglo XX, admitió los ritos japoneses, siguiendo la opinión de un ministro de Educación, amigo de Marella, según el cual el *shinto* era puramente cívico.

Problema: en 1937 el general Sadao Araki se apodera de la Secretaría de Educación y declara que el *shinto* es religioso, que los *Jinja* no son para nada laicos, que el emperador es un dios en una envoltura humana (*arahitogami*). Marella explica a su grey que hay que jugar el juego de la máscara; en los mismos años, monseñor Pascual Díaz explicaba a sus críticos mexicanos que ellos no sabían jugar a “quien pierde gana”. Mientras, logra consagrar a varios obispos japoneses. En septiembre de 1940, había todavía una docena de prelados extranjeros; en diciembre no quedaba ni uno. Logró su renuncia colectiva venciendo la resistencia de la mayoría, con el apoyo de Propaganda Fide. El autor escribe (p. 253): “El nombramiento de los obispos en Japón no dependía de la Secretaría de Estado, sino de Propaganda Fide. Encima de P.F. estaba el papa, pero Fumasoni tenía su apoyo”, y Marella el apoyo de Fumasoni.

Alentada por Marella, la pequeña Iglesia japonesa (en 1941: 120 mil fieles, 724 “maestros de religión” y 278 templos) cooperó con ardor en la guerra. Los protestantes también. Patriotas, rezaban por la victoria. Como todos los cristianos, de todos los países...

El autor concluye: “Así se confirma, en la diplomacia vaticana, una excepción asiática, marcada por un absoluto pragmatismo. Un pragmatismo del cual Japón fue en casi todas partes el principal beneficiario”. Es decir en los territorios conquistados: Corea, Manchuria, China, Indochina, que contaban con importantes minorías católicas, y las católicas Filipinas. En 1951, en el marco de la Guerra de Corea y de la Guerra Fría, Fumasoni Biondi recordó que la instrucción de 1936 seguía siendo válida, que los católicos podían y debían, como patriotas, participar en los ritos *shinto*. Por eso, el primer ministro católico, Yoshida Shigeru, al regresar de San Francis-

co, donde había firmado el primero de septiembre de 1951 el tratado que restauraba la soberanía japonesa, fue al templo de Yasukuni.

Hubo que esperar hasta los años 1980-1990 para que la conferencia episcopal japonesa denunciara la responsabilidad de la Iglesia católica en “el sistema imperial y el nacionalismo conquistador”. En 2005, reconociendo los errores pasados y a manera de arrepentimiento, deploró que la Iglesia haya admitido las visitas a Yasukuni bajo el pretexto de “ritos patrióticos”. En 2006, recordó que Roma no había abrogado la instrucción de 1936, y le negó todo valor. Roma se quedó callada. “Pero, en esa ocasión, su silencio tenía valor de aprobación” (p. 415). “Quien calla otorga”.

Un libro espléndido.

La lengua y sus academias

Mauricio Sanders

El libro *Orígenes de la Asociación de Academias de Lengua Española*² contiene la historia del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en México en 1951. Durante el Congreso surgieron la Asociación y el Convenio Multilateral sobre la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), que ratificará el Senado de la República cuando lo firme el presidente de los Estados Unidos Mexicanos cincuenta años después de aprobado, no obstante haber surgido como iniciativa mexicana.

Mediante dicho convenio, los gobiernos signatarios se comprometen a proporcionar a su Academia de la Lengua “una sede digna y una suma anual adecuada para su funcionamiento” y contribuir para la ASALE. Con la ratificación del mismo, solamente faltará Estados Unidos (respaldando a las Academias Norteamericana y Puertorriqueña) para que todos los países con Academia cuenten con un mismo instrumento jurídico para desarrollar conjuntamente una “política lingüística pan-hispánica... a favor de la unidad, integridad y crecimiento de la lengua española”.

La Academia Mexicana de la Lengua, fundada con trece miembros en 1875 tras intentarlo desde 1835, hoy suma 36 miembros numerarios (obligados a participar en las sesiones y trabajar en las comisiones), más los correspondientes más los honorarios (Sergio Fernández, Carlos Fuentes†, José Emilio Pacheco y Luis Villoro). Desde 1875, la Academia Mexicana ha congregado a los escritores, más prominen-

² Felipe Garrido, Diego Valadés y Fausto Zerón-Medina, *Orígenes de la Asociación de Academias de Lengua Española*, México, Academia Mexicana de la Lengua/UNAM/Fundación Miguel Alemán/Conaculta/FCE, 2010.

tes del país, sin distinción ideológica, política o religiosa, desde cancilleres como Genaro Estrada hasta arzobispos como Luis María Martínez, quienes han conversado presididos por eminencias que van de José María de Bassoco a Jaime Labastida.

Orígenes... se concentra en dos años de la historia de la Academia: desde que el académico José Rubén Romero transmite a sus colegas una iniciativa del presidente Miguel Alemán, hasta que se reúne la Comisión Permanente que surgió de la iniciativa. Entonces se abre una rara flor en el periplo mexicano, pues política cultural y política exterior coinciden congruentemente en una excepción al dictado del primer canciller Castañeda: “Desde la Independencia, la actitud de México frente al exterior ha sido cautelosa y reservada y su política internacional esencialmente defensiva”.

Si el Congreso fue solamente una idea genial, “como todas las que usted tiene, señor”, del señor presidente, entonces los académicos eran “correvediles” buscando hueso en año de Hidalgo. Afortunadamente, *Orígenes...* da para pensar con matices en linderos menos nítidos entre gobernantes e intelectuales. En 1951, nueve de los 16 numerarios de la Academia Mexicana contaban con experiencia en el servicio exterior. Este dato da para suponer que el Congreso resultó de conversaciones de Alemán con José María González de Mendoza, Alfonso Cravioto, Genaro Fernández McGregor, Julio Jiménez Rueda, Alberto María Carreño, Artemio del Valle-Arizpe, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes y/o Romero. El presidente y los escritores-académicos-diplomáticos, platicando el sábado en el box o el domingo en los toros, a través de la amistad que también se forma trabajando, pensaron juntos en algo útil y encontraron cómo ejecutarlo inteligentemente: anunciando el Congreso como una “iniciativa presidencial” que, sin embargo, no recuerda al ukase de un nabab.

Para esa gente “cultura” no era sinónimo de “espectáculo”, ni de “política”, ni de “grilla”. En el escenario internacional, México mantenía relaciones con la República Española en el exilio. España estaba fuera de la ONU. México, que por medio de instituciones como el Fondo de Cultura Económica estaba tratando de llenar un vacío en América Latina, organiza el Congreso, para resolver con los países de habla española que “se puede ser naturalmente hispánico sin tener que ser necesariamente español”, pues la hispanidad es anterior a estos países, entre los cuales España es uno más. México convoca a la unidad a los dominios transatlánticos del imperio que se fragmentó sin despedazar el español, con lo cual éste “tiene superioridad sobre el ruso y el chino, porque es internacional”. Además de convocar, México actúa para que “esta unidad que llamamos hispánica” cuente con “un órgano jurídico que la pueda afirmar con eficacia”.

Al gobierno mexicano le interesaba fortalecer la posición del país. Para ello usó la cultura. Ya en 1948 el gobierno había conseguido que el español, con el inglés y el francés, sirviera como lengua de trabajo en la ONU (las otras tres, ruso, chino y árabe, lo fueron desde 1968, 1973 y 1982 respectivamente). El mensaje era que el español ya no era tarea exclusiva de España pues, con Franco allá, la independencia de Filipinas y la situación en Puerto Rico, con braceros en Estados Unidos, la lengua ofrecía oportunidades para expandir la influencia cultural interrumpida desde tiempos de la Nueva España. Esta acción panhispánica emprendida por la dictadura perfecta, recuerda un planteamiento de los principios de doctrina del PAN en 1939, aunque sucedió cuando los diputados de oposición se contaban con los dedos.

México buscaba ejercer su poder suave en el mundo hispánico, pues el Congreso nunca pretendió más que reunir “en este Valle del Anáhuac, las academias que en todas las naciones de habla castellana miran por la pureza de nuestro idioma y velan por su esplendor”. La ASALE no quería ser la Commonwealth ni la Francophonie. La Francophonie, que cuenta con 890 millones de miembros de los cuales 220 hablan francés como primera lengua (la tercera parte en Francia), es más abstracta y general, pues persigue como objetivos la instauración de la democracia y la defensa de los derechos del hombre. Tras estas nobles metas, organiza las relaciones de cooperación entre los Estados miembros: distribuye dinero de ayuda internacional y negocia votos en organismos multilaterales. Por su parte, la Commonwealth, organización que nace al disolverse el Imperio Británico, cuenta entre sus fines ideas inglesísimas, como la libertad individual y el libre comercio. Salvo Ruanda y Mozambique, los miembros de la Commonwealth alguna vez fueron súbditos de Su Graciosísima Majestad, quien preside simbólicamente: la Commonwealth pende de la cabeza de Isabel II.

Además, la ASALE no asocia Estados-nación sino sociedades privadas de interés público, a las cuales apoya el gobierno de sus respectivos países mediante el Convenio Multilateral. La ASALE, surgida en el seno de la civilización hispánica, es democrática a la antigua usanza española: se origina en voluntades personales, como los ayuntamientos de hombres libres que por su libre voluntad juraban lealtad al rey Fernando, Carlos o Felipe. La civilización que la produjo tiene una tradición de sociedades privadas parcialmente financiadas con recursos públicos en busca del bien común: así se pagaron el descubrimiento, conquista y colonización de América en el siglo XVI.

La ejecución del primer Congreso de Academias de la Lengua fue magistral. La Mexicana giró invitaciones a las demás Academias, por orden de creación, sin invitar a la Española. A la Real Academia había que obsequiarla con una embajada,

pues, como la iniciativa rompía con el equilibrio tradicional entre ésta y sus Academias *Correspondientes*, era el negociador difícil de la mesa. Además de manifestar respeto a la posición primada de la Academia Española en cuanto decana, este proceder facilitó que, cuando los españoles fueron invitados, el Congreso ya no era un proyecto de mexicanos, pues contaba con el beneplácito colombiano, ecuatoriano, salvadoreño, etcétera. La Academia Mexicana empujó a la Real Academia contra las cuerdas con guantes de marca Cleto Reyes.

España respondió reconociendo que “la austera regla se ha quebrado”. Ramón Menéndez Pidal aceptó la invitación, porque se trataba de “mantener nuestro común idioma como uno de los más poderosos vínculos que la humanidad ha creado”. Pero hay combate deportivo entre caballeros, por ejemplo, cuando José María Pemán define las independencias americanas como algo que le pasó a España, no algo que hizo América. Pemán dice: “En el Zócalo, España sostiéndose íntegra”. México recibe el golpe con una defensa de zurda bien plantada. La cuestión de primacías ni se discute. El Congreso se hará. España asiste. Los mexicanos lo organizan en su país.

Siguió el mejor round. Luis Padilla Nervo, embajador mexicano ante la ONU, votó en contra de que se levantaran las sanciones impuestas contra España en 1946. Posteriormente, en Chile, en una reunión del Consejo Económico y Social de la ONU, México apoyó una proposición soviética contraria al gobierno español. Como respuesta, los académicos españoles comunicaron a la Academia Mexicana que cancelaban “por indicación de la Superioridad”, lo que se aclaró cuando la prensa publicó declaraciones del ministro franquista de Educación: “por razones de patriotismo”, la Real Academia asistiría si el gobierno mexicano cortaba con los republicanos.

La Academia Mexicana debatió las opciones que se abrían: efectuar el Congreso en la fecha elegida, desistir de celebrarlo o aplazarlo. Por catorce votos contra dos, la Academia resolvió efectuarlo. Pero el 27 de abril, “en sesión privada, extraordinaria”, Martín Luis Guzmán propuso, como “punto de trascendencia patriótica”, sanciones a la Real Academia y se armó la de San Quintín. El acta de esta sesión, como un cuento maravillosamente escrito, sugiere sin describir. Hasta los pocos votos resultan evocativos. Reyes anota al calce del suyo: “Ignoro los términos de la iniciativa, porque la enfermedad me tiene aislado, pero considero preferible no tocar el punto”. Vasconcelos, donde “los suscritos académicos de la Mexicana solidaria e individualmente votamos en contra de la proposición”, anota: “Entusiastamente”.

La discusión se repitió en pleno Congreso, cuando el autor de *La sombra del caudillo* propuso que las Academias “desconocieran los lazos creados con la Real Academia Española”. Guzmán habló de “una delectación morbosa en la sumi-

sión”. El representante de la Academia Uruguaya dice que no le vengán con cuentos: la Uruguaya es autónoma. La Academia Peruana opina, “con mucha cortesía”, que Guzmán ha dicho a los congresistas, “en sustancia, que están llenos de un servil espíritu de subordinación, lo cual no es cierto”. La Academia Chilena refuta: “Yo juzgo que el meridiano del idioma pasa por Madrid”. Y las actas acotan: “Aplausos”. Con esto, se levanta la última sesión del Congreso.

Tras el Congreso, las Academias han modificado su relación con respecto a la Real Academia, que encabeza la ASALE, porque es la más antigua. Sin embargo, han mantenido un estado de equilibrio dinámico entre autonomía e interdependencia de las Academias, que permite a los países de habla española cooperar efectivamente para alcanzar logros tangibles de beneficio colectivo, como por ejemplo la *Ortografía de la lengua española* presentada en 2010. El Congreso abrió paso a “un hispanismo gobernado por nosotros mismos”.

Orígenes... reporta dos conversaciones. Una, de académicos mexicanos discutiendo el tema que nunca hemos dejado descansar en paz y no nos da reposo. La primera, qué son España y la cultura hispánica para México, qué México para España y la hispanidad. La invitación a la Real Academia marchó tan suave como los Tratados de Córdoba. Pero lo que sigue recuerda la historia de México hasta la caída del Primer Imperio. Como en historia no se pueden hacer experimentos de laboratorio, esta conversación simula en condiciones controladas algo que podría haber sucedido al comienzo de la vida independiente del país, si Estados Unidos no hubiera azuzado los diferendos para enzarzarlos en discordia.

La otra conversación es de académicos del mundo, platicando con comprensión profunda sobre las relaciones internacionales como contacto entre diferentes formas de civilización, de ser hombre. Antes del mundo globalizado, donde pareciera que la diferencia entre culturas sale de restar sus intercambios comerciales, los académicos discutieron si hay una “civilización hispánica” distinta de la anglosajona, musulmana o china. España aceptó acudir al Congreso porque los países que hablan español están por el “gozo hispánico de la vida”. “Somos nosotros”, dijo entonces Pemán, “los hermanos de sangre española, viejos multimillonarios de la fuerza moral y las energías vitales, los que podemos darles más lecciones a los advenedizos y nuevos ricos del flamante existencialismo” cuya “técnica ensoberbecida ha querido hacerse fin en sí misma y regirse nada más que por una ley cuantitativa de más y más: más velocidad, más fuerza, más riqueza, más producción”.

Orígenes... ayuda a preguntar si Vasconcelos expresó algo más que un lugar común cuando, al final del Congreso, dijo: “Nuestro idioma vale, no tanto porque lo usen millones de almas en diversos continentes, sino porque es depositario de va-

lores excelsos de la cultura universal”. Si “hombre español es todo el que piensa en castellano”, entonces Rulfo, Cortázar y los doce premios Nobel de Literatura de nuestra lengua, desde José de Echegaray en 1904 hasta Mario Vargas Llosa en 2010, son más que colombianos, guatemaltecos o chilenos: son de la hispanidad sin tener que ser de España.

Entre los países de lengua española, únicamente Guinea Ecuatorial no cuenta aún con Academia, aunque ha enviado observadores a los congresos de la ASALE. Gracias al Congreso que México organizó en 1951, para perfeccionar lo comenzado por España en 1713, es posible que la hispanidad se mueva para dar la mano al español en África. Si en las tierras donde se habla nuestra lengua no se pone el sol, también se deberá al grupo de escritores-académicos-diplomáticos que, sin comisión oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, renovaron la relación de fuerzas en el ámbito de la cultura hispánica, haciendo ver que México no nada más “es el país de la violencia, del revólver, del odio”, sino también una patria más suave. ❧

Cajón de sastre

Selección y notas de Jean Meyer

JAPÓN

“Los fantasmas de la época de la guerra”, artículo publicado por Paul Abrahams en el *Financial Times* del 28 de noviembre de 1998, sostiene que “los feos recuerdos del pasado han sido objeto de una amnesia colectiva”, que “la guerra no cabe bien en la manera que tienen los japoneses de verse en su historia”, porque las atrocidades cometidas no corresponden al *bushido*, ese código moral del guerrero samurai. Tampoco hay consenso para nombrar y fechar dicha guerra: “Guerra del Pacífico”, “Gran Guerra de Asia Oriental”, “Incidente de China”, “Guerra Sino-Japonesa”, la “Guerra de Quince Años”. ¿Empezó en 1941 en Pearl Harbor, o en 1931 con la conquista de Manchuria?

*

La bibliografía va creciendo cada día, por ejemplo, sobre “la masacre de Nanking” (o Nanjing), llamada también “violación” o “raptó de Nanking”, 1937-1938, tema de polémica inconclusa entre Japón y China.

Haruko Taya Cook y Theodore F. Cook, *Japan at War. An Oral History*, Nueva York, New Press, 1993.

Yuki Tanaka, *Hidden Horrors, Japanese War Crimes in World War II*, Boulder, Westview, 1997.

Honda Katsuichi, *The Nanjing Massacre. A Japanese Journalist Confronts Japan's National Shame*, Nueva York, M.E. Sharpe, 1999.

Iris Chang, *The Rape of Nanking. The Forgotten Holocaust of World War II*, Londres y Nueva York, Penguin, 1998.

Joshua A. Fogel (ed.), *The Nanjing Massacre in History and Historiography*, Berkeley, University of California Press, 2000.

Masahito Yamamoto, *Anatomy of an Atrocity*, Nueva York, Praeger, 2000.

David Askew, autor de numerosos artículos sobre el tema, ofrece, entre otros: “New Research on the Nanking Incident”, *Asian Studies Association of Australia* (Electronic Journal), 2005.

Bob Tadashi Wakabayashi (ed.), *The Nanking Atrocity, 1937-1938: Complicating the Picture*, Nueva York, Berghahn Books, 2007.

John Dower, *Ways of Forgetting, Ways of Remembering: Japan in the Modern World*, Nueva York, The New Press, 2012.

*

Quien se interesa en Japón debe conocer *I-House Press* que publica en inglés obras japonesas de *non fiction*. En 2010 publicó de Iguchi Takeo: *Demistifying Pearl Harbor*. Su sitio: www.i-house.or.jp/en/publications/ihousepress

*

Se vale mencionar la película *Lust, Caution*, thriller erótico de Ang Lee en una China ocupada por los japoneses; coproducción Estados Unidos, China y Taiwan (2007) con los actores Tang Wei, Tony Leung, Joan Chen.

*

Y el libro *Reimagining Japan: The Quest of a Future that Works*, editado por McKinsey & Company, Clay Chandler, Heang Chhor, Brian Salsberg, en 2011. Ofrece una diversidad asombrosa de temas, puntos de vista y autores, como Hannah Beech, Masahiro Yamada, Ezra Vogel, Tyler Brûlé, Hill Emmott, Brad Glosserman, Yoichi Funabashi, etcétera, que hablan de economía, demografía, centrales nucleares... y sumo.

*

¿Jules Brunet? Jean Meyer lo encontró en los archivos del Cuerpo Expedicionario francés, a la hora de la Intervención en México: 1862-1867, cuando preparaba *Yo el francés*, México, Tusquets, 2009.

Nacido en la plaza fuerte de Belfort en 1838, alumno en l'Ecole Polytechnique, oficial de artillería, participa en el sitio de Puebla en 1863. Luego queda cerca del mariscal Bazaine, hasta el final de la intervención.

En seguida va a Japón, a principios de 1867, con la “Misión Militar” francesa que Napoleón III manda, a petición del *Shogun*, para modernizar el ejército japonés. A Brunet le toca la artillería. Al año, el *Shogun* está derrotado en la guerra *Boshin*, capítulo inicial de la revolución *Meiji* que devuelve el poder al emperador. La Misión Militar tiene que volver a Francia, pero Jules Brunet decide acompañar a sus colegas japoneses, con los cuales sufrió la derrota de Toba-Fushimi, cerca de Osaka, a fines de enero de 1868. Los restos del ejército shogunal se reagrupan en las islas del norte, con el almirante Enomoto Takeaki; después de perder la ciudad de Edo, hoy Tokio, pasan a Hokkaido. Brunet participa en la reorganización del ejército de lo que llaman ahora la República de Ezo. Otori Keisuke es el comandante en jefe y Brunet su segundo. Las cuatro brigadas del pequeño ejército se encuentran bajo el mando de cuatro oficiales franceses.

Brunet escribía a Napoleón III que ellos no habían regresado a Francia porque “el Partido del Norte es favorable a Francia. Una reacción va a ocurrir muy pronto y los *daimyo* del Norte me han ofrecido ser su alma. Acepté, porque con la ayuda de mil oficiales y cadetes japoneses, nuestros alumnos, puedo dirigir a los 50 mil hombres de la Confederación.”

Sueños guajiros, como los de la intervención francesa en México. Todo termina en la batalla de Hakodate, cuando las fuerzas imperiales, siete mil hombres, derrotan a los tres mil de Ezo. Brunet y los otros franceses logran escapar de la cárcel y del castigo en Japón. La fama que sus aventuras le habían ganado en Francia hacen que París no acceda a la petición del gobierno japonés de que fuese castigado en su país.

En 1870, lo encontramos en Metz, otra vez en compañía de Bazaine. Cae preso, como todo el ejército. Su relación con Japón no ha terminado. Su antiguo aliado, el almirante Enomoto, amnistiado y reconciliado, llega a

ser ministro de Marina del gobierno imperial. Consigue el perdón para Brunet y lo condecora en 1881 una primera vez, luego otra vez en 1885. El general Jules Brunet terminó como Jefe del Estado Mayor del ministro de Guerra, otro “japonés”, el general Chanoine, quien había sido su jefe en la Misión Militar.

Brunet dejó memorias y también numerosas acuarelas y dibujos de sus estancias en México y Japón. Christian Polak dice, con sobrada razón, que el personaje del capitán Jules Brunet inspiró, en algunos aspectos, la película *The Last Samurai*. Polak es el autor de *Soie et Lumières: l'âge d'or des échanges franco-japonais, des origines aux années 1950*, Tokio, 2001, en francés y en japonés.

RUSIA

Así como México ha festejado en 2012 el 150 aniversario de la batalla de Puebla, del famoso Cinco de Mayo de 1862, Rusia ha festejado el bicentenario de su victoria sobre el Gran Ejército multinacional de Napoleón, en 1812.

La inteligencia y la energía del “gran corso” no estaban en declive y, sin embargo, la “campana de Rusia” es la más loca de todas sus empresas. Su pasión y su impaciencia lo llevaron a tomar la decisión que lo condujo al desastre, y que empujó a cientos de miles de hombres a la tumba. Adolphe Thiers, en su historia de las guerras napoleónicas, puede tener la razón cuando escribe que si Napoleón hubiese persistido en la guerra de España y en el bloqueo continental, posiblemente hubiera llevado a Inglaterra, su real y principal adversario, a la ruina.

Pero, precisamente, a esta guerra de España —“el cáncer que me royó”, llegó a decir— Napoleón no la amaba, no era un tema que exaltaba su imaginación: todo lo contrario. Después de su breve y victoriosa estancia, en 1808-1809, no quiso saber nada. No le gustaba componer lo que otros, según él, habían echado a perder. Como artista militar, le repugnaba la idea...

Por eso cruzó el Nieven, aquel fatídico día de junio de 1812. Por eso Rusia celebra el bicentenario de la derrota del invicto Napoleón. La bibliografía es inmensa y va a crecer aún más con los festejos 1812-2012. Mencionaremos a Dominic Lieven, *Russia against Napoleon. The True Story of the Campaign of “War and Peace”*, Nueva York, Viking, 2010.

El autor, brillante historiador de la Rusia zarista, es descendiente de Christoph von Lieven, joven y distinguido general del emperador Alejandro I; la madre de Christoph era la confidente y amiga de la emperatriz María, madre de Alejandro, y el modelo que inspiró a Tolstoi para el personaje de Anna Scherer, cuya velada en San Petersburgo abre su novela *La Guerra y la Paz*.

Sabemos muy bien, por experiencia nacional, que las victorias militares engendran mitos muy duraderos. La batalla de Waterloo es parte de la cultura inglesa, como la batalla de Borodino (La Moskowa) lo es para la rusa. Tolstoi ha contribuido más que nadie al mito nacional fundador. Lieven viene, si no a contradecir, por lo menos a completarlo. Tolstoi concluye su libro a fines de 1812 en Rusia, y Lieven dedica la segunda mitad del suyo a la campaña rusa de 1813 y 1814, la que lleva a Alejandro y a su ejército hasta París. Demuestra que no es solamente el frío y el espíritu indomable del pueblo ruso lo que obligaron al invasor a retirarse: pesaron mucho la excelencia militar, la superioridad de la caballería y del servicio de inteligencia (además los oficiales rusos leían y hablaban francés), así como una diplomacia muy activa.

En 2012, el gobierno ruso ha multiplicado los eventos conmemorativos y las regiones también. En Internet (por ejemplo rian.ru/1812) uno puede ver la reconstitución de campamentos militares rusos y franceses, ataques de caballería y de infantería, una representación de la batalla de Borodino (por cierto: casi cien mil muertos quedaron tirados en el campo, la mitad de cada bando). Asociaciones históricas se la pasaron armando escenarios, presentando armas y trajes militares de la época. El 12 de agosto una pequeña columna de jinetes, vestidos de cosacos, emprendió una cabalgata que los llevó hasta París...

A principios de septiembre, un nuevo museo sobre la “guerra patriótica de 1812” abrió sus puertas en Moscú. El presidente Vladimir Putin asistió a la ceremonia internacional, en Borodino, el 2 de septiembre, día del aniversario de la batalla que fue en seguida representada por miles de soldados. En esta ocasión, el presidente lanzó un “vibrante llamado a la unidad de Rusia”. “Es solamente cuando las naciones de Rusia han estado unidas, han caminado juntas, que han obtenido los mejores resultados en el desarrollo de la Madre Patria [...] el patriotismo que ha sido la base de todas las

victorias nuestras, procede de la unidad de la nación rusa [...] La historia de nuestra patria ha conocido varias tragedias y guerras, pero dos guerras solamente han recibido el nombre de ‘guerra patriótica’. Durante estas dos guerras (1812-1814 y 1941-1945), se jugó el destino de Rusia, Europa y el mundo entero.”

*

Laure Murat, *L’homme qui se prenait pour Napoléon. Pour une histoire politique de la folie*, París, Gallimard, 2011.

Si Napoleón no era demente cuando emprendió la Campaña de Rusia, dejó una impronta tan profunda en la sociedad que muchos excéntricos, agitados y locos se identificaron con el emperador... en 1818, en el hospital parisino de Charenton, entre 92 enfermos, hay cinco “emperadores” y, en 1840, cuando las cenizas del verdadero emperador llegan a París, hay catorce en el manicomio de Bicêtre. Simon Leys escribió una novela sobre el tema: *La mort de Napoléon*, París, Herman, 1987.

*

Rareza bibliográfica, la obra del canónigo italiano Sebastiano Ciampi (1767-1847), *Bibliografia degli italiani in Russia*, publicada en Varsovia en 1822. El emperador Alejandro estaba rodeado de miembros de la élite europea, venidos de todas las naciones, entre los cuales podemos señalar a los hermanos franco-italianos, por ser nativos de la Saboya, Joseph y Xavier De Maistre. ❧

Colaboradores

En nuestro *Dossier* conviven textos de los siguientes autores: **Kōji Nakakita**, profesor de la Escuela de Posgrado de Ciencias Sociales de la Universidad de Hitotsubashi, doctor por la Universidad de Tokio, especialista en la ciencia y la historia políticas de Japón, cuya obra más reciente es *Nihon Rōdo Seiji no Kokusai Kankei Shi (Historia de las relaciones internacionales del movimiento obrero japonés)*, Tokio: Iwanami Shoten, 2008; **Chen Zhaobin**, profesor de la Escuela de Derecho y Política de la Universidad Metropolitana de Tokio, doctor en derecho por la Universidad de Tokio, especialista en ciencia política y autor de “China’s Public Opinion and Foreign Policy Towards Japan: The Case of Releasing of Japanese War Criminals”, en la edición de julio de 2012 del *Journal of Law and Politics* de la Tokyo Metropolitan University; **Isami Romero Hoshino**, profesor asistente del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Agroveterinaria de Obihiro, maestro en Estudios Sociales e Internacionales y candidato a doctor por la misma universidad, especialista en la historia diplomática de Japón y de América Latina y autor de “Conflicto y conciliación: las relaciones México-guatemaltecas de la década de 1960”, aparecida en *Waseda Global Forum* (2010, número 7), y **Yūko Kawaguchi**, profesora asistente del Departamento de Estudios de Área, Universidad de Tokio, maestra en Estudios de Área por la Universidad de Tokio y candidata a doctora por la misma universidad, especialista en la historia de Estados Unidos, autora de “Kiyoshi Tanimoto and Hiroshima Peace Center: Narratives on the Atomic Bombing in Hiroshima during the Occupation”, aparecida en el *Japanese Journal of Contemporary History* (2010, número 3). Por su parte, en *Usos de la historia* nuestra colaboradora es

Satoko Uechi, investigadora asociada de la Escuela Internacional de Estudios Liberales de la Universidad de Waseda, maestra en Ciencia Política por la Universidad de Waseda y candidata a doctora por la misma universidad, especialista en la historia de de Okinawa, Japón y el Este de Asia y autora de “Contextualizing “We, Okinawans”: Perspectives on the Okinawa Status Issue of 1951 from Okinawa, Tokyo and Honolulu”, publicada por *Waseda Global Forum* (2011, volumen 9). En *Ventana al mundo* colaboran con nosotros la doctora **Silvia Lidia González** de la Universidad de Estudios Internacionales de Kanda, Japón, autora de “Hiroshima: la noticia que nunca fue. ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflicto?”, y **Montserrat Loyde**, habitante de Kioto y residente en Japón desde hace diez años, profesora de tiempo parcial en la Universidad de Kansai y colaboradora de *El Universal* y *Letras Libres*. En *Textos recobrados* nos honra rescatar un cuento de Osamu Dazai, narrador en activo durante la ocupación y uno de los escritores prominentes de Japón. Finalmente, en nuestra sección de *Reseñas* **Jean Meyer** nos ofrece su lectura de un interesante libro sobre las relaciones entre el Vaticano y Japón. Más allá del tema central de esta edición de *Istor*, contamos con las colaboraciones de nuestro colega y consejero **Patrice Gue-niffey** en *Notas y diálogos* y del escritor **Mauricio Sanders** en nuestra sección de *Reseñas*. ❧

PUNTOS DE VENTA

COLECCIÓN COMPLETA

Casa Refugio Citlaltépetl y Sala Margolín, México, D.F.

DEL NÚMERO 24 EN ADELANTE

EN EL DF: Librerías del Fondo de Cultura Económica (FCE),
librerías Gandhi, Péndulo de la Condesa, Siglo XXI Editores,
Librería Madero, Casa Juan Pablos, La Jornada Cuauhtémoc y
Álvaro Obregón, librerías Educal.

EN EL INTERIOR DE LA REPÚBLICA

Ganco de Xalapa, librería de la Universidad Autónoma de
Aguascalientes, librería de la Universidad Autónoma de Chiapas, librerías
del FCE de Monterrey y Guadalajara, librerías Educal de Campeche,
Carrillo Puerto, Chetumal, Cuernavaca, Mérida, Morelia, Nuevo Laredo,
Oaxaca, Puebla, Querétaro, Salamanca, Taxco, Villahermosa, Xalapa,
Zacatecas y Zapopan.

ISTOR

La política sin fronteras

O la ubicuidad de lo distintivo

Ensayos escogidos de

Peter J. Katzenstein

Arturo Santa Cruz (editor)

COLECCIÓN
ESTUDIOS
INTERNACIONALES
CIDE





Historia crítica de las modernizaciones en México



Clara García Aylluardo e Ignacio Marván Laborde
Coordinadores generales de la serie
Una coedición del CIDE y del FCE





ISTOR

año XIII, número 51, invierno de 2012, se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2012 en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos. El tiro fue de 1000 ejemplares.